
EMERGENCY
Salvaje
MÓNICA BENÍTEZ

SALVAJE

MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2026 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Aviso legal
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este material puede ser reproducida, distribuida, transmitida o almacenada en ningún formato ni por ningún medio, ya sea físico, digital, electrónico o mecánico, sin la autorización previa y expresa de la autora. Esto incluye, pero no se limita, a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabaciones o cualquier forma de reproducción.
Este material no puede ser utilizado, en su totalidad o en parte, con fines comerciales sin el consentimiento previo y por escrito de la autora. Asimismo, quedan prohibidas la traducción, adaptación, transformación o cualquier otra modificación de este material sin autorización expresa de la autora.
La distribución no autorizada de este material en plataformas digitales, redes sociales o cualquier otro medio en línea constituye una violación de los derechos de autor y será perseguida conforme a la ley.
Todos los personajes, situaciones y eventos descritos en este libro son completamente ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.
Para consultas sobre permisos o autorizaciones, por favor, comuníquese con mbenitezlibros@gmail.com
Registro: 2605235758184

https://monicabenitez.es
Twitter: @monicabntz
Instagram: mbenitezlibros
https://www.facebook.com/monicabntz
Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Epílogo

Capítulo 1

—¿Cuánto lleva sin pulso? —pregunta Erin, entrando en el box de urgencias mientras se termina de poner los guantes de látex.

—Dos, tal vez tres minutos —responde Joshua, el médico residente que ha atendido la llegada del paciente.

La doctora pone los dedos en el cuello del chico por pura necesidad de confirmación. No sabe mucho sobre el joven porque le acaban de avisar, pero no aparenta más de quince años, y los menores siempre le añaden un grado extra de presión.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mientras señala el desfibrilador.

La enfermera le pasa las palas y todos retiran las manos del cuerpo del chico cuando la doctora Dooley se dispone a colocarlas en su pecho.

—Un accidente de bicicleta —responde Joshua cuando Erin se prepara para la primera descarga—. Ha chocado contra un taxi y al caer se ha golpeado la cabeza con el bordillo.

—Carga a doscientos.

El cuerpo del chico se levanta de la camilla cuando recibe la descarga y Joshua se sobresalta, dando un paso hacia atrás como si la corriente pudiera alcanzarlo. Erin lo mira de reojo; el médico tiene potencial, pero siempre ha pensado que es demasiado sensible para un trabajo como ese.

Diez minutos después, la doctora sale del box tras haberlo estabilizado y pedir que lo lleven a la UCI. Se quita los guantes, se aprieta la goma de pelo que recoge su espesa melena oscura y semiondulada en una coleta alta, y va a hablar con la madre del paciente, que ahora sabe que se llama Ander porque una segunda enfermera ha entrado a darle la información que ha podido recopilar en cuanto la madre ha llegado al hospital.

La mujer se derrumba cuando Erin le explica el estado de su hijo, y la doctora no se aparta cuando esta se abraza a ella como si tuvieran confianza. Siente un nudo en el estómago porque no puede hacer nada más por ella que no sea esto, porque gracias a la ausencia

de su padre y a una madre que trabajaba demasiado, Erin creció siendo una segunda madre para su hermana pequeña —doce años menor que ella— y sintiendo que nunca hacía suficiente para ayudar. Eso se ha trasladado a su vida adulta, donde, a pesar de sus treinta y siete años, no ha logrado sacudirse de encima el pensamiento erróneo de que ella tiene que dar sin esperar nada a cambio, porque eso es lo que obtuvo y lo que recibe siempre de su hermana Brooke: nada en absoluto.

—Ahora está en cuidados intensivos, está monitorizado y estable. ¿Por qué no va a dar un paseo para despejarse? Le prometo que está muy vigilado y que, si hay cualquier cambio, le avisarán enseguida.

La madre de Ander la mira con sus ojos llorosos muy abiertos y esboza una suave sonrisa, porque Erin es amable y cariñosa por naturaleza con quien merece que lo sea, y seca y cerrada con quien no, y esta mujer necesita lo primero, así que ella se lo da.

La ve marcharse por el pasillo y la doctora se gira hacia la dirección contraria para ir al vestuario. Su turno ha terminado hace una hora; ni siquiera debía estar aquí cuando la han avisado para atender la urgencia, pero nunca tiene prisa por marcharse a un apartamento donde nadie la espera.

Se ducha y se viste con un pantalón cargo —su prenda favorita porque le resulta cómoda y práctica— y una camiseta de manga corta. Coge su bolso y la chaqueta y se mira en el espejo antes de salir. Ahora se ha recogido la melena en un moño suelto y sus ojos grises parecen más pequeños porque le cuesta mantenerlos abiertos debido al sueño. Aun así, cuando sale, va directamente a la cafetería que hay a un par de manzanas del hospital. Da igual si hace turno de mañana o de noche: Erin tiene la rutina de tomarse algo antes de volver a casa, como si necesitara mezclarse en algún entorno no hospitalario para sentir que su vida no solo gira en torno a su trabajo.

Son casi las ocho de la mañana cuando llega al Vanis y se sienta en una mesa libre de la esquina.

—¿Turno de noche? —pregunta Esteban, el dueño del local, con una amplia sonrisa que siempre alegra el día de la doctora.

—Sí, largo y complicado —confirma Erin.

—¿Dos dónuts, entonces? —propone el hombre con expresión afable, acostumbrado a los gustos de Erin porque siempre pide lo mismo en función de cómo ha ido su guardia: dos dónuts si está

estresada, uno si ha sido tranquila y solo café cuando el día ha sido terrorífico y ha perdido un paciente, eso le cierra tanto el estómago que no puede comer durante horas.

—De chocolate, por favor.

Esteban le sirve café y se marcha hacia el mostrador mientras Erin percibe la mirada de la mujer de la mesa de al lado clavada sobre ella. No sabe si la mira porque ha pedido dónuts de chocolate a las ocho de la mañana o si simplemente siente algún tipo de interés hacia ella, pero a Erin no le importa ni una cosa ni la otra porque a estas horas y después de un turno insoportable, lo único que quiere es su desayuno, y lo que menos, ligar con una mujer que parece indecisa.

—Aquí los tienes, buen provecho —dice Esteban.

Ella le devuelve una sonrisa y se come el primer dónut en apenas tres mordiscos. El segundo lo saborea más y, cuando termina, se bebe el café de un trago, se levanta y deja un billete sobre la mesa antes de despedirse del camarero y marcharse.

Entra en su apartamento sintiéndose exhausta y, cuando cierra la puerta, mira a un lado y a otro y vuelve a pensar en que quizá tener un gato, como siempre le dice Barry —su compañero de ambulancia cuando acude a eventos privados—, no sería tan mala idea, pero entonces se recuerda que apenas está en casa, porque cuando no tiene turno o guardia, ella se busca trabajo extra para eso, para no estar aquí, y el animal estaría solo todo el día.

Deja su bolso en el perchero y camina por el suelo de baldosas gris oscuro hacia su habitación, donde dejó la cama hecha antes de marcharse —ni una sola arruga— y coge ropa cómoda para después de la ducha.

Una vez lista, se va al salón como hace siempre después de un turno de noche, porque, si se acuesta de inmediato, no se duerme; Erin necesita algo que le despeje la mente antes de irse a la cama, así que se suele sentar en el chaise longue y continúa con la lectura del libro que tiene empezado hasta que le entra sueño.

Se acomoda con las piernas dobladas hasta que los talones le tocan las nalgas y abre el libro, pero apenas ha comenzado la primera línea cuando le suena el móvil y ve el nombre de su hermana Brooke en la pantalla.

—Hola, Brooke —saluda Erin, reprimiendo un bostezo.

—¿Estás en casa o en el hospital? —pregunta su hermana.

—En casa, acabo de llegar; he tenido un turno largo que me…

—Genial, así puedes hablar —la corta Brooke.

Erin suspira y siente una leve punzada en el pecho mientras asiente, con la decepción que siempre se instala en ella cuando habla con Brooke, porque cuando su hermana dice «así puedes hablar», en realidad lo que está diciendo es que así puede escucharla, puesto que la única que va a hablar es ella, y cuando termine de explicar o pedir lo que necesita, colgará sin preguntarle a su hermana mayor cómo le ha ido el día, si necesita hablar de algo o cómo se encuentra.

—¿Qué pasa? —pregunta Erin, resignada.

—El casero me ha vuelto a subir el alquiler —explica Brooke—. Al parecer, un amigo suyo tiene un apartamento parecido al mío en tamaño y cobra veinte dólares más por semana que él.

—No puede subirte el alquiler, Brooke, tienes un contrato firmado.

—Con una cláusula que le permite rescindirlo si quiere.

—Quizá deberías buscar uno más pequeño en otro sitio. Ese es muy grande para ti sola; podrías conseguir un alquiler mucho más razonable si…

—Me gusta este, Erin —se molesta Brooke—. Está al lado del trabajo y del parque donde hago deporte. Y Senna vive muy cerca.

Erin aprieta la mandíbula, se pasa la mano por la melena que ahora lleva suelta y retuerce un mechón de pelo entre sus dedos apretando cada vez más, hasta que el dolor en el cuero cabelludo le resulta insoportable. Esa es su manera de liberar tensión cuando no puede decir en voz alta lo que piensa, está frustrada o nerviosa, porque ahora quisiera decirle a su hermana que, teniendo en cuenta el sueldo que cobra, con el que apenas le alcanza para mantenerse ella misma, debería buscar una zona más alejada del centro, o un trabajo mejor. Nueva York es muy grande y no falta trabajo para camareras, pero sabe la respuesta: Brooke se enfadará, le dirá que es una egoísta por no entender que su trabajo por horas en ese bar de mala muerte donde sirve copas a un montón de universitarios salidos junto a su mejor amiga Senna, le gusta demasiado y que, si cambia, no será feliz. Lo mismo que con el apartamento. Es una discusión que Erin sabe que no lleva a ninguna parte porque Brooke nunca razona y solo piensa en lo que le resulta más cómodo.

—¿Cuánto necesitas? —pregunta la doctora, consciente de que ese es el único motivo de esta llamada.

—No lo sé; tal vez con doscientos dólares me las arreglo esta vez. ¿Crees que me puedo pasar dentro de una hora? Ahora he quedado con Senna para entrenar.

—Acabo de llegar de una guardia larga, Brooke; quiero irme a dormir. Ven ya o pásate por la tarde.

—Esta tarde no puedo, Erin; trabajo. ¿No puedes esperar un rato más?

Erin se aparta el teléfono de la oreja y piensa en colgar, pero no lo hace; solo suspira con brusquedad y vuelve a pegárselo a la cara.

—De acuerdo, una hora.

La doctora cuelga la llamada y deja el móvil a su lado, bocabajo. Coge el libro y se lo pone sobre las piernas sin llegar a abrirlo, porque entonces la atraviesa el recuerdo de una de las cosas que su madre le repetía poco antes de morir.

—Tienes que aprender a decirle que no a tu hermana. Os quiero mucho a ambas, pero no soporto ver cómo te trata. Hazte valer, cariño.

Erin tiene la garganta tan apretada que le duele cuando traga. Vuelve a llevarse la mano al pelo y retuerce un puñado entre los dedos hasta que el dolor la hace jadear, y con ese jadeo siente que se libera.

El móvil vibra a su lado, esta vez con un mensaje de MediSupport, el servicio privado para el que hace cobertura médica en eventos multitudinarios junto a su colega Barry.

Dra. Dooley, confirmamos su asignación para la cobertura médica del concierto de Mia Wilder en el Madison Square Garden este viernes. Incorporación a las 16:00 h, duración estimada hasta final del evento más una hora de margen. Equipo completo y protocolos enviados a su correo.

Gracias por su disponibilidad.

Erin arquea las cejas y después tuerce una sonrisa que le levanta la comisura izquierda con cierta maldad. Sabe quién es Mia Wilder, una cantante revelación que lo está petando en Estados Unidos. Ha escuchado alguna canción y no le parece mala, aunque su estilo pop-rock no es el de Erin, a ella le va más el rock a secas, pero lo que la hace sonreír es que su hermana Brooke es una de esos cientos de miles de fans de la cantante que, obviamente, tiene entradas para el concierto porque Erin se las regaló para su cumpleaños, y si se enterara de que ella tendrá acceso real a la cantante, se volvería loca

de celos. Decide que no se lo dirá, porque eso sería darle otra razón a Brooke para pedirle cosas —como que la cuele para conocer a la artista—, y Erin todavía no sabe decirle que no a nada, pero no necesita hacerlo si no le cuenta que estará allí, en un lateral del escenario a escasos metros de su cantante favorita.

Capítulo 2

—¡Miami, ¿estáis vivos?! —grita Mia Wilder al micrófono, con una sonrisa torcida que se difumina con la sombra del reflector que le da en la cara.

Las cerca de veinte mil personas que hay en el estadio contestan con un estallido potente que le sube desde los dedos de los pies hasta la raíz del pelo, estremeciéndola por completo. Su carrera en la música todavía no es muy extensa, pero a estas alturas ya ha escuchado decenas de rugidos como ese y siguen impactándola como el primero.

Lleva cuarenta minutos sobre el escenario y todavía le queda una hora y cuarto más o menos, pero Mia ya está empapada de sudor; el pelo —que en esta gira lo lleva a medio camino entre el rubio platino y el lavanda— ya se le pega a la frente y al cuello, y la camiseta de color blanco roto que deja una buena porción de su abdomen al descubierto está mojada y la siente adherida a la piel como si se la hubieran pegado con pegamento. Por debajo de las costillas se le ve parte de algunos de los muchos tatuajes que decoran su cuerpo, sobre todo en los brazos.

—¿Estáis vivos? —repite, y baja la cabeza estirando el micrófono hacia delante.

El rugido se duplica y ella se endereza y coge mucho aire mientras el sonido la atraviesa, llenando su cuerpo de adrenalina.

—Esta canción —dice bajando la voz—, la escribí pensando en una persona que no se merecía nada y, aun así, me costó pasar página. ¿Os ha pasado?

El público grita una mezcla de afirmaciones, negaciones y otras cosas que no entiende. Mia tuerce la sonrisa hacia un lado mientras asiente, y de inmediato arranca a cantar el tema. Es cierto que escribió la canción pensando en alguien, pero no le hizo tanto daño como ha insinuado ni le costó meses olvidarla. A Mia le cuesta mucho conectar con las mujeres con las que ha salido porque es desconfiada por naturaleza, y no porque ahora tenga fama y crea que

pueden acercarse por interés, sino porque en algún lugar profundo de su cerebro tiene instalada la creencia de que nadie va a quedarse con ella. Su padre no lo hizo, ni siquiera sabe quién es, y su madre estaba ahí de forma física, pero completamente ausente para el papel que le correspondía.

Camina por la pasarela que se adentra en medio del público y, en el estribillo, se arrodilla junto al borde. El pelo ondulado le cae rozando los hombros y las chicas de la primera línea se vuelven locas cuando señala con un dedo en dirección a todas ellas.

Es eléctrica y magnética; quizá esa es una de las mayores razones de su éxito: atrae a cualquiera que tiene a su alrededor y lo enamora con un pestañeo de sus ojos azules.

Cuando termina la canción, da un paso atrás, levanta la vista hacia las gradas más altas, donde se queda quieta unos segundos mientras las mira y el ruido de los vítores le eriza la piel, provocándole un escalofrío que le atraviesa toda la columna. Mia se gira entonces y camina de vuelta al escenario, haciéndole una señal al guitarrista para iniciar la siguiente canción.

Una hora y cuarto después, baja del escenario sintiendo que su cuerpo entero tiembla todavía, aunque por fuera camina como si fuera la mujer más calmada del mundo. El pasillo hacia el backstage es estrecho, está lleno de cables y de gente con la que se cruza que la mira como si quisieran tocarla y no se atrevieran. Ella sonríe y saluda mientras camina, hasta que llega por fin a su camerino y se quita los auriculares antes de coger una toalla que tiene preparada sobre la silla para secarse el sudor que le empapa la cara y el cuello.

—Dieciocho mil cien —anuncia Jude detrás de ella, atravesando la puerta que Mia ha dejado abierta sabiendo que su agente entraría de inmediato.

—Genial —responde Mia, asegurándose de que tiene toda la ropa lista para después de la ducha.

—Son cinco mil más que en San Francisco —añade Jude, sin levantar la vista del móvil.

Mia lo observa de reojo y se sienta en una de las sillas que hay en la estancia, cruzando los brazos y las piernas mientras espera con gesto aburrido a que él le cuente los mismos detalles de siempre, porque para Jude Harmon todo lo importante son los números.

—Y el viernes el Madison Square Garden, ¿estás preparada para eso?

Jude levanta la vista entonces y Mia se da cuenta de que él parece más emocionado que ella. No es que no lo esté; además, es la primera vez que actuará allí, pero su agente le transmite una energía que la sobrecarga, y es al último que le apetece ver después de su actuación.

—Supongo que sí —responde la cantante.

Jude hace una mueca ante su falta de entusiasmo y se guarda el móvil en el bolsillo justo cuando Noah —el mejor amigo de Mia y también su asistente personal— entra en el camerino con un bol y una botella de agua.

—Hola, Jude —saluda Noah, dejando la comida sobre la mesa.

—Noah —contesta el agente—. Bueno, os dejo.

El hombre se gira para salir y Mia se queda mirándolo mientras compara a su amigo con su agente. Jude es el típico hombre que siempre va con traje, afeitado a la perfección y oliendo a perfume de un modo que a veces satura si estás muy cerca de él. Noah no tiene nada que ver, con su pelo negro ondulado y enmarañado, la barba de tres días y un aspecto desgarbado que a Mia le produce mucha ternura.

Se conocieron cuando eran adolescentes y se hicieron inseparables, por eso cuando la carrera de Mia despegó y le dijeron que necesitaba un asistente, ella insistió en que tenía que ser Noah. No porque su amigo necesitara el trabajo, sino porque ella lo necesitaba a él porque es la única persona que la conoce de verdad, con todos sus miedos e inseguridades que ella enmascara con un carácter provocador y atrevido que la hace parecer la chica más segura del universo.

—Toma, bebe —pide Noah, abriendo la botella de agua antes de entregársela.

Mientras ella toma varios tragos ansiosos, él abre el bol que ha traído y desenvuelve los cubiertos, colocándolo todo ordenado en la mesa como si fuera el camarero de un restaurante.

—Es pasta fría, de la que te gusta, y pollo a la plancha, un poco de pan y fruta.

—Ahora no tengo hambre, Noah —dice Mia, y vuelve a beber.

Él hace una mueca y mueve un poco el tenedor para alinearlo con el cuchillo.

—No has de comer ahora mismo; dúchate y cuando salgas te lo comes —dice, con cierto aire autoritario que a ella le provoca una

sonrisa.

—No deberías ser tan blando o las chicas se aprovecharán de ti —Mia se levanta y se tira de la tela de la camiseta para despegarla de su piel.

—Me gusta que se aprovechen —bromea él con una sonrisa—. Has estado genial ahí arriba, por cierto; he tenido la piel de gallina durante todo el concierto.

Noah se pasa la mano por el brazo como si todavía tuviera el vello de punta, pero Mia no se fija en eso: lo que ve es el tatuaje con el nombre de Danny, uno idéntico al que ella lleva en otra parte del cuerpo.

—A él también se le habría cortado la respiración al verte ahí —murmura Noah.

Ella esboza una sonrisa y le da un apretón en el brazo a su amigo, porque recordar a Danny siempre les provoca un nudo en el estómago.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta el asistente mientras ella coge la ropa y la toalla.

Mia se gira para mirarlo y le dedica una sonrisa.

—Genial, aunque todavía me tiembla el cuerpo; ya sabes que la adrenalina tarda en bajarme.

—No me refiero a eso. ¿Te sientes rara? Ya sabes, flojera, mareada…

—Estoy bien, Noah. ¿Me dejas ducharme ya?

Él hunde una de sus manos en su pelo enmarañado y lo alborota más de lo que está, pensativo.

—Sí, vale, pero cómete eso, por favor —suplica señalando la comida.

—Más tarde —promete ella.

Noah acepta su respuesta y sale del camerino cerrando la puerta. Mia echa el pestillo y mira la comida; la pasta fría es su favorita, pero después de una actuación le cuesta mucho comer.

—Dios mío, eres… —jadea la mujer cuando Mia se aparta de ella.

Son las dos de la madrugada y la cantante está en la suite del hotel donde se aloja, vestida solo con la camiseta, junto a una mujer que acaba de correrse y tiene una mano en el pecho y una sonrisa enorme en los labios. Ella la observa y no puede evitar sonreír, satisfecha. No sabe su nombre, o más bien no lo recuerda porque son demasiadas

las mujeres que pasan por su cama de forma pasajera como para molestarse en memorizarlos todos, pero sí recuerda su edad: treinta y tres. La recuerda porque a Mia Janssen Wilder no le atraen las chicas de su edad; no lo hacían cuando tenía catorce y descubrió sin miedo que le atraían las mujeres, ni le gustan ahora a los veintiséis. Quizá es porque tuvo que madurar muy pronto y nunca se ha sentido cómoda con gente de su edad —salvo con Noah y Danny, pero ellos no cuentan porque tuvieron una infancia que también los obligó a crecer tan rápido como ella—, por lo que solo se fija en mujeres que pasan de los treinta.

—¿Te ha gustado? —pregunta la mujer, insegura cuando Mia se levanta de la cama.

Ella vuelve a sonreír dejando que solo un lado de su boca se eleve antes de guiñarle un ojo que provoca un calambrazo entre las piernas de su amante.

—Ha estado muy bien —asegura, y la mujer parece soltar todo el aire de golpe.

Mia no ha mentido. Se ha corrido dos veces y se siente satisfecha, que es lo que buscaba. Abre el armario y saca la cajita que Noah siempre le tiene preparada, donde hay un solo porro de hierba liado por sus dedos expertos.

—¿Te importa si fumo? —pregunta la cantante, acercándose al ventanal para salir al balcón.

—En absoluto —responde la mujer, levantándose despacio porque todavía tiene un ligero temblor en las piernas—. Quizá deberías ponerte un pantalón antes de salir.

Mia se gira y después se mira las piernas desnudas, recordando que no lleva ropa interior debajo de la camiseta.

—Lo digo porque alguien podría hacerte una foto, ya sabes…

La cantante mira hacia la terraza. Está en la azotea del edificio y el siguiente más cercano está bastante lejos, pero decide que tiene razón; ha de ser precavida, como siempre le recuerda Noah.

Se pone un pantalón de chándal, coge un encendedor y abre las puertas de par en par, prendiendo el porro en cuanto pone un pie fuera de la habitación.

—¿No quieres que me vaya? —pregunta la mujer, apareciendo a su lado.

Mia se apoya en la baranda con una mano, da una calada y le ofrece el canuto a la mujer, que lo acepta con una sonrisa.

—Puedes hacer lo que quieras; aunque hay café y desayuno por la mañana si te quedas. —Mia se encoge de hombros.

En realidad, no le importa lo que haga su amante. Si se va, se fumará el canuto, se dará otra ducha y se acostará. Si se queda, se terminará el canuto de todas formas, follará con ella otra vez, después se acostará y se duchará por la mañana. Elija la opción que elija, ella dormirá de todos modos, porque eso es lo que busca fumando ahora: que la hierba la atonte lo suficiente para terminar de relajarla, porque después de un concierto siempre pasa horas alterada.

—¿No tienes nada más fuerte? —pregunta la mujer, devolviéndole el canuto.

Mia lo coge y niega con la cabeza, muy seria.

—Esto es lo único que me permito —asegura, y se gira hacia la ciudad, apoyando los brazos en la baranda mientras mira hacia la nada y las miles de luces de Miami se convierten en una nube espesa de colores mezclados que se difuminan frente a ella.

Tampoco miente en esto. A estas alturas, le han ofrecido de todo con distintos fines: para divertirse, para tener aguante en el escenario, para relajarse o para pasárselo mejor en la cama, pero tanto ella como Noah tienen una regla que es sagrada para ambos: nada de drogas fuertes. Este canuto es lo único que Mia tiene en la habitación. Noah se lo prepara después de cada concierto, uno para ella y otro para él, y ese es todo el contacto que Mia Wilder tiene con las drogas.

La mujer la mira sin poder evitarlo. En persona y de cerca, Mia Wilder es más baja de lo que parece en el escenario —aunque ahora está descalza— y no parece tan peligrosa como cuando canta y se mueve como si fuera a comerse el mundo; de hecho, parece vulnerable, pero eso no le hace perder ni un ápice de ese magnetismo que desprende.

A las nueve y media de la mañana, llaman a la puerta. Mia ya ha salido de la ducha y la mujer está terminando de atarse los cordones de las zapatillas para marcharse. Abre la puerta sin dudarlo y Noah entra con el pelo tan alborotado que parece que no se ha peinado, pero huele a menta cuando se acerca a Mia, y ella sonríe porque le encanta el olor que desprende su amigo después de la ducha.

—Hola —dice Noah, mirando a la mujer de reojo.

—Buenos días —responde ella, poniéndose en pie para buscar su bolso.

El asistente se sienta en un sillón y saca su móvil mientras espera a que Mia despida a su amante.

—¿Qué tal? —pregunta su amigo en cuanto Mia cierra la puerta—. ¿Una noche agradable y agotadora?

Mia se ríe y se sienta en el sillón de al lado.

—No me quejo. ¿Y tú? ¿Alguna chica? ¿Un chico esta vez?

—Ambos —sonríe Noah.

Mia arquea una ceja y le devuelve la sonrisa.

—Joder, tú sí que sabes montártelo.

Él asiente y se encoge de hombros mientras ella lo mira un momento y niega con la cabeza con cierta incredulidad, porque Noah es un chico demasiado tímido al que le cuesta socializar, pero después hace tríos por las noches y ella se pregunta si es solo en esos momentos cuando se permite perder la vergüenza.

—Deduzco que no has desayunado todavía —Noah estira el brazo y coge el teléfono para llamar a recepción.

Ella lo escucha pedir el desayuno para ambos y se confirma una vez más la suerte que tuvo al conocerlo.

—Ve recogiendo tus cosas mientras lo suben —pide Noah, pasando el dedo por la pantalla de su teléfono—. Hoy tienes prueba de sonido en el Madison Square a las cinco, y a las siete una entrevista por la radio de...

—¿Una entrevista? —lo corta ella—. Joder, Noah, ¿quieres dejarme sin voz antes del concierto?

Él le sonríe con ternura.

—Solo son quince minutos; después tienes la agenda limpia hasta el lunes para que te centres solo en el siguiente concierto. Prometido.

Ella suspira y asiente antes de levantarse para empezar a meter sus cosas en la maleta, porque, en cuanto desayunen, tienen que correr hacia el aeropuerto. Esta parte es la que menos le gusta de las giras; pasa tan poco tiempo en las ciudades que a veces tiene que pensar durante varios segundos para saber dónde está.

Capítulo 3

—Vamos a ver si esta vez nos toca alguna que no se haya bebido la primera litrona durante el desayuno —murmura Barry mientras aparca la ambulancia detrás del Madison Square Garden, justo en la zona acotada por conos naranjas que les ha indicado el equipo de seguridad cuando han llegado.

Erin suelta el aire de la risa por la nariz, sin apartar la mirada de los documentos donde tienen los protocolos de la tarde. Lleva el polo verde oscuro de MediSupport con su apellido bordado en el bolsillo del pecho, unos pantalones cargo de color negro y se ha recogido la melena en una coleta tensa mientras venían de camino.

—Nosotros no entramos al *pit*, Barry —le recuerda ella, y él se gira y la mira un momento, desconcertado.

—¿Y eso?

Erin pone los ojos en blanco y resopla sin acostumbrarse a los despistes continuos de su compañero, o más bien a su falta de iniciativa para leerse los correos o mensajes que les envían con la información.

—Lo ponía en el primer correo que nos enviaron: somos el equipo exclusivo para la artista, no para el público. La cobertura de *pit* la lleva otra empresa; vienen tres ambulancias y un equipo de seis personas que se sumarán al propio equipo interno del estadio. En definitiva, tú y yo nos quedamos pegados al *backstage* por si la cantante o su equipo necesitan algo.

Barry asiente despacio mientras se mete una pastilla de menta en la boca. Tiene cincuenta y dos años, una barriga incipiente, brazos enormes y el pelo rubio oscuro empezando a clarear de forma equitativa por toda su cabeza, lo que no lo convierte en el típico hombre que se queda calvo solo por una parte y lo cubre peinando el resto del pelo hacia ese lado. A Erin le cae bien; le gusta trabajar con él porque es amable, educado y divertido y, además, tiene una capacidad que ya quisieran otros para no perder los nervios delante

de un cuerpo, lo cual lo convierte en el mejor compañero que Erin podría haber tenido para este tipo de trabajo.

—Pues aburridísimo entonces —se lamenta Barry—. Nos van a tener cuatro horas de pie por si la diva se rompe una uña.

—Algo así —responde ella con una sonrisa.

Bajan de la ambulancia y Erin recoge la mochila médica antes de seguir al técnico que les ha venido a buscar para acompañarlos al punto fijo que les han asignado. El backstage del Madison Square Garden es un laberinto de pasillos con cables negros pegados y una cantidad enorme de gente moviéndose con prisa que a Erin le recuerda a urgencias en una madrugada de fin de semana, solo que aquí todo el mundo lleva auriculares y nadie está sangrando.

El punto médico que les han preparado es una sala pequeña pegada a los camerinos, con una camilla, un desfibrilador automático, oxígeno portátil, una mesa con material y dos sillas plegables. Erin lo revisa todo como siempre: comprueba la carga del desfibrilador, abre y cierra la bombona de oxígeno, repasa el material del kit y ordena las jeringas por calibre, porque si pasa algo de verdad no quiere perder tiempo buscando.

—¿Todo al gusto de la señora? —pregunta Barry con regodeo.

Ella lo mira de reojo y asiente una sola vez.

—Genial, pues voy a buscar café.

Barry se marcha y ella sale de la sala para una visita rápida al equipo de seguridad y dejar claro quién es y dónde está, porque por experiencia en otros eventos sabe muy bien que cuando sucede algo, los segundos que se pierden mostrando credenciales forman parte de un tiempo que puede costar muy caro.

—Tobby —pronuncia el hombre al que se presenta, tendiéndole la mano antes de buscarla en la lista de personal autorizado y pedirle la acreditación.

Tobby le coloca una pegatina amarilla sobre la acreditación y sale con ella al pasillo para acompañarla al lateral del escenario y mostrarle el sitio donde deben colocarse ella y su compañero.

—Suerte, doctora —dice Tobby antes de volver a su puesto.

A las siete y media en punto, Erin está en el lateral del escenario, de pie junto a una columna metálica que sostiene parte de la estructura de los focos. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos clavados en el escenario, que todavía está vacío y cubierto por un telón negro. Barry está un par de metros por detrás, sentado en

una caja del equipo técnico mientras mira su móvil con expresión hastiada. Al otro lado del telón se oyen las voces de los miles de personas que ya esperan a que empiece el concierto. Erin piensa en su hermana Brooke, que probablemente estará en la pista, ansiosa por ver a la cantante mientras ella está aquí, a un paso de meter un pie en el escenario, y a Erin se le levanta una sonrisa ladeada que de inmediato borra sintiéndose culpable solo por haber pensado en tener algo que su hermana desea.

A las ocho menos dos minutos, las luces se apagan y el rugido del público se eleva haciendo que el vello de sus brazos se erice.

—Joder, no me acostumbro a esto —berrea Barry, apareciendo a su lado mientras se acaricia el brazo, estremecido—. ¿Crees que los artistas llegan a hacerlo alguna vez?

—No lo sé; puede que algunos sí y otros no. Yo, desde luego, no creo que lo lograse nunca.

El telón desaparece de golpe y desde la oscuridad del escenario se escucha una voz grave y algo ronca cantando a capela un par de versos antes de que empiece a sonar la batería. Las luces se encienden con un fogonazo blanco que hace parpadear a Erin y Mia Wilder aparece ante sus ojos.

No la han visto entrar porque probablemente lo ha hecho por el otro lado del escenario o durante el momento de oscuridad. Erin ha conocido a muchas mujeres carismáticas en su vida y, en su opinión, la gente confunde carisma con atractivo, pero para ella son dos cosas distintas: el carisma es la capacidad de hacer que todo gire alrededor de una persona sin que esta tenga que esforzarse para conseguirlo, y el atractivo es simplemente eso, alguien que resulta agradable a la vista.

Mia Wilder es las dos cosas. Está plantada en mitad del escenario con un mono negro abierto hasta la mitad del esternón, los brazos cubiertos de tatuajes, el pelo lavanda revuelto y la mirada levantada hacia las gradas, y resulta tan impactante que la doctora, por un momento, contiene la respiración cuando algo le hormiguea por debajo de las costillas.

Aprieta más los brazos sobre su pecho y cambia el peso de un pie a otro mientras ignora esa extraña sacudida, que probablemente se debe al propio subidón de adrenalina por estar tan cerca de algo que provoca ese movimiento de masas, y se centra en lo que ha venido a hacer.

Durante las primeras seis o siete canciones todo va bien. Mia se mueve por la pasarela como si el escenario fuera lo único que ha conocido y se sintiera en casa sobre él. Se acerca al borde, se arrodilla, se levanta y provoca reacciones descontroladas. Canta con la voz algo rota en los estribillos y limpia en los puentes, y Erin no deja de asombrarse de la capacidad de sus pulmones.

Es durante la octava canción cuando la doctora nota el primer detalle que le llama la atención. Mia se apoya en el pie del micrófono y a Erin no le parece una pose de una persona que descansa un momento: se apoya como si le costara sostenerse en pie durante unos segundos y después simplemente sigue caminando como si nada hubiera pasado. En la siguiente canción, la cantante se lleva la mano a la sien izquierda y hace un movimiento circular que a ojos del público puede parecer algo sensual, pero que a Erin la hace descruzar los brazos y ponerse alerta, porque ese gesto no le parece el de alguien que intenta seducir al público, sino el de alguien que lleva rato mareada y está tratando de disimular.

—¿Qué pasa? —le grita Barry al oído cuando nota el nerviosismo de su compañera.

—No estoy muy segura —responde ella, sin apartar la mirada de Mia Wilder.

En la siguiente canción, una con una coreografía potente que la cantante ejecuta junto a los bailarines, pierde el paso un par de veces y lo disimula levantando el micrófono para hacer cantar al público.

—Creo que está mareada —le dice a Barry.

Su compañero clava sus ojos en la chica, pero él no nota nada.

—¿Estás segura? Yo la veo bien.

—No lo está; vigílala —exige, y deja a Barry pasmado cuando se da la vuelta para ir a buscar a alguien con autoridad.

Un técnico le señala a un hombre trajeado de unos cuarenta y tantos que observa a la artista con atención.

—Es su mánager.

Erin ni siquiera da las gracias y, en dos zancadas, se planta delante de él.

—Disculpe —dice, llamando su atención.

Jude aparta la vista del escenario y la mira de arriba abajo sin entender por qué esta mujer lo molesta.

—Soy la doctora Dooley —se presenta—. Su cantante lleva varias canciones mostrando síntomas de presíncope; debería detener el

concierto unos minutos para poder atenderla.

Jude la mira con los ojos muy abiertos mientras procesa lo que acaba de decirle, y en esos segundos y esa mirada oscura Erin entiende de inmediato el tipo de persona que tiene delante.

—Es solo agotamiento. ¿Sabe cuánto se suda ahí delante con el calor de los focos y los nervios? —pregunta Jude—. Lo que necesita es beber más agua; a veces parece olvidarse.

—No es por el sudor —rebate Erin, incrédula ante la incompetencia de ese hombre—. Se apoya en el pie del micrófono como si le costara sostenerse por sí misma, y ya se ha llevado los dedos a las sienes dos veces.

—¿Ha estado usted en un concierto antes? —pregunta Jude, soltando una risita por la nariz—. Mire, le agradezco la atención, en serio. Sé que es su trabajo, pero Mia sabe lo que hace y, si necesitase parar, lo haría. Le aseguro que está bien; aun así, voy a dar orden para que le hagan beber más agua entre canciones. ¿Le parece bien así?

Jude pregunta, pero no espera a que Erin responda; simplemente la deja ahí y se acerca a alguien del equipo técnico para decirle algo.

—Puto imbécil —masculla antes de darse la vuelta para volver a su puesto.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Barry.

—No va a hacer nada. No te alejes; es posible que tengamos que intervenir.

Barry vuelve a mirar a la cantante. A él solo le parece una chica cansada, y eso entra dentro de sus estándares porque Mia no ha dejado de cantar, bailar y moverse por el escenario desde que ha empezado el concierto, pero lleva mucho tiempo trabajando con Erin y la doctora no se ha equivocado ni una sola vez, así que permanece a su lado, expectante.

Mia está en mitad de un estribillo en un tema rápido que el público corea entusiasmado cuando las piernas le ceden. No es un desplome dramático ni teatral; es algo peor y más feo: las rodillas se le doblan hacia dentro como si alguien le hubiera quitado el hueso y cae de costado contra el suelo del escenario. Es todo tan impactante que todo el mundo tarda unos segundos en entender lo que ha pasado, todos menos Erin Dooley, que corre hacia el escenario seguida de Barry, identificándose como médica mientras él hace señas a todo el que trata de acercarse para que no lo haga.

Erin se deja caer de rodillas junto a la cantante justo en el momento en que las luces se apagan por completo y el telón empieza a desplazarse. Dos técnicos la iluminan con linternas para que tenga visión mientras el público grita desesperado por saber qué pasa.

Lo primero que hace Erin es ponerle los dedos en la carótida para asegurarse de que tiene pulso.

—Hay que sacarla de aquí y llevarla a la sala médica.

Barry pasa sus enormes brazos por debajo del cuerpo de Mia y la levanta sin esfuerzo mientras Erin le sujeta la cabeza y ayuda a apoyarla contra el hombro de su compañero.

Capítulo 4

La sala se ha llenado de personas que no deberían estar ahí, pero de eso se ocupa Barry porque Erin está centrada en Mia, que está abriendo los ojos. La doctora se fija en su expresión al hacerlo y se da cuenta de inmediato de que algo va mal, porque la cantante parpadea sin llegar a enfocar, después mira hacia el techo con expresión desconcertada y sus manos se cierran sobre la tela de la camilla hasta convertirlas en puños. La respiración se le acelera de inmediato, el pecho le sube y el diafragma no le baja, y Erin reconoce el patrón sin necesidad de que Mia haga o diga nada, porque son demasiados años como médica y ha visto a muchos pacientes entrar en pánico, que es lo que está haciendo la cantante ahora mismo.

—Fuera todo el mundo —ordena con voz atronadora, girándose hacia atrás.

Junto a Barry, está el mánager de la cantante y otro chico con la expresión desencajada que, de algún modo, le transmite confianza desde el primer momento porque parece realmente preocupado por Mia.

—Tengo que estar aquí —dice Jude—, porque soy…

—Me da igual quien seas, fuera de aquí. Tú también, Barry —Erin mira al chico, que parece suplicarle con la mirada que no lo haga salir—. Tú siéntate ahí y no molestes.

Noah suelta un suspiro entrecortado y se deja caer en una silla mientras Barry invita a Jude a salir de la sala y cierra la puerta tras él.

Mia está intentando incorporarse sobre el codo derecho cuando Erin se gira hacia ella, pero la cantante no lo logra y cae contra la espuma de la camilla. La mano izquierda le tiembla en el aire como si quisiera encontrar algo que no está ahí o no supiera siquiera lo que busca, pero lo que más impresiona a Erin es la intensidad de sus ojos azules exageradamente abiertos.

—Mia —susurra la doctora, suavizando el tono de su voz—. Eh, mírame a mí.

La cantante la mira, pero no parece verla del todo.

—Me llamo Erin. Soy doctora y ahora estás en el Madison Square Garden —Mia la sigue observando mientras intenta respirar—. Te has desmayado en el escenario. Estás bien aunque no te lo parezca, y es normal que estés asustada, pero tienes que confiar en mí ahora mismo; no te pasa nada.

Mia intenta decir algo, pero le sale una especie de jadeo ahogado y los ojos se le llenan de lágrimas. La respiración cada vez es más acelerada y los hombros casi le suben a las orejas cuando intenta coger aire.

—Escucha —Erin le pone la mano en la frente sudorosa y le aparta los mechones húmedos—. Lo que sientes es un ataque de pánico. Estás asustada por lo que ha pasado y algo desorientada, pero te prometo que no te va a pasar nada.

La doctora mira hacia el chico y Noah se levanta dispuesto a acercarse, pero ella le hace un gesto con la mano porque, antes de permitir que Mia interactúe con alguien más, necesita que sus pulsaciones se normalicen.

Coge uno de los puños de la cantante con cuidado y le va abriendo los dedos uno por uno mientras Mia, aterrada, la mira fijamente. Cuando logra abrirle la mano por completo, Erin se la coloca sobre su propio pecho, justo encima del bolsillo donde está bordado su nombre, de manera que Mia pueda sentir la subida y la bajada de su respiración.

—Tienes que respirar como yo, ¿de acuerdo?

Mia jadea y parpadea entre lágrimas, pero mantiene la mirada fija en la doctora.

—Venga, respira conmigo —pide Erin—. Uno dentro, dos fuera, tres dentro…

Erin coge aire, Mia lo retiene.

—Otra vez —insiste la doctora—. Uno dentro, dos fuera…

Mia lo intenta y le sale un suspiro tembloroso que no logra llenarle los pulmones del todo, pero Erin no deja de mirarla y asentir como si lo estuviera haciendo bien.

—Sigue. Tú mírame a mí y céntrate en mi respiración. Vamos, cariño, puedes hacerlo.

La cantante coge aire y esta vez logra hacerlo de forma más profunda. Erin nota la mano que tiene apoyada en su pecho apretar

las yemas de los dedos contra ella y entonces suelta el aire despacio para que Mia pueda imitarla.

—Así, otra vez.

Lo hacen al menos diez veces y, a la siguiente, los hombros de la cantante empiezan a bajar. La respiración se le va estabilizando y al fin puede tragar saliva sin atragantarse. Sus ojos azules, que han estado completamente clavados en los grises de Erin durante todo el proceso, empiezan a enfocar de verdad y, en el momento en que la artista es consciente en realidad de dónde está, de lo que le ha pasado y de dónde, Erin ve cómo la vulnerabilidad atraviesa a la cantante durante un momento, lo que la hace percibir su miedo y darse cuenta de lo indefensa que se siente en ese instante, por lo que la doctora aprieta más su mano contra su pecho.

—Tranquila, todo está bien —susurra, y Mia coge aire con brusquedad y lo suelta de forma entrecortada.

La sigue mirando durante varios segundos que flotan en el aire con una electricidad extraña, pero Erin ignora ese acontecimiento que no sabe cómo clasificar y sigue centrada en la paciente.

—Hola —saluda la doctora, esbozando una pequeña sonrisa cuando Mia vuelve a parpadear y parece más enfocada.

—Hola —habla al fin, con la voz bastante ronca.

—¿Sabes dónde estás?

Mia asiente, notando que le llega demasiada información de golpe.

—En el Madison.

—¿Qué día es hoy? —pregunta Erin.

—Viernes, no sé la fecha.

—Nunca suele saberla —aporta Noah, que también tiene una mano en el pecho como si hubiera estado haciendo los mismos ejercicios de respiración.

Erin lo mira un segundo y asiente.

—No hace falta la fecha, con el día me vale —se gira hacia Mia—. ¿Te duele algo?

—Sí y no; me duele todo un poco, pero no mucho.

—De acuerdo. ¿Estás mareada?

La cantante asiente.

—Un poco.

—Puede que lo estés durante un rato todavía. Vamos a ir al hospital, ¿de acuerdo? Es solo por seguir el protocolo —dice para

evitar que se asuste—, no creo que tengas nada serio, pero te has desmayado y hay que saber el motivo.

—No es la primera vez —escucha Erin, y se gira hacia el chico, que se acaba de plantar a su lado y mira a Mia fijamente con su pelo enmarañado cayéndole por la frente.

—Estoy bien, Noah —susurra la cantante intentando sonreír.

El asistente hace una mueca y suelta un bufido, rodeando la camilla hacia el otro lado para poder coger la mano de su amiga. Es entonces cuando Erin se da cuenta de que tiene la otra mano de Mia Wilder atrapada entre la suya y su pecho, por lo que la separa despacio y se la coloca sobre el vientre antes de volver a tomarle el pulso, auscultar a la paciente con el fonendo y prepararlo todo para cogerle una vía.

—Has dicho que le ha pasado más veces —Erin mira a Noah mientras se prepara para pinchar—. ¿Cuántas?

—Cuatro o cinco en los últimos meses, puede que seis.

—No es necesario que mires —murmura Erin, a punto de clavarle la aguja.

—No me da miedo —afirma Mia.

—¿En qué condiciones? —pregunta la doctora, dirigiéndose a Noah de nuevo.

—En cualquier sitio. La primera vez fue en el bus de la gira, otra en el hotel, otras dos antes de subir al escenario…

—¿Nunca te ha visto un médico? —ahora mira a Mia, pero ella solo se limita a asentir porque todavía no tiene fuerzas para hablar tanto, así que Erin vuelve a centrarse en Noah.

—Jude hizo venir a un tipo una de las veces, pero dijo que solo era deshidratación.

La doctora levanta una ceja.

—Supongo que no le hizo ninguna prueba…

—No. Jude dijo que no era nada, solo agotamiento, que me encargara de que bebiera mucha agua y todo estaría bien.

—Perdona, pero… —dice Erin—. ¿Eres su novio o…?

—Oh, no —Noah sonríe, sonrojado, y Erin le devuelve la sonrisa porque el chico le transmite una confianza y una calma que ha encontrado en muy pocas personas—. Somos amigos desde hace años, y ahora soy también su asistente personal.

La doctora asiente sin mirarlo, porque ni siquiera sabe el motivo por el que se lo ha preguntado puesto que no era una información

que ella necesitara para atender a la paciente.

—Bueno, pues esto ya está; voy a pedirle a mi compañero que traiga la camilla de la ambulancia y nos marchamos.

Para cuando sale, encuentra a Barry al lado de la camilla, esperando, y Erin sonríe porque le encanta que se anticipe a todos sus pensamientos.

—¿Es necesario? —pregunta Jude, al que le tiembla un párpado por el estrés—. ¿Sabe cuánta gente ha venido a verla? No podemos...

—Me da igual quién haya venido y también lo que diga usted. Desde el momento en que ha pasado a ser mi paciente, se ha convertido en mi responsabilidad, así que ahora se hará lo que yo decida. Si quiere hacer algo útil por ella, despeje el pasillo y asegúrese de que la salida esté libre para que no le hagan fotos. Está mejor, por cierto —suelta con desdén, y se da la vuelta para volver a la sala.

Cinco minutos después, Mia está en la parte trasera de la ambulancia junto a Erin, y Noah va en la parte delantera hablando con Barry, que se dedica a distraer al chico con sus comentarios divertidos y punzantes sobre su trabajo. La doctora le pone el pulsioxímetro en el dedo y ajusta el goteo del suero mientras la ambulancia se pone en marcha con las sirenas apagadas.

Mia mira al techo mientras recupera el control de su cuerpo lentamente, y también sus capacidades de blindarse de la única manera que sabe: seduciendo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, porque no es capaz de recordar que la doctora se lo ha dicho antes.

—Erin —responde, señalándose el bordado del pecho con un dedo mientras comprueba sus constantes.

—Erin Dooley...

Mia se aparta el pelo de la frente —que ahora está seco— y le dedica una sonrisa. Erin se da cuenta de inmediato de lo que pasa, ve el momento en que la chica vulnerable de hace unos minutos se transforma en alguien empeñada en no mostrar debilidad. No es que tenga un don para estas cosas, pero la expresión de Mia está cambiando por completo. Sus ojos azules parecen brillar y ya no hay rastro de las lágrimas que antes los anegaban, por no hablar de la sonrisa torcida con la que la está mirando.

Erin quiere decirle que no hace falta que pierda el tiempo con ella, que no piensa entrar en su juego y tampoco necesita esforzarse para

demostrarle nada, pero decide dejarla hacer porque lo que más le interesa ahora es que su paciente se recupere, y si esto la ayuda, ella no va a oponerse.

—Te queda bien el uniforme, es… —Mia parece pensar, pero en realidad no lo hace. Tiene muy claro lo que quiere decir y la pausa solo es para generar nerviosismo en su presa, solo que con Erin no funciona—, es sexy —completa la cantante.

—Es un uniforme bastante hortera —opina Erin, apoyando la espalda en la parte trasera de su asiento.

—¿Siempre te recoges el pelo?

—Cuando trabajo, sí.

—Es una pena que no nos hayamos visto en otro momento; estoy segura de que suelto te queda todavía mejor.

Erin la ignora, le coge la muñeca y le toma el pulso.

—¿Bien o mal? —pregunta Mia, observando los dedos de la doctora sobre su piel.

—Bajo, pero teniendo en cuenta lo que te ha pasado es normal, no te preocupes.

Mia la observa con los ojos entornados, intentando encontrar ese botón que le sirve para dirigirse a las personas a las que quiere desestabilizar, pero que no encuentra con la doctora.

—Tienes las manos bonitas.

Erin la vuelve a ignorar.

—Probablemente pasarás la noche en el hospital —explica, mientras apunta algo en el parte médico de Mia.

—No quiero pasar la noche en el hospital —protesta la cantante.

—Nadie suele quererlo, pero es lo que te conviene.

—¿No te interesa saber lo que prefiero? —pregunta desconcertada.

A Erin le entran ganas de reírse. Debe reconocer que la chica es insistente y está segura de que sus armas le funcionan porque no necesita mucho para conseguir que se fijen en ella. Por un momento, llega a pensar en lo que podría pasar si decide seguirle el juego, y el escalofrío que le atraviesa la columna es tan potente que la corriente la recorre entera y le llega hasta las orejas.

—Como paciente, me interesa todo de ti —responde Erin—; como persona, la verdad es que no.

Mia se queda completamente quieta un momento, con la cabeza un poco ladeada mientras mira a la doctora con cierta expresión de sorpresa, como si fuera la primera vez que sus armas de seducción no

le funcionan a la primera. No parece ofendida; a Erin le parece algo peor, porque Mia la observa como alguien que ha descubierto un juego nuevo que no puede ganar y se lo propone como reto para superarse.

—De acuerdo, doctora Dooley —dice al fin, y vuelve a mirar el techo de la ambulancia mientras empieza a responder algunas preguntas que Erin le hace sobre su día a día, si come bien, si descansa lo suficiente, si siente estrés...

Al principio Mia no quiere responder, pero se descubre siendo sincera con cada pregunta que sale de la boca de la doctora.

—¿Drogas? —pregunta Erin.

Mia baja la mirada del techo y la desvía hacia ella.

—Un porro de marihuana de vez en cuando. Puedes preguntarle a Noah si no me crees.

—¿Por qué no iba a creerte?

La cantante la mira un momento, descolocada, y después se encoge de hombros.

El hospital al que llegan es el mismo en el que Erin trabaja. No es que sea el más cercano al Madison Square Garden, pero sí el más cercano con el que MediSupport colabora, y como la paciente no estaba grave, el protocolo de actuación es este. Erin lo agradece porque conoce a casi todo el personal de urgencias.

La camilla de Mia entra por una entrada diferente debido a la condición de persona famosa de la paciente, pero no por ello va a recibir un trato especial.

—Dooley —dice Hassan cuando la ve, sorprendido—. No sabía que trabajabas esta noche.

Erin se señala el polo con el logotipo de la empresa y se encoge de hombros.

—Cobertura de evento, tío —responde mientras Barry sigue empujando la camilla.

—Ya veo —sonríe Hassan—. ¿Qué me traes?

—La paciente es Mia Wilder, de veintiséis años. Ha sufrido un síncope en medio de una actuación. Pulso bradicárdico al recogerla, recuperación de consciencia con episodio de pánico postsíncope.

Hassan mira a Mia y trata de mostrarse indiferente, aunque sus gemelas de catorce años se van a volver locas cuando se enteren de que ha sido el médico de su cantante favorita. Barry y un camillero

entran a dejar a Mia en el box y el médico y Erin se quedan fuera, donde Noah espera un par de pasos por detrás.

—¿Antecedentes? ¿Qué sabes? —pregunta Hassan.

—Cuatro o cinco episodios parecidos en los últimos meses. Diagnosticada por su entorno como deshidratación —Hassan abre la boca, impactado.

—¿Quién la diagnosticó?

—Eso da igual —Erin prefiere no pensarlo—. El cuadro es coherente con un síncope vasovagal recurrente. Encaja con su situación: estrés constante, déficit calórico y falta de sueño. Horarios imposibles y cansancio hasta el extremo.

Hassan asiente.

—De acuerdo. Pido analítica, ECG, holter de veinticuatro horas y tilt test si todo lo demás sale limpio.

—Bien.

Hassan se mete en el box y Erin se queda en el pasillo un rato más mientras Noah la mira de reojo. La doctora mueve la punta del pie derecho de un lado a otro, mirándose las botas, esperando a que la adrenalina del momento empiece a bajarle.

—¿Es grave? Sea sincera.

La voz de Noah le llega como si estuviera hablando a través de un cristal, pero cuando Erin levanta la mirada, lo tiene justo delante con la misma expresión preocupada que cuando estaban en el recinto.

—No, pero tampoco es algo que vaya a arreglarse con un vaso de agua —responde, apretando los labios.

El chico la mira y la doctora tiene la sensación por un momento de tener delante a un chaval de quince años desorientado y asustado, a pesar de que es evidente por su aspecto que debe estar más cerca de los treinta que de los veinte.

—Suponiendo que sea lo que sospecho, a corto plazo lo que necesita es muy básico. Tres comidas al día a horas decentes, no lo que pueda o quiera picotear por ahí entre una prueba de sonido y otra. Hidratación constante, ocho horas de sueño y reducir la presión que tiene encima —resume Erin.

—¿Y qué es lo que sospecha?

—Deja que le hagan pruebas primero, pero te prometo que no es grave.

—Vale —Noah asiente, pensativo, y levanta su mirada de cachorro abandonado para sonreírle a Erin—. Gracias, doctora.

—De nada.

El asistente está a punto de caminar hacia el box, pero se da la vuelta.

—¿Sabe, doctora? Es la primera vez en mucho tiempo que conozco a alguien que mira a Mia y no ve a Mia Wilder, sino solo a mi amiga. Ha sido interesante.

Erin lo mira sin saber muy bien qué responder a eso, pero Noah no parece esperar una respuesta, solo quería que lo supiera, y se aleja con una sonrisa.

—¿Nos vamos? —pregunta Barry, apareciendo con dos cafés en la mano.

Erin coge el suyo y mira un momento hacia el box donde está Mia. Piensa en si es correcto entrar y despedirse, y si lo es, en si debe hacerlo.

—Sí, estoy agotada —responde, y sujeta el café de Barry mientras su compañero empuja la camilla de vuelta a la ambulancia.

Barry la lleva hasta su apartamento antes de devolver el vehículo médico y, durante las cinco manzanas que atraviesan por la ciudad, Erin no abre la boca ni una sola vez. Acaba de vivir una anécdota de las que cualquier persona estaría deseosa de contar, pero lo más parecido a un amigo que tiene Erin es a Barry, así que no hay nadie a quien llamar para contarle nada.

Una punzada de ansiedad le aprieta el pecho porque la soledad a veces es muy difícil de digerir, pero entonces ve la mirada azul de Mia cuando ha despertado, ese terror en su expresión, sus manos temblando mientras el pánico se apoderaba de ella, y ese pellizco se retuerce más en su pecho, como si de algún modo se hubiera sentido conectada a la cantante.

—Descansa, Dooley, pareces necesitarlo —dice Barry cuando se detiene frente a su edificio.

—Gracias, Barry, tú también.

Él le guiña un ojo y Erin cierra la puerta de la ambulancia al bajar.

Capítulo 5

Mia está sentada en el borde de la cama del hospital, con la bata azul medio desabrochada y la espalda al aire. Apenas ha dormido; lo ha intentado muchas veces, pero solo daba vueltas y, como mucho, entraba en un estado de duermevela que no le permitía descansar del todo, pero que al menos no la dejaba pensar. Está mirando a Noah, que está reclinado en el sillón de visitante, girado hacia un lado, con la cara aplastada contra el respaldo y los ojos cerrados, pero Mia sabe que no está dormido porque tiene el ceño ligeramente fruncido, como si algo le impidiera relajarse. La cantante suspira, porque sabe que ese algo que tanto preocupa a su amigo es ella misma, ya que su asistente solo la tiene a ella y ella solo lo tiene a él.

Mira el reloj en la pantalla de su móvil y suspira. Son casi las ocho de la mañana y está desesperada porque venga el doctor a darle el alta para poder salir de allí.

—Sé que estás despierto —murmura Mia, estirando la pierna para tocar la rodilla de Noah con su pie descalzo.

El pecho de su amigo se hincha cuando aspira y después se encoge al expirar.

—Estoy descansando los párpados —explica Noah.

Él tampoco ha dormido demasiado, porque escuchaba a Mia moverse de forma constante y eso lo mantenía inquieto por si se encontraba peor.

—Me aburro, Noah, ¿no puedes ir a buscar al doctor para que nos marchemos de una vez?

Noah abre un ojo, despacio, y después se incorpora para poder abrir el otro.

—No seas caprichosa —dice, molesto—. Ya escuchaste a la enfermera: para alguien con síntomas como los tuyos, te dejan pasar la noche en urgencias, y a ti te han cedido una habitación por ser quien eres; sé agradecida y no pidas más de lo que necesitas.

Ella frunce el ceño y vuelve a darle con el pie.

—No soy desagradecida, pero estar aquí es un rollo. Quiero irme al hotel y dormir; tampoco pido tanto.

—No creo que tarden en venir, seguro que quieren deshacerse de ti cuanto antes. Además, Jude seguro que habrá dejado instrucciones claras —sospecha Noah, con los ojos en blanco—. Ha tenido que poner seguridad en el pasillo y en tu puerta, eso vale dinero, y ya sabes lo tacaño que es.

Mia se ríe.

—¿Quieres que vaya a la cafetería y te traiga algo para desayunar?

—Ahora no me apetece, quizá más tarde —dice Mia.

—¿Ni un zumo? No has comido nada desde antes del concierto —recuerda preocupado.

—Tengo esto; sobreviviré —ella se señala la vía del brazo donde sigue teniendo el gotero.

Noah resopla y se pasa las manos por el pelo para peinarse.

—A lo mejor deberías entrar al baño y mirarte en el espejo —aconseja Mia con la sonrisa torcida.

Su amigo duda porque la verdad es que suele importarle bastante poco el estado de su pelo, ya que cuanto más alborotado, más gusta a los chicos y a la mayoría de las chicas, pero decide ir de todos modos para lavarse la cara y vaciar la vejiga.

Cuando él cierra la puerta, Mia se gira hacia la ventana desde la que no puede ver gran cosa porque hay un enorme edificio al otro lado con un montón de ventanas exactamente iguales que le parece más aburrido que su propia estancia allí. Coge el móvil para revisar las redes y se encuentra con miles de mensajes de apoyo —también otros que exigen que se repita el concierto en otra fecha y varios que piden recuperar el dinero de la entrada— y lo deja a un lado, pensando que Jude estará teniendo el doble de trabajo amortiguando todo esto.

La puerta de la habitación se abre al mismo tiempo que Noah sale del baño. Por ella entra Hassan —el mismo doctor que la atendió cuando llegó— acompañado de una doctora residente. Mia está a punto de preguntarle cuántas horas dura su turno, pero se da cuenta de que debajo de la bata lleva un traje diferente al de la noche anterior y parece despejado, así que probablemente se fue después de terminar el turno de tarde y ahora simplemente está en el de la mañana.

—Buenos días —saluda el hombre—. ¿Qué tal has descansado, Mia?

—Bastante bien.

—Joder, Mia —salta Noah, enfadado—. Hablamos de tu salud, así que no le mientas.

Ella se atusa su corta melena mientras piensa que necesita una ducha urgente.

—De acuerdo, no he dormido mucho, pero no me encontraba mal ni nada; es solo este sitio, me da mal rollo.

Hassan sonríe, al igual que la residente. Mia se fija en ella y llega a la conclusión de que es mona, y quizá podría haber sido una buena candidata para pasar la noche con ella después del concierto, solo que la ha pasado aquí en lugar de teniendo sexo.

El doctor se acerca y le toma el pulso tras dejar un informe sobre la cama. Mia se queda quieta, mirándolo mientras espera.

—Bueno, vamos con las pruebas —anuncia Hassan.

El hombre se sienta al pie de la cama, girado hacia Mia, mientras Noah centra toda su atención en él.

—La analítica está bien; tienes los electrolitos bajos, pero nada alarmante. ECG sin alteraciones, Holter de veinticuatro horas…

—Doctor —lo interrumpe Mia—. No quiero ser grosera, pero no entendemos nada. ¿Puede saltarse esa parte e ir directamente al grano?

El hombre carraspea y le dedica una sonrisa amable porque la comprende, no es la primera paciente que se lo pide.

—El diagnóstico es lo que la doctora Dooley sospechó desde el principio. Las pruebas y tu cuadro clínico apuntan a un síncope vasovagal recurrente.

—¿Eso qué es? —pregunta Noah.

—Las personas que lo sufren —explica la residente, interviniendo por primera vez después de que Hassan la mire—, tienen desmayos provocados por una reacción brusca del cuerpo. El sistema nervioso hace que baje la presión arterial y el pulso, llega menos sangre al cerebro durante unos segundos y la persona pierde el conocimiento.

Los ojos de Noah se abren de forma exagerada.

—Antes de un desmayo suelen aparecer síntomas como mareo, sensación de calor o sofoco, sudor frío, náuseas, visión borrosa o en túnel, un zumbido en los oídos, palidez, debilidad en las piernas o la sensación de que te vas a caer —explica el doctor.

Mia ha bajado la mirada hacia sus piernas, sintiendo que la atravesaba un escalofrío conforme el doctor describía varios de los síntomas que ha notado todas las veces que se ha encontrado mal.

—A veces no llegas a desmayarte, pero la debilidad es notoria y te deja sin fuerza hasta que acabas en el suelo —sigue el doctor.

—Estaba muy desorientada cuando despertó, y asustada —dice Noah—. ¿Eso es normal?

—Sí, la desorientación es muy habitual, y el miedo es una reacción del cuerpo que en algunas personas es inevitable. Te despiertas sin recordar qué ha pasado, rodeada de personas que no conoces y en un sitio que no eres capaz de ubicar. Es lógico asustarse. También lo será que sientas cansancio, estés sudorosa y solo tengas ganas de seguir tumbada. La buena noticia es que no es grave. Es una condición frecuente, pero no una enfermedad en sí misma ni nada que implique un problema cardiaco o neurológico.

—¿Y las malas noticias? —pregunta Mia.

—Las malas son que, en tu caso, el cuadro está agravado por todo lo que pasa a tu alrededor. Eres artista, muy conocida y en plena gira. Eso implica estrés crónico, mala alimentación si no está controlada, dormir poco, deshidratación… Todo esto son factores que potencian tu condición. Si no se corrige, los episodios van a seguir produciéndose y, con el tiempo, probablemente van a aumentar. El problema no es que te desmayes, Mia; el problema es que lo hagas al borde de un escenario con una caída de dos metros, que caigas sobre un foco o te des en la cabeza con cualquier elemento que tengas cerca.

A Noah se le eriza la piel.

—Anoche tuviste suerte, pero la próxima vez podrías hacerte mucho daño.

Mia asiente, despacio.

—¿Y qué se supone que he de hacer? —pregunta, sintiendo que el cuello se le pone rígido.

—A corto plazo, supervisión médica constante mientras estés de gira. No me refiero a un médico al que puedas llamar al móvil si te sientes mal; me refiero a uno que esté muy cerca y pueda actuar de inmediato. Alguien que sepa detectar los síntomas cuando se manifiesten sin necesidad de que tú te expliques, porque a veces ni siquiera sabrás que los tienes. Debe ser alguien que controle tu

hidratación, tus horas de sueño y las comidas, y que tenga autoridad para decir basta cuando tu cuadro lo pida.

Noah siente que el que se está mareando es él.

—Si tu calendario lo permite, y supongo que no, lo ideal es hacer un parón de un par de meses para que descanses; si no, la opción óptima es un médico que vaya con vosotros las veinticuatro horas del día.

Noah suelta un resoplido por la nariz.

—Su calendario no permite parar ahora, eso se lo garantizo yo —explica el asistente, frustrado.

—Lo suponía.

—Ha dicho «a corto plazo» —dice Mia—. ¿Y a largo plazo?

—Hay tratamientos farmacológicos que se pueden valorar si las cosas no mejoran cambiando hábitos, pero en tu caso, por edad y por las características de tu cuadro, lo primero es cambiar el estilo de vida con buena alimentación, hidratación y sueño, como te he explicado antes. Si conseguimos estabilizarlo así, no necesitarás nada más.

Mia asiente, mirando a su amigo de reojo mientras Hassan se levanta.

—Ahora vendrá una enfermera a quitarte la vía. Te prepararé el alta para que puedas marcharte, pero tómate esto en serio, Mia.

El hombre y la doctora se marchan y, durante unos segundos, lo único que se oye en la habitación es el ruido que viene del pasillo.

—Pues ya lo has oído, estoy bien —suelta Mia de repente.

—¿Qué? —pregunta Noah, acercándose a ella.

—Ya has escuchado al doctor, no es grave.

—¿Tú has oído lo mismo que yo o estabas muy ocupada comiéndote a la doctora con los ojos? —se exalta Noah.

Mia ladea la sonrisa y niega con la cabeza.

—Lo he escuchado perfectamente. Ha dicho que no es grave; si como un poco, me hidrato y todo eso, pues ya está controlado.

—Por supuesto, hasta que te partas la cabeza contra el suelo la próxima vez.

—Joder, Noah —protesta ella, estremecida solo de pensarlo.

—Joder nada —su amigo se levanta la tela de la sudadera, dejando a la vista el nombre de Danny en su brazo—. Ya perdí a un amigo una vez, Mia, y no quiero perder a otro, así que no me hagas esto.

Ella iba a protestar, pero sus ojos están fijos en el tatuaje de su amigo y siente que la garganta se le cierra. Levanta la mirada y ve los ojos brillantes de Noah clavados en ella, y se siente miserable porque a veces solo piensa en lo que ella quiere y no en cómo hace que él se sienta con sus decisiones.

—Vale.

—Vale, ¿qué? —pregunta Noah.

—Que vale, que haré lo que sea necesario.

Por la tarde, después de que Mia haya conseguido descansar un par de horas en la suite del hotel, hay un total de seis personas en su habitación. Ella está sentada en el sofá, con las piernas abrazadas y cubiertas por una enorme sudadera. Noah está a su lado, con una *tablet* sobre las rodillas, y Jude enfrente, en uno de los sillones, mientras da vueltas a uno de sus dos móviles. A la derecha de Jude está Violette Hadford una mujer rubia de unos cincuenta años con un traje pantalón azul marino, es la abogada de la discográfica y también la de Mia desde que la conoció y decidió contratarla para sus asuntos personales. A su lado hay un hombre delgado con gafas del que Mia no recuerda el nombre, pero que sabe que es representante del seguro de la gira. Y al fondo, de pie junto a la ventana, está Helen Casterley —Nell para todo el mundo desde hace treinta años—, directora de producción de la gira: sesenta años, pelo corto gris y despeinado que le da un aire muy interesante. Viste vaqueros oscuros, camiseta de manga corta del mismo color y lleva un reloj deportivo en una muñeca y pulseras de cuero en la otra.

—Vayamos al grano —dice Violette—. La situación es la siguiente: anoche Mia se desplomó en un escenario delante de miles de personas, y otros tres millones lo vieron por redes. La discográfica está siendo bombardeada con preguntas sobre el estado de Mia, y la productora del tour ha activado los protocolos del seguro a primera hora de la mañana —añade, mirando a Nell de reojo.

—El seguro —dice el hombre delgado—, cubre cancelaciones por motivo médico siempre que vayan acompañadas de prescripción facultativa documentada. Lo que no cubre es continuar la gira tras un episodio público de pérdida de conocimiento sin medidas correctoras visibles. Si la artista vuelve al escenario sin un plan médico aprobado —sus ojos pequeños recaen sobre Mia—, en caso de un segundo

incidente, el seguro se retira y las pérdidas las absorben la productora y la discográfica.

—Traducido —interviene Jude—, o paramos o establecemos un sistema que tranquilice a todo el mundo.

—¿Cuánto cuesta parar? —pregunta Mia, apoyándose ligeramente contra Noah.

La abogada se aparta el flequillo hacia un lado.

—Cancelación total de las dieciséis fechas restantes —lee de forma robótica—: aproximadamente catorce millones, sin contar la indemnización a los recintos por las cláusulas de fuerza mayor parcial. Y eso si conseguimos que el seguro acepte la condición médica como motivo válido.

Jude está pálido como la jarra de leche que hay en la bandeja de los cafés.

—¿Y un aplazamiento? ¿Mover las fechas? —pregunta Noah.

—Depende del tiempo —responde Violette—. Dos meses suponen cinco millones en costes operativos no recuperables. Seis meses, doce. Eso por no hablar de que se pierden las fechas de los recintos grandes, que ya están comprometidos para otros eventos. Hay muchos de esos que no se recuperan; tienen que pasarse al año siguiente o cancelarse del todo.

—Inviable, todo eso descartado —dice Jude, sofocado—. Haremos lo del médico; eso es razonable para todos, ¿no? Mia estará supervisada las veinticuatro horas por personal sanitario, alguien que controle todo lo que haga falta.

El hombre se pasa la mano por el pelo, sudoroso, mientras Helen Casterley, que no lo soporta, lo mira de reojo.

—¿Qué dices tú sobre eso, Mia? —pregunta la mujer, caminando desde la ventana hasta el sofá para sentarse a su otro lado.

Mia mira a Noah y le coge la mano.

—Me parece bien. Cancelar la gira sería tan desastroso como aplazarla. Estoy bien y puedo seguir.

—Estoy segura de eso, cielo, pero hablamos de tener a alguien que te controlará desde que te levantas hasta que te acuestas.

La cantante suspira y se muerde los labios. En realidad, no le hace mucha gracia y no cree que sea capaz de soportarlo durante más de tres días sin perder los nervios, pero asiente y se convence de que lo hará, no por salvar la gira ni por complacer a su agente, sino por la tranquilidad de su amigo.

—Perfecto —aplaude Jude—. Ahora solo nos falta encontrar a alguien; haré algunas llamadas, hay servicios médicos que trabajan con artistas y...

—La doctora Dooley —lo interrumpe Noah.

Mia se endereza de golpe.

—¿Quién? —pregunta Jude, descolocado.

—La doctora que estaba en el Madison y atendió a Mia.

—¿La que vino a decirme cómo debía hacer mi trabajo? —pregunta, incómodo.

—Parece que no lo hiciste muy bien —suelta Nell sin cortarse—, si le hubieras hecho caso cuando te avisó, Mia no se habría desplomado delante de miles de personas.

Jude quiere decirle que se meta en sus cosas o se jubile, pero sabe que si trata de contradecir a Nell, ella lo aplastará como a una hormiga.

—No se trata de buscar culpables —pone paz la abogada—, sino de encontrar soluciones. ¿Por qué esa doctora, Noah?

—Porque supo cómo tratarla. Detectó sus síntomas antes que nadie y logró calmarla cuando despertó. Acertó el diagnóstico sin pruebas y no se impresiona con la fama de Mia. Es a alguien así a quien necesitamos, ¿no? Alguien a quien esta mujer no pueda seducir ni convencer de que la deje quedarse un rato más despierta haciéndole ojitos —Noah sonríe mirando a Mia de reojo, como si bromeara, aunque ella sabe que no lo hace.

—Estoy de acuerdo —lo apoya Nell.

—¿Cómo has dicho que se llama? —pregunta Violette.

—Doctora Dooley, no sé el nombre —responde Noah.

—Se llama Erin —aporta Mia, hundiéndose más bajo la sudadera —. Erin Dooley.

Jude sacude la cabeza, resignado.

—Aplacemos esta reunión una hora —propone Violette—; necesito investigar a esa mujer antes de hablar de esto en serio.

Todos se levantan y en cuestión de un minuto, Mia está sola junto a su amigo.

—¿Te parece mal que la haya propuesto? —pregunta él en voz baja.

—Me parece mal cualquier propuesta que incluya que alguien me dé órdenes; da lo mismo que sea ella u otra persona —dice Mia, pero

se siente culpable por mentir, porque una parte de ella quiere que Erin Dooley sea la adecuada y, sobre todo, que acepte.

Una hora después, todos están en los mismos sitios de antes, mirando a la abogada.

—Bueno, he podido recabar bastante información dado el poco tiempo del que disponemos. Empiezo: Erin Dooley, treinta y siete años. Es médica adjunta de urgencias en el hospital donde atendieron a Mia desde hace seis años. Antes hizo la residencia en Bellenueve, especialidad en medicina de urgencias y cuidados críticos. Lleva trabajando con MediSupport un tiempo, haciendo coberturas de eventos: conciertos grandes, partidos, eventos privados o visitas oficiales. Sin incidencias. Buenas referencias; he podido hablar con uno de sus jefes anteriores, con el actual ha sido imposible porque no estaba.

—¿Y qué hay de su vida privada? Si tiene ataduras, no hace falta ni proponérselo —dice Jude.

—Hasta donde sé, está soltera y no tiene hijos. Tiene una hermana menor y su madre falleció hace unos años. No sé nada más.

—Si acepta, a mí me parece bien —dice Mia de pronto, haciendo que todos se giren hacia ella—. ¿Qué? Al menos no fue condescendiente conmigo, no me trató como si fuera una diva ni tuvo miedo de hablarme, ni intentó complacerme de ningún modo, algo que no soporto de la gente. Es un poco borde, pero está bien. La quiero a ella.

—Buena elección —dice Nell.

—De acuerdo —accede Jude, girándose hacia Violette—. Tendrás que preparar una oferta formal para ella, y tendrá que ser esta misma tarde, porque no nos sobra el tiempo para seguir buscando si no acepta. Hazle una propuesta tentadora, explícale las condiciones generales, prepárale un…

—Sé hacer mi trabajo, Jude —lo corta Violette, y Nell sonríe sin cortarse.

—Sí, claro, perdona. Es que todo esto me pone nervioso.

—Contactaré con ella —dice la abogada—. Si acepta, monto la firma para mañana y le doy un día para que se prepare. El martes saldría con nosotros hacia Toronto.

—¿Así de fácil? —parpadea Noah—. ¿Qué pasa con sus trabajos actuales?

—Habrá que llegar a un acuerdo con ellos, pero lo puedo arreglar si ella está interesada —responde Violette, como si fuera una minucia para ella gestionar algo así.

Al cabo de diez minutos, la suite se ha vuelto a vaciar y Noah está de pie, a punto de marcharse.

—¿Estás bien? —pregunta él.

—Encantada de tener una niñera con bata —bromea ella.

Noah sonríe y se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros antes de girarse para salir, rezando para que la doctora acepte.

Capítulo 6

—Dooley, box cinco. Una contusión torácica con sospecha de fractura costal —dice Yamila, asomando la cabeza en la sala de descanso.

—Voy —responde la doctora.

Erin deja la taza de café que estaba tomando a medias sobre la mesa y se levanta para seguir a Yamila por el pasillo. De camino, se vuelve a recoger la melena con una pinza y se asegura de que lleva su teléfono en el bolsillo. Es sábado por la tarde y, sorprendentemente, las urgencias están bastante tranquilas para ser fin de semana.

El paciente del cinco es un hombre de unos sesenta años, deportista por su aspecto, que se ha caído con la bicicleta en Central Park y ha venido andando hasta urgencias sujetándose el costado como si se le estuvieran saliendo las costillas —según le cuenta Yamila—, que es bastante exagerada.

La doctora entra, se presenta, le hace las preguntas rutinarias, le palpa el costado ejerciendo la presión justa para no hacerle más daño del necesario —aunque el hombre se retuerza y haga una mueca exagerada— y pide la radiografía.

—¿Cuándo podré volver a montar? —pregunta, como si se hubiera olvidado de la caída que acaba de tener.

—Deje que vea la radiografía primero, ¿de acuerdo? —pide Erin.

El hombre asiente y ella sale del box. Escribe la orden en el sistema y, cuando levanta la cabeza para buscar a Yamila, ve la pared blanca del pasillo al fondo y de repente le viene a la cabeza la imagen de esos dos ojos azules muy abiertos y ligeramente desenfocados mientras la cantante la miraba desde la camilla de la sala médica con expresión de terror. Y de inmediato, ve esos mismos ojos en la camilla de la ambulancia, más despiertos, con un destello de picardía brillando en sus pupilas y una sonrisa torcida mientras Mia Wilder trataba de ligar con ella por algún motivo que Erin todavía no comprende del todo. Lleva pasándole todo el día; en cuanto se despista, se encuentra pensando en la cantante, o más bien recordándola e intentando encajar esas dos versiones de la misma

chica, preguntándose cuál de las dos es la real: ¿la vulnerable que la miraba aterrorizada al despertar o la descarada que apareció cuando su mente se despejó?

Se centra en lo que tiene que hacer y se mete las manos en los bolsillos del pijama verde oscuro mientras espera a que Yamila aparezca y se ocupe de hacer que alguien lleve al paciente a la sala de rayos.

Tres horas después, ha dado de alta al paciente junto a un par de recetas para el dolor y la cita para la revisión dentro de una semana. Erin está en urgencias todavía, terminando de rellenar los datos, cuando Yamila aparece frente a ella de nuevo.

—Dooley, hay una mujer que pregunta por ti en la recepción.

—¿Por mí? —Erin levanta la mirada, sorprendida, porque ella no recibe visitas en el hospital, en su piso tampoco, pero eso es otro tema.

—Dice que te espera, que es importante.

—¿Te ha dicho quién es? —pregunta, intrigada.

—Me ha dicho su apellido, Hadford; no sé si eso te dice algo.

Erin no responde, pero no le suena de nada.

—Ah, ha dicho algo relacionado con el concierto de ayer.

Yamila se marcha y Erin termina el informe y va hacia la recepción, más por curiosidad que por otra cosa. Cuando entra en el vestíbulo, uno de los chicos que está tras el mostrador levanta una mano para hacerle una seña y, de inmediato, una mujer vestida con falda de tubo, americana entallada y unos tacones de aguja de diez centímetros se gira hacia ella y sonríe cuando la mira.

Erin no entiende nada; está segura de que no vio a esta mujer en ningún sitio durante el evento: ni cuando llegaron, ni cuando atendía a Mia Wilder, ni después, pero ella le sonríe como si se conocieran.

—¿Erin Dooley? —pregunta con una sonrisa amable, aunque la doctora está convencida de que lo hace de forma mecánica, un gesto adquirido a consecuencia de su trabajo.

—Sí, soy yo.

La mujer extiende la mano hacia ella.

—Me llamo Violette Hadford. Soy abogada en Milhart Records, la discográfica de Mia Wilder —Erin le estrecha la mano con expresión desconcertada.

—¿Mia está bien? —pregunta antes de poder decidir si quería hacerlo.

—Oh, sí. Disculpe que me presente así, pero no quería gestionar esto por teléfono. ¿Tiene unos minutos? Le prometo que seré breve.

Erin la mira y después mira su reloj de pulsera, uno deportivo de color negro que decora su muñeca derecha. A Violette, el reloj de la doctora le recuerda un momento a Nell, que lleva uno del mismo estilo y pulseras de cuero como las que lleva la doctora en el otro brazo.

—Está bien, sígame —accede Erin.

La lleva hasta la cafetería del hospital para poder aprovechar y cenar.

—¿Le importa si utilizo este tiempo para comer algo? —pregunta, aunque ya está cogiendo un bol de ensalada y un yogur.

—En absoluto.

Se sientan en una mesa libre de las que están pegadas a la pared de la izquierda y Erin destapa su ensalada para aliñarla.

—Usted dirá.

—No sé si ha hablado con su compañero, pero Mia Wilder ha sido diagnosticada con un síncope vasovagal recurrente, agravado por las condiciones de la gira.

Erin asiente. No ha hablado con Hassan porque sus turnos no han coincidido, pero sí ha preguntado a su residente —que tiene turno doble— en cuanto ha llegado.

—El doctor ha recomendado supervisión médica continua durante los próximos meses. La gira Wild no se puede cancelar y el seguro no cubre la continuación sin un plan médico aprobado. Necesitamos que un médico viaje con ella, que la monitorice las veinticuatro horas, que controle su alimentación, hidratación y descanso —esto último lo lee de las notas de su móvil—, y que tenga autoridad suficiente para tomar decisiones sanitarias por encima del calendario. Queremos que sea usted —suelta sin rodeos.

Erin deja el tenedor dentro del bol y parpadea una vez antes de levantar las cejas.

—¿Quieren que sea yo? ¿Por qué? —pregunta con curiosidad.

—Por dos razones —responde la abogada—: la primera, por su gestión del incidente en el Madison. La paciente se sintió cómoda con usted y, según su asistente personal, fue la única que detectó los síntomas antes del colapso. La segunda —Violette está lanzada, dispuesta a no perder ni un segundo—: su perfil. Urgentóloga adjunta, especialista en cuidados críticos, sin antecedentes con la

prensa, discreta... Ah, y la más importante: Noah dice que no se dejó impresionar por Mia, y eso es un dato muy útil teniendo en cuenta la capacidad que tiene esa chica para conseguir que todos hagan lo que quiere.

—¿Me ha investigado? —pregunta Erin, abrumada por la información.

—Un poco; tampoco he tenido mucho tiempo para indagar más —responde la abogada como si fuera una nimiedad—. Aquí traigo un preacuerdo —Violette saca una carpeta de su maletín y la deja sobre la mesa, la abre y extrae un dossier de seis hojas que gira hacia Erin —. Puede leerlo con calma cuando quiera, pero se lo resumo ahora. La duración inicial son cuatro meses, con dieciséis conciertos más ensayos y desplazamientos.

Erin no ha probado la ensalada.

—Empezaríamos el martes en Toronto, por lo que hay que salir el lunes. Sueldo bruto mensual aquí —la abogada señala la cifra con el índice de su mano derecha—. Dietas y desplazamientos aparte y habitación individual en cada ciudad. Le pedimos confidencialidad absoluta, por lo que tendrá que firmar un acuerdo específico para eso antes de incorporarse. Excedencia gestionada con su hospital; de eso me encargo yo si usted acepta, y también me ocupo de asegurarle su puesto en MediSupport cuando el contrato acabe. ¿Quiere que aclaremos alguna parte en concreto?

La doctora la mira con la boca abierta, preguntándose si esta mujer tiene freno o si alguna vez le han dicho que no. Se queda callada y coge el dossier para echarle un vistazo por encima, pero su mirada se queda clavada en el sueldo bruto mensual, que es casi cuatro veces lo que está cobrando ahora entre el hospital y las horas que trabaja en MediSupport.

—Sé que es mucha información para asimilar en muy poco tiempo, doctora, pero también es una oportunidad para que su cuenta bancaria aumente considerablemente en unos cuantos meses. Puedo encargarme también de que alguien vaya a darle una vuelta a su apartamento mientras esté fuera, a ventilar, regar plantas si las tiene... ¿Tiene mascotas?

Erin niega con la cabeza y deja el dossier sobre la mesa. No sabe si aceptar o no, necesita pensarlo con calma, y la sola idea de estar planteándoselo ya la confunde, porque hace unos años se habría negado sin dudarlo, pero ahora...

—¿Qué autoridad tendría para detener un ensayo o, en caso necesario, un concierto? —pregunta la doctora.

—Plena. Si su criterio médico es que la artista no puede actuar, no lo hará. Está en una de las cláusulas, la séptima, me parece; es una condición de la aseguradora, así que nadie puede rebatirla en ese aspecto, ni siquiera Jude, aunque le aseguro que lo intentará.

—¿Y si la paciente se opone a una acción que yo tome? Por mucha autoridad que tenga, ella toma sus propias decisiones.

—Sí, eso está claro —concede Violette—, y es un motivo más por el que debe ser usted. Noah conoce a Mia mejor que cualquiera de nosotros, y él está seguro de que usted sabrá cómo manejarla.

Erin levanta una ceja, desconcertada. Le parece un poco atrevido suponer que puede controlar a Mia Wilder, que por lo visto es tan indomable como le pareció, y más atrevido todavía que todo eso se sustente en la afirmación de un chico desgarbado con mirada de cachorro abandonado.

—¿Acceso a su rutina? —pregunta la doctora.

—Completo. Esa es la idea principal: que usted haga los cambios necesarios para evitar o minimizar esos desmayos.

—¿Y si decido renunciar antes de que se cumpla el acuerdo?

—Previo aviso de quince días; salvo causa de fuerza mayor justificada, no habrá problema, también está en el contrato.

Erin coge la carpeta otra vez.

—Necesito pensarlo.

—Por supuesto, pero, si me permite, mañana por la mañana necesito su respuesta. El equipo tiene que salir el lunes y, si no es usted, tengo que activar otras opciones. Le agradecería una respuesta antes de las nueve —Violette extiende una de sus tarjetas a través de la mesa.

—Está bien, la llamaré entonces.

—Gracias por atenderme, no le robo más tiempo —la abogada se levanta—. Y coma —dice, señalando el bol de Erin—, le hará falta para aguantar el ritmo de la gira Wild.

Violette se marcha y Erin se queda en la mesa frente a su cena y el dossier. Tiene las manos sobre el regazo y la mirada clavada al frente sin ver nada en concreto, salvo esos ojos azules que se cuelan en su mente sin permiso.

Son pasadas las once de la noche cuando entra en su apartamento después del turno. Deja sus cosas, se quita las botas y va

directamente al baño a darse una ducha. Se pone una camiseta de manga corta y unos bóxers que solo utiliza para dormir porque le parecen más cómodos que las bragas, y camina hasta el sofá sintiéndose completamente agotada. Ha tenido una semana demasiado extraña, con turnos mezclados de día y de noche y un evento donde tuvo que atender a una cantante cuya discográfica ahora quiere que la acompañe durante la gira.

Mira la tarjeta de la abogada junto al contrato y se sienta en el chaise longue con las piernas estiradas mientras le da vueltas a lo que le ha ofrecido esa mujer. Este es el tipo de oferta que se comparte con una amiga o un familiar cercano de confianza, porque la opinión de alguien que lo vea desde fuera le vendría muy bien para terminar de decidir si aceptar es una locura o una oportunidad para que su vida tenga algún aliciente, porque ahora mismo, Erin considera que no tiene ninguno.

Su vida social es nula salvo por alguna ocasión en que decide quedar con alguna mujer a través de la aplicación de citas. Ha pasado casi toda su vida centrada en cuidar de su familia: primero de su hermana, después de ella y de su madre porque su progenitora no podía con el trabajo y una hija adolescente e impertinente. Después solo de su madre cuando enfermó; casi tres años dedicados a ella por completo y, cuando murió, Erin descubrió que no tenía nada ni a nadie, porque su hermana Brooke y una planta le aportan lo mismo.

Decide llamarla de todos modos porque sabe que está despierta, que probablemente estará saliendo del turno del bar o acabará de llegar a su caro apartamento que no puede costear.

—Hola —saluda Brooke, casi jadeando—. Estoy de camino a casa, ¿qué pasa?

Erin deja salir el aire muy despacio, preguntándose si llegará el día en que su hermana le pregunte cómo está en algún momento.

—Nada, es que me han ofrecido un trabajo bastante interesante, pero no sé qué hacer —explica Erin—. Tendría que dejar mi puesto unos meses para…

—¿Pagan bien? —la interrumpe Brooke.

La doctora se pasa la mano por el pelo y sus dedos se cierran antes de que pueda darse cuenta, apretando con tanta intensidad que se le escapa un pequeño gemido de dolor.

—Sí, el sueldo es muy bueno.

—Entonces acepta. ¿Necesitas algo más? Tengo prisa, he quedado con Senna.

Erin no contesta de inmediato; se aparta el teléfono de la oreja y mira la pantalla mientras sigue retorciendo el mechón de pelo entre los dedos.

—No, no necesito nada, Brooke. Pásatelo bien, ya nos veremos.

—Vale, adiós.

Su hermana cuelga y Erin deja el teléfono sobre un cojín y se mira las palmas de las manos. Decide que en la derecha cerrará un dedo cada vez que encuentre algo a favor de aceptar y dejar Nueva York durante cuatro meses, y en la izquierda cerrará otro cuando encuentre un motivo para no hacerlo. Dos minutos después, tiene todos los dedos de la mano derecha cerrados y la izquierda completamente abierta, porque motivos para aventurarse y aceptar la propuesta de la abogada tiene bastantes, pero para no hacerlo no tiene ninguno, ni siquiera su hermana.

A las ocho y cuarto de la mañana, Erin está sentada en el Vanis frente a Barry, que la mira desconcertado. Esteban les trae un café, con dos dónuts de chocolate para ella y cuatro para él, y se aleja con una sonrisa que dedica a la doctora.

—¿Qué hacemos aquí, Dooley? —pregunta Barry al fin, cogiendo el primer dónut, que casi se mete en la boca por completo.

Erin se siente avergonzada de repente, porque ella y Barry jamás han quedado fuera del trabajo, pero necesitaba compartir esto con alguien que se alegrase por ella, y Erin se dio cuenta mientras intentaba dormir —sin conseguirlo— de que Barry es lo más parecido a un amigo que tiene.

—Lo siento —se disculpa, cogiendo su taza de café—. Sé que tú y yo no somos amigos, pero ayer me pasó algo y necesito hablar con alguien.

Barry, que había cogido el segundo dónut y ya tenía la boca completamente abierta, lo deja en el plato y la mira fijamente. Siempre le ha parecido una mujer solitaria y nunca se ha atrevido a preguntar si es por elección o porque su vida simplemente ha avanzado en esa dirección por motivos que él desconoce, pero confirmarlo de este modo lo deja muy afectado, porque la aprecia de verdad y no se imaginaba que la doctora Dooley se sintiera tan sola

como para tener que recurrir a un compañero con el que hace trabajos puntuales para poder hablar de sus cosas.

—Joder, Dooley, esta es una de las cosas más tristes y bonitas que me han dicho nunca.

Ella coge aire, angustiada y algo avergonzada, pero respira aliviada cuando él extiende su enorme brazo por encima de la mesa y le aprieta la mano con afecto.

—Soy tu hombre; es un honor que me hayas elegido —Erin se ríe —. Ahora dime, ¿de qué necesitas hablar?

Erin termina de masticar un trozo de dónut y se limpia la boca antes de hablar.

—La discográfica de Mia Wilder me ofreció ayer una cobertura médica completa para la gira. Cuatro meses ocupándome de ella en exclusiva, un sueldo cuatro veces mayor que el mío, y se encargan de gestionar mi excedencia en el hospital y mantener mi puesto en la empresa de eventos.

—Hostia, Erin —dice Barry, haciéndola reír.

—Sí…

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta, reclinándose en la silla con el tercer dónut entre los dedos—. Quiero decir, es una buena oportunidad, ¿no?

—¿Eso crees? —dice ella.

Barry vuelve a sentarse bien mientras termina de masticar.

—A ver, ¿me cuentas esto porque quieres mi opinión o porque ya has decidido?

—Ya he decidido, pero quiero tu opinión de todos modos para asegurarme de que lo que hago no es muy estúpido.

Barry resopla por la nariz y coge el cuarto dónut, ella espera a que se lo coma en menos de un minuto.

—Mi opinión, Dooley, es que si yo soy tu único amigo, es que estás demasiado sola. No conozco tus circunstancias, aunque me encantará escucharlas cuando tú quieras, pero no todo en esta vida es trabajar, doctora, ni cubrir eventos para matar las horas muertas.

Erin baja la mirada, sintiéndose descubierta.

—Acepta la oferta —aconseja Barry—. Vete de gira con esa chica del pelo pintado como las flores del campo —Erin no puede evitar una carcajada—. Creo que te vendrá bien moverte. Ahí seguro que conoces a mucha gente, más de la que conocerás en las urgencias del hospital, eso seguro, y si al final resulta que todo es un desastre,

siempre puedes volver. Seguiremos haciendo coberturas y después nos emborracharemos en algún bar.

—¿Tú lo hubieras aceptado? —pregunta Erin, más por curiosidad que porque necesite saber si él está tan loco como ella.

—Yo tengo cincuenta y dos años, dos hijos en la universidad, una hipoteca y una mujer que me adora —le guiña un ojo, divertido—; a mí jamás me ofrecerán un puesto así.

Erin levanta una ceja.

—Pero supón que te lo ofrecen.

—Si me lo ofrecieran, tuviera tu edad y estuviera soltero, no me lo pensaría. Ahora dime, ¿qué has decidido?

—No sé si me arrepentiré de soportar a la chica del pelo pintado, pero he decidido que sí. Mañana me voy con ellos a Toronto.

Barry da una palmada tan fuerte que las mujeres que hay en la mesa de al lado se sobresaltan y sueltan un gritito.

—Perdón, señoras, es que estoy contento —se disculpa, y ellas le sonríen, encantadas con su amabilidad.

Cuando salen de la cafetería, Barry le da un abrazo de oso en la puerta para despedirse.

—Cuídate, Dooley, y llámame siempre que lo necesites; prefiero que me consideres amigo antes que algo parecido a un amigo, no suena tan bien —dice, apretándola hasta que le corta la respiración.

—Gracias, Barry —la voz de Erin sale estrangulada.

Lo ve alejarse por la acera y ella se queda quieta un momento, pensando en que hizo bien en no adoptar un gato. Se gira y camina de vuelta hacia su apartamento. Violette le ha dicho que coja lo imprescindible para que le sea más cómodo viajar.

—Si te hace falta algo, lo compraremos, no te preocupes —le ha asegurado.

Erin tampoco tiene mucho que llevar. Le basta con algo de ropa, sus auriculares y el libro electrónico.

Capítulo 7

Erin sigue a Violette Hadford por una pasarela en el JFK que las lleva directamente al avión privado en el que viajará junto a Mia Wilder y todo su equipo. Ante la cara de pasmo de la doctora cuando se lo ha dicho, la abogada ha aclarado que el avión es alquilado y que esta no es la forma habitual de viajar, pero que por tiempos ha sido la opción elegida en esta ocasión. Salen a la pista por una puerta de hierro doble y Erin ve el avión con la escalera ya puesta y algunas personas que todavía no han subido o no forman parte del pasaje.

—Suba y acomódese, doctora, saldremos en veinte minutos —dice Violette cuando alguien la detiene al pie de la escalera.

Erin pasa de largo y sube, encontrándose con una azafata que la recibe con una sonrisa amable.

—¿Doctora Dooley? —dice la chica.

Ella arquea una ceja y decide no preguntar cómo sabe quién es, porque la respuesta seguramente la dejará muy preocupada.

—Sí —responde Erin.

—La señorita Wilder ha pedido que se siente con ella. Está allí —la azafata señala dos asientos dobles enfrentados que hay al lado derecho del avión. Son de cuero color crema, tan acolchados que a Erin le entra sueño solo de pensar en sentarse—. Si me da su maleta, la guardaré en el portaequipajes.

—Sí, claro —Erin se la entrega y deja a la chica atrás para avanzar por el avión hacia Mia Wilder.

En cuanto llega al primer bloque de asientos de los que hay, se encuentra con Noah, que se levanta sonriente y la mira con esa cara de cachorro muerto de sueño mientras se quita los auriculares de diadema y se los cuelga del cuello.

—Doctora Dooley, me alegro mucho de que haya aceptado el puesto.

Su sinceridad es tan latente que Erin se siente abrumada cuando le estrecha la mano para saludarlo.

—Llámame Erin, ¿de acuerdo?

—Claro —el asistente personal de Mia sonríe—. Yo siempre soy Noah.

Erin le devuelve la sonrisa y siente cierta tranquilidad al saber que al menos habrá alguien en el equipo que le cae bien.

—Me alegro de verte, Noah.

El chico se sienta y ella sigue avanzando, saludando a personas que no ha visto nunca mientras se dirige hacia una especie de saloncito al fondo del avión donde está la cantante. Al principio solo ve el pelo color lavanda, pero enseguida tiene una visión perfecta de Mia Wilder, que levanta la mirada cuando percibe una presencia a su lado. La cantante está sentada de forma ladeada, con la espalda apoyada en la pared del avión y las piernas estiradas sobre el asiento de al lado. Lleva unos vaqueros negros y una sudadera blanca que le queda muy grande, remangada hasta los codos. El pelo lo tiene recogido, pero no es lo suficientemente largo como para que la goma sujete todos sus mechones ondulados, que caen por su cara por ambos lados, contrastando con sus ojos profundamente azules que ahora la miran con expresión muy despierta.

—Doctora Erin Dooley —paladea Mia, cerrando el libro que tiene sobre las piernas mientras su sonrisa se tuerce.

—Hola, Mia —Erin se quita la sudadera antes de sentarse, y los ojos de la cantante persiguen cada uno de sus movimientos cuando se saca la prenda por la cabeza.

Lleva un pantalón cargo de color gris y una camiseta negra que por delante está metida por el pantalón y por detrás se ha salido. Mia no puede apartar la mirada de ella. La noche del concierto le pareció atractiva, pero entonces tenía la mente abotargada y sus recuerdos son muy confusos —además de escasos— porque no había retenido ningún detalle que no fuera la expresión amable de los ojos grises de la doctora. Ahora puede fijarse bien y le llaman mucho la atención sus brazos, completamente tonificados, donde la línea fina de sus músculos se marca en cada movimiento. Es un rasgo que a Mia le parece delicioso y atractivo al mismo tiempo, y solo puede pensar en cómo debe ser el abdomen de la mujer que está de pie a su lado, doblando la sudadera con cuidado para dejarla en el asiento libre.

Erin se sienta frente a ella con la sensación de que el acolchado la absorbe y se amolda a su figura. Coloca el pie izquierdo sobre su rodilla y apoya el codo derecho en el reposabrazos. Los ojos de Mia se clavan en sus botas negras por encima del tobillo, tipo militar pero

más finas —muy de su estilo— y concluye que Erin Dooley cumple todos y cada uno de los requisitos de su mujer ideal: morena, atlética, atractiva hasta decir basta y, lo más importante, mayor que ella.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta la doctora, sacando a Mia de su parálisis.

—Perfectamente —asegura, recogiendo las piernas para sentarse bien en el asiento y poder mirar a Erin sin torcer el cuello.

—¿Algún mareo desde el viernes? Visión...

—Eh, Dooley, para ahí un momento —la corta Mia—. Acabas de llegar, ¿no podemos hablar de otra cosa que no tenga que ver con ese síndrome raro que tengo?

—Ese síndrome raro que tienes es el único motivo por el que estoy aquí.

Erin lo suelta como la verdad más absoluta, pero Mia sonríe y después se clava los dientes en el labio como si acabara de recibir un golpe.

—Entonces, ¿no te interesa mi vida más allá de mis síntomas? ¿No quieres saber...? —trata de coquetear Mia.

—No, Wilder, no me interesa —la corta Erin.

Mia la mira fijamente durante unos segundos, desconcertada. Recuerda vagamente el trayecto en la ambulancia, pero sí se acuerda de haber tratado de ligar con esta mujer —como hace con todas las que le gustan o como mecanismo de defensa cuando se siente indefensa— y también que Erin no titubeó ante ella, tampoco cayó en su juego ni se puso nerviosa como hacen las demás. Mia pensaba que era porque estaba débil y no atacó como debía, pero ahora se encuentra perfectamente y nada de lo que dice o hace —como mirarla con una de sus sonrisas torcidas— parece provocar ninguna reacción en la doctora.

—¿Has desayunado esta mañana? —pregunta Erin.

—Una tostada con aguacate y un café, ¿por qué?

—¿Café solo o con leche?

Mia se toca la melena, pensando que, si todas las conversaciones que podrá tener con ella son así de aburridas, estos cuatro meses serán muy largos y frustrantes.

—Solo.

—¿Tienes alguna alergia que yo deba conocer? —sigue Erin, que todavía no ha tenido tiempo de leer todo el expediente médico que

Violette le ha pasado al correo esta mañana.

—No, no soy alérgica a nada —responde Mia, hastiada.

—En ese caso, a partir de mañana, el café siempre con leche o rebajado con mucha agua.

Mia hace una mueca de asco.

—El café solo deshidrata, así que, si lo tomas, debe ser con algo más, y no es negociable.

Erin saca una libreta de su mochila y un bolígrafo al que le quita el tapón con los dientes, dejándolo entre ellos mientras anota algo.

Mia se queda embobada, observando los mechones que también caen enmarcando la cara de la doctora, que mira concentrada su libreta con ese tapón en la boca que ella siente la tentación de quitarle con sus propios dientes. Se acaba de dar cuenta de que la doctora simplemente es atractiva sin pretenderlo, no necesita hacer nada concreto para llamar su atención, porque a Mia todo en ella le gusta, desde su pelo ondulado que parece ingobernable bajo esa pinza en su cabeza hasta las pulseras de cuero que invaden su muñeca.

—¿Hay algo más que no sea negociable? —la pregunta parece normal, pero el tono provocador y juguetón de Mia deja claro que va por otro lado.

Erin levanta un poco la mirada y coge el tapón de su boca para colocarlo sobre el tubo del bolígrafo.

—Cualquier cosa que hagas y afecte a tu condición, no lo será.

Mia mantiene la sonrisa socarrona en su expresión y apoya un codo en el reposabrazos para sujetarse la cabeza mientras observa a la doctora. Es una pose que siempre le funciona; cualquier chica se deshace ante ella cuando la mira de ese modo, pero Erin la enfoca unos segundos y después anota algo rápido en la libreta, ignorándola.

—¿Por qué no te sueltas el pelo ahora? —pregunta de repente.

Erin apenas levanta la cabeza y se encuentra con esos ojos azules detenidos en los suyos y, por un momento, su pulso se acelera. Tiene clarísimo cuál es el juego de Mia y que su principal objetivo es llevársela a la cama, como debe de hacer con cualquier mujer que le resulte mínimamente atractiva. Ha investigado un poco sobre ella; le pareció lo normal si va a pasar cuatro meses acompañándola en la gira, y si hay un resultado que predomina cuando escribes su nombre en el buscador, es el de Mia Wilder y sus amantes. La cantante es

abiertamente lesbiana y, a pesar de sus veintiséis años, la han fotografiado con decenas de mujeres, y Erin tiene claro que por mucho que le seduzca la idea de acostarse con ella, no va a convertirse en una más de esa larga lista de caprichos de la cantante.

—Hay cosas que quiero repasar contigo; podemos aprovechar el vuelo si te parece bien —comenta Erin, ignorándola por completo.

Mia se inclina hacia delante, apoyando los codos en sus rodillas para acercarse más a la doctora, que no mueve ni un músculo cuando la cantante susurra.

—Algún día, Dooley, seré yo la que te suelte el pelo.

Erin la mira; debe reconocer que la chica sabe seducir, porque en otro contexto y circunstancias, ya la tendría sentada encima y le estaría devorando la boca para empezar a calmar esa pulsión que ha detonado de forma directa entre sus piernas.

—Te voy a dar un consejo, Wilder —susurra Erin también, solo que ella no se inclina hacia delante porque eso es precisamente lo que Mia está buscando.

—Por favor —la comisura de la cantante se curva un poco hacia arriba.

—No te desgastes conmigo; lo único que me interesa de ti es que no te desmayes, y por lo demás, cualquier intento de seducirme es una pérdida de tu tiempo y del mío, y el mío me gusta invertirlo en cosas que me interesan.

La sonrisa torcida de Mia se borra de golpe y vuelve a pegar la espalda en el asiento. De repente, se siente avergonzada y debe reconocer también que algo humillada. No está acostumbrada a que la rechacen y ha dolido, pero sabe respetar. Ya ha hecho varios intentos con ella y Erin no solo no ha reaccionado, sino que le acaba de dejar claro de forma bastante educada que no debe insistir más.

—Lo siento si me he pasado y te he incomodado —se disculpa.

Esta es con seguridad la primera vez que Mia sorprende a Erin, porque cuando la mira, se da cuenta de que la chica parece hablar en serio. No hay rastro de su sonrisa burlona ni de su mirada penetrante; de hecho, tiene cierto rubor en las mejillas y, por un momento, Erin piensa que a lo mejor ha sido demasiado dura al rechazarla, pero está segura de que es mejor así. Si no la corta ahora, la situación se podría volver incómoda entre ellas, y la doctora necesita estar centrada en atender el problema de la cantante, no en

dejar que la invadan pensamientos confusos cuando se pregunta cómo sería besarla.

—No pasa nada, Wilder. No me has molestado, pero es mejor dejar las cosas claras desde el principio, ¿de acuerdo?

Mia asiente y Erin la ve tragar saliva.

—Sí, claro. No hay problema. ¿Qué quieres saber?

—Te cuento el plan inicial que tengo pensado y después me dices si necesitamos algún ajuste.

Mia necesita muchos ajustes, pero no de ese tipo, aunque eso ya no va a decírselo porque tiene muy claras sus opciones.

—Soy toda tuya.

Erin levanta la mirada un momento de su libreta y la vuelve a bajar, sintiendo que la mirada azul de Mia le está quemando la piel como si tuviera fuego en los ojos, a pesar de que la chica ya tiene el modo seductor desconectado.

—Tienes que hacer tres comidas al día. El desayuno antes de las diez de la mañana preferiblemente, el almuerzo entre la una y las tres, y la cena al menos tres horas antes de acostarte.

—¿Y si no me acuesto? —pregunta Mia.

—Te acostarás —asegura Erin, y Mia siente un corrientazo atravesando la cara interna de sus muslos que no puede detener—. Me da igual lo que comas siempre que sea comida decente y no porquerías de las máquinas —sigue la doctora.

—¿Y qué pasa si no me gusta y lo vomito todo?

Ahora es Erin la que se inclina un poco hacia delante. No sabe si Mia le habla en serio o si soltar esas gilipolleces es un mecanismo de defensa por lo que ha pasado hace un momento.

—Si vomitas, me lo dices, y te haré tantas analíticas que se te quitarán las ganas de volver a hacerlo.

Mia aprieta los labios hasta que se le ponen blancos de pura frustración.

—Hidratación; esto es muy importante —sigue la doctora—. Lo ideal son dos litros y medio al día dada tu actividad, y me refiero a agua, nada de sustituirlo con otras bebidas. Me aseguraré de que tengas botellas en todas partes cada día: en tu habitación, tu camerino, el autobús y cualquier sitio donde suelas estar; tienes que beber.

—Vale —acepta Mia, segura de que eso puede hacerlo—. ¿Qué más?

—Dormir. Al menos deberías descansar siete horas en periodos sin concierto, aunque si son ocho, mejor. Los días de actuación, como mínimo seis.

—Las noches después de un concierto las suelo pasar follando; no puedo prometer que duerma más de dos horas.

Mia no lo ha dicho para provocar, lo ha dicho porque es cierto y porque a veces no tiene filtro, pero es consciente de que a lo mejor no ha elegido el mejor modo de explicarlo. Abre la boca para disculparse, pero Erin se adelanta con su mirada gris clavada en ella.

—Me parece bien que folles, pero puedes hacer las dos cosas: follar primero y dormir después —zanja la doctora.

Mia se suelta el pelo y se atusa la melena porque está nerviosa y no sabe qué hacer con las manos. Sabe que no tiene opciones con la doctora, pero no puede evitar que esta mujer la desestabilice cuando habla, lo suficiente como para que ella no sea capaz de filtrar la mayoría de las veces.

—Te tomaré la tensión y el pulso al menos dos veces al día, más si lo considero necesario, y a ser posible, preferiría que no protestases.

—No hay problema.

Mia se encoge en su asiento de un modo casi imperceptible, aunque Erin se da cuenta y concluye que la cantante probablemente asocia el hecho de que le tomen el pulso al momento del desmayo, y eso parece darle mucho miedo. Piensa en sacar el tema y hablar con ella sobre eso para tranquilizarla, pero decide que ya lo hará cuando tenga más confianza con ella.

—Y lo más importante —continúa la doctora—: si tienes cualquier síntoma, me lo tienes que decir de inmediato. Sensación de mareo por leve que sea, visión borrosa o de túnel, sudor frío, náuseas, un zumbido en los oídos... Cualquier cosa que notes, me lo comunicas enseguida.

—¿Y si es de noche? ¿Si me levanto para ir al baño y me encuentro mal? —no es otra de sus provocaciones, Mia habla completamente en serio porque esto le preocupa. Ahora se aterroriza cada vez que siente cualquier cambio extraño en su cuerpo; incluso un escalofrío la hace paralizarse unos segundos hasta que se da cuenta de que no le pasa nada.

—Estoy aquí por ti, Wilder, así que sí, por la noche también. No puede darte miedo o vergüenza hablar conmigo; pasar un síntoma por alto porque crees que es poca cosa o que se te va a pasar

enseguida, puede acabar en desastre. Si no estoy cerca, envía a alguien a buscarme, pero no te calles nada en ese aspecto.

—No lo haré —responde la cantante, que se queda pensativa mientras mira la portada del libro que estaba leyendo, preguntándose si ha decidido llamarla por su apellido en lugar de su nombre como ha hecho antes para enfatizar esa distancia que quiere con ella.

La azafata se acerca para ofrecerles algo de beber y ambas lo rechazan.

—¿Has bebido agua esta mañana? —pregunta Erin.

—¿Podemos empezar con tus normas cuando aterricemos? —pide Mia—. No me gusta usar el baño en los aviones, es una cuestión de espacio.

Erin no dice nada, tampoco la quiere abrumar de golpe porque es importante que Mia se adapte a su condición poco a poco, y ahora mismo está segura de que todavía no lo tiene asimilado, por muy dura que intente parecer.

—Dooley —dice Mia al cabo de un rato, cuando Erin ha decidido que basta por ahora y está mirando por la ventana.

—Dime.

—Vas a ser un grano en el culo, ¿verdad? Quiero decir, que básicamente vas a estar en todas partes.

—Solo estaré donde tenga que estar; no voy a dormir contigo si es lo que te preocupa.

Mia lo intenta, pero su sonrisa torcida es imposible de detener en ese momento, y Erin se maldice por haber elegido ese ejemplo, pero la cantante enseguida se corrige y detiene su lengua antes de decir que no le importaría.

Capítulo 8

El hotel en Toronto está muy cerca del lago Ontario. Erin nunca ha estado aquí y lo mira todo a su alrededor sin saber por dónde empezaría si tuviera tiempo libre. Hace tanto que no se dedica tiempo a sí misma que pensarlo la pone nerviosa.

—Tu llave —dice Violette, apareciendo a su lado en el lobby del hotel.

Erin coge la tarjeta y, cuando va a guardarla, la abogada le entrega otra.

—La de la suite de Mia por si hay alguna emergencia. Estáis pared con pared, eso será siempre así de aquí en adelante.

La doctora la coge también y se la guarda junto a la suya sin hacer preguntas. Hace rato que ha perdido a la cantante de vista. En cuanto han llegado a la entrada del hotel, había una veintena de fans que de algún modo se habían enterado de que su cantante favorita se alojaba allí, y dos guardaespaldas del tamaño de una puerta la han rodeado y han entrado con ella seguidos de Noah, así que supone que la habrán llevado directamente a su suite mientras el personal de seguridad despejaba la zona.

—Si quieres que te suban algo de comer, solo tienes que descolgar el teléfono y pedirlo; los gastos corren de nuestra cuenta, por eso no te preocupes. Yo no voy a estar con vosotros durante toda la gira, iré y vendré, así que, si necesitas cualquier cosa o tienes cualquier duda y no estoy, mi consejo es que acudas a Nell.

—¿A quién?

La abogada sonríe.

—Sí, perdona. No la conoces; llegará mañana. Viene más tarde porque tenía que resolver un asunto en Nueva York. Es la directora de producción de la gira. Sabrás quién es porque tiene el pelo corto y canoso, parece borde, y lo es si no le caes bien, pero no creo que sea tu caso. Nos vemos después.

Violette desaparece antes de que Erin pueda hacer cualquier pregunta, pero lo tiene todo bastante claro por ahora, así que coge su

maleta y toma el ascensor hasta la última planta para ir hasta su habitación. Cuando entra, se queda petrificada en la entrada. La habitación es enorme, mucho más grande que el salón de su casa, y cuando accede al baño, descubre que tiene jacuzzi.

—Joder —murmura impactada.

Pasa los siguientes treinta minutos dándose una ducha y aprovechando para deshacer la maleta hasta que alguien llama a su puerta. Cuando abre, se encuentra a Noah cambiando el peso de un pie a otro mientras la mira con su particular sonrisa amable.

—Perdona que te moleste, pero si tienes un rato, voy a repasar con Mia el calendario de la semana, y Jude me ha dicho que tenías que estar al tanto de todo, así que…

—Claro, deja que coja el móvil.

La doctora sale al cabo de un segundo y apenas camina cinco metros hasta la siguiente puerta. Mia abre en pantalón de chándal, camiseta blanca básica y el pelo húmedo tras la ducha. Está descalza y sin maquillar, y parece más joven de lo que es.

Erin pasa por su lado cuando entra y nota que Mia baja un poco la mirada cuando pasa, mirándole el trasero. No le da importancia; eso no se lo ha prohibido y, mientras siga respetando las normas, todo irá bien.

—Vale —empieza Noah, quitándose las zapatillas para estirar las piernas en el enorme sofá que hay en la suite de la cantante.

Ella se sienta en otro más pequeño que hay delante y saca su libreta mientras los observa. Él está ladeado con los pies hacia la izquierda, el codo apoyado en el sofá y la *tablet* delante. Mia está junto a él y ha recogido las piernas hacia el lado opuesto, de modo que la cabeza de Noah casi está sobre su pierna. Por un momento, siente una punzada de envidia sana porque jamás ha tenido una amiga o amigo con el que tenga este tipo de confianza; quizá si no hubiera sido excesivamente responsable su vida no estaría tan vacía como la siente, pero tampoco es una persona que se fustigue con eso, por lo que se limita a seguir adelante con lo que tiene.

Se dispone a tomar notas cuando Noah levanta la mirada.

—¿No prefieres una *tablet*, Erin? Puedo conseguirte una ahora mismo. La libreta es un poco… —el chico se detiene, sonrojado.

—¿Anticuada? —lo ayuda la doctora—. Yo me aclaro mejor con mis notas, aunque nadie más las entienda, así que no te preocupes, pero gracias, Noah.

—Pues entonces os cuento lo que hay programado —el asistente desbloquea la pantalla—. Hoy, llegada y descanso. Mañana, ensayo de cinco a ocho de la tarde en el Scotiabank Arena. El miércoles, día de prensa: dos entrevistas por la mañana, una sesión de fotos para una revista por la tarde. ¿Voy muy rápido? —se detiene, mirando a Erin.

—No, tranquilo, puedes seguir —responde ella, sin levantar la vista de su libreta mientras sigue anotando.

Mia la observa. La doctora se ha cambiado, lleva el mismo tipo de pantalón pero de otro color y una camiseta ancha que sigue dejando al descubierto esos brazos tonificados con los que se está obsesionando sin pretenderlo.

—El jueves, prueba de sonido a las cinco y concierto a las nueve. Volamos a Boston a media mañana del día siguiente.

Erin ha levantado la mirada al escuchar lo último. Le parece todo muy apretado, sin apenas tiempo de descanso, pero los dos amigos parecen acostumbrados a que su día a día sea así, por lo que decide no quejarse y tratar de asimilar lo que le espera.

—¿Ya está? —pregunta la doctora.

—Sí; el viernes nos reunimos otra vez y hablamos de los siguientes días. Es así como lo hacemos —explica el asistente.

—De acuerdo.

La doctora cierra la libreta cuando se da cuenta de que la reunión ha terminado y la única que debe irse es ella, porque Noah parece acomodado para quedarse un rato más con su amiga.

—Te tomo el pulso y os dejo —dice, acercándose a Mia.

La coge desprevenida y el pulso se le acelera cuando Erin se agacha frente a ella y le coge la muñeca con suavidad.

Mientras la doctora cuenta las pulsaciones mirando su reloj, los ojos de Mia se quedan quietos sobre ella y Noah observa a su amiga cuando concluye que no mira a la doctora Dooley como a las demás. Erin parece despertar verdadera curiosidad en la cantante, y Noah no está seguro de si eso es bueno o complicará el trabajo de Erin.

—¿Está bien? —pregunta Noah cuando Erin registra el pulso de Mia en la libreta.

—Sí, un poco acelerada, pero dentro de lo normal. Pediré que te suban la cena a las siete —dice, mirando a Mia ahora—. Si no me dices lo que quieres, lo elegiré yo. Puedes cenar con Noah o con

quien tú quieras, pero me pasaré más tarde para asegurarme de que has comido.

—Así que de verdad serás un incordio —murmura Mia con una sonrisa que no pretende ser seductora, pero que le sale sin querer y aprieta algo en el vientre de Erin que ella ignora con esfuerzo.

—Me temo que sí. Bebe al menos dos vasos de agua con la cena —dice antes de salir.

Mia deja caer la cabeza contra el sofá y Noah se incorpora de golpe.

—Es tu doctora, está aquí para ocuparse de tu problema, no de tus bragas.

La cantante coge un cojín y lo hace impactar contra él con fuerza.

—No te preocupes, me ha dejado claro que mis bragas no le interesan —responde con un mohín dramático.

Noah parpadea primero y después abre la boca para decir algo, pero una carcajada repentina se lo impide y su amiga termina contagiada.

Capítulo 9

Erin entra en el Scotiabank Arena siguiendo a todo el equipo con la sensación de que parecen un desfile militar. Mia va unos pasos por delante junto a Noah y un par de bailarines de los que la acompañan en la gira.

La doctora mueve los brazos un par de veces mientras camina porque siente los músculos un poco tensados todavía. Esta mañana ha estado haciendo ejercicio en el gimnasio del hotel, algo que le gusta hacer siempre que puede, pero que con sus turnos largos y rotativos en urgencias no podía hacer todo lo que quería. Ha hecho ejercicios de brazos, piernas y espalda, y ahora se siente mucho mejor, aunque está segura de que mañana tendrá unas pocas agujetas.

Mia y su banda se van directamente al escenario porque a la cantante le gusta inspeccionarlo todo antes de comenzar, y ella pasa de largo, siguiendo a un guardia de seguridad que la deja en el pasillo del backstage tras mostrarle la sala médica y el camerino que tiene asignado. Erin hace las verificaciones de siempre con el material, después deja sus cosas y camina hasta el escenario.

Son las cinco menos cuarto y el ensayo oficial no empieza hasta dentro de quince minutos, pero Mia ya está haciendo pruebas de sonido junto a los técnicos. Erin se coloca en el lateral con el walkie que le han dado y un auricular en la oreja que le permite escuchar cuando haya demasiado ruido. Ve pasar a Jude por detrás del escenario, elegante y altivo como si ya estuvieran de concierto. No se ha cruzado con él todavía ni lo echa en falta porque no le cae bien; que no le hiciera caso cuando se trataba de la salud de su artista le molesta, porque le demuestra que este hombre prioriza el negocio por encima del bienestar de Mia Wilder.

Jude levanta la mirada y la ve; al principio se queda quieto, pero después alza una mano para saludarla y Erin se da cuenta de que la animadversión es mutua. Le devuelve el gesto y sube al escenario

para tomar las constantes de Mia, que se gira hacia ella y se aparta del grupo como si hubiera presentido su presencia.

—Déjame esa mano, Wilder.

—Qué formal, Dooley —dice Mia, estirando el brazo.

Erin le coge la muñeca y se concentra en contar sin contestar mientras Mia siente ese ligero hormigueo que ha comenzado a experimentar cuando los dedos de la doctora se posan sobre su piel. Le pasó ayer y le ha pasado las dos veces que ha tomado sus constantes esta mañana. Se gira y ve que varias personas del equipo las están mirando, incluido Jude. No se siente incómoda del todo porque todos saben lo que le pasa, pero tampoco le gusta la sensación; la hace sentir como un bicho raro.

—¿Prefieres que hagamos esto en otro sitio? —pregunta Erin, que ha levantado la mirada y ha notado la tensión de la cantante.

—No, no importa. Supongo que tienen que acostumbrarse.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevas? —pregunta la doctora.

Mia pega los brazos a su cuerpo y barre el suelo con la punta de su bota intentando mostrar una seguridad que en ese momento Erin sabe que no siente.

—Bien, tampoco es nada grave, ¿no?

Se encoge de hombros y sus ojos azules miran a la doctora un segundo antes de volver a mirar hacia abajo.

—No, no lo es, pero es un cambio importante en tu rutina y al principio del diagnóstico cualquier síntoma asusta porque crees que te vas a desplomar.

La cantante se encoge de hombros otra vez mientras se le forma un nudo en la boca del estómago que la hace suspirar con fuerza.

—Estoy bien, no me da miedo —asegura, pero su expresión corporal indica lo contrario.

—Conmigo no tienes que fingir nada, Wilder. No soy tu amiga, no soy tu mánager ni formo parte del equipo que te acompaña en los ensayos. Soy tu doctora y sé perfectamente lo que te pasa, así que, si necesitas hablar de esto, resolver cualquier duda que te surja o decir en voz alta que te asusta más lo que sientes después del desmayo que lo de antes, puedes acudir a mí.

La mirada de Mia se levanta muy despacio y sus ojos azules se quedan quietos en los grises de Erin. Ella no le ha contado a nadie el miedo que llegó a sentir cuando despertó en aquella camilla, en una habitación que no reconocía, con un ruido de fondo que no podía

identificar y la voz suave y cariñosa de la mujer que tiene delante tratando de calmarla, pero Erin sí se dio cuenta, y Mia no sabe cómo se siente con el hecho de que la doctora sea capaz de ver a través de su máscara con esa facilidad.

—Gracias, doctora, pero estoy perfectamente —asegura haciendo un gesto vago con la mano para quitarle importancia. ¿Puedo seguir con el ensayo?

Erin la mira un momento antes de asentir.

—Sí, pero bebe un poco de agua antes —ordena, cogiendo la botella que llevaba consigo y ha dejado en el suelo al encontrarse con Mia.

La cantante no protesta, la coge y da tres tragos largos antes de devolvérsela y correr hacia el centro del escenario. Erin se coloca en su sitio y pide por el walkie que dejen más botellas en zonas del escenario que no molesten para que Mia pueda beber en cualquier momento.

—¿Erin Dooley?

La doctora se gira al escuchar su nombre y se encuentra con una mujer de unos sesenta años con el pelo canoso corto y despeinado como si tuviera veinte.

—¿Nell? —deduce al recordar la descripción que le hizo la abogada sobre esta mujer.

—La misma; me alegro de conocerte por fin —Nell le da un apretón fuerte de manos.

—Lo mismo digo.

—Voy a estar por ahí detrás controlando que todo salga como debe, pero si necesitas algo, no dudes en decírmelo.

—Genial, gracias —dice Erin.

Nell se gira, pero antes de seguir su camino se detiene.

—¿Cómo está Mia? —pregunta mirando a la cantante—. Además de estupenda.

Erin sonríe.

—Está bien. No muestra ningún síntoma y me he ocupado de que se hidrate y coma bien durante el día. No debería pasar nada, pero estaré atenta.

—Me alegro; menudo susto cuando me dijeron lo del Madison. En fin, te veo después.

Erin la observa alejarse y se queda quieta unos segundos. Le ha caído bien; parece una tipa dura y seca cuando no habla, pero le ha

transmitido una sensación de calma como la que siente con Barry, y eso es algo que le pasa con muy poca gente. Se gira hacia el escenario y siente un repentino tirón en el estómago cuando ve a Mia quitarse la sudadera que llevaba puesta. La cantante ha bajado la cremallera central y la ha dejado caer a un lado del escenario, quedándose con un top que le cubre lo justo y las mallas negras que se ha puesto para el ensayo. Erin carraspea y bebe un trago de agua de su propia botella para aclararse la garganta y tratar de deshacer esa sensación extraña que ha sentido.

El tiempo del ensayo le pasa volando y a las siete todos se detienen y se apagan las luces del escenario porque empieza la apertura de puertas. Mia baja por su lado y Erin le entrega la botella de agua y la acompaña por el backstage hasta que llegan a la puerta de la sala médica.

—Entra un momento; deja que te tome la tensión y te dejo libre para que te prepares.

De nuevo, Mia no protesta y la sigue, sentándose en la silla que la doctora le señala mientras termina de recuperar el aliento. Erin le pone el tensiómetro y aprieta el botón del aparato mientras Mia se fija en su cintura. Le gusta mucho el estilo informal de la doctora, con la camiseta de manga corta medio sacada del pantalón cargo negro que estiliza sus piernas.

—Esto está bien. ¿Tú cómo te encuentras? ¿Has tenido sensación de mareo en algún momento?

Mia se levanta y al hacerlo queda demasiado cerca de Erin, que la mira por un instante cuando la cantante alza la vista porque la doctora es más alta que ella. A la artista le resulta tan tentadora que por un segundo piensa en levantarse sobre las puntas de los pies y besarla, porque Erin tiene una forma de mirarla que la desconcierta mucho. No pestañea ni parece incómoda cuando se encuentra con sus ojos, y a veces tiene la sensación de que pasan demasiado tiempo observándose, pero se corrige de inmediato, recordando que esta mujer no tiene ningún interés en ella y que todo lo que percibe solo son alucinaciones suyas. Ve lo que quiere ver porque Erin Dooley le gusta.

—Estoy bien, Dooley. Espero que disfrutes del con… —Mia se detiene y entorna la mirada—. ¿Te gusta mi música?

La doctora sonríe de un modo que hace que el estómago de Mia se dé la vuelta y presione contra su vientre.

—No es mi estilo —decide ser sincera—, pero no me disgusta.

—¿Siempre eres tan diplomática? —Mia levanta una ceja y aparece esa sonrisa torcida que hace que Erin siempre se fije en la línea de expresión fina que se dibuja junto a la comisura de sus labios.

—Solo cuando es necesario.

—No necesito que me endulces las cosas; si no te gusta mi música, lo puedes decir —Mia parece divertida, y Erin no está segura de que esta conversación —que no tiene nada extraño en apariencia— deba continuar, porque no es lo que dicen, sino la expresión juguetona que hay en la cara de Mia Wilder cuando le habla.

—Lo haría si fuera así, pero como te he dicho, no está mal.

—Esa respuesta es una mierda, doctora.

Erin se ríe sin abrir la boca, soltando el aire por la nariz mientras Mia camina hacia atrás hasta que llega a la puerta y se da la vuelta para salir.

El concierto empieza con diez minutos de retraso porque Jude ha decidido que es mejor así.

—Creamos expectación —ha dicho, pero lo único que Erin ha visto que se conseguía con eso era aumentar los nervios de Mia, que se movía de un lado a otro mientras Noah trataba de calmarla.

—Vale, ahora —alguien da la orden y Mia corre a su sitio.

Las luces se apagan en todo el recinto y el público ruge cuando se enciende un solo foco sobre Mia Wilder. Parece que será algo lento, pero el concierto arranca con una canción movida donde Mia hace unos segundos de coreografía en solitario y después se le unen los bailarines a los que Erin ni siquiera ha visto subir porque tiene los ojos fijos en la cantante.

Los nervios de Mia parecen haber desaparecido y ahora se come el escenario con esa energía suya que a Erin le parece contagiosa. Las canciones van pasando y ella se siente tranquila. Mia no muestra ningún síntoma y se hidrata entre canciones sin necesidad de que Erin deba recordárselo.

De repente, la cantante se queda quieta al borde del escenario, la música se detiene y también el corazón de Erin porque piensa que ha pasado algo, pero entonces Mia levanta el micrófono hacia el público y empieza una melodía a la que miles de personas ponen voz, cantando mientras ella los anima.

Erin tiene la piel de gallina y un escalofrío le atraviesa todo el cuerpo como si fuera ella la que está frente al público. Se acaricia los

brazos y suspira, incapaz de imaginarse lo que debe experimentar la cantante en ese momento.

—No dejarás de sentir eso por muchas actuaciones que presencies —asegura Nell, apareciendo a su lado.

—¿Nunca se pasa?

La mujer niega con la cabeza.

—Llevo toda mi vida en esto. He estado de gira con un montón de artistas y cuando aparece uno tan eléctrico y magnético como ella —Nell señala a la chica con la cabeza—, esto no se pasa nunca.

De la misma manera que ha llegado, se va mientras da instrucciones por el walkie, y Erin decide que no puede estar mirando a Mia como lo hace en ese momento; debe mirarla como una médica responsable de su salud, no como una mujer a la que ahora mismo no le importaría retirar lo que dijo en el avión y permitir que Mia la siga seduciendo. Coge su botella y vuelve a beber, alejando esos pensamientos estúpidos de su mente a los que no les concede mucho tiempo antes de concentrarse en su trabajo.

Al terminar, Mia baja del escenario cargada de euforia y con la adrenalina disparada como le pasa siempre. Se mueve con esa energía nerviosa tan típica de ella en momentos así, y ni siquiera Noah, cuando le pasa una toalla para el sudor y después una sudadera para que no se enfríe, logra detenerla. Mia sabe que tiene que acercarse a Erin porque la doctora se lo ha pedido antes de subir al escenario. Necesita tomar sus constantes, y eso se ha convertido en uno de los momentos favoritos de la cantante porque es el único en el que esa mujer la toca.

—Soy toda tuya —dice, deteniéndose frente a ella, pero viene tan embalada que su cuerpo se adelanta un paso sin que logre detenerse a tiempo antes de quedarse a escasos centímetros de Erin.

La doctora nota el calor que desprende su cuerpo y, por un momento, se queda paralizada, mirando hacia abajo mientras Mia lo hace hacia arriba, conectando con sus ojos grises. Son solo unos segundos, pero Erin siente que el aliento se le escapa cuando Mia le mira la boca.

—Es una lástima que no te interese ni un poco —susurra la cantante sin poder detener su lengua, pero se aparta de inmediato en cuanto escucha su propia voz—. Lo siento —sonríe avergonzada—, es la adrenalina, a veces no filtro.

Mia da otro paso atrás y baja la mirada hacia las botas de Erin mientras su pecho sube y baja a toda velocidad tras la última coreografía de cierre.

—No pasa nada; vamos a esperar un poco a que tu respiración se normalice antes de tomarte el pulso. ¿Te apetece beber agua?

Mia niega con la cabeza; tiene la boca seca, pero no es precisamente por la sed, y Erin no la obliga porque teme que se atragante o le entre hipo si bebe en ese estado.

Noah se acerca a ellas con la sudadera que Mia no se ha puesto todavía, y ella resopla porque está muerta de calor.

—Póntela —ordena Erin, y el tono le sale mucho más autoritario de lo que pretendía.

Mia suspira y hace una mueca de frustración, pero no por tener que ponerse la prenda, sino por no poder meter la lengua en la boca de esta mujer a la que empieza a desear de un modo que le parece enfermizo.

—Ha sido una pasada —comenta Noah—; de los mejores de todos los que llevas en la gira Wild.

Mia sonríe a su amigo, pero sus ojos azules no pueden evitar buscar los de la doctora porque le encantaría que a ella también le hubiera gustado.

—Has estado impresionante —dice Erin, sorprendiéndola—; que no sea mi estilo de música no quiere decir que no sepa apreciar una buena voz y una actuación sublime.

La sonrisa de Mia no es esa torcida a la que Erin está acostumbrada; esta es otra, la que probablemente sea su sonrisa real, la que no puede controlar porque le sale de dentro, y la doctora aparta la mirada y se centra en tomarle el pulso antes de que la tensión en su vientre siga aumentando.

—Hola, chicos —dice una mujer.

—¿Qué tal, Lexie? —responde Noah con ese tono amable suyo.

Erin termina de contar, anota las pulsaciones en la libreta y levanta la mirada. Frente a Mia hay una mujer con el pelo rubio oscuro y la melena suelta por debajo de los hombros. Lleva un pantalón negro ancho con unas zapatillas blancas y una camiseta de tirantes metida por la cintura. Debe tener treinta y pocos, y Erin no sabe definir qué es lo que la hace especialmente atractiva, porque la mujer no tiene ningún rasgo especial que la haga destacar y, sin embargo, hay algo en ella que hace que tengas que mirarla.

—Soy Lexie Farhall —se presenta la mujer, ofreciéndole la mano.

Erin se da cuenta entonces de que en la otra lleva una grabadora y que de su cuello cuelga una acreditación de prensa.

—Erin —responde, y le devuelve una sonrisa pequeña cuando Lexie le sonríe.

La periodista se gira entonces hacia Mia, que no parece molesta por su presencia porque Lexie es periodista de las que viajan con la gira y cubren todos los conciertos, por lo que ya la conoce, pero lo que sí le ha llamado la atención ha sido la forma en que Lexie ha mirado a Erin. Han sido un par de segundos, pero la ha visto recorrer todo su cuerpo y parecía complacida cuando ha terminado; sin embargo, Mia decide que no le importa, o al menos, que no debe hacerlo.

—¿Cómo estás, Mia? —pregunta Lexie, y Erin se da cuenta con sorpresa de que no es una pregunta de trabajo porque la periodista no ha encendido la grabadora; es una pregunta de interés personal, y la doctora decide que esta mujer también le cae bien.

—Genial, ha sido un buen día —asiente Mia.

—Me alegro de que estés mejor. Te hago un par de preguntas y te dejo, ¿de acuerdo?

—Sí, vale.

Lexie enciende la grabadora y Noah la mira fijamente, atento como se pone siempre en momentos así por si hacen alguna pregunta que Mia no debe responder.

—El comunicado de prensa de tu agente dejaba muy claro lo que te pasó. ¿Cómo recibiste el diagnóstico?

Mia se encoge de hombros y mira a Erin de reojo, moviendo las manos por sus caderas como si buscara unos bolsillos que no tiene para esconderlas.

—Supongo que como cualquiera en mi caso; al menos ahora ya sé lo que me pasa.

—¿Y cómo te sientes estos días? ¿Has vuelto a desmayarte desde lo del Madison?

—No; además, ahora tengo a esta doctora encantadora pegada a mí todo el día —dice con cierto deje de sarcasmo, señalando a Erin.

Lexie la mira y le sonríe, y Erin, que sabe leer entre líneas, se da cuenta de que la mujer está interesada en ella.

—Tus fans se alegrarán de saber esto, Mia, y yo también. Cuídate, ¿vale? Nos vemos por ahí.

Le da un apretón a Noah en el brazo y le hace un gesto con la cabeza a la doctora para despedirse, y ella se lo devuelve levantando ligeramente la mano.

—¿Ya soy libre? —le pregunta Mia, que necesita una ducha urgente.

—Sí, pero recuerda que has de cenar.

Mia hace una mueca muy parecida a la que hace Noah, solo que la de él es porque sabe que Mia apenas prueba la comida después de un concierto.

Dos horas después, Erin está en la habitación del hotel. Se ha duchado y ha escrito un breve resumen en su libreta sobre el estado de Mia durante el día, que le ayudará a tener una visión clara de su estado habitual cuando tenga unos cuantos más apuntados. Termina y deja la libreta; es tarde y debería acostarse, pero todavía está acelerada. El concierto también le ha disparado la adrenalina a ella y sabe que si se acuesta no podrá dormir, así que se cambia el pantalón de pijama por uno deportivo, se calza las zapatillas y decide bajar al gimnasio del hotel para quemar un poco de energía. Se mete la tarjeta en el bolsillo y sale de la habitación sin pensar en nada en concreto, pero cuando pasa por delante de la suite de Mia, su ritmo se ralentiza hasta que se detiene en la puerta, paralizada por lo que ha escuchado.

No necesita tratar de adivinar qué es ese sonido; Erin lo reconoce de inmediato: son los gemidos de una chica. Lo que no puede determinar es si pertenecen a Mia o a su acompañante. Su cuerpo reacciona de formas muy extrañas al mismo tiempo, porque siente un ligero espasmo en la entrepierna, pero también nota que algo se le retuerce en el estómago y la pone de un ligero mal humor que antes no tenía.

Reanuda el paso y llega al gimnasio, donde no solo tiene que quemar la energía que le sobra, sino esa incomodidad que siente. Pasa casi una hora haciendo ejercicio hasta que logra sentirse bien y decide volver a su habitación, pero la doctora parece estar maldita esta noche, porque cuando está caminando por el pasillo, la puerta de la suite de Mia se abre y de ella sale una mujer que todavía se está arreglando la camisa. Erin la mira, sorprendida, porque esperaba que Mia estuviera con una chica de su edad o incluso más joven, pero esta mujer debe estar cerca de los cuarenta —como ella— y el dato le produce una curiosidad que no entiende.

Capítulo 10

Lo que iba a ser un viaje en avión hasta Boston se convierte en uno de autobús debido a la cancelación del vuelo por mal tiempo. Por ello, los han despertado a todos más temprano para ponerse en marcha cuanto antes. A Erin no le ha importado mucho; llevaba levantada una hora y estaba a punto de entrar en el gimnasio cuando Noah la ha interceptado para decírselo.

Lo primero que hace es mirar su reloj: son apenas las siete y cuarto, demasiado pronto para que Mia haya podido descansar lo suficiente teniendo en cuenta que anoche estuvo entretenida, y a Erin la pone de mal humor por dos motivos, porque afecta a la salud de su paciente y porque recordar a esa mujer saliendo de la suite de la cantante hace que se le tensen los músculos.

Media hora después, está en la entrada del hotel con el asa de la maleta en una mano, su mochila colgada al hombro y un café para llevar que ha pedido en la cafetería antes de salir.

—No es lo que esperabas, ¿verdad? —habla Nell, colocándose a su lado mientras Erin mira impresionada el autobús de dos plantas con los cristales tintados—. No hacía falta que trajeras café; ahí dentro hay servicio y los asientos se inclinan tanto que podrás dormir todo el camino si lo necesitas.

—No sé si podré subirme en un autobús normal después de esto —murmura Erin, mientras alguien del equipo viene a cogerles las maletas para guardarlas.

Nell se ríe y le pone una mano en la espalda con suavidad.

—Si algo he aprendido en todos los años que llevo en esto, es que te puedes acostumbrar al lujo muy rápido, pero si no perteneces a este mundo desde que naces, llega un momento en el que echas de menos lo que tenías antes. Nunca dejes de ser quien eres a pesar de todo lo que veas aquí —le aconseja.

Nell la deja ahí, plantada en la acera mientras camina hasta la escalera y sube al autobús. Erin piensa en sus palabras y no cree que le cueste volver a su vida anterior en absoluto en cuanto a lujos se

refiere, pero puede que le cueste más regresar a su rutina en el hospital y su día a día completamente vacío porque, aunque aquí tampoco ha hecho ningún amigo y no sabe si lo hará, siente que las horas le pasan más rápido porque básicamente siempre tiene algo que hacer. El ritmo de la gira es caótico y no le deja mucho espacio para estar sentada a solas en un sofá —como hacía en su casa— sin nadie con quien hablar y sin saber qué hacer con su tiempo libre. A veces piensa en su vida y se frustra: todavía es muy joven y podría hacer mil cosas si tuviera más facilidad para comunicarse con la gente y establecer una relación que no solo sea laboral, pero después de pasar toda su vida dedicada a ocuparse de su familia, ahora que no la tiene —Brooke no cuenta mucho en este aspecto— no sabe cómo empezar a vivir.

Si lo piensa, su mayor logro ha sido ese inicio de amistad que tiene con Barry, y justo cuando comenzaba, Erin se fue con la gira de Mia Wilder, pero en esta semana que lleva de viaje, Barry le ha escrito un par de veces para preguntarle cómo le va, así que la doctora está satisfecha con lo que ha conseguido y está segura de que, cuando regrese a Nueva York, tendrá un amigo esperándola allí.

La puerta del hotel se abre detrás de ella y Erin nota el calor que sale del interior contra su espalda, pero también percibe una especie de electricidad estática que le eriza la piel del brazo y la hace girarse sin saber lo que espera ver al hacerlo.

Mia está cruzando la puerta acompañada de uno de los guardaespaldas que viajan con ella. Lleva unos vaqueros rotos, una sudadera grande y el pelo escondido bajo una gorra con el logo de la gira Wild.

—Hola, Dooley —saluda la cantante cuando pasa por su lado.

Erin no es capaz de responder a tiempo de que Mia la escuche antes de subir al autobús, porque sigue anclada donde estaba, tratando de alejar de su mente la imagen de la mujer a la que vio salir anoche de su suite, pero, sobre todo, el sonido de los gemidos que escuchó a través de la puerta, que tiene instalado en algún punto de su cerebro con la seguridad de que era Mia la protagonista de lo que sonaba dentro de la habitación. En ese momento, no fue capaz de identificarlo, pero después, mientras estaba en el gimnasio, enseguida asoció el tono bajo y ronco de esos sonidos al mismo que Mia utilizó en el concierto en una de sus canciones, cuando la música

se detuvo, las luces se atenuaron y cantó un estribillo a capella que dejó a todo el público hipnotizado.

—¿Lista? —la voz de Noah la sobresalta.

Erin se gira y lo ve a su lado, con el pelo oscuro alborotado, ropa deportiva y sus auriculares de diadema.

—Sí —Erin le dedica una sonrisa y al fin sube al autobús.

Ya hay un montón de gente sentada; algunos le suenan y a otros ni siquiera los recuerda si es que los ha visto en algún sitio. Saluda en voz baja y sube a la segunda planta, donde el espacio es mucho más amplio y no hay tantas filas de asientos como en la inferior.

—Atrás del todo —señala Nell con el pulgar por encima de su cabeza.

La mujer está sentada en el primer bloque de asientos porque le gusta tener visión limpia de la carretera. Erin asiente y camina hasta el fondo, donde hay una puerta que sin duda pertenece a la habitación de Mia. Llama un par de veces con los nudillos y espera unos segundos.

—Pasa, Dooley —escucha desde dentro, como si Mia supiera que solo ella se atrevería a molestarla tan temprano.

Abre la puerta y la encuentra sentada en una cama individual, con la espalda apoyada en la pared, las piernas estiradas y el móvil en la mano. Se ha quitado la gorra, las zapatillas y la sudadera, por lo que la mayor parte de los tatuajes de sus brazos están a la vista. Erin no es especialmente amiga de las agujas que te insertan tinta en la piel; de hecho, ella no lleva ninguno y tampoco le llaman la atención cuando los ve en otras personas, pero Mia Wilder lleva tantos que son como un sello de identidad, y a Erin le cuesta imaginársela sin ellos.

—Siéntate donde quieras —dice Mia, señalando su cama y los dos sillones junto a la ventana del fondo del autobús.

La doctora elige la cama. Se sienta a su lado y le coge la muñeca sin decir nada, tomándole el pulso.

—¿Has dormido? —pregunta antes de empezar a contar.

—Algo, sí.

Erin arquea una ceja.

—¿Cuántas horas?

—No lo sé, Dooley, ¿cuatro? Quizá tres; me cuesta dormir después de un concierto, ya te lo dije —somnolienta, Mia abre la boca sin poder contener un bostezo.

—¿Fumaste anoche?

Mia levanta la cabeza del móvil y la enfoca con sus ojos azules, cuyos bordes están enrojecidos por el sueño y seguramente por el canuto de marihuana que se fumó cuando la mujer se fue de su suite.

—Sí, un porro. A veces me da sueño y otras solo me relaja.

—¿Nada más?

La mirada de Mia se endurece.

—No, solo eso, ya te lo dije. Puedes hablar con Noah si no me crees. Yo no tengo acceso a nada, ni siquiera sé liar el jodido canuto. Él me lo prepara solo las noches de concierto.

—¿Has desayunado? —por algún extraño motivo, Erin la cree, aunque no descarta hablar con Noah sobre esto porque muchos pacientes mienten a sus médicos a menudo y, cuanto más conozca el estilo de vida de Mia, más fácil le será tratarla.

—Un café rebajado con medio litro de agua. Asqueroso, por cierto —añade con una mueca.

—Un café no es comida. Pediré que te traigan un desayuno suave y una botella grande de agua, y más café si te apetece. Deberías beberte la botella durante las próximas tres horas: anoche perdiste mucho líquido a través del sudor y hay que reponerlo.

—Lo intentaré.

Mia la observa un segundo. Erin todavía está sentada a su lado con unos pantalones cargo, esta vez de color verde militar, junto a una camiseta básica de color negro. Se fija en sus brazos, en la línea fina que define sus músculos, en su expresión severa acompañada de esos ojos grises como la ceniza y unos labios carnosos que nunca están húmedos, pero sí muy apetecibles, y la boca se le queda tan seca que está segura de que necesitará más de una botella.

—Bien. ¿Cómo te encuentras esta mañana teniendo en cuenta que no has descansado bien? ¿Algún mareo al levantarte? ¿Algo raro?

—Follar siempre me sienta bien, Dooley, así que diría que estoy de maravilla —tras el comentario que no ha sido capaz de frenar, Mia enrojece y parpadea un par de veces, avergonzada—. Lo siento, no sé por qué he dicho eso.

Una parte de ella desea que la doctora sepa todo lo que hace, sobre todo con mujeres, por si puede provocar alguna reacción en ella, pero la otra no. Está decidida a respetarla, a no provocarla con sus comentarios estúpidos y fuera de lugar ni a decir cosas que puedan incomodar a la doctora, pero le gusta tanto esta mujer que controlar

esos impulsos está siendo una de las tareas más duras que tiene que realizar durante el día.

—Me alegro de que te lo pasaras bien —sin mirarla y con una expresión de indiferencia que a Mia le provoca un nudo en el estómago, Erin se levanta—. Cómete lo que te traigan y trata de dormir. Bloquea el móvil y dámelo.

Una ráfaga de desconcierto cruza el rostro de Mia, haciendo que sus ojos se abran de golpe.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque necesitas dormir y, si te quedas con el móvil, te distraerás. Dámelo —la mano de Erin permanece abierta frente a ella, esperando.

Mia se fija en sus dedos, rectos y fuertes, perfectos para... La cantante carraspea, se asegura de que la pantalla está bloqueada y deja el móvil sobre su mano. Erin se lo guarda en el bolsillo lateral de su pierna derecha y camina hasta la puerta.

—Descansa; vendré a verte al mediodía.

La doctora sale y se sienta sola en los asientos más próximos a la habitación de Mia. Pulsa el botón que tiene en el lateral —el que está sobre unas letras donde pone «asistencia»— y al cabo de treinta segundos un chico uniformado se acerca para preguntarle qué necesita. Pide desayuno para Mia y otro café para ella y, cuando él se marcha, saca su libreta, pone la fecha del día en la parte más alta, anota las constantes de la cantante a la hora que se las ha tomado, apunta que solo ha tomado café, que ha dormido tres o cuatro horas y que ha follado.

Se queda mirando la última palabra. La ha apuntado porque es un dato real que necesita, algo que provoca un cansancio añadido en su paciente que ella debe tener en cuenta para el seguimiento adecuado, pero ver esa palabra ahí la irrita casi tanto como anoche cuando vio salir a la mujer de su habitación. Se convence de que su molestia solo se debe a que Mia no parece esforzarse mucho por descansar y seguir sus instrucciones, y aleja cualquier otro pensamiento que no tenga que ver con eso.

El autobús llega a Boston a media tarde. Mia ha desayunado, ha dormido casi cuatro horas entre una comida y otra y siente que tiene las pilas cargadas. Erin, sin embargo, apenas ha pegado ojo durante todo el trayecto. Primero, pendiente de que le llevaran el desayuno a la cantante; después, asegurándose de que se lo había comido; luego,

asomándose a la puerta cada hora para comprobar que estaba dormida y, por último, ocupándose de que comiera cuando se ha levantado, de que hubiera bebido el agua necesaria y de tomarle las constantes otra vez.

Los ratos que ha pasado sentada en su asiento, era incapaz de cerrar los ojos porque a veces su mente va por libre y la hacía preguntarse qué hace ahí, en un autobús lleno de desconocidos, viajando por el país sin tiempo para nada con una chica que hace comentarios que no debe y después se disculpa.

Cuando el vehículo se detiene, Erin tiene que mirar dos veces a través de la ventana. Si en Toronto había fans de la cantante, aquí hay una multitud que la policía está intentando mantener alejada de las vallas que ha puesto el personal del hotel en la entrada.

—A veces pasa —la voz de Mia la hace girarse y encuentra a la cantante en el pasillo.

Se ha cambiado de ropa; ahora viste unos vaqueros ajustados de color negro, unas zapatillas blancas y una sudadera de su talla. Tiene el pelo húmedo y no lleva la gorra, y las ojeras que tenía esta mañana han desaparecido por completo.

—¿Qué es lo que pasa? —Erin está completamente desconcertada ahora mismo, abrumada por lo que hay fuera del autobús y por la presencia de la chica de ojos muy azules que la mira a medio metro de distancia, con las manos metidas en los bolsillos traseros de su pantalón y ese magnetismo que desprende sin saberlo.

—La gente —Mia señala la entrada del hotel—. Normalmente, se filtra a través de algún club de fans; siempre hay alguien dispuesto a indagar lo suficiente. Conocen el día de llegada y la ciudad, y suelen tantear al personal de los hoteles que ellos consideran candidatos hasta que alguna persona les dice lo que quiere saber. Otras veces es Jude quien lo filtra —Erin parpadea—; dice que es publicidad gratuita.

—Entiendo —murmura la doctora.

—Yo no —Mia se encoge de hombros—. A veces pasan cosas: gente que se altera demasiado y acaba recibiendo algún empujón innecesario. Jude no debería hacer esto.

Mia se gira y sigue avanzando, y Erin la persigue con la mirada hasta que desciende las escaleras y la pierde de vista. Coge su libreta, la guarda en la mochila y se la cuelga al hombro para salir. Nell está en su asiento, sin moverse y sin haber recogido sus cosas, con un pie

apoyado en la baranda que tiene delante y un libro con un lomo enorme entre las manos.

—¿No sales? —pregunta Erin.

La mujer levanta la mirada y se quita las gafas de leer, que quedan colgadas sobre su pecho a través de la cuerda que las sujeta.

—Todavía no. Es mejor esperar a que entre Mia. A la que quieren ver es a ella; una vez haya entrado, se quedan diez minutos más y al final la mayoría se marcha. Si sales ahora, te acosarán casi tanto como a ella, te preguntarán quién eres y tratarán de sacarte información.

La doctora frunce el ceño, se descuelga la mochila del hombro y se sienta en los asientos que hay detrás de Nell, mirando por la ventana para ver cómo Mia, con un guardaespaldas a cada lado, saluda a los fans, se hace fotos y sonríe, y contesta algunas preguntas.

Capítulo 11

—¿Qué haces ahí parada? —pregunta Noah, deteniéndose en el pasillo que lleva a la sala de ensayo que tienen alquilada para esta semana.

Mia está de pie; acaba de salir de su camerino lista para practicar la coreografía con los bailarines, pero al hacerlo ha visto a Erin un poco más adelante, agachada de espaldas a ella mientras se ata los cordones de las botas.

—Ah, ya veo —la voz de Noah tiene un deje sarcástico que hace que Mia se gire hacia él cuando la doctora se levanta y se queda de pie, mirando algo en su móvil, sin darse cuenta de que tiene a la cantante unos metros por detrás.

—¿Qué ves? —Mia se cruza de brazos con expresión interrogante.

—A ti babeando por Erin.

Noah suelta una risita y se pasa la mano por la barba porque empieza a picarle. La cantante está a punto de protestar, de decirle que no sea paranoico e inventar cualquier excusa que justifique su presencia en el pasillo con esa cara de boba, pero es su mejor amigo y ya sabe que la doctora le gusta, así que hace un puchero dramático y apoya la frente en su pecho unos segundos antes de levantar la mirada, colocarse de forma paralela a su asistente personal y observar cómo Erin reanuda la marcha para ir al escenario donde ya debería estar ella.

—Es una jodida diosa y ni siquiera lo sabe —la voz de Mia se convierte en un susurro—. ¿Por qué no me quiere? —pregunta, girándose hacia Noah de nuevo.

Él suelta una carcajada que hace eco en el pasillo y le pasa un brazo sobre los hombros.

—Supongo que debe de ser muy difícil para alguien como tú asumir que hay una mujer que no está interesada en ti.

Mia le pasa un brazo por detrás de la cintura y camina con él.

—No es verdad. Bueno, sí, eso es raro —admite, y se contagia de la risa de su amigo—, pero me gusta de verdad. Cada vez que me toca

para tomarme las constantes, te juro que se me eriza la piel.

—Eso es porque no es accesible. Seguro que, si se acostara contigo, pasarías de ella al día siguiente.

La cantante se detiene en seco y Noah casi tropieza cuando su brazo queda atascado detrás del cuello de su amiga.

—¿Por qué no me crees cuando digo que me gusta?

Él se pasa una mano por el pelo enmarañado, sin saber qué responder.

—No pasaría de ella, eso te lo aseguro, a no ser que la química en la cama fuera desastrosa, cosa que dudo.

—Entonces, ¿te gusta en plan de que saldrías con ella? —pregunta entre confundido y sorprendido.

—Ojalá pudiera salir con una mujer como ella. Erin Dooley es lo que siempre he buscado: más mayor que yo, centrada, preciosa e inmune a mis encantos —la última parte la dice en broma, pero también en serio, porque desde que se hizo famosa hablar con una mujer durante más de diez minutos sin que esta saque a relucir su trabajo o señale alguna de las muchas virtudes que —según ella— Mia posee, es casi imposible.

—Pues lo siento por ti —Noah vuelve a abrazarla para seguir—. Tendrás que poner el foco de tus preciosos ojos azules sobre otra mujer, porque ella ya te dejó claro que no está por la labor.

—Lo sé, pero me frustra.

Llegan a la sala de ensayo y lo primero que hace Mia es acercarse a la doctora para que le tome el pulso.

—¿Cómo estás hoy? —pregunta Erin antes de cogerle la muñeca.

—Un poco cansada.

—¿No has dormido bien? —la doctora anota sus constantes y deja la libreta sobre la mesa que tiene al lado.

—Sí, he dormido seis horas del tirón, pero no sé; me he despertado como si un camión me hubiera pasado por encima —explica la cantante.

—Quizá deberíamos posponer este ensayo para más tarde —opina Erin, que ahora le mira las pupilas mientras una de sus manos se coloca en el cuello de Mia para sujetarle la cabeza, levantándole un párpado con la otra.

La cantante se queda inmóvil, sintiendo que el calor de los dedos de la doctora le atraviesa la piel y envía una descarga por su cuerpo que aterriza entre sus piernas.

—No podemos —asegura Mia cuando Erin se aparta—. Además, si detenemos la agenda cada vez que estoy cansada, la mitad de los días no trabajaríamos.

Erin le ofrece la botella de agua para que beba y espera hasta que la cantante se la devuelva.

—De acuerdo, no paramos, pero haremos más pausas y si sientes cualquier…

—Sí, te aviso, no te preocupes, Dooley, estoy perfectamente —la corta Mia.

Con un suspiro, Erin la ve correr hacia el centro del escenario donde ya la esperan los bailarines. La canción comienza de inmediato y, por un momento, la doctora se olvida de lo que la ha traído aquí y se pierde con los movimientos del cuerpo de Mia, que a veces le cuesta seguir por la velocidad, pero, sobre todo, se pierde en su sonrisa descarada y su expresión eufórica mientras se mueve y hace playback.

—Voy a por un café —anuncia Noah, acercándose a ella—. ¿Te traigo uno?

—Un café con leche, gracias —pide la doctora al mismo tiempo que le da un toque afectuoso en el brazo.

Mia lo ve mientras actúa y siente algo parecido a los celos apretarse detrás de sus costillas. No está celosa de su amigo, sino del hecho de que Erin le sonría y parezca tenerle verdadero afecto, de que se muestre cercana con él y que con ella mantenga la distancia a todas horas. Siempre se pregunta si debió hacerlo de otro modo, si tratar de ligar con Erin Dooley de forma descarada fue un error y si a lo mejor intentarlo con más sutileza habría dado resultados diferentes, pero ahora ya no puede hacer nada porque Erin ha sido muy clara con eso: Mia no le interesa más allá de su cuadro clínico.

Como si pensar en su condición hubiera hecho un llamamiento a los síntomas, Mia empieza a notar que tiene menos fuerza en las piernas y que la visión se le vuelve borrosa durante una fracción de segundo que la deja desconcertada. Sin ser muy consciente de lo que hace, detiene el paso para estabilizarse y se concentra en enfocar hacia delante para tratar de volver a ver con nitidez, pero para entonces ya ha llamado la atención de la doctora, que suelta su libreta y corre hacia el escenario sin que le importe interrumpir la coreografía de los bailarines.

—Para la música, Noah —ordena mientras se acerca a Mia, dejando al chico —que volvía con los cafés— paralizado durante unos segundos—, y que todo el mundo salga de aquí.

—¿Qué haces? —pregunta Mia cuando la doctora la coge por la cintura y la pega a su cuerpo, temiendo que se desplome en cualquier momento.

—Mírame —Erin le sujeta la barbilla con una mano—. ¿Puedes caminar?

Mia está confundida. Una parte de ella sigue en el escenario pensando en lo que debe hacer, y la otra está desorientada.

—Sí, yo no…

Se detiene cuando la flojera de sus piernas aumenta y sus ojos azules se desenfocan. Erin la sujeta con fuerza y la baja al suelo hasta que logra tumbarla. Para entonces, los bailarines están saliendo y Noah ha detenido la música y se ha quedado junto a la puerta, asustado y a la espera de que la doctora necesite ayuda.

—No dejes de mirarme, Wilder —pide Erin, levantándole las piernas para forzar que la sangre le llegue al cerebro.

La boca de Mia se abre y su respiración se entrecorta. El miedo la está invadiendo, pero sigue consciente y Erin necesita aprovechar eso para evitar que su mente se apague.

—¡Noah, ven aquí! —ordena, y el asistente aparece a su lado en apenas tres segundos—. Mantenle las piernas en esta posición.

El chico obedece y se coloca a los pies de Mia, sujetándole las piernas elevadas en un ángulo de unos cuarenta grados.

—Mia —susurra Erin, arrodillada a la altura de su abdomen e inclinada hacia delante.

Le pone una mano en la mejilla y la otra la utiliza para coger la de la cantante, que ya está cerrada en un puño apretado que ella cubre con su palma.

—Necesito que sigas apretando los puños, cariño, y aprietes también el abdomen y los glúteos. ¿Puedes intentarlo?

La doctora mueve la mano desde su mejilla hasta su barriga y la coloca ahí para comprobar si Mia puede obedecerla o si su mente ya está a punto de desconectarse. Nota un ligero temblor contra la palma y se inclina más hacia ella.

—Así, lo haces muy bien; sigue haciendo fuerza.

Erin percibe una sombra por detrás de su hombro y gira un segundo la cabeza para ver que Nell está allí con la cara blanca por el

susto. Los ojos de Mia se anegan en lágrimas y estas le empiezan a caer por ambos lados del rostro cuando el pánico la atraviesa del todo, pero sigue consciente. Erin ha llegado a tiempo y lo que hace está funcionando.

—Sigue, cariño —susurra—, sigue apretando y mírame a mí.

Los ojos azules de la cantante, medio desenfocados todavía, parpadean y sus pupilas la buscan como si ella fuera el faro que necesita para guiarse. Erin exhala cuando nota que la enfocan, y entonces mueve una de las manos de Mia hacia su pecho como hizo la otra vez.

—Ahora trata de respirar conmigo, despacio.

La mano de Mia tiembla del mismo modo que su barbilla, y ni siquiera entonces rompe el contacto visual con la doctora, como si estuviera anclada en ella y eso fuera lo que la mantiene despierta.

—Erin… —murmura Mia, todavía angustiada y algo mareada.

—Estoy aquí, cielo —susurra despacio—. Estás bien, Mia; sigue respirando conmigo.

Sin apenas parpadear y con las piernas elevadas todavía, la cantante lo logra. Consigue acompasar su ritmo con el de Erin, centrada en los latidos calmados que nota contra la palma de su mano.

—Bájale los pies. Apóyalos en el suelo y deja sus piernas dobladas —ordena Erin, dirigiéndose a Noah, que obedece muy despacio.

—No me encuentro bien —murmura Mia, todavía pálida.

—Lo sé, pero ya ha pasado —Erin le aparta el pelo de la frente—. ¿Puedes sujetarte a mi cuello? Quiero que bebas agua.

La doctora se inclina hasta que los mechones de su coleta caen por un lado de su cuello y rozan el de Mia, que estira los brazos y los cierra detrás de la nuca de la doctora.

—¿Lista? —pregunta Erin, con su mejilla casi rozando la de la cantante.

—Sí —susurra, arrastrando las letras.

La voz de Mia es un jadeo bajo cuando Erin tira hacia arriba, le pone una mano en la espalda y la arrastra con ella hasta que logra sentarla con la espalda apoyada contra su pecho. Nell le ofrece una botella de agua abierta y la doctora la acerca a los labios de la cantante, que apenas puede mantenerlos abiertos, y parte del líquido le cae por la barbilla.

—No pasa nada si se cae, bebe solo lo que puedas.

Mia da otro sorbo y parpadea, cerrando un puño sobre el bolsillo lateral del pantalón de Erin, y necesita unos segundos para darse cuenta de que su otra mano permanece sobre su propio abdomen, cubierta por la de la doctora.

—Noah, busca la manera de sacarla de aquí; necesita descansar —pide Erin.

—En la parte trasera está la furgoneta que nos ha traído; puedo hacer que la aparquen en la puerta si puede caminar —propone él.

—Hazlo; iremos en cuanto esté más estable.

—¿No necesitamos ir al hospital? —pregunta Nell.

—No hay una medicina mágica para esto —responde Erin—. Ir allí solo la pondrá más nerviosa; mejor el hotel.

—De acuerdo, ayudaré a Noah; haré que despejen el pasillo para sacarla. Vuelvo enseguida.

La mujer desaparece y se quedan a solas, con la única presencia de uno de los guardaespaldas de Mia, que está cerca de la puerta.

—¿Qué tal? —susurra Erin, tocándole primero la frente y después la parte superior del labio para ver si está sudorosa.

—No creo que pueda caminar ahora —Mia se encoge, asustada.

—Lo sé, no te preocupes por eso. ¿Quieres más agua?

Mia niega con la cabeza y Erin le aparta el pelo húmedo de la frente. Los ojos azules se quedan fijos en los suyos y por un momento solo puede ver a la chica asustada que habita bajo la fachada de chulería y descaro con la que Mia se mueve por el mundo.

—No me dejes sola —murmura, agarrada con fuerza a su pantalón.

Erin cierra con más fuerza la mano que tiene sobre la de Mia y le pasa la otra alrededor de los hombros.

—Nunca, cariño —responde por encima de su oído.

Mia no se desmaya, pero sus ojos se cierran y se queda en una especie de duermevela, soltando un suspiro de tranquilidad mientras escucha los latidos lentos del pecho de Erin.

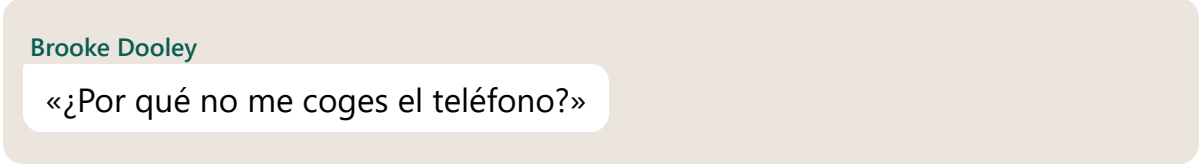
Capítulo 12

Una hora después, Erin está en la suite de Mia, de pie en la entrada de la habitación, apoyada contra el marco de la puerta mientras la observa dormir. Han llegado hace apenas un cuarto de hora del estudio donde hacían los ensayos. Su guardaespaldas la ha levantado como una pluma cuando Erin ha considerado que ya podían moverla y la han llevado hasta la furgoneta que Noah se había asegurado de tener en la entrada trasera.

La llegada al hotel ha sido parecida; en esa ocasión, Jude se ha ocupado de disponer de la suficiente seguridad para que nadie pudiera hacer ninguna foto de la cantante en ese estado tan débil. La han hecho entrar por una puerta lateral de acceso a las cocinas y, cuando la han dejado sobre la cama, Erin —con la ayuda de Nell— le ha quitado las botas y la ropa y la ha tapado con la manta. Nell ha salido en cuanto ha dejado de ser necesaria, y Erin también podría marcharse, porque Mia está estable y se acaba de quedar dormida, pero prefiere esperar un poco y asegurarse de que nada la despierta.

Con la expresión relajada, la cantante le parece inofensiva, nada que ver con la chica de lengua afilada que parece que va a comerse el mundo cada vez que da un paso. Piensa en el momento en que la ha visto palidecer y siente un estallido raro contra el pecho que la hace sentir incómoda, porque ha experimentado un terror desconocido cuando ha temido no llegar a tiempo de sostenerla, y una sensación de calidez que no puede explicarse cuando Mia la miraba aterrorizada y le pedía que no la dejara sola.

El teléfono le vibra y Erin lo saca del bolsillo para ver el nombre de su hermana en la pantalla.



Bloquea la pantalla y se lo vuelve a guardar. Brooke la ha llamado cuando estaban de camino al hotel y no ha podido contestar porque tenía que estar pendiente de Mia, pero tampoco tiene prisa por hacerlo. Desde que se fue de Nueva York, ha intentado hablar con su hermana un par de veces y no solo no le ha devuelto las llamadas, sino que tampoco le ha contestado el mensaje que le envió hace un par de días para preguntarle si estaba bien.

Mia suspira y el aire se le entrecorta al salir, y la doctora se endereza y da un paso hacia la cama, pero se detiene cuando se da cuenta de que solo ha sido un suspiro de tranquilidad, el de un cuerpo relajado después de varios minutos de tensión. Deja un vaso de agua sobre la mesita de noche y le escribe una nota en una hoja que arranca de la pequeña libreta que siempre lleva en el bolsillo, pidiéndole que la avise en cuanto se despierte.

Al fin sale de la suite y, al cerrar la puerta, se queda delante, con la espalda apoyada contra la madera sin saber muy bien qué hacer. Por un momento, la soledad la atraviesa y la deja sin aliento. Piensa en llamar a Barry para contarle lo que ha pasado y compartir con alguien lo que ha sentido, pero se da cuenta de que no hay nadie a quien pueda explicárselo porque nadie podría entender el pánico que ha experimentado; no era solo porque no estaba segura de poder evitar el desmayo de Mia: lo que más miedo le ha dado ha sido no ser suficiente para ella, no ser suficiente para hacer que la cantante se sintiera segura. Erin no entiende nada de lo que le pasa con esta chica. No sabe por qué cuando cierra los ojos ve los suyos azules ni por qué le tira algo en el estómago cuando Mia la enfoca con su sonrisa torcida. Lo que sí sabe es que no puede permitir que nada de eso le afecte; no puede encariñarse con Mia Wilder ni dejar que la seduzca. No puede permitirse esa tentación porque ella y Mia pertenecen a dos mundos muy distintos, y Erin solo tiene cabida en el de la cantante mientras dure la gira Wild; después, ella volverá a Nueva York y Mia a donde sea que viva para descansar y recuperarse mientras sigue metiendo a desconocidas en su cama.

—¿Temes que se escape?

Erin se gira y se encuentra a Nell acercándose a ella, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros y las gafas colgando sobre el pecho.

—No, solo… —Erin mira hacia ambos lados del pasillo, sin saber qué responder.

—¿Estás bien? —pregunta Nell.

La doctora abre la boca para responder y nota la vibración del móvil en la pierna otra vez. Sabe que es Brooke, que no parará hasta que le responda, y no precisamente porque esté preocupada, sino porque, cuando su hermana quiere algo, tiene que ser de inmediato; además de egoísta, es caprichosa. Erin se agobia y, por un momento, siente que la que va a colapsar es ella misma. No quiere hablar con su hermana ahora mismo porque de todas las personas que habitan el planeta, ella es la última a la que quiere escuchar. Lo que necesita es quitarse de encima el mal trago que ha pasado con Mia, y escuchar a su hermana no la ayudará con eso.

Se lleva la mano a la cabeza, aturdida, y cierra el puño sobre parte de su pelo, apretando mientras aspira con fuerza para después soltar el aire muy despacio.

—Erin —murmura Nell.

La doctora parpadea y levanta la mirada; apartando la mano de su cabeza cuando se da cuenta de que, por un momento, se ha olvidado de que la mujer estaba ahí.

—Lo siento, me he distraído.

Nell la mira con esa expresión severa que la caracteriza y Erin siente un escalofrío porque tiene la sensación de que la mujer realmente está preocupada por lo que le pasa, y la sensación es tan nueva que no sabe qué hacer con ella.

—Mia dormirá como una marmota, estoy segura —dice Nell—. ¿Por qué no bajamos al bar? Creo que a las dos nos vendrá bien una cerveza, o un whisky.

Cuando se quiere dar cuenta, la mujer la ha cogido por el brazo y está tirando de ella sin esperar respuesta. Erin tampoco opone resistencia y baja en el ascensor hasta la planta principal, donde sigue a Nell hasta la barra del bar.

—¿Qué quieres beber? —pregunta Nell.

—Agua.

Erin nota cómo la risa le tira de la comisura de la boca cuando ve la mueca de Nell.

—No suelo beber; el alcohol no va conmigo, y necesito estar serena para Mia.

—Tienes razón, agua entonces —concluye Nell, que pide un vaso de agua para Erin y otro de agua con gas y una rodaja de limón para ella.

—Lo has hecho muy bien con ella.

—Ya, bueno, ha sido cuestión de segundos; no creo que consiga llegar a tiempo siempre —dice Erin.

—Pero hoy sí lo has hecho, así que le hemos ganado la batalla a esos mareos raros que le dan.

Nell levanta su vaso para brindar y Erin choca el suyo y después bebe un trago largo de agua fría que le despeja un poco la mente.

—Cuéntame algo de ti —pide Nell.

—¿De mí?

Nell levanta las cejas.

—Sí, doctora. Sé que te han arrancado de un hospital casi literalmente —Erin sonríe y asiente—. ¿Cómo es tu vida allí? Debe de ser todo muy intenso en urgencias; verás cosas de todo tipo.

—Sí, supongo que sí.

—¿Sales con alguien?

El teléfono de Erin vuelve a vibrar y esta vez lo saca del bolsillo, con el nombre de Brooke parpadeando en la pantalla. Lo apaga y lo deja bocabajo sobre la barra mientras Nell la mira fijamente.

—No es asunto mío, pero ¿quién es Brooke?

A Erin le gusta el descaro de la mujer, que tiene el tipo de atrevimiento que otorga la edad cuando simplemente haces lo que quieres y no lo que es correcto.

—Mi hermana. Supongo que querrá dinero o contarme que ha conocido a algún tipo que arregla coches en un taller clandestino.

Una reacción involuntaria le eleva el gesto de la frente y le dibuja un par de arrugas.

—Perdona —dice Erin.

—No pasa nada; a veces la familia es un asco y lo mejor es tenerla lejos —Nell se termina su vaso y llama al camarero, pero esta vez se pide un Gintonic y Erin un refresco.

—La crie yo —explica la doctora, sorprendida de sentirse con la confianza suficiente con Nell como para hablarle de su vida—. Mi madre trabajaba en dos sitios para sacarnos adelante. Brooke es doce años menor que yo, así que me ocupaba de ella, y no lo hice muy bien al parecer, porque se acostumbró a que yo resolviera todos sus problemas.

—Si la criaste, lo hiciste bien. No era tu responsabilidad ocuparte de ella, y tampoco lo son las decisiones que ella toma. Ahora es adulta; si es inmadura, eso no es culpa tuya.

Erin se queda en silencio, reflexionando sobre las palabras de Nell. Puede que tenga razón en parte, pero para ella es mucho más complejo que eso, porque todavía sigue sintiendo que su hermana es su responsabilidad, y más ahora que su madre está muerta y solo se tienen la una a la otra.

—¿Por qué no vas a descansar tú también un rato antes de que esa chica con el pelo lavanda acapare tu atención?

Erin esboza una sonrisa.

—¿Por qué lo lleva de ese color? —Erin no pregunta porque no le guste. Ella jamás se teñiría el pelo de rubio platino mezclado con lavanda, pero reconoce que a Mia le queda muy bien y le da un aspecto misterioso que resulta muy atractivo.

—No te gusta mucho su música, ¿verdad?

Los párpados de Erin se mueven con rapidez antes de responder.

—Bueno, no he seguido su carrera, si es lo que preguntas.

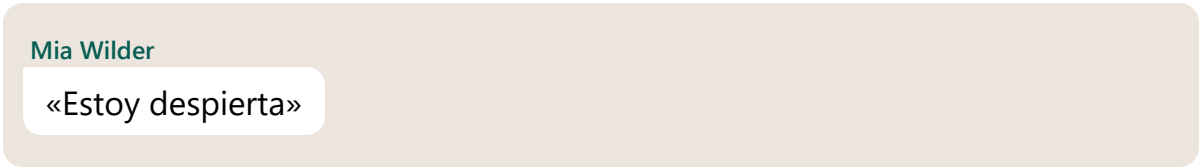
Nell asiente.

—He estado con ella en las dos giras, la primera y esta. Se pinta el pelo de un color diferente en cada una y no se lo quita hasta que no termina, dice que le da suerte.

—¿Y cuál es su color natural?

—Castaño muy claro, creo.

El teléfono de Erin vuelve a vibrar, pero en esta ocasión, cuando lo gira, ve el nombre de Mia en la pantalla.



La doctora le muestra la pantalla a Nell y se baja del taburete.

—Ve, yo pago esto.

—Gracias, Nell.

Capítulo 13

Mia se ha despertado y ha sentido ansiedad. Recordaba lo que había pasado, pero al verse tumbada en la cama no tenía claro si había estado dormida o desmayada. Se ha incorporado de golpe y, al hacerlo, ha sufrido un leve mareo que se le ha pasado de inmediato. Ha identificado la habitación, aunque le ha costado recordar en qué ciudad estaba —pero esto también le pasa la mayoría de los días— y, cuando se ha girado para coger su móvil y llamar a Noah, ha visto la nota escrita de Erin sobre la pantalla. A la cantante le ha temblado la mano de un modo muy extraño al cogerla, su pulso se ha acelerado sin motivo y la ansiedad le ha golpeado el pecho de nuevo.

Al ver su letra, su cerebro se ha trasladado de inmediato a un par de horas antes, cuando estaba tumbada en el suelo de la sala de ensayo con Erin a su lado. Mia se estremece, porque la doctora la miraba con una atención y ternura que no tiene nada que ver con esa forma de mirarla con desinterés que tiene normalmente, y su tono, esa manera de susurrarle y hablarle con un afecto que no parecía fingido, la hacen suspirar de necesidad, sin entender del todo cuál es la verdadera Erin Dooley para ella: ¿la que se muestra fría y distante la mayor parte del tiempo o la que aparece cuando colapsa?

Escucha la puerta principal de la suite cuando se abre y al principio piensa que puede ser el servicio de habitaciones, pero después recuerda que Erin tiene una copia de su tarjeta en cada hotel en el que se alojan, y se sorprende cuando se da cuenta de que es capaz de reconocerla por su forma de caminar, a través de esos pasos seguros y rápidos.

—Hola, Dooley —saluda cuando Erin entra en la habitación.

La doctora camina hasta la cama y se sienta a su lado, cogiéndole la muñeca para comprobar su pulso.

—Pensaba que dormirías más, ¿cómo te encuentras? —pregunta Erin.

—Bien, un poco asustada todavía, creo —Mia se atusa el pelo, nerviosa.

—Sí, estás un poco acelerada, pero esto es normal después de lo que ha pasado. ¿Estás mareada? ¿Notas algún síntoma?

Mia niega con la cabeza.

—Estoy bien. Me he mareado un poco al incorporarme de golpe, pero también me pasa después de fo… —la cantante se detiene y Erin entorna la mirada.

—Sí, eso también es normal que suceda algunas veces —confirma la doctora.

Mia siente un pinchazo de pura necesidad entre las piernas al escucharla. Su lengua afilada quiere moverse para preguntarle si a ella también le pasa, si se marea al levantarse después de correrse, porque quiere conocer cada una de las sensaciones que esta mujer experimenta en la cama, pero logra detenerse a tiempo.

—Supongo —murmura, y carraspea para aclararse la voz.

—¿Quieres levantarte? Probemos a ver si te mareas ahora.

La cantante se queda pensativa unos segundos. Está en ropa interior bajo la sábana y no sabe si es apropiado mostrarse así ante la doctora, si Erin se ofenderá o se sentirá incómoda al verla, pero entonces recuerda que la ropa se la han quitado entre Erin y Nell, así que ya la ha visto.

—Vale.

Erin se desliza un poco hacia los pies en el colchón y Mia se incorpora. No siente mareo ni ningún otro síntoma; de hecho, se siente cargada de energía, sin rastro de esa flojera que ha experimentado antes. Lo que sí nota es una excitación descontrolada que se apodera de ella por el simple hecho de estar en ropa interior frente a Erin Dooley.

—¿Bien? —pregunta Erin.

—Sí, todo genial —la voz le sale ronca y tiene que carraspear otra vez para aclararla.

—Entonces vístete mientras pido que te suban el almuerzo. Es un poco pronto, pero es importante que comas algo y recuperes las fuerzas.

—Tengo algo de hambre —reconoce Mia—, pero voy a ducharme antes de vestirme —anuncia mientras sale de la cama.

Erin se levanta también y se dirige hasta la otra mesilla donde está el teléfono.

—Deja la puerta del baño abierta —ordena antes de coger el aparato.

La cantante se detiene en seco en medio de la habitación.

—¿Qué?

—No voy a entrar, pero quiero que la dejes abierta por si te encuentras mal y tengo que hacerlo.

Mia se pisa un pie descalzo con el otro y Erin tiene que concentrarse mucho para lograr que sus ojos se muevan y se aparten del cuerpo de la cantante antes de que la haga parecer algo que no pretende, que es que Mia piense que tiene algún tipo de interés en ella, porque Erin no lo tiene, o de eso trata de convencerse cada vez que la atraviesa algún pensamiento intrusivo como este.

—Está bien.

Veinte minutos después, Mia sale del baño vestida con un pantalón deportivo y una camiseta de manga corta. Ha sido la ducha más rara que se ha dado nunca, sintiendo que la voz de Erin acariciaba su cuerpo desnudo cuando cada cinco minutos le preguntaba si todo iba bien. La doctora debía de estar muy cerca de la puerta, porque Mia la escuchaba como si la tuviera justo al lado.

—Estoy fresca como una rosa —dice antes de que Erin abra la boca —, puedes dejar de preguntar.

La doctora levanta una ceja y después le hace un gesto con la cabeza para salir de la habitación. En el salón de la suite, encuentra sobre la mesa dos platos y un postre, y al otro lado, uno con una ensalada y un filete que al parecer es para Erin.

—¿Voy a tener el placer de comer contigo? —pregunta Mia, divertida.

Erin simplemente se sienta frente a ella al otro lado de la mesa.

—Quiero pasar un rato contigo después de lo que ha pasado. Necesito valorar tu estado.

—Yo, encantada. Será como una cita, ¿sabes cuánto hace que no como con una mujer guapa?

—Siempre puedes proponérselo a la mujer de la otra noche, o a cualquiera de todas con las que… —la que se detiene ahora es la doctora cuando Mia la observa con su sonrisa torcida.

Esta vez ha sido ella la que no ha podido frenar su lengua, y más que reprocharse a sí misma no haber sabido hacerlo, lo que se reprocha es haber respondido de un modo que pueda interpretarse como celos, porque ella no está celosa.

—¿Querías decir con todas las mujeres con las que me acuesto? — aprovecha Mia, porque si hay una sola grieta en esta mujer, ella

piensa colarse.

—No quería decir nada, empieza a comer, por favor.

—Sí que querías —Mia sostiene ambos cubiertos con las manos, pero no los utiliza porque le interesa mucho más esta conversación que llevarse nada a la boca—. ¿Crees que no debería acostarme con desconocidas? ¿Que soy una zorra que se aprovecha de sus seguidoras? Cuéntamelo, Dooley, me interesa saber tu opinión.

—No estoy aquí para opinar, Wilder.

—Pero te estoy preguntando, quiero saberlo. ¿Qué opinas sobre cómo gestiono mi vida sexual?

La doctora mira el trozo de carne en su tenedor y piensa que tendrá que cortarlo más pequeño para que no se le atragante en esa garganta seca que tiene ahora mismo.

—Lo que pienso es que eres una mujer libre que puede hacer con su cuerpo lo que quiera cuando le plazca.

—Mmm, interesante —sisea Mia—. ¿Y tú? ¿Qué haces con el tuyo? ¿Hay algún tío por ahí? ¿Alguna mujer?

—Mi vida sexual es cosa mía. Ahora come —exige Erin, que no quiere tocar este tema con la cantante, pero Mia parece encantada.

—Venga, ¿por qué no me lo puedes decir? ¿Sales con alguien?

Mia se imagina la respuesta porque Violette comentó que Erin estaba soltera cuando la investigó, y si estuviera con alguien, probablemente recibiría llamadas, pero la cantante —que pasa muchas horas con la doctora durante el día— jamás la ha visto usar el aparato.

—No salgo con nadie, ahora co…

—¿Has salido con chicas alguna vez? —la corta antes de que Erin acabe la conversación.

—¿En qué es relevante esa información para ti, Wilder?

—A mí me interesa, y también me interesa saber por qué ahora ya no soy Mia y vuelvo a ser Wilder, o por qué vuelves a ser cortante y tan inaccesible. ¿Qué diferencia hay entre mi yo de ahora y mi yo cuando estoy tirada en el suelo?

Erin no se esperaba las preguntas y se queda congelada; ni siquiera Mia tenía intención de hacerlas, pero no soporta que la doctora sea tan cercana unas veces y fría en otras ocasiones.

—Demasiadas preguntas —responde Erin, llevándose un trozo de carne a la boca.

—No hace falta que las respondas de golpe, puedes ir una por una, pero responde, por favor —insiste la cantante.

—No veo ningún motivo para tener que hacerlo.

—Joder, Erin —Mia suelta un bufido de desesperación—. ¿Por qué no puedes? ¿Qué tienen de malo? Tengo claro que no te intereso y ni siquiera te pido que seas mi amiga porque a mí no me interesas en ese sentido —Erin exhala—, pero pasamos mucho tiempo juntas y creo que tengo derecho a saber algunas cosas que me conciernen.

—Si me acuesto o no con mujeres no es algo que te importe.

Mia encaja el golpe como puede, porque esto no puede rebatirlo.

—Está bien, no me lo cuentes si no quieres, pero lo otro sí, porque eso me afecta directamente; es a mí a quien tratas con cariño unas veces y con esta estupidez cortante las demás —la señala con el tenedor, frustrada.

—Tienes razón, te afecta, y la respuesta es que te trato como considero que necesitas según el momento.

Mia frunce el ceño, desconcertada.

—No te entiendo.

—Puede que tengas recuerdos confusos cuando estás al borde del desmayo, pero te asustas mucho y necesito anclarte a mí para que te tranquilices.

A Mia se le cierra la garganta y se maldice por haber preguntado.

—Entonces, ¿solo finges ese cariño? ¿Es un papel que interpretas?

Erin se pasa la lengua por los dientes, incómoda.

—¿Podemos dejar este tema, por favor?

—No, porque no lo entiendo —Mia no quiere que le afecte la sinceridad de Erin, pero lo ha hecho y siente una ligera opresión en el pecho que no sabe cómo controlar—. Según tú, actúas conmigo como crees que necesito. ¿Necesito que seas fría conmigo el resto del tiempo? ¿Qué mierda es esa?

—No voy a seguir hablando de esto, Wilder…

—Me llamo Mia —la corta la cantante—. Si solo vas a usar mi nombre cuando estoy a punto de desmayarme, no hace falta que lo hagas, llámame Wilder también, y no actúes como si te preocupara de verdad; no necesito tu condescendencia.

Mia se levanta y Erin hace lo mismo, cortándole el paso a la cantante cuando trata de volver a la habitación. La chica de pelo lavanda prácticamente impacta contra el cuerpo de Erin, pero ignora lo que siente al hacerlo y trata de rodearla para seguir su camino.

—Espera… —Erin la sujeta del brazo.

Mia levanta la mirada y aprieta la mandíbula cuando su primer pensamiento es elevarse sobre sus pies para besarla.

—¿Qué?

—No voy a disculparme por hacer mi trabajo, y actuaré como considere para tu beneficio —Mia baja la mirada, decepcionada porque por un momento ha fantaseado con la idea de que Erin se disculpara, que usara su nombre otra vez y que suavizara ese tono seco que siempre parece tener para ella, pero la doctora no recula, y Mia comprende que no tiene ni una sola fisura por la que colarse porque Erin Dooley es un muro construido precisamente para evitar a personas como ella—. Siéntate a comer, por favor.

Los ojos azules de Mia no se levantan ni una sola vez. Se queda quieta unos segundos mirando los hombros de la doctora, y decide que su orgullo está por encima de esto.

—Vale —responde, y se gira para volver a la mesa.

Erin la suelta y se queda donde estaba, viendo cómo Mia se sienta en la silla y empieza a comer sin levantar la mirada del plato. Se siente incómoda consigo misma en este momento, sin saber si todo lo que ha dicho es la verdad o solo lo que necesitaba decir para protegerse de lo que comienza a sentir por Mia Wilder, una chica por la que sabe que no debe permitirse sentir nada.

No se sienta de nuevo a la mesa y Mia tampoco le pregunta, y todo se vuelve insoportablemente tenso entre ellas.

—Voy a hablar con Noah para que suspenda la prueba de sonido de esta tarde —decide Erin cuando Mia termina de comer—. Tampoco harás sesión de entrenamiento; lo que queda de día te lo vas a tomar para descansar, y mañana ajustaremos las actividades dependiendo de cómo estés al levantarte.

—Genial, haz lo que quieras —responde Mia sin girarse.

—Pasaré a verte antes de la cena —termina la doctora antes de darse la vuelta y salir de la suite.

Mia no se mueve cuando escucha la puerta cerrarse. Se queda ahí sentada, mirando su plato vacío mientras intenta alejar esa sensación de opresión que tiene en el pecho.

Capítulo 14

A Nell no le gusta meterse en la vida de nadie, pero lleva observando a Erin Dooley desde que se sumó al equipo de la gira que acompaña a Mia y siempre tiene la misma sensación cuando la mira: la de que Erin es una mujer con problemas para socializar, o que es muy solitaria, aunque ella opta por lo primero.

Cuando no está con Mia, la doctora siempre está sola. Da igual si es la hora de comer —donde elige cualquier mesa vacía y se sienta mirando hacia la ventana— o si está en tiempo libre porque Mia está descansando. Nunca está con nadie y apenas mira su teléfono, como si no tuviera redes sociales ni nadie a quien llamar.

No la percibe como una mujer triste, pero sí como alguien a quien le falta algo que no sabe cómo buscar.

Ahora están en el comedor —o así lo llaman ellos—: es una sala privada que la gerencia les ha asignado para que puedan comer sin mezclarse con el resto de clientes del hotel. Es la hora del desayuno y, cuando Nell entra, ve lo de siempre: Mia está con Noah en una de las mesas y varias personas del equipo repartidas entre las demás, siempre en grupos de dos o más personas, pero Erin está sola junto a la ventana, bebiendo su café mientras mira hacia fuera con expresión ausente.

—¿Puedo sentarme? —pregunta Nell.

Erin se gira y la mira, sorprendida.

—Sí, claro.

—¿Te puedo preguntar algo personal? —Nell no puede evitar ser directa, aunque a veces sabe que debería intentarlo.

—Tú dirás.

—¿Te sientas siempre sola porque te gusta o porque simplemente no sabes hacer amigos? Perdona si soy muy brusca —se disculpa ante la cara de pasmo de Erin—, pero a mi edad ya no me ando con tonterías, y me gustaría entenderte.

En un movimiento automático, Erin se lleva la mano al pelo y la sube desde la nuca hacia arriba, presionando las yemas de sus dedos

contra la piel porque lo que le apetece es tirarse de un mechón, pero no quiere deshacer el recogido que lleva.

—Supongo que no se me da muy bien —reconoce la doctora.

—Pero tienes amigos, ¿no? Me refiero en Nueva York. Hay gente a la que le cuesta hacerlos, pero una vez hechos…

—Puede que tenga uno.

—¿Puede? —Nell abre la botella de agua mientras la mira, intrigada.

Erin no sabe qué responder, así que elige la única verdad que tiene.

—Como te dije, prácticamente crie a mi hermana pequeña. Me pasé desde los doce hasta los treinta y pocos asegurándome de que no le faltara de nada. Y cuando Brooke empezó a depender un poco menos de mí, mi madre se puso enferma y la estuve cuidando hasta que murió dos años después. Entre los estudios, el trabajo y ellas, no tenía tiempo para mucho más, así que siempre he sido bastante solitaria.

—Hay una diferencia enorme entre ser una persona solitaria y ser una persona que está sola, Erin —interviene Nell—, y creo que tú estás en el segundo grupo. ¿Has tenido pareja?

—Alguna, pero no me duraban mucho. No sabía muy bien cómo repartir mi tiempo y al final colapsaba. Estar en pareja me generaba más estrés que alivio.

—¿Y cuando tu madre murió?

La doctora aparta su taza de café vacía hacia un lado de la mesa y pasa una servilleta sobre la mancha oscura que ha dejado frente a ella.

—Me cuesta, Nell —confiesa, porque sabe adónde quiere llegar la mujer y no tiene ganas de responder preguntas para hacerlo—. Cuando era más joven no hacía amigos porque no tenía tiempo, y ahora que lo tengo, no sé cómo se hacen. Supongo que esto ya me coge en una edad algo difícil.

—Te has pasado la vida cuidando a los demás, cielo —concluye Nell—. Primero a tu hermana, después a tu madre y, para postre, eres doctora, que al fin y al cabo cuida de todo el mundo, incluyéndola a ella —añade con un gesto de cabeza, señalando la mesa de Mia—. Lo que yo me pregunto es quién cuida de ti, Erin.

La doctora experimenta una especie de golpe seco contra el esternón que se convierte en un nudo que la presiona desde dentro.

Nadie ha sido tan clara con ella jamás y, aunque en el fondo lo sabe, escucharlo en boca de otra persona lo hace tan real que le provoca una presión repentina en el cuello. Se toma unos segundos para encajar el hecho de que ha convertido su vida en una especie de servidumbre hacia los demás, de que siempre da y nunca recibe ni un poco. Erin no pide tanto; le bastaría con el apoyo de su hermana.

—No necesito que nadie me cuide, Nell; eso también lo sé hacer sola.

La mujer se echa hacia atrás en el respaldo y toquetea las pulseras de cuero de su muñeca.

—Estoy en este negocio por mi marido —empieza Nell, y Erin la mira con curiosidad porque, hasta ahora, nunca le ha contado nada personal—. Él se dedicaba a todo esto cuando lo conocí. Me enamoré y nos casamos en cuestión de meses, y pasé los mejores años de mi vida con él hasta que murió. Desde entonces sigo con esto porque a él le apasionaba y, si lo dejo, siento que su pasión también morirá con él.

—Lo siento.

—No lo hagas; no busco compasión, ni yo te compadezco a ti. Solo quiero que entiendas que la vida es mucho mejor cuando tienes a gente al lado con quien conectas de verdad, personas a las que le importas y que se preocupan por ti. A las que no, hay que apartarlas. Yo lo tenía a él, pero también hice amigos por el camino y, si no fuera por ellos, me habría hundido cuando se fue. No eres mayor para hacer amigos, Erin, ni para conocer a alguien; lo único que tienes que hacer es ser más receptiva y estar más dispuesta. Sentándote sola cada día no lo vas a conseguir, eso seguro.

—Tú te has sentado —señala Erin, con lo que pretende que sea una sonrisa para completar la broma, pero le sale una mueca triste.

—Y lo seguiré haciendo si me dejas, pero hay más gente por aquí, Erin Dooley; esfuérzate un poco.

La doctora le sonríe y le dice adiós con la mano cuando Nell se levanta y se marcha contestando una llamada. Ahora sería un buen momento para reflexionar sobre lo que la mujer le acaba de decir, pero su mente no tiene espacio para eso porque sigue dándole vueltas a la discusión que tuvo ayer con Mia. Ni siquiera sabe cómo llegaron ahí, cómo pasaron de estar empezando a comer a no poder terminar. No se esperaba que la cantante le reprochara su modo de actuar con ella y es consciente de que no reaccionó muy bien.

Quizá pudo ser algo más empática o tratar de explicarse de algún otro modo, aunque cuando lo piensa, tampoco se arrepiente porque fue sincera con ella, al menos en casi todo, porque hubo una pequeña parte que decidió no compartir con Mia, y esta es quizá la más importante y la que más la perturba, puesto que lo que le sale de forma natural con Mia es tratarla con ese afecto que no ocultó cuando la cantante más la necesitaba. Es el resto del tiempo cuando se contiene y se muestra fría con ella.

Ha estado toda la noche preguntándose si debería mostrarse como de verdad se siente a su lado, pero lo ha descartado cada vez porque sabe que Mia está interesada en ella —en llevársela a la cama— y Erin no piensa darle nada que la lleve a pensar que tiene una oportunidad de hacerlo teniendo tan claro que ella no tiene ningún interés en la cantante y que, en todo caso, lo que siente es curiosidad, nada más.

La mira desde lejos un momento y aparta la vista de inmediato. Mia sigue igual de seria que esta mañana cuando ha entrado en su suite para ver cómo se encontraba. El momento ha sido incómodo porque, aunque ambas han sido educadas y cordiales la una con la otra, la tensión de lo de ayer sigue flotando en cada espacio que pisan juntas.

Cuando ve que ella y Noah se levantan, mira la hora y los imita, porque tienen una reunión con Jude en diez minutos en la suite de la cantante, y Erin quiere pasar antes por su habitación para lavarse los dientes después del desayuno.

—Lo primero de todo —empieza Jude cuando todos están en la suite de la cantante.

Mia —como siempre— está sentada en el sofá junto a Noah. Nell está al lado derecho del asistente, Jude en un sillón orejero frente a ellos y Erin de pie, apoyada contra la pared sobre su hombro, porque los únicos sitios libres que quedan son el otro sillón al lado de Jude —y el hombre no le cae muy bien— y el lado izquierdo del sofá junto a Mia, y ahora mismo todo está tan distante entre ellas que prefiere quedarse donde está.

—¿Cómo te encuentras hoy, Mia? —pregunta su mánager, pero ni siquiera levanta la vista de las pantallas de sus dos teléfonos.

—Perfectamente —responde la cantante.

—Genial, genial —Jude levanta la mirada en ese momento—. Es perfecto, porque me han propuesto una entrevista para esta tarde

que podemos resolver en una hora. Solo tenemos que desplazarnos hasta la cadena, respondes las preguntas programadas y nos vamos. Un par de horas y listo. Y mañana por la mañana haremos una visita a un centro de desintoxicación que nos dará muy buena prensa. Actuarás a capella, no hace falta música, y será solo una canción porque por la noche es el concierto y…

—No —lo corta Erin, cansada de escucharlo.

Él se gira hacia ella, sorprendido.

—No, ¿qué?

—No a todo. Ni hará esa entrevista hoy ni acudirá a ningún centro mañana. Ayer casi perdió el conocimiento mientras ensayaba; necesita el máximo descanso para la actuación de mañana. Ya te lo pasé anoche al correo: hoy, descanso completo, y mañana también hasta la prueba de sonido de la tarde.

A Jude le sale algo parecido a una roncha por el cuello y el hombre se pasa la mano antes de arrastrarla hacia su pelo, que hoy lleva engominado hacia atrás.

—No pido nada que le cueste esfuerzo físico; en la entrevista solo tiene que responder unas preguntas y en el…

—He dicho que no —la voz de Erin no tiembla, ni siquiera cambia la expresión, pero el tono es tan helado que el propio Jude se remueve incómodo en el asiento.

Nell no se molesta en ocultar su sonrisa de satisfacción y Noah tiene la vista fija sobre su *tablet* porque, si la levanta, está seguro de que se reirá a carcajadas de la cara de Jude. Mia, sin embargo, permanece seria mientras mira a uno y a otro.

—No tienes autoridad para esto, Dooley. Tu trabajo es ocuparte de que no se desplome o traerla de vuelta si lo hace…

—No sé si te molestaste en leer el contrato que firmé —Erin lo corta otra vez y Jude se levanta porque siente que así su ego no parece tan hundido—, pero sí que tengo esa autoridad; de hecho, es una condición. ¿De qué coño sirve que esté aquí si no se aplica lo que establezco para que ella se recupere bien después de cada episodio?

—Vale, a lo mejor tienes razón en eso, pero creo que estás exagerando esta vez. Ella ya ha dicho que se encuentra bien; descansó ayer toda la tarde y ahora mírala, hasta le brillan más los ojos.

Erin ladea la cabeza, pero al que mira es a él como si fuera tonto.

—No voy a seguir discutiendo por esto, Jude. Puede encontrarse perfectamente, pero eso no significa que no necesite recuperarse. Estoy convencida de que el motivo principal de sus desvanecimientos es el estrés y la falta de descanso adecuada. Me da igual que te parezca que exagero, pero Mia va a descansar hasta mañana por la tarde y, si eso no es así, hablaré con Violette para que lo escale a la aseguradora; estoy segura de que les encantará saber que no quieres seguir las indicaciones médicas.

Dedicándole una mirada que provocaría escalofríos a cualquiera, pero que a Erin no parece afectarle, Jude se guarda sus dos teléfonos y coge su americana.

—Muy bien; en ese caso, esta reunión ya no tiene sentido. Mia descansará hasta mañana como has indicado.

Jude sale de la suite sin despedirse y todos se levantan para marcharse. Noah le dedica una sonrisa cómplice y radiante a Erin cuando pasa frente a ella, y Nell se detiene un momento a su lado.

—Bien hecho, doctora. Tienes que pararle los pies a tiempo o se te sube a la chepa y ya no lo bajas —le da un apretón en el brazo y sale por la puerta junto a Noah.

—No necesito que me defiendas —dice Mia cuando Erin se gira para marcharse.

—No te defiendo; hago mi trabajo. Es diferente.

—Es verdad, todo es trabajo —murmura la cantante.

Erin suelta un resoplido de desesperación.

—¿Podemos parar con esto, Wilder? —explota la doctora, aunque no levanta la voz—. Estoy aquí por ti, para ocuparme de tu salud, y lo intento hacer lo mejor que puedo. Si no te gusta cómo lo hago, me parece bien; resolvemos el contrato y te buscas otro médico. Pero si vas a seguir conmigo, deja de cuestionar cada cosa que decido o mi modo de actuar.

Mia la mira fijamente con los ojos azules más oscuros como si anunciaran una tormenta, pero da un paso atrás y asiente, porque, aunque sería más fácil para ella librarse de Erin y buscar otro profesional para esto, no quiere hacerlo. Con ella se siente bien; el terror desaparece más rápido durante los episodios cuando es Erin la que le habla, y tampoco quiere que otra persona ocupe su lugar porque la doctora le gusta lo suficiente como para que haga este esfuerzo.

La cantante nunca ha sentido este tipo de atracción por ninguna mujer antes y, aunque no tiene nada que hacer con ella, no está lista para dejar de verla.

—De acuerdo. Tú, tu trabajo, y yo, el mío. No me quejaré más, ni siquiera cuando me mires así —Mia la señala y Erin frunce el ceño.

—Así, ¿cómo?

—No sé —los hombros de Mia se levantan y vuelven a bajar—. Como si fuera un trabajo incómodo, pero que haces de todos modos porque te pagan bien.

Erin puede decirle que no es exactamente eso, que la mira así porque es su forma de protegerse y de mantenerla alejada de ella, pero no se lo va a decir precisamente por eso. Ya tienen un trato: cada una a lo suyo, y eso es lo que necesita hasta que pase el tiempo pactado y recupere su vida vacía en Nueva York.

—Te veo más tarde. Llámame si necesitas algo.

—Lo haré —asegura Mia, aunque no tiene intención de hacerlo salvo que sienta que está a punto de desplomarse.

Capítulo 15

—¿Qué tal, doctora?

Erin, que está en un lateral del escenario dejando sus cosas, se gira hacia la voz femenina y alegre que acaba de escuchar. En los segundos que tarda en darse la vuelta, su mente veloz asocia la voz a la periodista a la que conoció en el último concierto.

—Hola —saluda Erin, mirándola con cierta desconfianza.

—Oh, no, tranquila —los labios de Lexie Farhall se estiran y se convierten en una sonrisa divertida que hace que los de Erin también se curven—. No voy a preguntarte nada sobre Mia, solo vengo a saludarte, sin grabadora.

La periodista levanta las manos para mostrárselas y Erin asiente.

—¿Recuerdas mi nombre? —pregunta, levantando una ceja.

Erin se da cuenta de lo que pasa de inmediato. La pose de la chica, con un pie delante del otro, los pulgares en los bolsillos de sus vaqueros, los hombros subidos y echados hacia atrás y el tono sedoso de su voz. Está coqueteando. El otro día tuvo la sensación de que la miró demasiado y no quiso darle importancia, pero ahora concluye que sí, que la mujer parece interesada en ella.

—Lexie, creo recordar —responde Erin.

La periodista arquea los arcos de las cejas y mueve la cabeza una vez con gesto de pura satisfacción.

—Erin Dooley —añade Lexie, mirándola fijamente.

—¿Me has investigado?

La doctora se cruza de brazos y apoya el hombro en una columna mientras los técnicos se mueven de un lado a otro por detrás de ellas.

—A lo mejor un poco —reconoce Lexie.

—¿Y has encontrado algo interesante?

Erin carraspea tras darse cuenta de que le está siguiendo el juego.

—En realidad no he encontrado mucho, pero eso en sí resulta bastante interesante.

—¿Por qué? —indaga Erin, curiosa.

—Porque deduzco que no estás con nadie.

Confirmado al cien por ciento: Lexie Farhall está intentando ligar con ella.

—No creo que tenga tiempo ahora mismo para eso —la sonrisa de la periodista vuelve a dibujarse en sus labios pintados de un rosa suave.

—Genial, yo tampoco. Moverse con una gira te deja poco espacio para nada serio, pero sí permite diversión con mujeres interesantes.

Erin parpadea, sorprendida por lo directa que es, porque Lexie tiene un rostro angelical que no hace sospechar que sea casi tan descarada como Mia.

—Perdona, te he…

—No, está bien —la corta Erin—. Tranquila.

—Bien —susurra Lexie—. ¿Te veo después por aquí?

—Sí, claro —responde la doctora, mirando cómo se aleja mientras se pregunta qué demonios acaba de pasar.

—¿Haciendo amigas, Dooley? —Mia aparece por detrás y Erin se gira tan rápido que por poco es ella la que se marea.

—A lo mejor —responde, todavía desconcertada—. ¿Cómo estás? ¿Has bebido agua suficiente?

Erin le coge la muñeca sin preguntar.

—Un litro y medio, y he meado tres veces, por si quieres anotarlo —apunta Mia.

La doctora levanta la vista un momento y le dedica un solo segundo. Los ojos azules de Mia están fijos sobre ella y cargados de algo parecido a la curiosidad.

Hoy han tenido un día menos tenso. Mia se ha esforzado por mantener la distancia sin que todo le resulte incómodo; además, hoy tiene concierto y necesita estar tranquila, y las discusiones con Erin le afectan demasiado como para tener otra que la deje desconcentrada para el resto del día.

—Pulso perfecto —anuncia la doctora, soltándole la mano.

—No me extraña, llevo un día y medio sin hacer nada. Quiero que sepas que me he aburrido como una ostra por tu culpa.

—Lo siento, pero es necesario…

—Sí, ya. Lo sé, tranquila —Mia se encoge de hombros—. Asumo que es necesario morirme de asco para poder estar bien.

—Algo así. Venga, ve a ensayar, que te están esperando —el tono de Erin es suave, casi parecido al que utiliza con ella cuando Mia no se encuentra bien y, por un momento, la cantante se estremece.

Se queda mirando a Erin un segundo antes de asentir y girarse para subir al escenario, y esa mirada deja a la doctora completamente desestabilizada, porque siente que la ha traspasado, que le ha hablado con los ojos explicando lo que Erin no le permite que le diga con palabras. Suelta el aire con brusquedad y se pasa una mano por el pelo, desconcertada. Mia le resulta un completo enigma, porque está segura de que solo es una cuestión de ego, de que Mia Wilder se siente frustrada porque no puede acostarse con ella y por eso la mira de ese modo, es descarada cuando no puede controlar su lengua y se enfada cuando Erin es fría, pero después hay segundos como ese en los que Mia tiene una mirada completamente diferente, la que forma parte de ella y no la que utiliza como fachada para protegerse del mundo. Cuando la mira así es cuando Erin duda y no está segura de que lo que Mia quiere de ella sea solo llevársela a la cama.

—Wilder —dice de pronto.

Mia se gira desde la pequeña escalera del escenario.

—Si notas cualquier síntoma…

La cantante suelta un resoplido burlón y Erin le dedica una sonrisa espontánea que por poco la hace trastabillar.

Después de la prueba de sonido y de una pausa de cuarenta minutos donde la doctora vuelve a tomarle las constantes y a hacerle una batería de preguntas para asegurarse de que está bien, el concierto de Boston comienza y todo transcurre sin incidentes. Mia actúa con una energía agresiva y cruda, como si estuviera descargando sobre el escenario todo lo que le quema por dentro y no puede sacar de ningún otro modo. El público está encantado y ruge con ella en cada una de las canciones.

Hacia la mitad del espectáculo, empieza una de las baladas y Mia se gira hacia el lateral donde está Erin. La doctora no sabe exactamente si la mira a ella o si solo es parte del show y ha mirado hacia un lado para parecer más melancólica, pero siente que la atraviesa una corriente que la paraliza unos segundos, y se maldice porque no entiende a su cuerpo ni a su mente, que no deja de enviar señales contradictorias que es incapaz de gestionar.

Durante los siguientes minutos, no puede apartar los ojos de ella. No la mira como a la paciente, tampoco como a la cantante; la mira como persona, solo como Mia con su energía desbordante, sus

sonrisas hipnotizantes y ese magnetismo que atrapa a todo el mundo menos a ella, o eso se dice.

Cuando la actuación termina, la cantante baja por el lateral, sudada, cansada y eufórica como siempre tras un concierto.

—¿Qué te ha parecido, Dooley? —pregunta, todavía jadeando mientras Erin le pone los dedos en el cuello buscando su pulso.

—Lo has hecho bien —la respuesta de Erin es baja.

—¿Solo bien? —Mia está pletórica y sus pestañas se baten con violencia cuando baja los párpados un par de veces, haciendo que el aire se quede atrapado en los pulmones de Erin.

—A lo mejor ha sido espectacular, pero no estoy segura del todo.

Mia suelta una carcajada y se pasa la mano por la cara para apartarse el pelo. El sudor le deja los mechones pegados por la frente de cualquier manera y Erin tiene que contener el impulso de acercar la mano y arrastrárselos hasta detrás de las orejas. El brazo se le queda suspendido en el aire y los dedos que tiene en su cuello permanecen ahí durante dos segundos más de lo que deberían, el tiempo que la doctora tarda en salir de su trance, y Mia traga saliva con fuerza porque se ha dado cuenta de todo y se desespera. En momentos así, tiene claro que Erin también la desea, al menos un poco, y le molesta que se contenga de ese modo, que se empeñe en negar lo que siente como si Mia no fuera suficiente para ella.

—Creo que hay muchas cosas que te hacen dudar, Dooley, no solo esa.

Erin levanta la mirada sin entender del todo a qué se refiere. No hay sarcasmo en la voz de Mia, ni ironía ni rastro de enfado, y eso la desorienta porque no sabe cómo interpretarlo.

—Voy a ducharme. Nos vemos mañana en el hotel.

Mia se aleja sin esperar respuesta y Erin abre la boca para decirle que dentro de media hora, cuando ya haya bajado sus pulsaciones, quiere tomarle el pulso de nuevo, pero la cantante se aleja veloz y no le da tiempo a decir nada.

—Hoy pienso beberme dos copas de lo que sea en cuanto termine aquí —murmura Nell cuando Erin pasa por su lado—. ¿Te apuntas, doctora?

—Tal vez —sonríe, corroborando una vez más que todo el equipo —incluida ella— tiene un enorme subidón de adrenalina tras cada concierto.

Se va a la sala médica, recoge sus cosas y se sienta para anotar las constantes de Mia junto a las notas del resto del día. Bebe agua y comprueba su teléfono, donde encuentra un mensaje de Barry explicando que está de soporte en un partido de fútbol y que se aburre sin ella porque su nueva compañera es una estirada. Erin se ríe y le contesta.

Erin Dooley

«No es que yo fuera la alegría de la huerta».

De inmediato, los tics se vuelven azules y Barry comienza a escribir.

Barry

«Puede, pero tienes humor sin pretenderlo, Dooley, uno seco y raro, pero a mí me divierte».

Vuelve a sonreír, contesta con un emoticono y se guarda el teléfono en el bolsillo lateral del pantalón. Mira la hora y comprueba que han pasado quince minutos, suficiente para que Mia haya bajado su ritmo, así que sale al pasillo y va directamente a su camerino. Le sorprende ver que la puerta no está cerrada del todo, solo entornada, pero el guardaespaldas de Mia está junto a ella haciendo guardia, así que tampoco va a colarse nadie.

Erin lo saluda con un gesto de cabeza y él se gira para decirle algo, levantando la mano para pedirle que espere, pero la doctora ya ha empujado ligeramente la puerta, lo suficiente como para ver a Mia de pie junto al tocador. Tarda unos segundos en procesar la imagen ante sus ojos, porque la cantante todavía no se ha duchado, sigue con la misma ropa con la que ha terminado el concierto y las manos apretadas contra la cintura de una mujer de pelo rubio ceniza, las manos de esta mujer en su trasero y la lengua dentro de su boca. Mia la devora con ansia y camina a tropezones pegada a ella hacia el sofá del fondo.

La doctora da un paso atrás y cierra la puerta de golpe, girándose hacia el hombre.

—¿Por qué la dejas abierta? —pregunta irritada, como si estuviera preocupada por la intimidad de Mia y no por otra cosa.

—La ha dejado ella. ¿Por qué?

Ella lo mira como si fuera estúpido y niega con la cabeza, alejándose de la puerta del camerino con una mano en el bolsillo y la otra retorciendo su coleta entre los dedos. Entra en la sala médica y se sienta en la camilla intentando procesar la quemazón que siente y controlar la opresión que nota en el pecho. Se siente estúpida por cada segundo que ha dedicado a pensar que Mia a lo mejor sentía algo más que la necesidad de convertirla en un número. La respuesta está ahí, a unos metros de ella a través del pasillo, donde la cantante probablemente ya estará desnuda.

—¿En qué piensas con esa expresión tan concentrada? —la voz de Lexie desde el pasillo la sobresalta.

La periodista pasaba por delante y, al ver a Erin, se ha detenido. No duda en entrar sin que la inviten ni en entornar la puerta a sus espaldas.

—¿Estás bien? —pregunta Lexie.

La mirada gris de Erin es una especie de nube tormentosa cuando la levanta y mira a la periodista, que siente un latigazo indebido entre las piernas que la anima a dar un par de pasos hacia la doctora.

—Perfectamente —responde Erin, con un sonido ronco de rabia.

—Parece que tienes ganas de asesinar a alguien, pero te creeré —bromea Lexie.

Erin la mira sin sonreír, y eso solo aumenta el cosquilleo que la periodista tiene por todo el cuerpo, sobre todo en la zona media.

—Mi hotel está cerca de aquí —susurra de repente, sin necesidad de añadir nada más porque la mujer de ojos grises ha captado la indirecta a la primera.

—No puedo irme del hotel de Mia, tengo que estar cerca y disponible por si…

—El tuyo también sirve —la interrumpe Lexie, que da dos pasos más y se coloca entre las piernas de Erin, quien levanta la mirada para conectarla con sus ojos y no hace nada para apartarla.

Tampoco lo hace cuando Lexie da otro paso y queda tan cerca de ella que no le queda otro remedio que abrir más las piernas, y no la detiene cuando la periodista ladea la cabeza y le da un beso suave en la oreja que la hace estremecerse.

—¿Tu silencio es un sí? —susurra Lexie, pasando las uñas por el cuello de Erin, que contiene un jadeo.

—Sí —responde, y decide no preguntarse si está cediendo por pura venganza de no sabe exactamente qué, o si lo hace porque Lexie es atractiva y simpática, y ella lleva meses sin sexo.

Coge sus cosas y sale de la sala médica con la periodista al lado. Erin camina a paso rápido, como si de repente estuviera desesperada por desnudarse y dejar que Lexie le haga todo lo que parece prometer con la mirada. Ve a Noah al fondo del pasillo y acelera el paso para darle alcance.

—Me voy ya al hotel, Noah, asegúrate de que coma algo o… —Erin se gira y por algún motivo mira hacia la puerta del camerino—, o al menos de que se hidrate bien cuando termine lo que está haciendo. Pasaré por su suite por la mañana.

—Sí, por supuesto —Noah se rasca el pelo alborotado y baja un poco la mirada, y Erin se da cuenta de que él también sabe lo que está pasando en el camerino de su amiga ahora mismo—. Pásalo bien.

Por un momento, no entiende a qué se refiere, pero después recuerda que Lexie está a su lado y que parece muy evidente que se va con ella.

—Tú también.

Capítulo 16

Erin está bocarriba, despierta desde hace alrededor de veinte minutos. Está desnuda, tapada solo hasta la cintura con la sábana, con un brazo descansando sobre el abdomen y el otro debajo de su cabeza mientras mira hacia el enorme ventanal de la habitación, donde anoche no pensó en correr la cortina y la luz de la mañana la ha despertado sin piedad. Lexie está a su lado, tumbada de lado con el pelo desparramado sobre la almohada y expresión completamente relajada.

No perdieron el tiempo, no se tomaron una copa cuando llegaron al hotel ni hablaron más que unas cuantas frases en el taxi que las trajo. Cuando entraron en la habitación, Lexie la acorraló contra la pared y la besó mientras le sacaba la camiseta del pantalón y colaba las manos por debajo de la tela. A Erin no le costó nada ponerse a tono. Lexie es atractiva, casi de su edad —esa fue una de las pocas cosas que descubrió cuando venían de camino—; la periodista tiene treinta y cuatro años, no los veintiséis de Mia, que a veces le parecen insalvables.

—Me gustaste desde el minuto uno —susurró Lexie contra su cuello mientras le desabrochaba los pantalones—, cuando te vi al lado de Mia…

Erin la cogió por debajo de la mandíbula y la acercó a sus labios.

—Intenta no hablar de ella, ¿vale?

Lexie entornó un poco su mirada oscurecida por el deseo y asintió antes de meterle la lengua en la boca. No volvió a mencionar a la cantante, lo que sí hizo fue hundir la cara entre sus piernas y hacer un trabajo que Erin catalogó como impresionante, concluyendo que Lexie era muy hábil con la lengua y muy perspicaz para detectar lo que más le gustaba. Erin se corrió ahogando los jadeos contra su puño, y más tarde, ya en la cama, ahogó los de Lexie tapándole la boca con la mano mientras sus dedos deshacían de placer a la periodista. Lexie no volvió a mencionar a Mia, pero Erin sí que pensó en ella varias veces. La cantante aparecía en su mente cada vez que

escuchaba ruido en el pasillo, preguntándose si ya había llegado y si venía sola o acompañada de la mujer que se la estaba comiendo en el camerino. También la atravesó la imagen de sus ojos azules mirándola cuando estaba a punto de tener el segundo orgasmo, y se paralizó tanto en ese momento, que Lexie tuvo que esforzarse más para llevarla a donde quería.

Se gira un momento y la ve ahí, la periodista sigue dormida y Erin mira la hora. Debe levantarse, ducharse e ir a ver a Mia para comprobar cómo está. La idea le provoca un cosquilleo raro en el estómago, no es ansiedad ni miedo ni algo que se le parezca, es otra cosa que no puede identificar, pero si pudiera hacerlo, se daría cuenta de que está molesta y celosa al mismo tiempo.

—¿Cuánto llevas despierta? —la voz de la periodista sale en un susurro ronco, y Erin casi vuela sobre la cama cuando siente su mano sobre la cadera.

—Un rato.

Lexie se tapa la boca para bostezar y se incorpora hasta sentarse, atusándose la melena despeinada con los dedos. La doctora no se mueve, solo la observa. Estuvo bastante bien lo que hicieron, su presencia no le molesta y siente que hizo lo que necesitaba, pero se siente igual de vacía que siempre.

—¿Estás bien? —Lexie la mira de soslayo.

—Sí, ¿y tú?

—Genial —responde, y sonríe con cierta picardía.

Erin le devuelve la sonrisa y se levanta hasta sentarse en el lateral de la cama, poniendo los pies descalzos en el suelo.

—Supongo que tienes que trabajar —deduce Lexie.

La doctora asiente sin girarse.

—Sí, tengo que ducharme para ir a ver a Mia dentro de un rato, pero tengo tiempo para desayunar si te apetece; descuelga y pide lo que quieras —dice al levantarse.

—Servicio de habitaciones —Lexie silba—. Yo no puedo permitirme este nivel.

—Pues aprovecha.

Cuando sale de la ducha el desayuno ya está servido en la mesa junto al ventanal y Lexie está vestida después de haberle pedido permiso a Erin para entrar a asearse mientras ella estaba bajo el agua.

—¿Quieres que nos veamos en…? —Lexie se detiene, pensando en cuál es la siguiente ciudad.

—Philadelphia, creo —dice Erin.

—Sí, eso. ¿Nos vemos allí?

—Cubres la gira, Lexie, nos vamos a ver en todas partes —Erin parte una tostada con mermelada de fresa y la dobla como si fuera un bocadillo antes de morderla.

—Eso es verdad, me refiero a esto. A ti y a mí en una cama —aclara divertida.

—Tal vez —Erin sonríe.

Lexie le cae bien, y le gusta mucho lo que hace con la lengua.

—Qué misteriosa —bromea la periodista.

Los ojos de la doctora se levantan mientras la observa.

—No pretendo ser misteriosa, pero tampoco busco nada serio ni que me comprometa.

—Vaya —Lexie apoya los brazos en la mesa y se inclina hacia delante—. Además de atractiva y buena en la cama, eres sincera. Cuidado, Dooley, eres un buen partido.

La doctora no puede evitar una carcajada. Se siente cómoda con esta mujer, más de lo que se esperaba, y a una parte de ella le molesta porque algo en su interior está bloqueado y, aunque no consigue descubrir lo que es cuando piensa en ello, lo que sí ve son los ojos azules de Mia Wilder.

—Bueno —Lexie mira la hora, se limpia con la servilleta y se levanta—. Ha sido un placer —se acerca a Erin, que no ha tenido tiempo para levantarse, y se inclina sobre ella apoyando una mano en el respaldo de la silla y otra en la mesa—. Un placer muy exquisito —susurra contra su oreja antes de besarla justo ahí—. Me voy, tengo que pasar por el hotel para recoger mis cosas y hacer el *check out*, después volveré por aquí para recoger la acreditación del siguiente concierto. A lo mejor te veo.

—Tal vez —dice Erin otra vez, y Lexie se ríe, le deja una caricia suave por el cuello y se marcha.

Erin siente que algo se le aprieta en el estómago cuando escucha la puerta cerrarse. No puede evitar el pensamiento de que alguien vea a Lexie salir de su habitación porque, por algún motivo retorcido, no quiere que Mia se entere de que la periodista ha estado aquí.

Termina el desayuno y se queda un rato mirando a través de la ventana sin observar nada en concreto, solo abrumada por lo

despejado que amanece teniendo en cuenta que anoche diluviaba cuando salieron del concierto. Se pasa la mano por la mandíbula y hace una mueca. Lexie la mordió justo ahí y le pareció exquisito cuando lo hizo, pero ahora le duele si se toca y tiene una pequeña marca rojiza. Nada preocupante, es diminuta y no parece fruto de una noche de sexo divertida, pero no le gustan las marcas.

Se levanta, se estira de nuevo para terminar de desperezarse y concluye que hoy sin falta tiene que encontrar un hueco para ir al gimnasio.

Son las nueve en punto cuando sale al pasillo. No está muy segura de si debe utilizar la tarjeta de la habitación de Mia o llamar a la puerta para evitar ver algo que no desea. Opta por lo segundo por si acaso, pero tras llamar un par de veces y ver que la cantante no le abre, pasa la tarjeta por el lector y entra.

Se queda quieta en la entrada, escaneando el suelo para ver si encuentra rastros de ropa, pero no hay nada, así que camina con sigilo hasta la habitación, porque si Mia todavía está durmiendo no quiere despertarla. Empuja la puerta y encuentra tanta luz que tiene que parpadear, la cama está deshecha —solo por un lado— y la puerta del baño se abre de golpe y Mia sale en pantalón corto y sujetador, secándose el pelo con una toalla.

Los pulmones de Erin se vacían de golpe y baja la mirada. No puede reaccionar así ante el cuerpo de la cantante, y menos después de lo de anoche, que la dejó muy satisfecha, pero lo hace. Algo le vibra en el vientre y le baja a la entrepierna como una explosión incontrolable.

—Hola —saluda Mia, dejando la toalla sobre una silla para buscar una camiseta que ponerse.

—Buenos días —dice Erin, pasándose la mano por el pelo, con ganas de tirarse de un mechón.

La cantante se pone una camiseta básica y se acerca mientras la doctora la observa.

—¿Has fumado? —pregunta Erin, que ha notado el olor a hierba en cuanto ha entrado en la habitación.

—Sí, un canuto, ya lo sabes.

—No lo sé si no me lo dices, Wilder.

Mia levanta una ceja.

—¿Tengo que dar parte de cada cosa que hago? Sabes que fumo después de un concierto, me relaja, pero no creo que sea lo primero

que tengo que decirte al día siguiente, ni que sea relevante para…

—Todo es relevante —Erin la corta, pero lo hace con suavidad al mismo tiempo que estira la mano para coger la de Mia y tomarle el pulso—. Si has fumado, tu estado está alterado por el efecto. Ahora puedes estar relajada cuando en realidad no te sientes así.

La cantante ni siquiera entiende lo que quiere decir con eso, pero no se molesta en darle vueltas porque ahora solo puede pensar en que los dedos de la doctora están sobre su piel, y a Mia le hormiguea todo el brazo y siente un leve tirón en el centro del pecho cada vez que pasa eso.

—¿A qué hora fumaste? —la doctora deja ir su mano con suavidad y saca la libreta del bolsillo de su pantalón.

—No lo sé, sobre las dos de la madrugada más o menos.

—¿Y a qué hora te fuiste a la cama?

—Justo después. Me lo fumé y me tumbé, creo que no tardé mucho en dormirme —explica Mia, observando cómo escribe y cómo las líneas de los músculos de su brazo se marcan cuando lo hace.

—¿A qué hora te has despertado?

—Menudo interrogatorio, Dooley —Mia se mete las manos en los bolsillos delanteros del pantalón y Erin la mira un segundo, llegando a la conclusión de que la chica no tiene que hacer absolutamente nada para resultar atractiva; incluso con ese pantalón corto de estar por casa, una camiseta básica y el pelo enmarañado porque todavía no se ha peinado. Mia Wilder es pura provocación.

—Forma parte del trabajo…

—Lo sé —la cantante hunde más las manos en los bolsillos y levanta los hombros como si tratara de esconder su cabeza entre ellos, como si se sintiera vulnerable en presencia de Erin ahora mismo.

La doctora está a punto de preguntarle si está bien, si le preocupa algo, pero últimamente no son capaces de mantener una conversación sin que esta acabe en discusión, así que prefiere callarse.

—He dormido unas cinco horas, si es lo que quieres calcular.

Erin tuerce los labios en una mueca. No es el tiempo que Mia necesita, pero después de un concierto siempre es más flexible.

—¿Qué hiciste hasta las dos de la madrugada?

Es demasiado tarde para retirar la pregunta que no debería haber hecho. Conocer la respuesta es más bien irrelevante salvo que Mia le

diga que estuvo corriendo una maratón y se agotó más de lo que ya estaba, pero la cantante acaba de clavar esa mirada azul que persigue a Erin a todas horas sobre ella.

—Estuve aquí, pensando —Mia señala el sillón de la habitación, que Erin se da cuenta ahora de que está girado hacia el ventanal.

Desea preguntarle si estaba sola cuando pensaba o si la mujer del camerino estaba ayudándola a concentrarse. Erin tose, atragantada con su propia saliva, y decide que la mujer es irrelevante ahora mismo; no importa si estaba entre las piernas de Mia o simplemente no estaba aquí, lo que de verdad le intriga es saber en qué pensaba, qué fue lo que la tuvo sentada en ese sillón durante horas, pero cierra la boca en cuanto la abre.

—¿Qué? —dice Mia, que se ha dado cuenta de la expresión entre absorta y nerviosa de la doctora.

Ella también se muere de intriga por saber cómo se lo pasó anoche y desea que Erin le dé pie para preguntárselo, porque ella tampoco quiere discutir y es consciente de que si le pregunta si se divirtió con Lexie Farhall, la discusión entre ellas será inevitable.

La cantante tiene un nudo en el estómago que no ha logrado deshacer desde anoche, una sensación de ahogo que le aprieta la garganta y lanza punzadas de ansiedad contra su pecho cada pocos minutos. Salió de su camerino un poco tarde, después de que la mujer se corriera dos veces y ella ninguna, y no porque su amante no lo intentara, pero, al parecer, la Mia que dejaba la mente en blanco y podía disfrutar de cada mujer a la que elegía sin que nada le impidiera pasar un buen rato, no estaba anoche en ese camerino. La mujer la besaba y ella sentía la cabeza abotargada y el cuerpo entumecido. Al principio se asustó, llegó a pensar que era porque su cerebro estaba a punto de apagarse y dejarla tirada en el suelo ante la mirada atónita de su amante, pero enseguida se dio cuenta de que no era eso: el problema era su mente, porque, aunque estaba excitada, no eran las manos ni la boca de esa persona las que quería en su cuerpo.

Después de ducharse, salió al pasillo y caminó con su guardaespaldas hasta el coche, donde la esperaba Noah junto a un chico con el que iba a pasar la noche. Su asistente se lo presentó, pero Mia no recuerda su nombre porque justo después ella preguntó por Erin, que normalmente viaja con ella en el coche después de un evento, y su mejor amigo le contestó de forma rápida —como si el

tema le incomodara— que la doctora se había marchado hacía una hora junto a Lexie Farhall.

Mia asintió y giró la cabeza hacia la ventanilla porque no necesitaba hacer más preguntas. Sabe que solo se acuesta con mujeres porque ella misma se ha acostado con la periodista un par de veces, y se sintió tan asfixiada al pensar en que Lexie iba a tener lo que a ella se le niega y tanto desea, que se tuvo que bajar la cremallera de la sudadera con el logo de la gira Wild y tirar del cuello de su camiseta con la esperanza de poder respirar mejor al hacerlo.

—Nada —responde Erin casi en un susurro—. Hoy tenemos el día libre, me gustaría pedirte que lo utilices para descansar. No digo que te quedes encerrada aquí, pero…

—Había pensado ir al gimnasio después. Todavía me queda energía de anoche; si no hago algo, esta noche también me costará conciliar el sueño.

—Vale, pero nada de cardio. Haz máquinas y no cargues mucho peso —la doctora da un paso hacia atrás.

Mia quiere detenerla, pedirle que no se marche, que se quede un rato con ella y que le cuente si siente algo por Lexie, si la volverá a ver, o cualquier cosa que no la deje con esta sensación amarga de que puede ser cualquiera menos ella.

—Me portaré bien —asegura, y Erin la observa otra vez.

En parte, con esta postura casi tímida tan impropia de ella, Mia le recuerda un poco a Noah y su expresión de cachorro abandonado, y se siente incómoda porque intuye que la cantante necesita algo de ella que no se atreve a darle. No puede permitirse ni siquiera ser su amiga, porque se conoce y empieza a ser consciente de que hay una línea muy fina entre lo que cree que siente y lo que siente de verdad. Ella se empeña en decir que no es nada, que solo es curiosidad, pero cuanto más tiempo pasa con Mia, más dudas le entran, porque a veces le cuesta frenar su atracción por la cantante.

Capítulo 17

Después de comer, Erin se pone los auriculares y baja al gimnasio. Esta es una de las ventajas que más le gusta de venir a estos hoteles cuyo precio por habitación prefiere no saber, que siempre disponen de una sala privada para hacer ejercicio. Quiere aprovechar porque hoy no tienen nada que hacer en todo el día, ni siquiera una reunión, pero mañana ya salen de viaje para Filadelfia y la doctora se pregunta si sería capaz de aguantar este ritmo año tras año. Se decide por las escaleras para hacer un poco de ejercicio extra y, cuando al fin llega al gimnasio, se detiene en cuanto cruza la puerta. Hay cuatro personas del equipo y una de ellas es Mia, que está sobre la cinta de correr haciendo lo contrario a lo que le ha pedido.

Erin estaba segura de que la cantante había bajado esta mañana, pero es evidente que no, y no quiere ni pensar en la posibilidad de que haya venido dos veces.

Se quita los auriculares y camina hasta la máquina. Mia está de espaldas, corriendo con ese pantalón corto que llevaba esta mañana y una camiseta de tirantes. Por un momento, la doctora se queda ahí, convenciéndose de que está admirando sus tatuajes cuando en realidad está recorriendo todo su cuerpo con sus ojos grises. Se muerde los labios y da un paso hacia ella, pero se detiene de nuevo porque uno de los tatuajes de Mia le llama la atención. Tiene tantos que Erin no se había fijado —tampoco es que los haya visto todos, aunque le gustaría— pero este es igual que el que Noah lleva en el brazo, solo que bastante más pequeño y justo por encima de su codo: Danny.

Erin se muere de la intriga, ha estado a punto de preguntarle a Noah alguna vez y siempre ha habido algo que la ha detenido, pero ahora que lo ve en el brazo de la cantante, su curiosidad ha crecido el doble. Rodea la máquina y se coloca al otro lado, justo delante de Mia, que está roja y sudorosa, y parpadea y levanta las cejas al verla.

—Dooley, qué sorpresa —dice jadeando.

A Erin le molesta su sarcasmo, pero decide tragarse su respuesta para no complicar las cosas con ella.

—¿Puedes parar, por favor? Pulsa el botón —la doctora lo señala con el dedo, y Mia, tras mirarla fijamente durante unos segundos en los que Erin siente que la reta, pulsa el botón y la cinta empieza a detenerse poco a poco hasta que la cantante se queda quieta sobre ella.

—Solo quería correr unos minutos, necesitaba… —Mia se detiene cuando ve la expresión de Erin, consciente de que una excusa solo puede hacer que se enfade más—. Lo siento, las máquinas me aburren.

Erin coge la botella de agua que tiene sobre la parte superior de la cinta, la abre y se la entrega para que beba.

—Entonces camina —cede la doctora—, pero hoy es mejor que no te esfuerces. Son pocos los días que tienes sin ensayo, concierto o mil cosas que hacer; es importante aprovecharlos para descansar.

—De acuerdo —dice, apretando el botón para que la cinta comience a moverse de nuevo.

Erin la deja ahí y se va hacia las máquinas. Hoy se siente cansada, quizá por el estrés de estas semanas que lleva de gira con la cantante, porque todavía no se ha acostumbrado a este ritmo de moverse de un lado para otro casi sin descanso. En urgencias todo le parecía más fácil, aunque fuera un caos. Tenía controlados los espacios por los que se movía y sabía lo que tenía que hacer en todo momento. Aquí no controla nada, ni siquiera a su paciente, y no tiene tiempo de acostumbrarse a una habitación cuando ya están cambiando de hotel para ir a otra. Siente los músculos pesados, pero cuando se sienta en la primera máquina para levantar peso con las piernas, lo que siente es alivio de poder soltar lo que sea que tiene dentro a través del esfuerzo.

Se pasa la siguiente media hora moviéndose por las máquinas mientras sigue su rutina de ejercicio y observa a Mia de reojo. La cantante ha bajado de la cinta hace rato, ha hecho un poco de elíptica y ahora está en un lateral hablando con uno de los técnicos de sonido que viajan con ellos. Es un chico alto con un cuerpo trabajado y cierto atractivo, además de una sonrisa casi permanente que hace imposible que no te caiga bien. La doctora cambia de máquina y se sienta en un banco de pesas.

Mia se gira justo en el momento en el que Erin se tumba para coger la barra, y se queda tan absorta que el chico con el que hablaba entiende que la conversación ha terminado y vuelve a su ejercicio. La cantante tiene la boca seca y el pulso tan acelerado ahora mismo que el corazón le late más rápido que cuando ha bajado de la máquina. Erin está tumbada con los pies apoyados en el suelo y las piernas abiertas mientras sube y baja la barra. Ve esas líneas que tanto le gustan de sus brazos completamente marcadas y la tensión en todo su cuerpo, y empieza a imaginarse cosas que no debe, pero que aparta rápido cuando vuelve a pensar en que ha pasado la noche con Lexie.

De nuevo aparece esa sensación incómoda que lleva apretándole el pecho desde que Noah se lo dijo, y la cantante se pasa la mano por el cuello, todavía sorprendida por lo mucho que le afecta. Le cuesta entender todos los pensamientos confusos que tiene; ni siquiera es capaz de ordenarlos porque todo se mezcla en su cabeza, aunque sí sabe algo seguro: se está enamorando de Erin Dooley y la doctora pasa de ella. Mia sabe que debe seguir con su vida porque no puede hacer otra cosa, pero ahora ni siquiera disfruta cuando está con otras mujeres, y Erin se ha acostado con Lexie.

La garganta se le cierra y bebe un sorbo de agua de su botella, conteniendo las ganas de acercarse y preguntarle cómo le fue, si disfrutó, si Lexie le dio lo que esperaba y por eso hoy no es tan borde. Quiere decirle tantas cosas a la doctora que se frustra porque en realidad ninguna importa si Erin no siente lo mismo que ella. Deja la botella y se acerca sin poder detener sus pies.

Erin, que está terminando su último movimiento, deja la barra sobre el soporte y se queda unos segundos tumbada, mirando el techo de la sala y las filigranas que hay dibujadas en la escayola y, cuando se incorpora, el corazón le da un vuelco porque Mia está sentada en su banco con sus rodillas casi tocando las suyas y sus ojos azules fijos en ella. La tiene tan cerca que la mente la traiciona y su primer pensamiento es inclinarse hacia delante, cogerla por la nuca y atrapar sus labios con la boca. Exhala con fuerza para tratar de deshacerse de ese torbellino intenso que le está recorriendo el cuerpo hasta que logra estabilizarse.

—¿Qué haces, Wilder? —pregunta, y la voz le sale completamente ronca.

Mia tarda un momento en responder, porque el pecho de Erin sube y baja por el esfuerzo y tiene la piel perlada por el sudor.

—Al final has respondido a mi pregunta, Dooley —la última palabra casi la paladea, como si quisiera recordarle que esta manía que tiene Erin de llamarla por su apellido le molesta.

—¿Qué? —Erin está completamente descolocada, incapaz de adivinar a qué se refiere.

—Te pregunté si te acostabas con mujeres, y ahora sé que sí.

Un pitido intenso atraviesa los oídos de Erin al escucharla y siente que si se mueve acabará escupiendo el corazón por la boca. Su mente comienza a trabajar a toda velocidad, tratando de adivinar si lo sabe porque Noah le dijo que la vio marcharse con Lexie o porque ha visto a la periodista salir de su habitación. Sea cual sea la respuesta, llega a la conclusión de que no importa; la cuestión es que Mia lo sabe y que a ella la invade una sensación de angustia que no entiende. La cantante se acuesta con mujeres siempre que tiene ocasión, así que Erin no debería sentirse como si la hubiera engañado, como si haber tenido sexo con otra mujer fuera una traición que le ha hecho daño a la cantante, porque ve ese destello de dolor reflejado en sus ojos y la doctora no consigue entenderse a sí misma.

Le ha dejado claro a Mia que no quiere que pase nada entre ellas, y la cantante se esfuerza en respetarla, pero a veces vuelve a sacar el tema y Erin empieza a sospechar que lo hace porque nota algo en ella que la lleva a pensar que está más interesada de lo que dice.

Abre la boca, pero por primera vez no sabe qué decir. Si le dice que no es asunto suyo —y Erin piensa que no lo es— intuye que le hará daño, y si no le dice nada, tiene la sensación de que también se lo está haciendo.

—Lexie es una tía legal, es guapa, amable y divertida —los hombros de Mia se encogen mientras Erin la mira, completamente turbada—, y una mujer con mucha suerte. Te dejo que sigas con tus cosas.

Mia se levanta, recoge su botella y la toalla que había dejado en el suelo junto al banco y sale del gimnasio sin girarse ni una sola vez. Erin necesita varios minutos para poder moverse. Los brazos le tiemblan por el esfuerzo de la barra, pero el resto del cuerpo no debería vibrarle de esta manera que la tiene mareada y, sin embargo, está temblando de pies a cabeza.

—¿Va a seguir en el banco, doctora? —pregunta uno de los chicos que había en el gimnasio.

Erin se pasa las dos manos por el pelo, se quita la pinza que se lo recoge y retuerce con fuerza un mechón ante la mirada atónita del chico, que no sabe si quedarse o marcharse. Tras unos segundos, hace una respiración profunda, se vuelve a recoger la melena con la pinza y se levanta.

—Todo tuyo —responde, dándole un toque en el brazo antes de coger sus cosas y marcharse.

Capítulo 18

—¿A dónde vas, doctora? —pregunta Nell desde su asiento.

Erin se detiene en seco en el inicio del pasillo del autobús con el que viajarán a Filadelfia. Acaba de subir y se disponía a buscar asiento en la planta baja, pero al parecer Nell, que está sentada en el primer bloque como siempre, no tiene ganas de empezar el viaje sola. La directora de producción de la gira aparta su bolso del asiento de al lado, lo deja colgado en el gancho lateral —que es para esto— y da un par de palmadas sobre la espuma.

—Siéntate —ordena, y Erin sonríe y se acomoda a su lado—. Así no vas a hacer amigos, Cielo; tienes que poner un poco de tu parte y socializar.

La doctora se toca el pelo y no dice nada. Le duele un poco la cabeza desde que se ha levantado y lo único que quería era sentarse y cerrar los ojos hasta después del desayuno, cuando subirá a la planta superior del autobús a tomar las constantes de Mia, pero tienen unas cinco horas por delante y hablar con Nell es algo que le gusta, porque con ella siempre tiene la sensación de que la mujer la entiende sin necesidad de que ella se explique, como si supiera descifrar sus pensamientos y emociones.

—Tienes razón —admite la doctora, colocando el pie derecho sobre la rodilla izquierda.

—No sirve de mucho que me des la razón si no haces nada para resolver ese problema —Nell no levanta la mirada de su móvil, donde está enviando un mensaje mientras responde.

—También tienes razón —repite Erin, con cierto tono burlón que hace que Nell alce la mirada y deje el teléfono.

El autobús se pone en marcha y un pensamiento fugaz atraviesa la mente de la doctora, preguntándose qué estará haciendo Mia.

—¿Has hablado con tu hermana? —pregunta Nell.

—Sí, la llamé hace un par de días para ver qué quería.

—¿Y qué quería? —indaga sin cortarse.

—Dinero —Erin apoya la cabeza en el respaldo—. Quiere hacer un curso de coctelería que, según ella, será muy útil para su trabajo de camarera.

Nell suelta una especie de pedorreta por la boca que hace reír a Erin.

—¿No debería pagárselo su jefe, o en todo caso ella misma? —cuestiona la mujer.

—Eso le dije yo, pero empezó con su retahíla de siempre, diciendo que soy egoísta, que no la entiendo y que no me esfuerzo por ponerme en su lugar.

Otra pedorreta sale de la boca de Nell, esta vez más fuerte.

—Dime que no le dejaste el dinero, doctora.

Erin la mira y se encoge de hombros.

—Más bien se lo regalé, porque nunca me lo devuelve.

—Tienes que aprender a decirle que no, Erin —Nell intenta ser amable, porque en realidad quiere preguntarle hasta cuándo piensa permitir que su hermana se aproveche de ella de ese modo.

—Lo sé, pero me cuesta; soy lo único que tiene y…

—Y en lugar de cuidarte se aprovecha de ti. Siento ser tan dura, Dooley, pero necesitas abrir los ojos.

Erin asiente dándole la razón, pero no necesita abrir nada porque eso ya lo hizo hace tiempo. Lo que requiere es encontrar el valor para pararle los pies a su hermana, para decirle que la tiene ahí para lo que haga falta siempre que sea importante, no para pagar todos sus caprichos.

—Cambiemos de tema —propone Nell, girándose hacia ella.

Erin entorna la mirada ante la sonrisa ladeada de la mujer.

—He oído por ahí que tuviste compañía la otra noche. La periodista, ¿verdad?

La doctora se tensa como un junco.

—¿Qué pasa con la gente de esta gira? —pregunta, atónita—. ¿Os pasáis la información unos a otros?

Nell suelta una sonora carcajada que hace que le boten los hombros y las gafas le resbalen por la nariz.

—Querida, acostúmbrate a esto. Aquí todos nos enteramos de todo. Si te tiras un pedo demasiado fuerte, alguien lo escuchará y sabrá que has sido tú.

Erin no puede detener la carcajada profunda y espontánea que le estalla en la boca, y las dos acaban llorando de la risa.

—Lo tendré en cuenta; nada de pedos.

—Bueno —Nell le da un codazo suave—, entonces, ¿es verdad? ¿Tienes un lío con Lexie?

Los ojos de Erin se desorbitan.

—No tengo ningún lío con ella, Nell. Pasamos la noche juntas y ya está. No creo que tenga que explicarte que se puede follar sin compromiso.

La risa de Nell vuelve a resonar por todo el autobús.

—Claro que no; solo quería ver tu reacción.

Erin arruga el ceño.

—¿No te gusta? Lexie es mona, y buena chica; quizá te vendría bien…

—Para, Nell. No sé si lo de la otra noche se repetirá o no, pero lo que sí sé es que no busco nada serio.

Nell se queda pensando y Erin se pone nerviosa mientras espera.

—Solo por aclarar: ¿no quieres nada serio con nadie, o no quieres nada serio con Lexie?

La pregunta coge a Erin por sorpresa.

—¿Qué? ¿No lo sabes? —la tantea Nell, divertida.

—No me has dado tiempo para pensar —se defiende la doctora.

—No deberías necesitarlo para una pregunta así, Dooley. Es sencilla; solo has de decir si es lo primero o lo segundo.

—¿Por qué no me llamas por un solo nombre, me da igual el que elijas, y dejas de llamarme por todos los que se te ocurren? —pregunta Erin, divertida.

—La ventaja de tener sesenta años es que empiezas a hacer lo que te da la gana sin que te importe la opinión de los demás, así que te llamaré como me apetezca en cualquier momento; y no me cambies de tema.

Erin deja que la risa le salga por la nariz y se coge el tobillo de la pierna derecha mientras piensa.

—No lo sé, Nell; últimamente no tengo muy claro lo que quiero. Estoy bastante confundida.

La mujer asiente como si esa fuera la respuesta que en realidad estaba esperando.

—¿Y cierta cantante con el pelo color lavanda tiene algo que ver con esa confusión?

A Erin se le sube el corazón a la garganta.

—¿Por qué preguntas eso? —exige saber, quizá un poco alterada.

Nell levanta las manos en son de paz.

—Solo es una pregunta, doctora.

Erin la mira fijamente, sin creerse su respuesta.

—Las preguntas se suelen hacer por algún motivo, especialmente las tuyas.

—Entonces tú sola te estás respondiendo.

Los párpados de Erin se estrechan mientras piensa, hasta que decide que no quiere seguir con esa conversación.

—¿Tú sales con alguien? —pregunta, y Nell la mira horrorizada.

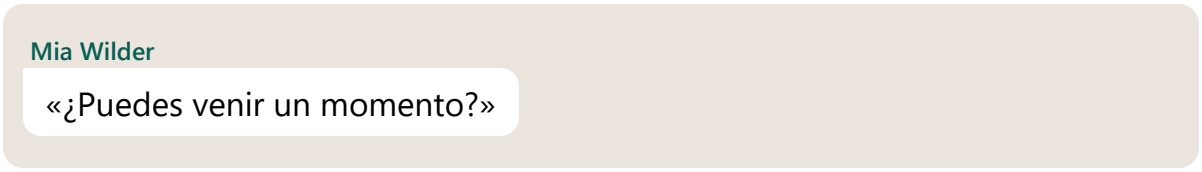
—Pasé décadas casada y fui muy feliz, pero mi cupo para soportar a una persona ya está completo. Ahora quiero hacer mi vida a mi aire, por lo que los hombres solo me interesan para pasar un rato agradable, y a ser posible que solo dure lo necesario para… ya sabes.

Erin suelta una carcajada y baja la pierna al suelo, escurriéndose en el asiento para estirarse un poco.

—Te dejo; voy a cerrar los ojos un rato si no te importa —Erin se levanta para buscar asientos vacíos.

—Bonita forma de no responderme.

La doctora se ríe mientras se aleja. Se sienta un par de filas por detrás de Nell y apoya la espalda en el lateral, estirando las piernas encima del asiento contiguo. Coloca la pequeña almohada que ofrecen este tipo de transportes entre su cabeza y el respaldo, y justo cuando va a cerrar los ojos, su teléfono vibra. Mete la mano en el bolsillo lateral del pantalón —este de color gris claro— y cuando desbloquea la pantalla ve que es un mensaje de Mia.



A Erin le sorprende, porque Mia no suele enviarle mensajes; ni siquiera ha pedido nunca que vaya a visitarla a su habitación salvo el día que le dejó la nota para que la avisara al despertar. Se guarda el móvil sin responder y se levanta para subir al piso superior. Noah está recostado contra el cristal, con sus auriculares de diadema que lo acompañan en cada viaje y los ojos cerrados. La doctora pasa de largo y llega hasta el final, donde está la única habitación del autobús reservada siempre para la cantante. No se molesta en llamar;

simplemente abre la puerta y la cierra al entrar, encontrando a Mia sentada en la cama con los pies descalzos en el suelo y las manos apoyadas en el colchón.

—¿Va todo bien? —pregunta Erin mientras la mira.

La cantante no tiene mal color de cara, pero sí da la sensación de no encontrarse muy bien.

—Dijiste que te avisara si sentía algo raro —dice Mia, que parece avergonzada por haberla molestado.

Erin coge la silla que hay junto al escritorio y la arrastra delante de la cantante, sentándose en ella.

—Por supuesto. ¿Qué te pasa? ¿Estás mareada?

La doctora apoya los codos en las rodillas.

—No, no es eso, pero tengo un dolor raro aquí y no sé qué es —Mia se toca la cabeza por detrás y Erin frunce el ceño, acercando un poco más la silla.

—Raro, ¿cómo? Descríbemelo y dime exactamente dónde.

Mia se inclina hacia delante y se señala la base del cráneo, justo por encima de la nuca.

—No es dolor de cabeza; es más bien una presión muy incómoda. No sé explicarlo, Dooley; es como si algo me apretara aquí.

—Vale, déjame tocar.

Erin se levanta y se sienta a su lado, enmarcando con las manos la cabeza de Mia mientras palpa con los dedos entre su pelo.

—¿Por aquí?

—Sí, justo ahí —Mia traga saliva.

—¿Hasta dónde te llega el dolor? ¿Qué zona abarca?

Mia también sube sus manos, que se encuentran con las de Erin, y se las coge y las coloca justo donde le duele.

—¿Me voy a desmayar? —pregunta asustada.

—No, no creo que esto tenga nada que ver. ¿Te duele más si aprieto, o la intensidad siempre es la misma?

—Igual, pero no es dolor exactamente…

—Presión, sí —susurra Erin, mirando los ojos azules de Mia.

—Entonces, ¿qué es?

Erin baja una mano y coge la de Mia, tomándole el pulso por si acaso.

—Creo que solo es tensional, como si tuvieras esa zona agarrotada.

—¿Y eso por qué? —quiere saber la cantante.

—Pueden ser muchas cosas, pero principalmente los nervios y el estrés. Túmbate; te masajearé la zona y, si no se te pasa, te daré un antiinflamatorio o un relajante muscular.

—¿Bocabajo?

—No, de cara hacia arriba.

Mia se deja caer sobre el colchón y Erin se sienta a la altura de su pecho, metiendo las manos por detrás de su cabeza para masajearle la zona.

—Relájate. Cierra los ojos si quieres y trata de no pensar en nada.

Mia quiere reírse y preguntarle cómo demonios puede hacerlo para no pensar en nada si tiene sus manos en su cuerpo, pero no dice nada; simplemente se queda quieta, con los ojos abiertos fijos en el techo. Los dedos de Erin se mueven despacio contra la zona que le duele, y la cantante siente cierto alivio, aunque no el suficiente, porque está completamente rígida.

—Relaja los hombros, Wilder.

Erin lo intenta para ayudarla, pero cuando le toca el hombro izquierdo y se lo aprieta un poco para que se relaje, lo que consigue es justo lo contrario. Mia da un respingo como si sus dedos le hubieran dado una descarga y agarra la sábana con las manos como si eso la ayudara a quedarse quieta.

—¿Prefieres estar sentada? —pregunta la doctora, que se está empezando a poner nerviosa.

—Sí, mejor —responde la cantante.

Erin se levanta y se sienta en la silla mientras Mia vuelve a su posición inicial. La observa sin poder evitarlo: con las piernas desnudas cubiertas solo por un pantalón deportivo de algodón que apenas le cubre parte del muslo y la camiseta de tirantes sin nada debajo. Mia se había vestido así con la intención de tumbarse y hacer el trayecto descansando, pero el malestar había empezado cuando apenas llevaba un rato en la cama y ya no se le había ido. No habría recibido a Erin así, pero es lo que hay, y la doctora está teniendo muchos problemas para apartar la mirada de su camiseta, donde a la cantante se le marcan los pezones.

—Vale —Erin se aclara la voz y por un momento piensa en levantarse, darle una pastilla y salir de la habitación, pero sus principios no se lo permiten porque si puede solucionar el problema sin meterle un químico en el cuerpo, prefiere hacerlo.

—¿Cómo sabes que esta molestia no es por otra cosa? —pregunta Mia, con la esperanza de que la conversación la distraiga de la terrible excitación que le provocan los dedos de Erin sobre su piel.

—Porque a mí me ha pasado alguna vez. Cuando acumulo mucho estrés, siento esa misma sensación de presión en la base de la cabeza que describes.

—¿Y se te pasa con un masaje? —Mia alza un poco la mirada, pero están tan cerca, con Erin sentada justo delante de ella, que la doctora, en lugar de mover los dedos para aliviarla, lo que hace es presionar con ellos mientras contiene la respiración y sus malditas ganas de besar los labios sonrosados de Mia.

—No tengo a nadie que me haga un masaje —responde, y sigue masajeando—, pero me alivia mucho presionarme con la mano.

—Erin.

El mundo se detiene para la doctora cuando escucha su nombre. Sus manos se quedan quietas y descienden —sin que sea consciente de ello— a la nuca de la cantante.

—¿Qué? —pregunta, con el corazón latiendo a toda velocidad y una sensación de cosquilleo permanente por el vientre.

El labio inferior de Mia tiembla ligeramente mientras decide lo que va a responder, porque se ha quedado en blanco cuando la doctora se ha pasado la lengua por los labios.

—Es mejor que me des la pastilla, porque si sigues así haré algo que te hará enfadar mucho y…

La voz de Mia se ahoga contra la boca de Erin cuando esta se inclina un poco más y atrapa sus labios. La sorpresa la paraliza un instante, pero cuando la doctora mete la lengua y roza sus dientes, Mia le agarra la camiseta por los hombros y tira hacia ella para asegurarse de que Erin no se aparta.

La doctora quiere detenerse, pero es todo el cuerpo el que le hormiguea y siente que no controla sus acciones cuando pone las manos bajo las orejas de Mia y tira de ella hacia arriba. Las dos se levantan sin despegarse y Erin la empuja con su cuerpo hasta que la espalda de la chica toca la pared del armario de la habitación, y entonces, como si estuvieran sincronizadas, Mia se cuelga de su cuello, sube las piernas y las enrosca en su cintura mientras ella la sujeta por los muslos.

Erin aprieta con la cadera buscando que la presión la alivie, porque está tan repentinamente excitada que apenas puede respirar.

Se mueve con una cadencia perfecta cuando encuentra la posición correcta, y cuando Mia responde con un jadeo tras otro, Erin rompe el beso porque necesita coger aire.

—No pares, por favor —susurra Mia, apretándose con fuerza contra su cuerpo mientras Erin continúa con los movimientos, con la cara hundida en el cuello de la cantante para que no pueda mirarla, porque una parte de ella ya está arrepentida de lo que está haciendo y la otra no puede detenerse, lo que la está volviendo loca.

De repente, los dedos de Mia se clavan en su espalda con fuerza y los jadeos de la cantante se convierten en gemidos cuando su cuerpo se tensa. Erin no necesita taparle la boca mientras se corre, porque Mia muerde su hombro y resopla contra él mientras Erin nota su propio orgasmo enrollándose en el vientre; pero justo cuando está a punto de dejarse ir, alguien llama a la puerta. A Mia la pilla en plena descarga de placer, pero al escuchar el ruido ambas reaccionan y Erin la suelta al mismo tiempo que Mia baja los pies al suelo.

La doctora da dos pasos hacia atrás, tan desconcertada que no sabe qué hacer. Le tiembla el cuerpo entero, pero sobre todo las manos, y todavía tiene esa sensación de excitación no resuelta entre las piernas, donde su propio corazón parece latir.

—¿Quién es? —pregunta Mia, que se ha quedado con la espalda pegada a la pared mientras observa a Erin, que se ha doblado sobre sí misma y tiene las manos en las rodillas.

—Soy Noah, ¿puedo pasar? —se escucha al otro lado.

Mia no sabe qué responder, porque si dice que sí, Noah atará cabos de inmediato, básicamente porque Erin no es capaz de enderezarse. Se siente atrapada en una especie de bucle que mezcla culpa, deseo y frustración, y no puede pensar ni decidir qué hacer en ese momento.

—Erin… —susurra Mia.

La doctora la escucha como si su cabeza estuviera bajo el agua.

—Dooley —la cantante eleva la voz y Erin se incorpora despacio.

Mia ni siquiera puede preguntarle qué hacer, si deja pasar a Noah o le pide que se vaya y ya se espabilará después para inventarse una excusa, porque Noah, preocupado por su falta de respuesta, abre la puerta y entra. El chico se queda quieto cuando ve a Erin cerca de la ventana y a Mia junto al armario. Al principio le cuesta entender lo que pasa, porque la doctora parece ida en lugar de una mujer que ha

estado a punto de correrse, y Mia parece un pasmarote que no puede apartar la mirada de Erin.

—Vuelvo después —dice Noah.

—No, quédate —Erin levanta la mirada, aunque su expresión es completamente ausente, como si no pudiera conectar lo que dice con lo que está viendo—. Voy a buscarte algo para ese malestar; la azafata te lo traerá con un zumo y algo de comer.

Mia no dice nada; solo mueve la cabeza asintiendo, a pesar de que Erin no la mira.

La doctora sale de la habitación y Noah no sabe si quedarse o seguirla, porque conoce a su mejor amiga y sabe que Mia no podrá contarle nada hasta que su cabeza se ordene.

—¿Para qué es la pastilla? —pregunta el asistente, que está preocupado y desconcertado a partes iguales.

—Me duele un poco la cabeza —responde la cantante, todavía junto al armario.

—¿Quieres que me quede? ¿Te apetece hablar de algo?

Mia se toca los labios con los dedos. Los nota ardiendo y, si se concentra, puede sentir la presión de los de Erin todavía.

—No, ahora no.

—Vale. Avísame cuando quieras; estaré por ahí fuera.

Noah sale de la habitación y Mia se da cuenta de que no ha llegado a decirle para qué había venido. Tampoco puede ocuparse de eso ahora. La presión en su cabeza parece haberse disipado cuando estaba pegada a la boca de Erin, y ahora es como si hubiera vuelto de golpe.

Se tumba y se tapa con toda la ropa que encuentra, con la imagen de Erin de hace un rato, cuando apenas era capaz de enfocar, como si se sintiera más perdida que nunca. A Mia le gustaría decirle que ella puede —y quiere— ser su mapa, que puede anclarse a ella siempre que lo necesite, que no se apartará ni la dejará sola nunca, pero no puede prometerle nada a una mujer que se niega a admitir lo que siente.

Capítulo 19

Mia entra en la habitación del hotel y deja caer su mochila sobre la moqueta para ir directamente al sofá que hay pegado a la pared. Noah entra detrás, arrastrando la maleta de la cantante, y la deja junto a la puerta antes de cerrarla y caminar para sentarse al lado de su amiga.

Han llegado a Filadelfia hace apenas unos minutos y Mia no ha salido de su habitación en el autobús hasta que su amigo ha entrado a buscarla. Después de que la azafata le llevara una bandeja con comida y el analgésico que Erin le ha dado, se ha metido de nuevo bajo las sábanas, se ha tumbado de lado y ha sido incapaz de dormir, pensando una y otra vez en lo que había pasado.

—¿Quieres hablar ahora? —tantea Noah mientras se ata el cordón de su zapatilla derecha.

—Erin me ha besado —la voz de la cantante es un susurro y el asistente se incorpora de golpe, girándose hacia ella.

Tiene una sonrisa dibujada en los labios, pero se le borra de golpe al ver la expresión absorta de Mia.

—¿No ha ido bien? Era lo que querías, ¿no? —pregunta, sintiéndose completamente desconcertado.

La cantante se quita las zapatillas con los talones y sube los pies al sofá, abrazándose las piernas.

—Sí, ha sido perfecto hasta que has llamado a la puerta.

Una pequeña sonrisa se curva en los labios de la cantante, que apoya la cabeza sobre sus rodillas mientras lo mira. Él también sonríe y se rasca el pelo con inocencia.

—Me ha parecido que interrumpía algo, aunque no sabía exactamente el qué.

—Ha sido algo más que un beso del que no te voy a dar detalles, pero no había sentido nada parecido nunca, Noah. Todavía me está temblando el cuerpo —la cantante se mira las manos—. Estar con ella es…

No sabe cómo describirlo, así que solo sonríe con melancolía.

—Estoy un poco perdido, Mia. ¿No se supone que deberías estar contenta?

—Lo estaría si ella también quisiera lo que ha pasado, pero por cómo ha reaccionado después, me temo que no está muy feliz con lo que ha ocurrido.

La cantante se atusa el pelo y se echa hacia atrás. Noah no sabe qué decirle; los temas de corazón no se le dan muy bien; además, no conoce a Erin lo suficiente como para tener una teoría de lo que puede estar pensando la mujer.

—Supongo que lo sabrás cuando habléis —le pone una mano en la rodilla y le sonríe, y Mia se deja caer hacia él con un suspiro dramático.

—¿Por qué no puede ser como las demás? —pregunta, tumbándose con la cabeza sobre las piernas de Noah—. Es decir, no quiero que sea como las demás —se corrige—; me gusta tal y como es, pero es tan inaccesible y complicada de entender…

—El amor es complicado, ¿no? —pregunta su amigo, divertido.

Ella vuelve a suspirar y se incorpora, consciente de que no sabe estarse quieta porque está nerviosa. Sabe que Erin vendrá de un momento a otro para saber cómo está, y Mia está loca por verla otra vez, y también asustada porque intuye que no van a retomar lo que han dejado a medias en el autobús.

—Eso parece. Voy a ducharme y a cambiarme; ¿cenamos juntos? Podemos comer aquí o salir por ahí.

Noah se levanta.

—Bonita forma de echarme —sonríe—. Me apunto a la cena. Buscaré por la zona a ver si hay algo interesante y lo organizo con seguridad; creo que te vendrá bien salir para despejarte.

Erin ya ha deshecho la maleta y ordenado su ropa en el armario. También se ha duchado y ahora está sentada a los pies de su cama, con las manos sobre los muslos y la mirada fija en la pared de enfrente, que tiene al otro lado la habitación de la cantante. Tiene que ir a ver cómo está y ni siquiera sabe cómo mirarla o qué decirle. Todavía siente latigazos entre las piernas; estaba tan cachonda que incluso le dolía, y no puede apartar de su cabeza el pensamiento de acabar lo que han empezado, pero hacerlo sería aumentar el error que sin duda ha cometido. Ha caído en las redes de Mia Wilder; todo lo que se había prometido no hacer se ha disuelto en el momento en

el que la chica de pelo color lavanda ha dicho su nombre con ese tono bajo y necesitado que ha fundido cualquier pensamiento racional que Erin pudiera tener en su cabeza. Ni siquiera es capaz de recordar cómo ha empezado exactamente; lo único que sabe es que estaba ahí, con las manos hundidas en su pelo y la conciencia de que cada vez que los movía y la rozaba, algo llamado deseo iba creciendo dentro de ella como una bola de nieve imparable.

No ha podido detener el impulso; llevaba rato haciendo un ejercicio de contención que la tenía muy tensa y, cuando se ha dado cuenta, ya tenía la lengua metida en la boca de Mia.

Si Erin tuviera que calificar del uno al diez lo que ha sentido en ese beso, lo más probable es que no pudiera hacerlo porque diez le parecería poco. Era una especie de conexión profunda, como si la boca de la cantante y la suya hubieran sido diseñadas para encajar de esa forma perfecta que ella ha sentido. Lo de después tampoco puede explicarlo: su cuerpo parecía ir por libre obedeciendo solo a la necesidad que tenía, a esas ganas enfermizas de notarla pegada a ella, de tragarse sus gemidos o sentir su aliento caliente contra el cuello. No esperaba que la voz de Mia pidiendo que no se detuviera le provocase tal descarga por el cuerpo, pero al escucharla, Erin se sintió drogada, como si escuchar a Mia Wilder y tenerla sobre ella fuera lo único que necesita para estar bien.

Se ha quedado a punto de correrse otras veces, con mujeres que no sabían cómo encontrar lo que ella necesita, y la sensación desesperante de tener el orgasmo justo ahí y no conseguir que se libere. Hoy ha sido diferente; no se ha corrido porque Noah las ha interrumpido, pero la sensación de insatisfacción ha estado muy por encima de las anteriores, hasta el punto de que Erin se ha tocado mientras se duchaba porque no podía soportar la tensión que había en su vientre.

Desviando la mirada hacia la ventana, la doctora se levanta y camina hasta la puerta intentando no pensar en nada. Entrará, hará su trabajo y saldrá de la habitación de la cantante con rapidez.

Sale al pasillo al mismo tiempo que Noah y los dos se quedan mirándose unos segundos. Por cómo se sonroja el asistente de Mia y le dedica una de sus sonrisas sinceras y tímidas, Erin llega a la conclusión de que ya lo sabe, y lo que más le sorprende es que no le moleste, porque siempre se ha fiado de él a pesar de haberlo tratado muy poco.

—Hola, Erin —saluda el asistente, apartándose de la puerta.

—Hola, Noah.

—¿Vas a entrar? Se está duchando, pero no creo que tarde en salir.

Erin había dado un paso hacia la puerta, pero se detiene cuando escucha que Mia está en el baño —porque lo primero que ha hecho su mente perturbada ha sido imaginarla desnuda— y decide que prefiere volver más tarde.

Noah percibe su duda y se aparta los mechones alborotados del flequillo de forma inútil, porque siempre vuelven al mismo sitio.

—¿Te apetece un café? Para cuando acabemos, ella ya estará lista.

Erin titubea unos segundos, pero al final decide aceptar y ambos bajan en silencio en el ascensor y caminan juntos hasta el restaurante del hotel.

Para sorpresa de la doctora, Noah se pide una infusión y ella un café doble con un sobre de azúcar.

—¿Sabes si se le ha quitado el dolor de cabeza? —pregunta Erin para romper el hielo mientras Noah se quita la chaqueta y la deja en el respaldo.

—No le he preguntado —responde con una mueca de vergüenza.

Ella sonríe. Si le gustaran los hombres, está segura de que podría enamorarse de alguien como Noah: educado, comprometido, servicial, leal y agradable, además de tener ese encanto natural de la imagen de chico malo y cachorrito al mismo tiempo.

—No pasa nada; ahora hablaré con ella.

Noah bebe un sorbo de su taza cuando se la traen y apoya los brazos en la mesa, y Erin vuelve a ver el tatuaje con el nombre de Danny en su brazo y ya no puede resistirse.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? No tienes que responder si no te apetece o te resulta incómodo; solo siento curiosidad.

El asistente de Mia parece sorprendido e intrigado al mismo tiempo.

—Sí, claro, adelante.

—El tatuaje —Erin lo señala—. He visto que Mia también lo lleva. ¿Quién es Danny?

—Era nuestro amigo; nos conocimos prácticamente al mismo tiempo en un local donde tocaban música en vivo los martes y los jueves por la noche. Éramos tres adolescentes que no debían estar allí, al menos Mia y yo —sonríe—. Danny era guitarrista de un solista

que actuó aquella noche y, de algún modo, Mia, él y yo acabamos sentados en una mesa cuando terminó la actuación. Los tres conectamos muy deprisa porque todos veníamos de una familia de esas que es mejor no tener.

A Erin se le detiene el corazón, y Noah sonríe al ver cómo lo mira.

—Puedes preguntar lo que quieras. Mia y yo hablamos mucho de esto entre nosotros y no escondemos nuestro origen ante nadie de confianza que pregunte.

—¿Soy de confianza? —pregunta Erin, sorprendida.

—No puedo hablar por ella, pero para mí lo has sido desde la noche que la atendiste tras desplomarse en el concierto. Sé que no somos amigos, pero me siento tranquilo contigo —Noah se encoge de hombros con su habitual expresión sincera.

—¿Qué tipo de familia es la que no se debe tener? —indaga la doctora, que prefiere preguntar antes que especular.

—Mis padres eran de esos que tuvieron un hijo porque era lo que tocaba hacer, pero por el que no tenían ningún tipo de interés, así que crecí completamente solo en una casa habitada, como si ellos fueran dos extraños durmiendo en la habitación de al lado. Era una sensación muy rara. Se supone que debo estar agradecido por haber tenido a alguien que me alimentara, pero crecí con una sensación de vacío tan desesperante que hubiera preferido criarme en un centro de menores donde al menos los monitores me miraran para hacerme sentir que existía.

—Lo lamento, Noah.

—Gracias. La historia de Danny no era muy diferente; solo que a él sus padres lo ignoraban porque siempre estaban colocados. Y la historia de Mia, que supongo que es la que más te interesa —dice con una mueca de diversión que hace sonreír a la doctora—, es algo diferente, pero con un resultado parecido. Se crio sola con su madre, sin saber quién era su padre. Tuvo que aprender a cocinar a los seis años porque su madre se pasaba los días con cualquiera de los hombres con los que salía en ese momento. A veces la dejaba sola un par de días y cuando aparecía lo hacía con algún tipo que acaparaba toda su atención. Mia creció sabiendo que su supervivencia dependía de ella misma, con una madre que la ignoraba y a la que tenía que cuidar cuando se ponía enferma, en lugar de ser al revés.

Erin no dice nada; de hecho, su mente se desconecta durante unos segundos, porque una parte de ella se siente identificada con la

historia de la cantante. No es la misma porque ella tenía el cariño de su madre, pero era como no tenerlo, porque su madre se iba a trabajar antes de que ella se levantara y volvía cuando estaba acostada, así que apenas la veía, y su supervivencia y la de su hermana también dependían de ella, porque si Erin no hacía la comida, no había nadie en su casa que la hiciera, ni que la cuidara cuando estaba enferma o la apoyara cuando tenía un problema. Se da cuenta ahora, tras escuchar la historia de Noah, de que ella también creció sola, y lo sigue estando.

—¿Qué pasó después de aquella noche? —decide dirigir la conversación hacia la pregunta inicial, pensando que Noah ya ha tenido suficiente dosis de tristeza contándole su infancia, y ella también recordando la suya.

—Nos unimos mucho. Mia ya cantaba entonces; no era famosa, claro —sonríe señalando hacia arriba como si su amiga estuviera justo sobre ellos—, pero ya tenía un torrente de voz con mucho potencial. Danny propuso que hiciéramos nuestro propio grupo con ella como vocalista, él como guitarrista y yo como batería.

—¿Tocas la batería? —se sorprende Erin.

—La tocaba; no he vuelto a hacerlo desde que Danny… —se detiene y su expresión se vuelve sombría—. Estuvimos tocando juntos en el garaje de mis padres casi un año y medio. Quedábamos casi todas las tardes y nos acostábamos de madrugada porque no había nadie que nos pusiera horarios a ninguno, pero Danny estaba enganchado. Se había criado con acceso a todo tipo de drogas y casi siempre estaba colocado. Intentamos que lo dejara, pero tampoco teníamos los medios y él estaba demasiado metido como para intentarlo.

—Es muy complicado cuando encima no hay recursos para ayudar a alguien a salir, y si además no está por la labor, es literalmente imposible, Noah.

—Lo sé, pero entonces Mia y yo vivíamos frustrados. Una noche, después de haber estado tocando toda la tarde, se fue a su casa como hacía siempre; solo que al día siguiente no vino al garaje, y al siguiente tampoco. Nadie se molestó en avisarnos porque nadie en su casa sabía que tenía amigos.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo un accidente. Iba tan colocado que se salió de la carretera en una curva y cayó por un terraplén. Estuvo agonizando durante al

menos tres horas hasta que murió.

Los ojos de Noah se han aguado, pero se pasa los dedos por debajo de los párpados y suelta un suspiro tembloroso.

—Lo siento mucho, Noah —dice Erin.

Él la mira y le dedica una sonrisa triste.

—Mia y yo nos colocábamos con él alguna vez. No a su nivel, pero también consumíamos casi a diario. Cuando pasó aquello, nos prometimos no volver a tocar ninguna droga fuerte, así que ahora solo nos fumamos un canuto cada uno después de cada concierto. Es una regla sagrada que no quebrantamos nunca, no solo porque no queremos que nos pase lo mismo que a él, sino por su memoria y porque él no tuvo la oportunidad de apoyarse en nadie cuando lo necesitó. Mia y yo nos unimos más entonces y ahora ella es mi familia y yo la suya.

—¿Y tus padres? ¿Y su madre?

Noah se encoge de hombros, despreocupado.

—Cuando conseguí mi primer trabajo, ella y yo nos fuimos a vivir juntos a un cuchitril lleno de cucarachas —explica divertido—. Nadie vino a buscarnos entonces; Mia también consiguió trabajo, ahorramos y nos mudamos a Nueva York para intentar que alguien la escuchara cantar, y el resto es esto.

—Gracias por contármelo, Noah —Erin estira una mano y la coloca sobre su brazo de piel pálida, justo encima del nombre de Danny.

Él sonríe y coge su infusión para beber, haciendo una mueca de asco cuando se da cuenta de que está fría.

Capítulo 20

Erin está frente a la puerta de la habitación de Mia con una mano plana en la madera y la otra en la pared. Mientras subía desde el restaurante, le ha dado mil vueltas a lo que dirá cuando entre, porque —aunque le gustaría hacerlo en este momento— no puede olvidar lo que ha pasado antes ni hacer ver que no ha sucedido. Ha pasado y lo tienen que hablar; el problema es que, si antes de esto ya se sentía confundida, ahora está perdida por completo. Todo se le mezcla en una mente demasiado abotargada tras lo que ha pasado: lo que han hecho, lo que ha sentido, las razones por las que no debería haber pasado, las consecuencias que cree que tendrá, lo que sabe que Mia quiere de ella o lo que cree saber, y a todo eso debe sumar otros factores externos, como la diferencia de edad o la de estilo de vida entre ellas. Cada vez que se plantea la posibilidad de darse una oportunidad, si es que Mia lo desea, se le ocurren tantas razones por las que no debe hacerlo que, por primera vez en su vida, no sabe lo que tiene que hacer, y eso, para una persona con una vida estructurada como ella, es algo que la desestabiliza mucho y le impide utilizar la lógica como debería.

Se decide a dar dos golpes en la puerta antes de que alguien pase por el pasillo y la encuentre parada como si se hubiera perdido. No escucha pasos al otro lado, ni la voz de Mia diciéndole que entre, y cuando casi ha pasado un minuto esperando se plantea utilizar la copia de su tarjeta que siempre le entregan cuando se registran en los hoteles, pero justo cuando se está llevando la mano al bolsillo, la puerta se abre y la cantante aparece al otro lado.

Erin da un paso atrás por puro instinto, abrumada porque definitivamente no está preparada para esto; su mente todavía no ha tenido tiempo de procesar con calma lo que ha pasado entre ellas y ahora tiene un nudo en la garganta y la entrepierna palpitando de un deseo que sabe que no debe liberar.

—Hola —la voz de Mia es suave, casi temerosa.

Erin le hace un gesto con la cabeza y camina hacia el interior cuando ella se aparta para dejarla pasar. El clic de la puerta al cerrarse a su espalda la hace detenerse en seco, con un nudo de ansiedad en la boca del estómago que la está devorando por dentro.

—¿Cómo estás? ¿Se te ha quitado el dolor? —pregunta tras vaciar los pulmones de golpe, intentando centrarse en algo que no sea la forma en la que Mia la está observando con sus ojos azules muy abiertos.

—Sí —la cantante se toca la nuca y cambia el peso de un pie al otro, nerviosa.

Se han quedado en la entrada. Erin no se atreve a dar un paso más y Mia no sabe si pedirle que se acerque hasta el sofá o abrirle la puerta de nuevo para dejar que salga corriendo, porque parece que es lo que la doctora necesita ahora mismo.

—Bien, te tomo las constantes ahora y me paso a verte después de...

—No hagas esto —la corta Mia.

Erin siente que cada músculo de su cuerpo se tensa sin que pueda controlarlo. Por supuesto que no quiere hacer esto, quiere sentarse a hablar como la persona adulta que es, pero no sabe cómo hacerlo ahora mismo ni cómo decirle a Mia que no puede volver a suceder sin sonar brusca. Porque eso es lo que ella quiere, ¿no?

—¿Qué hago? —pregunta, soportando la mirada de esos dos focos azules que le están quemando la piel.

—Ignorar lo que ha pasado. Si no quieres hablar de ello, dilo, pero no hagas ver que no ha pasado —exige Mia.

—No estoy haciendo ver nada —Erin entra en modo supervivencia, protegiéndose como puede—. Ha pasado y está mal y...

—¿Por qué está mal? —pregunta la cantante.

Erin resopla. Esto le cuesta mucho y que Mia la interrumpa la está poniendo más nerviosa.

—Por muchas razones, pero empecemos por la principal: soy tu médica, y entre tú y yo solo puede existir una relación profesional para que pueda hacer bien mi trabajo.

—No te estoy pidiendo una relación, Dooley; de hecho, no te he pedido nada.

Mia se detiene y hunde las manos en su pelo antes de hacerse una coleta que parece más un moño mal hecho. No le ha pedido nada, pero quiere hacerlo y está frustrada.

—Tú y yo tenemos muchos problemas de comunicación —dice Erin—. No sabemos hablar de nada sin acabar discutiendo por una tontería, y no voy a convertir esto en otra. Zanjémoslo aquí. Sé que he sido yo la que ha empezado y lo siento; te prometo que no volverá a pasar.

Un resoplido sarcástico escapa de la boca de Mia, que levanta la mirada y se muerde los labios, enfurecida.

—¿Por qué tenemos que zanjarlo? —pregunta frustrada—. Corrígeme si me equivoco, pero por cómo jadeabas y te movías contra mí, creo que deseabas lo que ha pasado con la misma intensidad que yo.

Erin se siente mareada. Las piernas han empezado a temblarle, el deseo se le ha arremolinado en el vientre y su sexo está palpitando con una desesperación que ni soporta ni entiende. No quiere esto, no quiere una relación con una cantante que elige mujeres a dedo después de un concierto y se divierte con ellas porque no puede dormir, no quiere convertirse en una más, en un entretenimiento para Mia mientras está de gira, en un cuerpo que pueda tomar cuando le plazca y del que se cansará en cuanto se fije en una mujer que le interese más que ella. Es la percepción que siempre ha tenido de Mia: una cantante con presencia magnética que no se compromete con nadie y aprovecha su fama para ligar. Erin no puede ser una más, no quiere convertirse en eso porque empieza a sentir cosas que no debe por ella y no quiere volver a Nueva York con el corazón destrozado cuando acabe la gira.

—Me gustas, joder —suelta Mia, que ha decidido jugar la carta de la verdad y exponerse para convencer a Erin de que va en serio, pero la doctora no está por la labor—. Podemos hacer las dos cosas: tener una relación profesional y otra personal que empiece más despacio, a tu ritmo; yo puedo…

—Eso no es lo que yo quiero.

La respuesta cortante de Erin es demoledora para Mia, que deja de hablar de golpe y se queda muy quieta, mirándola fijamente.

—Estamos en puntos diferentes, Mia —el pecho de la cantante se oprime cuando escucha su nombre, porque ha deseado cada día que Erin volviera a pronunciarlo, pero no en este contexto—. Eres muy joven y vives una vida que no encaja con la mía.

Erin no se reconoce cuando habla, ni siquiera sabe qué mierda está diciendo porque incluso a ella le suena a excusa mal elaborada,

pero no puede detenerse; necesita protegerse de esto, de lo que sentirá cuando se acabe su contrato si no frena su deseo a tiempo.

—¿Y qué coño encaja contigo? —los ojos de Mia están brillando y Erin siente que se le cierra la garganta.

—No lo sé —se escucha decir, y se da cuenta de que es la única verdad que ha dicho hasta ahora.

No sabe lo que quiere porque no ha tenido nada antes que le haya servido para definir lo que espera de una relación y lo que no. Su vida sentimental solo puede medirse por el nivel de satisfacción que ha sentido cuando ha estado con mujeres con las que no ha tenido más de unas pocas citas. Esto es nuevo para ella, y también desconocido, y está tan aterrada que no sabe cómo hacerlo sin salir perjudicada. Que la primera mujer por la que siente este tipo de cosas tan intensas sea una cantante que recorre el país durante meses no le ayuda; le genera inseguridad y un miedo irracional que la hace actuar de forma contradictoria, porque se está negando a sí misma lo que quiere solo porque no sabe lo que puede esperar si intenta tener una relación con alguien como Mia Wilder, la chica llena de tatuajes con un pasado solitario que se parece mucho al suyo.

La cantante cruza los brazos sobre el pecho unos segundos y baja la cabeza, mirando sus pies descalzos mientras intenta poner orden en su mente. No entiende nada; sabe que le gusta a la doctora porque nadie que no siente algo por ti te besa como la ha besado ella hace unas horas. Erin estaba ida, ha soltado el control de su cuerpo unos segundos y el resultado es que casi han acabado haciéndolo contra la pared del autobús. Mia no consigue saber qué es lo que esta mujer rechaza de ella, pero es evidente que hay una parte de Mia que no le gusta o no acepta, y le duele tanto pensarlo que solo quiere arrancarse el corazón del pecho y pisotearlo hasta que deje de latir y de doler.

—Bueno —susurra sin levantar la mirada del suelo—, supongo que no se puede luchar contra un muro. Yo quiero y tú no, y no puedo hacer nada contra eso…

Mia sigue quieta, como si no hubiera terminado de hablar porque no encuentra las palabras o ni siquiera supiera cómo decir lo que siente, pero lo que Erin percibe es que le duele, que le está haciendo daño de verdad con su rechazo, y eso la angustia tanto que empieza a plantearse seriamente abandonar la gira.

—No quiero que pase esto, Mia —empieza, dando un paso hacia ella mientras la cantante levanta la mirada con las manos hundidas bajo las axilas—. No quiero que lo pases mal, ni pasarlo mal yo.

—Es muy noble de tu parte, pero no creo que puedas evitarlo.

Erin parpadea y empieza a preguntarse quién es más madura de las dos, y se da cuenta de que ha juzgado a Mia desde el principio sin conocerla; ha sido ella la que ha decidido que esta chica solo piensa en mujeres y en pasárselo bien. Lleva un mes con ella de gira y nunca se ha molestado en intentar tener una conversación con la cantante que no tenga nada que ver con su cuadro clínico o con los eventos. Es ella misma la que la ha evitado desde el principio, protegiéndose de ni siquiera sabe qué, porque es lo que está acostumbrada a hacer: blindarse, porque nunca ha tenido a nadie que la proteja y se preocupe por ella.

—Tienes razón, no puedo —se queda quieta, mirándola como si fuera la primera vez que la ve de verdad, y ahora mismo Mia le parece cualquier cosa menos una chica que lo único que quiere es llevársela a la cama.

—Saca tu libreta y apunta —Mia le tiende el brazo derecho y Erin tarda unos segundos en entender que le está pidiendo que haga lo que ha ido a hacer y que se marche.

Estira la mano y le coge la muñeca para tomarle el pulso. Está caliente y su piel es muy suave, y Erin está desconcertada. Se siente como si acabara de abrir los ojos y estuviera viendo a Mia, no a la cantante, sino a la mujer. Empieza a contar y, estar centrada en eso, logra despejarle un poco la mente. La suelta, saca su libreta, apunta las constantes y la vuelve a meter en el bolsillo.

—Dame un poco de tregua, Mia —pide Erin de repente, con ese tono suave que siempre desarma a la cantante.

—¿Tregua para qué? —pregunta confundida.

—No lo sé —admite la doctora—, para entenderme a mí misma, quizá.

Mia la observa durante unos segundos. Hay un par de mechones sueltos atravesando el lado derecho de la cara de Erin que ella no quiere apartar porque considera que ese aire despreocupado dobla su atractivo y contrasta con una mujer que al parecer se preocupa demasiado por todo. Lo que Mia quiere es ponerle una mano en la nuca y pegarse a su boca del mismo modo que lo han hecho esta

mañana, pero por encima de todo, lo que necesita es que Erin Dooley se decida y deje de darle una de cal y una de arena.

—¿Y qué se supone que debo hacer durante esa tregua? ¿Esperar a que te aclares? ¿A que decidas que no vale la pena? ¿Que no soy suficiente o no soy lo que quieres?

—No lo sé, Wilder —se agobia la doctora.

—¿Otra vez soy Wilder? —Mia suelta un bufido exasperado, y Erin la comprende; ella también se desesperaría con alguien tan inseguro como ella.

—Siempre serás Wilder para mí, aunque también seas Mia.

La cantante no sabe muy bien cómo interpretar lo que le ha dicho, pero su cuerpo al parecer sí, porque su corazón ha dado un vuelco y está convencida de que, si Erin le toma el pulso ahora, el resultado será el doble de pulsaciones que antes.

—Puedo darte esa tregua. Haz lo que sea que necesitas hacer, pero no voy a detener mi vida, Erin; no por alguien que me besa y después me aparta.

—No te estoy pidiendo que detengas nada —Erin se toca el recogido y coge un mechón de pelo, pero lo suelta antes de tirar—. Jamás te pediré que dejes de ser tú, solo que me dejes entender quién coño soy yo, porque creo que no lo sé.

Es lo más sincero que ha dicho en su vida, una verdad que al escucharla en voz alta de su propia voz le provoca un nudo de ansiedad en la boca del estómago. Sabía quién era cuando cuidaba de su hermana, también lo sabía cuando cuidaba a su madre, lo sabe en el hospital cuando cuida de sus pacientes y lo sabe cuando cuida de Mia, pero sin ninguna de esas cuatro cosas se siente muy perdida, porque ha pasado su vida ejerciendo el mismo papel para personas distintas, y ahora que Mia le ofrece otra cosa —su tiempo, su atención y su cariño sin esperar nada de ella— Erin no sabe cómo debe actuar.

—Vale —susurra Mia con un nudo en la garganta, porque jamás ha tenido a nadie delante que le parezca tan vulnerable como Erin ahora mismo, ni siquiera su amigo Danny cuando se quedaba dormido en el sofá que tenían en el garaje de Noah y se hacía un ovillo como si, incluso dormido, también tuviera miedo—. Haz lo que necesites.

El tono natural en la voz de Mia calma un poco a Erin, porque está harta de ser ella misma la que siempre genera las situaciones de tensión entre ambas.

—Gracias. Te veo en la reunión de esta tarde; si te vuelve el dolor…

—Te llamo, no te preocupes —asegura Mia, y Erin se gira y se marcha.

La doctora entra en su habitación con los ojos encharcados, hundida en su propia angustia al darse cuenta de que va a cumplir treinta y ocho años y no solo no ha vivido, sino que ni siquiera sabe quién es Erin Dooley. Coge el móvil con los dedos temblando y llama a Barry porque necesita hablar con alguien que no la mire a los ojos y vea el pánico que siente, pero en el teléfono de su reciente amigo salta el buzón de voz, así que se seca los ojos, se bebe dos vasos de agua y sale de la habitación con una sonrisa de asombro en los labios, porque desde que está con la gira ya no tiene solo a Barry; también tiene a Helen Casterley, o Nell para los amigos.

Capítulo 21

Erin ha tenido que ir hasta recepción para preguntar cuál es la habitación de Nell, después ha vuelto al ascensor y se ha bajado dos plantas antes que la suya y la de Mia, y ahora está frente a la puerta con la mano levantada sin saber qué decir cuando la vea.

—No es necesario que llames.

La voz de Nell le llega desde el pasillo y Erin se gira de golpe, encontrando a la mujer caminando hacia ella.

—Hola —susurra, y Nell se fija en sus ojos algo enrojecidos.

—¿Quieres que hablemos en mi habitación o prefieres hacerlo en el bar con una copa? —propone la mujer.

—¿Tu habitación con una copa?

—Hecho.

La jefa de producción de la gira pasa la llave por el lector y empuja la puerta. A Erin le gusta más la habitación de ella que la suya, porque es más pequeña y el espacio exagerado de la que ocupa siempre la hace sentir un poco incómoda. Esta solo tiene la cama, el baño privado, un escritorio y un par de sillones casi encajados debajo de la ventana.

—Siéntate en el que quieras, ¿qué te apetece beber? —pregunta Nell, con la puerta del minibar abierta.

—Me da igual —responde Erin sin girarse, mirándose las manos.

La mujer coge una botella de whisky y sirve dos vasos generosos.

—¿Quieres que pida hielo? —pregunta cuando se sienta en el otro sillón.

—No, así está bien.

A la doctora ni siquiera le gusta el whisky; de hecho, no le gusta ninguna bebida con alcohol, pero ahora lo necesita, así que le sirve cualquier cosa que Nell pueda ofrecerle.

—Te preguntaría si estás bien, pero con esos ojos y esa cara demacrada deduzco que no —señala Nell, directa como es ella—. ¿Qué te pasa? ¿Es tu hermana?

—No, no es por Brooke.

—¿Y por quién es entonces?

—Por mí —la doctora exhala y mira el vaso de whisky. Acaba de darle un sorbo y le parece asqueroso, pero la quemazón que ha sentido en la garganta y el esófago le resulta reconfortante, así que da otro.

—Vale —Nell se acomoda mejor en el sillón—. ¿Qué es lo que te pasa?

—Que no me reconozco —Erin no la mira; ha fijado sus ojos grises sobre el líquido ambarino y no puede apartarlos, como si estuviera hipnotizada—. Hoy me he dado cuenta de que no sé quién soy si no tengo una función que hacer. Cuando no estoy cuidando a alguien, estoy sola en casa esperando que pase el tiempo para que llegue la hora de irme a trabajar y hacer lo único que sé.

—Eres Erin Dooley, una mujer que ha dedicado su vida a los demás, pero ahora, aquí conmigo, eres solo Erin —la doctora levanta la mirada por fin—. Todavía no te conozco mucho, pero no me pareces alguien sin identidad, sino alguien que está perdida y vive en automático. Tienes que empezar a separar las cosas, Dooley, y priorizarte.

Erin parpadea, confusa.

—Empieza a ponerte tú por delante de los demás; si tú no estás bien, nunca serás la mejor versión de ti. Piensa en lo que quieres y en lo que necesitas…

—Es que no lo sé, Nell —la interrumpe angustiada.

—Sí que lo sabes, doctora; el problema es que nunca te has dado prioridad. Todo el mundo quiere algo: unos lo toman, otros lo ignoran y el resto no sabe cómo conseguirlo. Tú estás en el grupo del medio porque piensas que lo que tú quieres no es prioritario, y debería ser lo más importante de tu vida.

Erin la mira y luego mira otra vez el líquido en su vaso. Ella no está tan segura de saber lo que quiere, pero sí tiene que darle la razón en que siempre ha puesto a los demás por encima de ella.

—¿Te gusta tu trabajo? —pregunta Nell.

—Sí, supongo que sí.

—Esa respuesta no es válida, querida: o te gusta o no te gusta. Tómate tu tiempo para pensar.

La doctora intenta hacerle caso, pero ahora mismo está contando de cuántas maneras se ha dirigido Nell a ella a estas alturas; cuando concluye que ha perdido la cuenta, se centra en la respuesta y se pasa

más de dos minutos en silencio que la mujer frente a ella respeta sin interrumpirla ni presionarla para que responda.

—Me gusta, y se me da bien lo que hago; soy muy buena con las urgencias.

—¿Pero?

—No disfruto esa parte, me refiero al hospital. Todos me conocen, pero no tengo conexión con nadie y la mayoría de las veces siento que soy alguien que habita los pasillos sin que nadie me vea del todo —reconoce sorprendida.

—Vamos bien —asiente Nell—. Ahora ya sabemos que esa parte de tu trabajo no te hace sentir cómoda. ¿Cuál sí?

—La que hago en MediSupport, la empresa para la que cubro eventos como soporte médico. Cada vez que me contratan es para ir a un sitio distinto donde hay gente nueva a la que puedo presentarme como la mujer que soy ahora, no el fantasma del hospital, y tengo a Barry, mi compañero. Con él me siento cómoda; me hace reír con sus chistes malos y las horas vuelan cuando hacemos el servicio juntos. Me gusta cubrir esos eventos donde no sé si voy a tener que intervenir, y en caso de hacerlo, teniendo que reaccionar sin saber exactamente qué ha pasado.

—Como lo que pasó con Mia —apunta Nell.

—Exacto. Me tuve que apañar con los pocos datos que yo misma había recabado. En el hospital siempre tengo un parte; me dicen lo que ha pasado antes de que el paciente llegue. Con Mia no sabía si era un desmayo por cansancio, porque estaba colocada o porque tenía algo más serio. Eso me disparó la adrenalina y me hizo sentir que era útil de verdad.

—Entonces ya sabemos algo más de ti. No eres una mujer sin identidad; eres una mujer a la que le gusta la acción rápida y la improvisación.

Erin se pone rígida y parpadea impresionada, porque se da cuenta —otro dato más que está descubriendo hoy— de que su vida siempre le ha parecido plana y predecible. Cada mañana se ha levantado sabiendo lo que tenía que hacer, teniendo claro cómo comenzaría su día y cómo acabaría. Cuando trabaja con Barry sabe cómo empieza, pero no cómo acaba.

—¿Tienes aficiones?

—Me gusta leer.

—¿Solo leer? ¿No te gusta viajar? O una buena película en el cine, los museos, la ópera, qué sé yo, Erin, hay mil cosas. A mí, por ejemplo, me gusta coleccionar tazas. Compro una en cada ciudad que visito. Me encanta salir a pasear y recorrer las calles a mi aire, leer por la noche en la cama o desayunar en la terraza. También me gusta ir al teatro más que al cine, odio la comida asiática y me vuelvo loca con unos buenos tacos y una cerveza. Esas son las cosas que disfruto ahora, ¿cuáles disfrutas tú?

Erin esboza una sonrisa cuyo aire le sale por la nariz.

—Creo que más allá de leer y utilizar pantalones cargo —se señala una pierna—, no tengo otros pasatiempos. Nunca he ido al teatro; el cine no me llama la atención porque para ver una película yo sola lo hago en mi casa con un bol enorme de palomitas y un refresco.

—Entonces te gusta ver películas en casa mientras comes palomitas.

Erin se ríe.

—Sí, supongo que sí.

—Como ya te dije, tienes que salir más y poner de tu parte para hacer amigos. ¿Qué hay de las mujeres? ¿O también te van los hombres?

—No, solo mujeres.

—¿Y?

—No sé, Nell —Erin se lleva la mano al pelo y la directora de producción la ve retorcer un mechón.

—Vamos a hacerlo de otro modo. ¿Qué tipo de mujer te gusta? Alta, baja, morena, rubia…

Erin se ríe otra vez y después vuelve a tirarse del pelo, pensativa.

—Rubias o con el pelo claro, y siempre me han llamado la atención si son más bajas que yo. Tienen que ser más abiertas porque es evidente que yo no lo soy, y directas, porque a mí todo eso me cuesta y si doy con alguien como yo las citas son un desastre.

—Pues ya sabemos parte de lo que quieres en una mujer más allá de su físico: que no se corte para pedir lo que quiere o decir lo que piensa. ¿Qué más? Piensa, doctora; esto es muy superficial.

La respuesta le llega tan rápido que Erin se sorprende.

—Que no me necesite, que no esté cerca de mí solo por eso. Que me mire y no vea a la doctora.

Los ojos azules de Mia aparecen en su cabeza de nuevo. Tiene su mirada grabada a fuego: cuando la observaba tras despertar del

colapso, desorientada y asustada, y también todas las veces que la ha mirado después como si viera algo en ella que ni siquiera Erin puede ver. El pulso se le acelera porque Mia no la mira así porque la necesite; la cantante puede chasquear los dedos y tendrá otro médico a su lado cuando quiera. La mira así porque quiere otra cosa de ella, algo que Erin todavía no sabe si puede darle.

—Eso sí es importante —apunta Nell—, y espero que ahora tengas claro quién eres. En mi opinión, eres una mujer cansada de dar sin recibir y de vivir para los demás sin vivir para ti misma; alguien que no ha sabido pedir lo que necesita porque pensaba que eso era secundario, que no era importante —la directora se inclina hacia delante—. A partir de ahora, métete en la cabeza que lo más importante de tu vida eres tú misma. Busca tu felicidad, Erin, y cuando la encuentres, decide qué personas de las que hay a tu alrededor merecen que les regales parte de tu tiempo.

Erin traga saliva. Sabe que Nell se refiere a su hermana, y también que tiene razón en todo lo que dice; debe empezar a priorizarse y está dispuesta a hacerlo, aunque no sepa exactamente cómo comenzar ni si será capaz de lograrlo.

—Gracias, Nell.

—A ti por confiar en mí, cielo. ¿Te lo vas a terminar? —la mujer señala su vaso, que Erin no ha vuelto a probar y se limita a sostener con la mano.

—No —responde, inclinándose hacia delante para entregárselo.

Nell deja el suyo vacío en el suelo junto al sillón y bebe un largo trago del de Erin.

—Ha sido una conversación interesante —dice satisfecha—, y espero que no la olvides; que cada vez que pienses que no sabes quién eres, te recuerdes que eres una mujer muy interesante, inteligente, atractiva y joven. No desperdicies tu vida, Erin; ya has pasado demasiados años dedicada a los demás, es el momento de dedicarte a ti misma.

—Lo sé, y lo haré —Erin apoya las manos en los reposabrazos y se levanta.

—¿Qué haces? —la mirada de Nell es tan inquisitiva que la doctora se congela—. No te vas a ir de aquí sin decirme qué pasa con Mia. Y no soy adivina, pero desprendéis tanta tensión sexual cuando estáis juntas que es difícil no darse cuenta de lo que pasa. Bueno, Noah seguro que no lo sabe si Mia no se lo dice, porque ese chico vive en

una especie de nube —Nell hace un movimiento con la mano mientras la levanta hacia el cielo, y Erin vuelve a sentarse, atravesada por una carcajada.

—Noah me cae bien —dice, cruzando una pierna para apoyar el tobillo sobre su rodilla.

—Ese chico le cae bien a todo el mundo; es un encanto y espero que encuentre a alguien con su nivel de bondad algún día, pero no vamos a hablar de Noah.

Erin curva una sonrisa y la mira.

—No sé qué quieres que te diga, Nell. Lo que me pasa con Mia me tiene muy confundida.

—Pero te gusta.

—Sí, eso creo.

Nell arquea una ceja.

—Vale, sí, me gusta.

—Mejor. ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Erin cierra los ojos un momento y niega con la cabeza.

—No tengo ni idea, en serio. Entre todas las cosas que he descubierto hoy, una de las más importantes es que no la conozco; no me he molestado en hacerlo en todo este tiempo. Yo he decidido quién era Mia en lugar de averiguar si es verdad.

—Entonces sí que sabes lo que tienes que hacer.

La carcajada de Erin es profunda y la hace sentir alivio, como si estuviera soltando peso con cada exhalación que sale de su boca.

—Tienes razón.

—Pues claro que la tengo, Dooley. Ahora ya puedes marcharte —hace un gesto hacia la puerta, divertida, y Erin suelta otra carcajada cuando se levanta, quedándose de pie frente a la mujer.

—Te lo he dicho antes, pero gracias otra vez, Nell.

—Sabes cómo encontrarme, Erin; acude a mí siempre que lo necesites.

Capítulo 22

—¿Cómo te encuentras hoy? —Mia levanta la mirada de su móvil cuando Erin se detiene a su lado.

Están en el comedor privado del hotel y es la hora del desayuno, pero es un día en el que la doctora le presta más atención porque esta noche es el concierto.

—Bien, no he vuelto a sentir esa presión rara aquí —la cantante se toca la nuca—. Estoy perfectamente.

Una camarera se acerca con su plato y Mia le señala una silla a Erin.

—¿Quieres desayunar aquí conmigo?

—¿Dónde está Noah? —pregunta Erin, sorprendida porque siempre comen juntos.

—En su habitación, tiene compañía —responde, y su sonrisa torcida aparece haciendo que el vientre de Erin se contraiga.

—Ah —la doctora se sienta frente a ella.

—¿Has pedido ya? —pregunta la cantante.

—Sí, no te preocupes. ¿Aprovechamos y me dices cuántas horas has dormido?

Mia tuerce el gesto. Es la segunda vez en todo este tiempo que Erin se sienta con ella, y le encantaría que utilizara este rato para otra cosa que no fuera hablar de sus malditos desmayos, pero la doctora le pidió una tregua y Mia está dispuesta a lo que sea si con eso Erin cambia de opinión respecto a ella.

—Seis horas, puede que siete. ¿Tú has dormido bien?

Erin levanta la mirada de su pequeña libreta, descolocada.

—Es solo una pregunta, Dooley, no te morirás si me respondes.

La sonrisa de Erin se curva un poco y Mia siente un deseo repentino arremolinarse en su vientre.

—Sí, he dormido bastante bien.

—Me alegro —la cantante suena tan sincera que Erin no sabe qué decir a continuación, porque no está acostumbrada a que le pregunten este tipo de cosas.

—Me he bebido medio litro de agua desde que me he levantado, y ahora esto —Mia señala su vaso.

—Bien, procura beber un poco más que el resto de los días.

—Tranquila, Dooley, me has instruido bien.

Erin vuelve a sonreír y llega su desayuno, y es ahí cuando se da cuenta de que Mia la ha estado esperando sin probar el suyo.

—Buen provecho —dice la cantante antes de atacar sus huevos revueltos.

—Gracias, igualmente.

Comen en un silencio cómodo y, cuando terminan, Erin se levanta y se sienta a su lado para tomarle el pulso. La mirada azul de la cantante se queda clavada sobre los dedos que hay sobre su piel, los que le encantaría volver a sentir pegados a su nuca mientras su boca se abre contra la de Erin.

—¿Todo bien? —pregunta cuando la doctora la suelta y escribe en su libreta.

—Sí, todo dentro de lo normal. ¿Cuál es el plan de hoy? No sé cuándo podré hablar con Noah y necesito organizarme.

—Y organizar mi día —añade Mia con una mueca.

—Sí, eso mismo.

—Estoy libre hasta la prueba de vestuario, que es a las cuatro. Después, otro descanso y la prueba de sonido a las siete, el concierto a las ocho y media.

Erin toma notas mientras la escucha y Mia solo puede mirar los mechones de pelo que caen sobre su rostro y sus labios entreabiertos que, desde que los probó, se han convertido en una adicción para ella.

—Lo tengo todo —Erin ladea la cabeza para mirarla, con los brazos apoyados en la mesa marcando las líneas de sus músculos, que ahora han captado la atención de la cantante.

Erin sigue sus ojos y se mira, cada vez más consciente de que le gusta saber que Mia se siente atraída por ella. Carraspea para llamar su atención y la cantante levanta la mirada.

—Nada de esfuerzo hoy, y ni te acerques al gimnasio. Sigue bebiendo agua y descansa. Dividiremos tu comida en dos veces, una temprana y otra sobre las cuatro con algo ligero. Después de la prueba de vestuario merendarás algo que incluya dulce y, a partir de ahí, solo líquidos hasta que termine el concierto.

—Te odio cuando me dices estas cosas.

Erin le guiña un ojo y no se da cuenta de lo que acaba de hacer hasta que se levanta y ve la boca abierta de Mia. Le es imposible saber lo que ha supuesto el gesto para la cantante, pero si se atreviera a preguntarle, Mia le diría que tiene el corazón desbocado y su sexo acaba de palpitar con fuerza.

Tras colgar una llamada con Barry, Erin entra en la habitación de Mia a las cuatro. Dentro hay cinco personas además de la cantante: la estilista y su ayudante, que revolotean a su alrededor como moscas; Noah, que está sentado de lado en un sillón con las piernas colgando y los auriculares puestos mientras mira su *tablet*; Jude está en la terraza hablando por teléfono, y sentada a la mesa está Violette, la abogada a la que Erin no había vuelto a ver desde que comenzó esta aventura con la gira Wild.

—Dooley —Violette sonríe mientras se levanta y camina hacia ella con una mano extendida—. Me alegro de verte, ¿cómo te va?

—Bien, me voy adaptando —responde, mirando de reojo hacia Mia porque acaba de escuchar su risa y no ha podido evitar observarla.

La cantante está de pie, vestida con unos de los pantalones que suele utilizar durante el concierto y una camiseta ajustada. La estilista está agachada frente a ella haciendo algo en su cintura, mientras que su ayudante y la cantante están muertas de risa por algo que una de las dos ha dicho, y Erin piensa que cuando se ríe es más guapa todavía.

—¿Esa es nueva? —pregunta la abogada mirando a la ayudante.

Erin mueve la cabeza de una a otra sin saber muy bien qué responder porque no lo tiene claro, pero sí que es cierto que a esa chica no la había visto hasta ahora.

—Desde luego, Mia tiene un don para meterse a cualquier chica en el bolsillo; ya tenemos candidata para su amante de esta noche.

El comentario por parte de Violette es completamente inocente. No lo ha dicho como crítica sino como anécdota, pero Erin siente de repente que las costillas se le comprimen y una sensación incómoda que identifica de inmediato como celos se apodera de ella de golpe.

—Es posible.

Durante una fracción de segundo, le pasa el pensamiento por la cabeza de aprovechar que la abogada está aquí para decirle que quiere rescindir su contrato, que les da los quince días que acordaron para que busquen a otro médico y ella vuelve a Nueva York en cuanto

lo encuentren, pero se traga las palabras y se obliga a recordar que ella y Mia no tienen nada precisamente porque ella no ha querido, así que, si la cantante quiere acostarse con una chica diferente cada noche, debe aceptarlo.

—Hola, Dooley —la voz de Jude la hace girarse y devolverle un saludo tan seco como el que él le ha dedicado.

No lo soporta. Desde que el agente quiso ampliar los eventos de la cantante incluso cuando casi había sufrido un desmayo el día antes, se dio cuenta de que para este hombre el negocio está por encima de la salud de Mia. Tuvo otro encontronazo con él hace una semana cuando dijo que estaba negociando dos fechas nuevas para la gira, y ahí no pudo frenarlo del todo porque Mia estaba bien.

—Parece que os adoráis —comenta Violette con expresión divertida cuando Jude se acerca a Nell, que acaba de entrar en la habitación.

—No es mi persona favorita, eso seguro.

La abogada se ríe y se sienta, y Erin se deja caer a su lado mientras espera a que la estilista y su ayudante liberen un poco a Mia para tomarle las constantes.

—Es un poco capullo a veces.

—Le importa una mierda lo que le pasa a Mia; debería cambiar de agente y buscar a uno que gestione su calendario adaptándose a lo que le pasa, no en función de lo que puede facturar.

—Eso solo puede decidirlo ella —Violette mira a Jude, asegurándose de que no la escucha—. En Nueva York hay una agencia que se llama Stone & Cottet. Son dos socios, Abigail y Liam; cualquiera de ellos lo haría mejor que Jude, y te aseguro que pondrían la salud de Mia por delante.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los conozco, sobre todo a ella. He colaborado con sus abogados varias veces. Abigail es fría como un témpano de hielo, pero es una de las mejores agentes que hay en el país, y te garantizo que negociará lo que haga falta protegiendo siempre el bienestar de Mia. Como te he dicho, yo no puedo intervenir, pero tú…

Erin vuelve a mirar a la cantante y piensa que, si en algún momento sale el tema, se lo comentará para que valore buscar a alguien que se preocupe por ella.

Erin se ahueca la camiseta y bebe agua hasta casi vaciar la botella. Hace mucho calor en este recinto y ha exigido más ventiladores en el escenario para Mia, que ha bajado hace un rato, sudando a mares tras la prueba de sonido. La sugerencia le ha costado otra discusión con Jude, para variar.

—Eso nos va a retrasar, Dooley; no se pueden poner en cualquier parte y este escenario es más pequeño.

—Me da igual lo pequeño que sea: o haces que los pongan o suspendes el concierto, pero Mia no pasará dos horas ahí arriba con este calor; se desmayará antes de la mitad de la actuación.

Jude ha resoplado y le ha dado la espalda, pero ha obedecido, y ahora hay tres técnicos pasando cables y apartando otras cosas para poder colocar cuatro ventiladores monstruosos que cubren todas las zonas por las que se mueve la cantante.

Un murmullo de voces la hace girarse porque reconoce una de ellas, y de inmediato se encuentra con la sonrisa de Lexie Farhall, que la saluda con la mano a unos metros de distancia mientras habla con un par de fotógrafos que cubren el evento. Erin le devuelve el saludo y de repente se siente nerviosa ante la mirada de la periodista, que le deja claro que quiere repetir lo del último concierto.

Se gira y se coloca en su sitio en el lateral derecho, a pie del escenario. No puede pensar en ella ahora, pero la cabeza le da vueltas cuando recuerda las risas de Mia y la ayudante de la estilista. Los celos vuelven por un momento y mira a Lexie de reojo, y se siente tan confundida que hunde la mano en su pelo para tirar hasta que el dolor en el cuero cabelludo la hace exhalar con fuerza y relajarse.

Las luces se apagan de repente y los gritos de las miles de personas que esperan ver a Mia casi la dejan sorda. El pulso se le acelera como si fuera ella la que tiene que ponerse delante de toda esa gente, y el corazón le da un vuelco cuando ve venir a Mia por su izquierda, acompañada por un técnico que le muestra el camino con una linterna. La cantante lleva un pantalón negro ancho con tiras de tela que cuelgan por todas partes, unas botas abiertas por arriba y un top que deja a la vista parte de su abdomen. Erin traga saliva, sobre todo cuando Mia está a punto de subir los escalones y se detiene en el último momento para cambiar de rumbo y acercarse a ella.

—Deséame suerte, Dooley —dice y, aunque su expresión es solo una sombra oscura con la poca luz de la linterna, Erin ve el brillo de sus ojos y sus labios carnosos.

—No creo que te haga falta, pero suerte, Wilder.

Mia responde con una amplia sonrisa, se ajusta el auricular que lleva al oído y, esta vez sí, sube al escenario. El concierto comienza con la misma brutalidad de siempre y Mia se muestra con esa energía magnética que la caracteriza, pero a Erin le parece que esta vez todo está magnificado respecto a las anteriores: su agresividad cuando se inclina hacia delante, su sensualidad cuando se mueve entre los bailarines o su mirada penetrante. Erin está a punto de escupir el corazón por la boca, hipnotizada por la cantante. Incluso hay un momento en el que Mia se acerca al borde del escenario, se arrodilla y canta mirando a un público que se vuelve loco de emoción, mientras ella experimenta un cosquilleo inquietante entre las piernas.

El espectáculo transcurre sin incidentes: Mia se hidrata siempre que puede y los ventiladores hacen su trabajo evitando que el calor excesivo la haga colapsar, pero hay un momento en el que Erin se da cuenta de que las manos de la cantante tiemblan un poco y ella, por instinto, da un paso adelante como si se preparase para subir, aunque se detiene porque en ese momento Mia se gira hacia su lado y no ve signos alarmantes en su expresión.

El concierto acaba por fin y Mia se siente desbordada de energía y adrenalina. Baja corriendo los escalones y se acerca a Erin con una sonrisa enorme en la cara, jadeante y sudada como siempre, y ella tiene que esforzarse mucho para no inclinarse y devorarla.

—Te tiemblan las manos, ¿estás bien? —pregunta la doctora, que se las coge y se las mira como si fuera a encontrar algo en ellas.

—Sí, es por la emoción —Mia no puede borrar su sonrisa, que sale temblorosa con el cansancio.

Erin le toma el pulso en el cuello con una mano, sin darse cuenta de que la otra sigue sobre la de Mia, que tiene apretada como si estuviera intentando eliminar su temblor.

—Como una moto —sonríe la doctora—. Ve a ducharte; me paso en un rato a ver cómo sigues.

—¿Te ha gustado? —pregunta de repente.

Erin la mira y se encuentra con los ojos azules de Mia clavados en los suyos. Ve la expectación en su expresión, y eso la hace sonreír porque tiene la sensación de que para la cantante es importante su opinión.

—Más que ningún otro concierto en el que te he visto, hoy has estado sublime —admite, y no está mintiendo: le ha parecido la mejor actuación de todas las que ha presenciado.

—Bien —la sonrisa torcida de Mia aparece—, porque he cantado pensando en que mi único público eras tú.

La cantante se da la vuelta y se aleja, dejando a Erin petrificada en su sitio, con el corazón en la garganta y un batallón de hormigas danzando por su cuerpo.

Cuando las piernas le responden, se mueve y va a la sala médica a recoger sus cosas mientras hace tiempo para que Mia pueda ducharse y su cuerpo se calme, y se sobresalta cuando, estando distraída llenando su mochila, la puerta se cierra a su espalda. Erin se gira y se encuentra con Lexie, que se acerca a ella y desliza una mano por su cuello justo antes de besarla. La doctora no puede reaccionar porque no ha tenido tiempo de pensar si quiere esto o no, y se descubre devolviéndole el beso porque está excitada desde que ha visto a Mia al inicio del concierto, y las manos de la periodista son rápidas y ya están tocando zonas de su cuerpo que solo aumentan el deseo que siente. Se deja empujar hasta que su trasero acaba apoyado en la camilla y la periodista entre sus piernas, pero cuando siente la presión que ejerce contra su sexo, Erin se transporta al autobús que las trajo a Filadelfia, a la habitación de Mia y a las piernas de la cantante rodeando su cintura mientras era ella la que presionaba y, aunque está muy excitada y todavía arrastra esa necesidad insatisfecha de un orgasmo tras la interrupción de Noah, se da cuenta de que no es con Lexie con quien quiere desahogarse.

Erin rompe el beso y echa el cuerpo hacia atrás, despacio, mientras Lexie parpadea intentando entender por qué se le está privando de algo que le encantaba.

—¿Qué pasa? —pregunta la periodista.

La doctora le coge la mano que Lexie ha puesto entre sus piernas y la aparta mientras llena sus pulmones en una inspiración profunda y nerviosa.

—No puedo, Lexie —susurra, y vuelve a hacer una inspiración brusca porque tiene el pulso desbocado y le cuesta mantener un ritmo normal todavía.

—Vale, claro —la periodista se aparta un par de pasos, pasándose la mano por la cara para intentar despejarse—. Este no es buen sitio. Perdona.

—No es eso —los ojos de Lexie la observan con una mezcla de curiosidad y desconcierto—. Es que ahora mismo no puedo; tengo muchas cosas en la cabeza.

Tras una pausa breve de tiempo que la periodista necesita para asimilar que hoy no se irá al hotel con Erin Dooley, Lexie se recompone.

—No te preocupes, se trata de pasarlo bien, no de que una de nosotras se agobie —la mujer curva los labios y Erin le devuelve una sonrisa agradecida—. Tienes mi número; si cambias de opinión, me llamas: mi hotel no está lejos del vuestro, y prometo llamar a la puerta la próxima vez —bromea mientras se aleja.

Erin levanta una mano para despedirse y se sienta unos minutos en la camilla, agarrándose al borde con fuerza mientras se aplaude a sí misma por haber sido capaz de parar cuando lo único que quería era correrse.

Cinco minutos después sale de la sala para ir al camerino de Mia, pero cuando llega a la puerta se detiene en seco, porque vuelve a estar entornada y el recuerdo de la cantante siendo devorada por aquella mujer la golpea de repente, haciendo que sienta que ha chocado contra un muro.

—¿Está sola? —le pregunta al guardaespaldas de la puerta.

—Sí, pase.

El hombre le hace un gesto y Erin, un poco aturdida, empuja la puerta y entra, encontrando a Mia todavía con la ropa del concierto y el pelo pegado a la frente por el sudor.

—¿No te has duchado todavía? —pregunta, cerrando la puerta.

Mia se da aire con la mano y sonríe.

—No he podido; he tenido que soportar a Jude explicándome pletórico los números del concierto: acaba de marcharse.

—Bueno, te tomo las constantes y te dejo por hoy.

Erin le coge la mano y, mientras le sostiene la muñeca y cuenta los latidos, Mia la mira fijamente. La doctora no levanta la vista del reloj hasta que termina y, cuando lo hace, se encuentra con la sonrisa torcida de la cantante, que de repente se acerca hasta casi pegarse a su cuerpo.

—Ahora te besaría si me dejaras, Dooley —susurra, pero se aparta antes de que Erin pueda decir nada—. Voy a ducharme; te prometo que comeré algo después.

Mia desaparece por la puerta del baño privado del camerino y Erin ve que le tiembla la mano cuando apunta el pulso. Sale al pasillo y lo anota antes de olvidarse, y después se toma el suyo por pura curiosidad, porque tras escuchar a Mia susurrarle se le ha disparado.

El de Mia está a noventa y cuatro; el de Erin, a ciento tres.

Capítulo 23

Erin sale del baño solo vestida con los bóxers que usa para dormir mientras se pone una camiseta con prisa antes de coger el teléfono, que ha escuchado sonar desde dentro, donde se ha dado una ducha tras llegar del concierto. Ve el nombre de su hermana en la pantalla y suspira, porque su primer pensamiento siempre es el mismo, que Brooke llama para pedir algo, y eso la pone tan triste últimamente que la garganta se le cierra antes de responder.

—Hola, Brooke, ¿cómo estás?

—Qué fuerte, Erin —dice su hermana, acelerada—. ¿Estás acompañando a Mia Wilder en su gira y no me lo habías dicho?

La doctora frunce el ceño, desconcertada.

—¿Cómo sabes que voy con ella?

—Porque has salido en un par de imágenes que han subido a las redes tras el concierto de esta noche.

Erin no se sorprende, y tampoco es que le importe mucho que se la vea en la prensa como parte del equipo de Mia, porque al final es algo temporal. Lo que le molesta es que Brooke llame por esto.

—Intenté explicártelo cuando te dije que me habían ofrecido un puesto, pero no me escuchaste.

—Eso no es cierto, siempre te escucho —rebate su hermana, dejándola perpleja—. Erin, tienes que arreglarlo para que pueda conocerla —pide suplicante.

Ahí está el motivo de la llamada: nada de preguntarle cómo está, cómo es el trabajo o si le gusta, solo pedir. Erin se lleva la mano al pelo y retuerce un mechón entre los dedos, sintiendo que su garganta se aprieta un poco más.

—No puedo hacer eso, Brooke, tengo firmado un contrato de confidencialidad que…

—Siempre igual, Erin, nunca compartes nada conmigo. Sabes que es mi cantante favorita —se queja irritada—. Seguro que si se lo dices no se niega, no lo haces porque no quieres.

Erin retuerce con más fuerza su pelo hasta que le tira tanto del cuero cabelludo que su cuerpo se tensa. Su hermana interpreta su silencio como que lo está pensando y suspira de emoción.

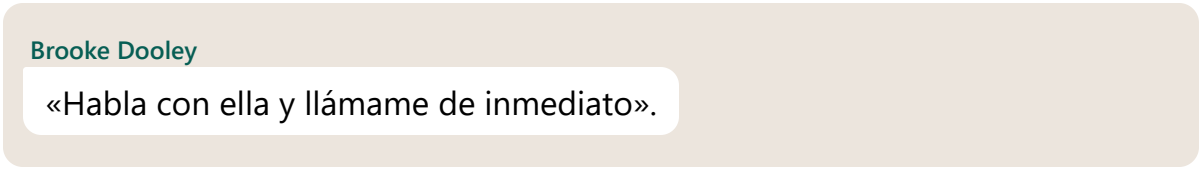
—Venga, Erin, tú solo dime cuántos días estaréis todavía en Filadelfia, puedo coger un avión mañana, solo necesitaré que me prestes algo de dinero para el billete, te lo puedo devolver…

—Ahora no puedo hablar, Brooke, te llamo mañana.

Por primera vez en su vida, Erin la corta y le cuelga sin despedirse porque no es capaz de seguir escuchándola. Se queda quieta, sin saber en qué momento se ha sentado en la cama, y mira el teléfono fijamente mientras recuerda las palabras de su madre.

«Tienes que aprender a decirle que no».

Erin no lo ha hecho del todo, pero tampoco le ha dicho que sí, y eso es un paso grande para ella, pero también algo que la angustia porque no puede evitar sentirse mal. La vibración del teléfono la asusta y cuando mira la pantalla tiene un mensaje de Brooke que no necesita abrir porque puede leer directamente cuando se desliza.



La doctora deja el teléfono a un lado, se frota las sienes y se levanta. Iba a acostarse aunque todavía esté algo alterada tras el concierto, a ponerse los tapones y hundir la cabeza bajo la almohada porque si Mia llega con visita, no quiere escuchar nada, pero después de la llamada de su hermana sabe que le resultará imposible mantener los ojos cerrados, así que se levanta, se viste y sale de su habitación para subir a la terraza privada de la planta en la que está. Necesita que le dé el aire y no quiere salir a la de su habitación porque es contigua a la de la cantante y lo último que necesita ahora mismo es escucharla follar con la ayudante de su estilista o quienquiera que haya traído para hacer su noche post concierto más llevadera.

Erin empuja la puerta vestida con un pantalón de chándal y una camiseta. La cierra a su espalda y aspira con fuerza, dejando que el aire fresco le golpee todo el cuerpo. Se mete las manos en los bolsillos y da un par de pasos hacia delante, dispuesta a apoyarse en

la baranda de cristal opaco para observar las vistas de la ciudad, pero entonces le llega un ligero olor a marihuana desde su derecha y, cuando se gira, se encuentra con los ojos azules de Mia observándola desde el suelo. La cantante está sentada al lado de una jardinera, con la espalda apoyada en la pared, las piernas estiradas y un pie sobre el otro. Lleva una sudadera enorme con el logo de la gira Wild —Erin tiene tres que le entregaron el primer día y todavía no se ha puesto—, unos vaqueros, unas zapatillas negras y el canuto entre los dedos.

—¿Qué haces aquí arriba? ¿Estás bien? —pregunta Erin, sorprendida.

Mia da una calada profunda mientras la mira fijamente, después suelta el humo despacio, provocadora, y asiente mientras Erin nota que cierta parte de su cuerpo se calienta.

—No me apetece estar en mi habitación ahora —contesta Mia—. ¿Y tú, Dooley? ¿Qué haces aquí?

—Algo parecido, supongo.

La cantante señala el suelo a su lado.

—Si quieres un poco de compañía, puedes sentarte aquí.

Erin duda, pero finalmente se mueve y se sienta a su lado, estirando las piernas como ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Tienes frío? —pregunta Mia.

—Estoy bien.

En realidad, sí que lo tiene, pero prefiere sentir frío antes que pensar en la conversación que ha tenido con Brooke.

—Pensaba que estarías en tu suite con… —la doctora se detiene cuando se da cuenta de que no es de su incumbencia.

—¿Una mujer? —completa Mia, y da otra profunda calada.

Erin se queda mirando el canuto sin contestar y, al final, levanta la mano para pedírselo.

—Déjame probar.

Mia frunce el ceño.

—¿Tú fumas hierba?

—No he fumado en mi vida, ni hierba ni tabaco ni nada parecido —responde, pero su mano sigue levantada y a la espera.

—Entonces no vas a fumar ahora.

La cantante aparta el canuto hacia un lado, le da una última calada y lo apaga contra el suelo a pesar de que está por la mitad. Erin la mira, entre sorprendida y enfadada, y le pesa más lo segundo.

—¿Ahora decides tú lo que puedo hacer y lo que no? —pregunta, subiendo las piernas para doblarlas y apoyar los antebrazos sobre las rodillas.

—No, pero hay mucha gente que se engancha con esta mierda, y no voy a ser yo la que te dé la primera calada. Si quieres fumar, busca a otra persona que quiera dártela.

La doctora se muerde el interior de la mejilla y suspira, tratando de alejar ese enfado absurdo.

—Tienes razón, gracias —susurra, y se frota las sienes con fuerza porque empieza a dolerle la cabeza.

—¿Qué te pasa, Dooley?

Mia se gira un poco hacia ella, apoyando el hombro en la pared con las piernas recogidas como la doctora.

—Nada, no te preocupes.

—Sí que me preocupo, pero no voy a obligarte a contármelo si no quieres.

La sorpresa atraviesa la expresión de Erin de una forma tan evidente que a Mia le da un vuelco el corazón sin que entienda muy bien por qué, y si pregunta, a Erin le costaría mucho explicarle que no está acostumbrada a que nadie se preocupe por ella, y Mia le ha parecido tan sincera que su pecho se ha apretado.

—Tengo una hermana más pequeña, de tu edad más o menos.

—¿En serio? —Una sonrisa aparece en los labios de Mia, pero desaparece igual de rápido que ha llegado cuando ve la expresión absorta de Erin.

—Sí, se llama Brooke. Me ha llamado hace un rato, quería conocerte. Sigue tu carrera desde que empezaste y le encanta tu música.

—Dile que venga. Le diré a Noah que le prepare un pase VIP para el siguiente concierto y me la presentas, no hay problema.

Erin suelta el aire por la nariz y asiente, haciendo girar algunas de sus pulseras de cuero sobre la muñeca.

—Háblame, Dooley —susurra la cantante al ver la expresión ausente de Erin—. ¿Es un problema para ti que ella venga?

La doctora tarda unos segundos para responder.

—Creo que sí.

Mia no dice nada, solo espera con paciencia mientras Erin sigue con la mirada fija en sus propias manos.

—Brooke solo me llama cuando necesita algo, normalmente es dinero, esta vez eres tú y la próxima será otra cosa. Nunca le he negado nada, he dejado que se aproveche de mí toda mi vida.

—Y ahora te sientes mal porque no quieres darle esto —deduce Mia.

Erin la mira por fin, asiente y vuelve a fijar sus ojos grises en sus manos.

—Pues no lo hagas, Dooley. Te voy a ayudar a negárselo porque no quiero conocer a alguien que te trata así. Nada de pase VIP para Brooke Dooley, lo siento por ella.

Erin se ríe y, aunque es una sonrisa triste, en el fondo siente alivio.

—Nell dice que tengo que pararle los pies, pero no sé cómo hacerlo. Soy su única familia; si le niego algo, se enfadará y dejará de hablarme.

—A veces hay que tomar decisiones difíciles, Erin. Mi madre está viva, pero hace años que no la veo ni sé nada de ella porque un día decidí que su presencia en mi vida me hacía más mal que bien. Me elegí a mí por encima de ella, y ahora mi familia es Noah. Él sí se preocupa por mí, está ahí cuando me caigo y me apoya en todo lo que hago, igual que yo a él. Si tu hermana lo único que te genera es ansiedad y malestar, quizá deberías plantearte darte un tiempo con ella. No digo que sea definitivo, pero a lo mejor, si te apartas y dejas que se dé cuenta de lo que ya no tiene, empieza a valorarte como hermana y persona, y no como proveedora de todo lo que necesita.

Erin la mira. No sabe definir lo que siente ahora mismo porque es un cúmulo de muchas emociones: tristeza por ella misma, rabia acumulada hacia su hermana, impotencia por no haber sabido actuar en todos estos años y admiración por Mia.

—Dicen que hay dos tipos de familia, la que nos toca y la que elegimos. A veces la que te toca es una mierda y lo mejor que puedes hacer por ti misma es quedarte solo con la que eliges —sigue la cantante.

La mirada de Erin se queda fija sobre ella.

—No te conozco, Mia —dice de repente.

La cantante hace una mueca, sin entender lo que quiere decir.

—Llevo más de un mes viéndote a diario y no sé quién eres.

Mia sigue igual de confundida, observándola con los ojos muy abiertos.

—Y es culpa mía —empieza la doctora—. He establecido una distancia entre nosotras que me parecía lógica y, en lugar de molestarme en conocerte un poco, te he prejuzgado: yo he decidido la clase de persona que eres sin darte la oportunidad de demostrarme que no es así, que no eres una chica alocada que solo piensa en sexo y pasárselo bien. Estás centrada, tienes claro lo que quieres y lo que no, que es mucho más de lo que yo puedo decir de mí misma.

—Creo que esto es lo más bonito que me has dicho hasta ahora —bromea Mia, porque se siente nerviosa, sin saber qué decir o hacer para no espantar a Erin ahora que parece que se abre.

—En realidad, diría que no te he dicho nada bonito desde que te conozco —admite Erin.

—Eso no es cierto —corrige la cantante—. Dijiste que mi actuación te había gustado; para mí eso es mucho porque no suelo sentirme tan segura como aparento cuando me subo al escenario.

—Otra cosa más que he juzgado sobre ti —asiente Erin para sí—, porque siempre doy por hecho que ese es tu sitio, que es ahí donde sale la verdadera Mia Wilder.

—Janssen.

—¿Qué?

—Me llamo Mia Janssen Wilder. Son los dos apellidos de mi madre. Me puso los suyos porque no sabía quién era mi padre, y como ella siempre utiliza Janssen, yo me quedé con Wilder. Otro dato que puedes anotar sobre mí si quieres, así no tienes que inventarte mi historia —bromea la cantante.

—¿Y qué más puedo anotar sobre ti? —pregunta Erin, deseando conocerla.

—Mmmm —sonríe Mia, mirando a las estrellas.

El corazón de la doctora se desboca. Le parece terriblemente atractiva ahí sentada en el suelo de una terraza privada mientras mira hacia el cielo con sus impresionantes ojos azules.

—Odio las habitaciones que me asignan, todas esas suites enormes son… —se encoge de hombros—. No me gustan.

—¿Por qué?

—Demasiado espacio para mí sola. ¿Para qué quiero una habitación que parece un apartamento solo para pasar dos o tres noches? Es absurdo, e incómodo; la sensación de soledad se magnifica. Por eso nunca les pido a mis amantes que se marchen

después de, bueno, ya sabes. Me agobia estar sola en un sitio tan grande.

—¿Y por qué no pides una habitación normal? —pregunta Erin.

—Jude dice que tengo que dar imagen de estrella, que si no proyecto eso, dejaré de serlo.

—No soporto a ese imbécil —confiesa Erin sin pensar.

Mia suelta una pequeña carcajada.

—La verdad es que yo tampoco, pero es lo que hay.

Erin está a punto de decirle que no, que puede elegir, pero ahora mismo no le apetece seguir hablando de ese hombre obsesionado con los números.

—Pensaba que esta noche la ibas a pasar con la ayudante de tu estilista —confiesa Erin, masajeándose la cabeza porque el dolor es cada vez más fuerte.

—Lo he pensado; de hecho, era mi plan inicial —admite la cantante—, pero no quiero acostarme con ella, quiero acostarme contigo.

La boca de Erin se seca y se aprieta más la cabeza con las manos, sin saber qué decir.

—Se me da muy mal todo esto, Mia.

—¿El qué? ¿Irte a la cama con una chica o dejar que te corteje?

—¿Cortejar? —Erin no puede evitar una risita que le ilumina la cara—. ¿De qué siglo eres?

Mia también se ríe y se pone la capucha de la sudadera porque tiene frío.

—Tengo un vocabulario muy exquisito cuando me lo propongo, Dooley, pero no me esquives y responde la pregunta. ¿Qué es lo que se te da mal?

—Dejar que me cortejes —pronuncia la palabra con cierta burla que divierte a Mia—. Lo de la cama lo tengo bastante controlado, pero lo demás…

El vientre de Mia se contrae.

—Esta noche no lo estás haciendo mal del todo. Estás aquí, hablando conmigo, conociéndome y dejando que te conozca. Es un gran paso.

—Supongo que sí —Erin suspira y cierra los ojos un momento, apoyando la cabeza contra la pared.

—¿Te duele? —Mia le señala la sien.

—Sí, y no parece querer marcharse.

—Deberías irte a la cama entonces.

—¿Tú qué vas a hacer? —pregunta la doctora.

—Me quedo aquí otro rato, no creo que pueda dormir todavía.

En un movimiento involuntario, o de pura deformación profesional, Erin estira la mano y coge la muñeca de Mia para tomarle el pulso. Es un gesto que hace tres o cuatro veces cada día, pero que ahora parece demasiado íntimo.

—Tienes un ritmo bastante normal; deberías intentarlo, tienes que descansar.

La cantante hace un sonido con la boca que parece una pedorreta.

—Prefiero contar estrellas antes que ovejas —dice, señalando al cielo de nuevo—, pero prometo que no tardaré.

Erin se ríe y, cuando va a incorporarse, siente la tentación de acercarse a la cantante y darle un beso, pero no quiere confundirla ni confundirse ella misma. Le ha encantado estar con ella y hablar de cosas de las que no suele comentar con nadie, y no quiere que la sombra de su hermana planee sobre esto, ni pensar que solo ha podido ser fruto de su momento vulnerable. Erin necesita asegurarse de que realmente es esto lo que quiere, porque su inseguridad no va a desaparecer de un día para otro; sabe que le hará falta tiempo y no quiere dar ningún paso sin tener la certeza de que después no retrocederá como hizo en el autobús.

Capítulo 24

Erin odia las reuniones a primera hora, sobre todo si son después de una noche de concierto. Jude la ha convocado a las diez y, teniendo en cuenta que eran casi las dos de la madrugada cuando ella bajó de la terraza, sabe que Mia se acostó más tarde de esa hora y que, por lo tanto, no ha descansado como debería.

Entra en la suite de la cantante y saluda a los presentes: Noah, Nell, Jude y Violette, que sigue en la ciudad.

—¿Y Mia? —pregunta cuando no la ve por ningún sitio.

—En su habitación, estaba terminando de ducharse, saldrá enseguida —responde Noah, señalando la puerta.

La doctora asiente y se acerca, golpeando la madera con los nudillos.

—Soy Erin, ¿puedo pasar?

—Sí —responde Mia desde el interior.

La doctora abre la puerta y la cierra cuando entra. Mia está al lado del armario buscando una sudadera con la que terminar de vestirse.

—Buenos días —saluda la cantante.

Erin no dice nada, solo se acerca y la sujeta por el mentón en busca de ojeras, haciendo que un jadeo de sorpresa escape de la boca de Mia.

—¿Has podido descansar? —susurra la doctora.

—Lo suficiente, no te preocupes.

La ceja de Erin se levanta porque la respuesta no es suficiente, pero su mano sigue ahí, bajo la barbilla de Mia, que siente que la piel le está hirviendo en esa zona.

—No bajé mucho más tarde que tú, habré dormido unas cinco horas.

—Eso es poco, Mia —Erin la suelta y coge su muñeca para tomarle el pulso.

—Me estoy acostumbrando a que me toques y no sé qué haré cuando dejes de hacerlo.

Las palabras salen de su boca sin pensarlo, y Erin levanta la mirada de su mano y la conecta con sus ojos azules, bajando después a su boca entreabierta. Su siguiente movimiento es algo automático, una secuencia lógica teniendo en cuenta que ha sentido un estallido de mariposas en el pecho y la necesidad de notar algo más que el tacto de su piel.

Sube la mano libre y la desliza por el cuello de Mia antes de apretar su nuca e inclinarse para acercarse a sus labios. Lo primero que nota la cantante es la lengua de Erin cuando roza su labio inferior antes de meterse en su boca. El beso es tan caliente y ansioso que Mia suelta algo muy parecido a un gemido cuando se agarra a la cintura de la doctora y lo profundiza. En esta ocasión, Erin no la empuja contra alguna superficie que le permita acorralarla ni se pega a su cuerpo porque no puede permitirse que su deseo aumente más. Se separa con un sonoro chasquido producido por el último beso que estampa en su boca y se aleja un par de pasos de la tentación.

Mia parpadea; por un momento le cuesta saber lo que ha pasado y acostumbrarse a la orfandad que siente en los labios.

—Siempre me besas en el peor momento —murmura aturdida mientras mira hacia la puerta, pero enseguida aparece su sonrisa torcida y los labios de Erin también se curvan.

—Es verdad, lo siento.

La doctora carraspea y se tira del cuello de la camiseta para darse aire, y de nuevo se acerca a Mia y le coge la muñeca.

—Se me ha olvidado lo que había contado —susurra, mirando su reloj para empezar de nuevo.

La cantante coge la mano de Erin para cambiarla de sitio y colocarla sobre su pecho.

—Desbocado, Dooley, no creo que sea una lectura real ahora mismo.

Erin estira los labios y el aire de la risa le sale por la nariz.

—Tienes razón, lo dejamos para después. Vamos a salir antes de que piensen que te has desmayado.

Mia se pone la sudadera y Erin, en otro gesto que parece no obedecer a ninguna orden directa de su cerebro, le coloca bien la capucha sobre los hombros.

—He quedado con Noah —anuncia Mia antes de que Erin abra la puerta para salir.

—¿Perdona?

—Me apetece pasar la mañana contigo, no hace falta que hagamos nada ni sigamos lo que ha pasado ahí —explica señalando hacia el armario, hablando demasiado rápido, nerviosa como si estuviera frente a su primera cita—, pero he quedado con Noah.

—Tranquila, no pasa nada…

—No quiero agobiarte, Erin —la interrumpe—, pero no aguanto más, necesito que tú y yo…

—Relájate —Erin se gira del todo y esta vez le arrastra un mechón de pelo desde la frente hacia atrás, despacio, mientras la mira con intensidad—. Ve con Noah, nosotras ya tendremos tiempo en otro momento.

Mia resopla, frustrada.

—Esto no debería decirlo, pero estoy muy cachonda —la cantante patalea contra el suelo y Erin suelta una carcajada—. Sé que me pediste tiempo para ti, para entender lo que quieres, pero si todavía no estás segura no vuelvas a besarme, porque cada vez que lo haces…

Erin corta su verborrea con otro beso más lento y suave que el anterior, que deja a la cantante con la cabeza dando vueltas.

—Quiero seguir haciéndolo —Erin le susurra al oído, inclinada sobre ella—, y estoy deseando acostarme contigo, pero no quiero que sea forzado, sino algo natural cuando sea el momento correcto. Ahora tenemos que salir para la reunión y después te irás con tu amigo y te lo pasarás bien.

—¿Tú qué vas a hacer?

Alguien golpea la puerta y ambas dan un bote y se apartan hacia un lado.

—¿Va todo bien? —pregunta Jude—. Tengo que irme en veinte minutos, necesito que…

—Ahora salimos —lo corta Mia con brusquedad.

Erin coge el pomo, pero la cantante la detiene poniendo la mano en su brazo.

—No me has contestado. ¿Qué vas a hacer?

La mirada de Erin cambia de golpe.

—Quiero llamar a mi hermana para decirle que no voy a interceder para que te conozca, y después bajaré al gimnasio un rato, necesito quemar energía y mover…

—Erin.

—¿Qué?

—¿Estarás bien? Puedo decirle a Noah que lo cancelamos y quedarme contigo. Esa llamada será dura y no deberías…

Esta vez la corta la doctora.

—Estaré bien —asegura—, y esto necesito hacerlo sola.

—De acuerdo.

Cuando salen, Erin siente que todas las miradas se clavan sobre ellas. La de Jude, con el gesto contrariado; la de Violette, con curiosidad, y la de Nell y Noah con diversión.

—Vale, ahora que estamos todos terminemos de cerrar los siguientes días —empieza el agente cuando Mia se sienta junto a Noah y Erin se queda de pie al lado de Nell—. Hoy, día libre hasta las seis; para esa hora todo el mundo tiene que estar en el autobús. Llegaremos a Washington D. C. por la noche y mañana —se detiene y señala a Noah—, he cerrado una entrevista para un podcast con una influencer musical. Mia no ha de trasladarse, será ella quien monte lo que necesita en una sala del hotel; te envío el contacto al correo y terminas de organizarte con ella.

—De acuerdo —dice Noah.

—Por la tarde, ensayo —ahora señala a Mia—. Lo haremos temprano y durará solo una hora para que estés descansada para la gala.

Mia se cruza de brazos y Erin desvía la mirada hacia el agente.

—¿Qué gala?

—Una entrega de premios. Mia está nominada en dos categorías. No son muy conocidos y no tenía previsto que asistiéramos, pero Abigail Stone confirmó hace un par de días la asistencia de dos de sus representados y, tras ella, comenzaron a sumarse otros, así que nosotros no podemos ser menos.

Erin y Violette se miran al escuchar el nombre de la representante.

—¿Quieres que te acompañe alguien en particular? —pregunta Jude, mirando a Mia.

La cantante solo tiene un nombre en la cabeza, pero sabe que no puede pronunciarlo en voz alta, que no puede pedirle a Erin algo así.

—No, Noah puede sentarse conmigo —sonríe Mia, dándole un codazo a su amigo, que todavía parece adormilado.

—Genial, si no tienes a nadie, será la doctora Dooley la que se siente a tu lado.

—¿Yo? —pregunta Erin, perpleja, mientras el corazón de Mia da un vuelco.

—Sí, claro. Eres su médica y las entregas de premios siempre generan muchos nervios. Es mejor que estés cerca de ella, ¿no? —pregunta, paseando la mirada entre Nell y Violette como si buscara la confirmación de que, al menos en esto, ellas están de acuerdo con él.

—Es lo mejor, sí —confirma Nell.

—¿Te supone algún problema, Dooley? No tienes que entrar con ella delante de todas las cámaras; entrarás con nosotros por detrás, por eso no te preocupes.

Erin mira hacia el sofá antes de responder. La cantante tiene los ojos muy abiertos, expectante.

—De acuerdo.

Mia se muerde los labios y baja la mirada hacia sus manos para no mostrar la sonrisa que quiere dibujarse en su boca.

—Perfecto —continúa Jude—. Al día siguiente, mañana de descanso tras la gala para Mia, no para los demás. Por la tarde, prueba de vestuario a las cuatro, de sonido a las seis y media y concierto a las ocho. ¿Todos de acuerdo?

—Me parece excesivo para Mia, demasiados eventos consecutivos —interviene Erin—. No podrá descansar como es debido.

—Lo siento, Dooley, pero no hay nada de lo que está previsto que pueda cancelarse —Jude intenta sonar suave, porque está harto de discutir con esta mujer.

—El ensayo de mañana se podría cancelar, y la prueba de vestuario puede hacerse más tarde, poco antes de la de sonido para que no tenga tiempos muertos que no sirven para nada.

Jude parpadea, nervioso.

—El concierto de Washington es de los más importantes de la gira y, después de su asistencia a la entrega de premios, es posible que se vendan las entradas libres que quedan. El ensayo debe hacerse porque todo tiene que salir perfecto.

—A mí tu perfección…

—Espera, Dooley —Mia se levanta y se acerca a ella, apartándola a un lado—. Puedo hacerlo, y Jude en esto tiene razón; ese concierto es importante, pero te prometo que no me forzaré en el ensayo más de lo necesario. Alguna coreografía con los chicos para adaptarme al espacio y poco más.

Erin la mira fijamente y se pasa una mano por la nuca, rendida porque de repente siente que no puede negarle nada a la cantante.

—Está bien —acepta a regañadientes.

El suspiro de alivio de Jude es tan sonoro que Noah y Nell no se aguantan la risa.

—Maravilloso, hemos terminado.

El agente y la abogada son los primeros en salir de la habitación; después los siguen Erin y Nell, y detrás de ellas salen Mia y Noah, que se van hacia el ascensor junto a dos guardaespaldas de la cantante que los acompañarán a donde vayan.

—¿Adónde crees que vas? —pregunta Nell, cogiendo a Erin de un brazo antes de que pueda abrir la puerta de su habitación.

—Tengo que hacer una llamada importante —responde la doctora.

Nell entorna la mirada y la suelta.

—Todo bien con Mia, por lo que veo —dice, elevando una ceja mientras retrocede.

Erin sonríe.

—Sí, eso parece. ¿Te veo después?

—Te espero abajo en una hora, vas a acompañarme a hacer unas compras antes de marcharnos de Filadelfia —decide la directora de producción de la gira.

—Está bien.

Erin entra en su habitación y se queda junto a la puerta unos segundos. Le gusta estar aquí, con toda esta gente, y la revelación la sorprende más de lo que habría imaginado porque al principio se sentía fuera de lugar, pero ahora se siente más cómoda que en cualquier otro sitio. Nell es una mujer encantadora con la que está empezando a establecer una amistad que le gusta. Después está Noah, con el que tiene una relación muy cordial que no cree que llegue a convertirse en amistad, pero se puede quedar muy cerca. Luego está Violette, que va y viene como si tuviera la capacidad de teletransportarse y con la que Erin siente que también ha conectado. Y, por último, está Mia… Erin solo suspira cuando piensa en ella y acaba sonriendo como una adolescente, pero se le borra de la cara cuando el teléfono le suena y ve el nombre de su hermana en la pantalla.

Le sorprende que haya tardado tanto en llamar. Erin esperaba esta llamada en cuanto se despertara porque cuando Brooke quiere algo puede ser muy insistente. Se acerca a la ventana, apoya el hombro en el cristal y descuelga.

—Hola, Brooke.

—¿Lo has hecho ya? —su hermana ni siquiera la saluda—. Anoche estuve mirando el calendario de la gira y el próximo concierto es en Washington D. C. —dice, como si Erin no lo supiera—. He hablado con Senna y he pensado que podríamos ir las dos; a ella también le encanta Mia Wilder. Podría alquilar un coche, solo necesito que me…

—No vas a venir, Brooke —la corta Erin con hartazgo.

—¿Qué?

—Que no voy a mover ningún hilo para esto. Estoy cansada de tus caprichos y de que solo me llames cuando quieres o necesitas algo. Soy tu hermana, no un cajero automático ni una figura decorativa en tu mente que solo existe cuando te interesa.

—Pero ¿qué coño dices, Erin? ¿Se te ha ido la cabeza?

—Ojalá —la voz de la doctora se quiebra y Brooke, que ya tenía la boca abierta para defenderse, la cierra de golpe al notarlo—. Me he pasado la vida ocupándome de ti, solucionándote los problemas y asegurándome de que no te falte nada, y ni siquiera cuando mamá se puso enferma te ofreciste a ayudarme en algo que también te correspondía.

—Sabes que me dolía mucho verla así, Erin; yo no podía soportarlo.

—¿Y yo sí? —pregunta la doctora, pero decide no seguir con eso porque no tiene ganas de recordarle que iba a ver a su madre cada dos semanas, se quedaba diez minutos y después montaba un drama antes de irse como si la única que sufría fuera ella—. No voy a reprocharte tu actitud porque al final he sido yo la que te he consentido desde que eras una niña, pero se ha terminado, Brooke. Ahora voy a dedicarme a mí misma, así que si me quieres llamar para saber cómo estoy o para que pasemos tiempo juntas, me tienes aquí, pero si es para otra cosa, no te molestes en hacerlo salvo que tengas un problema serio de verdad.

—No te reconozco, Erin —la doctora siente el susurro de su hermana como el siseo de una serpiente, y la piel se le eriza—, eres una…

—No hace falta que me entiendas —la interrumpe—, solo que me valores como a una persona y no como a una herramienta que utilizar para conseguir tus fines.

Cuelga antes de escuchar la respuesta de su hermana y, cuando se mete el teléfono en el bolsillo, se lleva la mano a la garganta porque pensaba que acabaría asfixiada después de esta conversación, que el

llanto arrasaría sus ojos y la culpa la devoraría, pero el aire llega perfectamente a sus pulmones y lo único que siente es alivio: no solo porque ha soltado un lastre, sino porque por fin está empezando a tomar las riendas de su vida, a decir lo que le duele, a luchar por lo que necesita y a elegir a las personas que quiere a su lado, y ahora mismo tiene poco espacio para Brooke y mucho para Mia.

Capítulo 25

—¿Cuánto llevas esperando? —pregunta Nell cuando baja a recepción y se encuentra a Erin sentada en los inmensos sofás que hay junto al ventanal de la fachada.

—Poco —responde la doctora, poniéndose de pie—. ¿Adónde vamos?

—Por ahí —Nell se encoge de hombros—. A dar un paseo por la ciudad. Tienes que aprovechar, cielo, conocer cada lugar que pisas por si no puedes volver. ¿Cuántas veces has salido de los hoteles desde que estás con nosotros para algo que no sea acompañar a Mia?

Erin se toca el pelo y después hace una mueca, torciendo los labios hacia un lado.

—Ninguna.

—Pues eso se acaba hoy; al final no podré jubilarme porque es evidente que necesitas mi ayuda para aprender a vivir —bromea, y Erin siente un burbujeo de ansiedad en el centro del pecho porque sabe que es cierto, que se ha pasado toda su vida sin vivir, pero ese burbujeo ya no es tan incómodo como hace unas semanas porque, aunque todavía le falta mucho por hacer, al menos ha tomado la decisión de priorizarse, y ese es un paso muy importante para ella.

Cruzan la puerta para salir y, cuando ponen un pie en la acera, se encuentran de cara con Lexie, que parece venir con prisas.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Erin cuando se saludan.

—He quedado con el responsable de prensa para recoger la acreditación para el concierto de Washington D. C., y cuando venía me ha llegado el mensaje confirmando que Mia asistirá a la entrega de premios —responde frustrada.

—¿Y eso es malo? —pregunta Nell.

—Para ella no —sonríe Lexie—, pero para nosotros como prensa es complicado porque a estas alturas es difícil que consigamos acreditación para cubrir el evento desde dentro.

—Hablaré con Noah a ver si puede hacer algo, o con Mia —asegura Erin.

—¿En serio? —Lexie parece sorprendida.

—Sí, puedo intentarlo.

—Te lo agradezco —la periodista le da un apretón en el brazo y le dedica una sonrisa sincera, y Erin se da cuenta de que Lexie ha comprendido que lo que pasó entre ellas no se repetirá sin necesidad de que se lo explique, que lo acepta y que probablemente podrán mantener una relación cordial e incluso tomar una copa de vez en cuando—. Os dejo, que se me echa el tiempo encima.

Lexie se pierde en el interior del hotel y Erin empieza a caminar al lado de Nell, que mira a un lado y a otro mientras decide por dónde ir.

—¿Puedo hacer una pregunta? —Nell se pone las gafas de sol y decide que van a cruzar.

—La vas a hacer igualmente.

La mujer sonríe.

—¿Cómo ha terminado la cosa entre tú y Lexie? —de repente se detiene y se gira hacia Erin—. ¿Te das cuenta de que tienes a todas las mujeres de la gira babeando por ti?

Erin se ríe.

—Creo que babear es exagerado. Lexie solo quiere lo mismo que yo quería en aquel momento: pasar un rato agradable.

—Y si no quieres pasar ratos agradables con ella, ¿con quién quieres pasarlos?

Erin se aparta para dejar pasar a dos mujeres que vienen acaparando la acera y después se coloca al lado de Nell, que la mira de reojo.

—¿Os habéis acostado ya? Tú y Mia.

La risa le sale por la nariz. Si esto se lo hubiera preguntado hace dos meses, se habría sorprendido y es posible que incluso se hubiera sentido incómoda, pero ya empieza a conocer bastante a Nell y sabe que la mujer es directa y no se anda con rodeos.

—No, todavía no.

—Pero quieres —Nell pregunta con la mirada clavada en un escaparate donde acaban de detenerse.

—Sí.

La mujer se gira y le da una suave palmada en la espalda antes de reanudar el paso.

—He hablado con Brooke.

Justo en ese momento pasan por delante de una cafetería cuyo olor las hace detenerse.

—Cuéntamelo con un café —Nell la coge del brazo y entran, y se pide dos dónuts de chocolate que hacen que la mujer la mire con los ojos muy abiertos—. ¿Dónde metes todas esas calorías?

—Las quemo en el gimnasio.

Nell asiente y sopla su café con leche antes de beber.

—Bueno, cuéntame.

—No hay mucho que decir. Se enteró de que estaba en la gira de Mia y me pidió que lo arreglara para que pudiera conocerla, y, obviamente, que le pagara el viaje hasta donde fuera.

Nell niega con la cabeza de forma lenta, sorprendida por el nivel de descaro de la hermana de Erin.

—¿Vas a hacerlo? ¿Vas a darle ese capricho también?

—No —Erin empieza con su segundo dónut y de pronto recuerda los cuatro que se comió Barry la última vez que estuvo con él, y sonríe para sí—. Le he dicho que se acabó, que si me llama para saber cómo estoy, perfecto, pero que no lo haga si es para pedirme algo —resume la doctora.

—Bien hecho, Erin —aplaude Nell—. Sé que es duro, pero es lo correcto. Por lo que me cuentas, tu hermana es la típica persona tóxica que te deja sin energía, y sin dinero —apunta mientras unta su tostada con mermelada de fresa—. Solo tenemos esta vida, querida, y hay que vivirla rodeada de personas que te aportan, o que por lo menos no molestan.

Erin se recuesta en la silla, terminando el último bocado.

—Voy a intentar ayudar a Lexie para que consiga acreditación en la gala y no voy a ayudar a mi hermana a conocer a su cantante favorita —comenta pensativa.

—La diferencia entre una y otra es que Lexie no te lo ha pedido; te has ofrecido tú porque te apetece ayudarla, porque por algún motivo sientes que se lo ha ganado. Tu hermana, bueno… ya sabemos que esa chica no tiene freno si tú no se lo pones. Madurará en algún momento, Erin, o no lo hará, pero eso ya no dependerá de ti; es adulta para tomar sus propias decisiones.

—Gracias, Nell, por todo en general. Me has ayudado a abrir los ojos, a hacer algo que debí haber hecho hace mucho tiempo.

—Hace mucho tiempo probablemente no estabas preparada —opina la directora de producción de la gira—. Lo estás ahora, y eso es

lo importante. Cada uno hace las cosas cuando se siente con fuerzas para ello y cuando llega el momento, aunque a veces pensemos que todo eso llega más tarde de lo que nos hubiera gustado.

A Erin le encanta pasar tiempo con esta mujer y no puede evitar preguntarse cómo habría sido ella de haber tenido una madre como Nell.

—¿No tienes hijos? —pregunta curiosa.

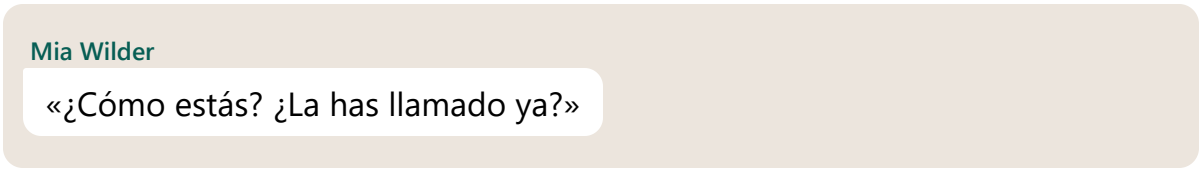
—¿Yo? Qué terror. No, gracias.

Erin suelta una carcajada.

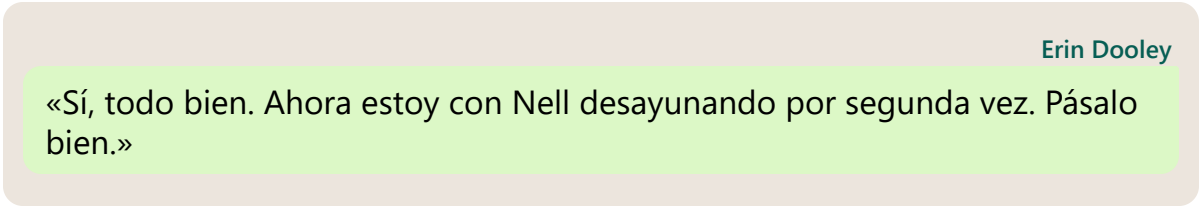
—No tengo nada en contra; de hecho, me gustan mucho los niños, pero uno propio… Estoy segura de que, de haberlo tenido, mi matrimonio se habría acabado. Me gusta esta vida, viajando de una ciudad a otra, y si hubiera tenido que renunciar a ella para cuidar a un hijo, me habría vuelto tan insoportable que mi marido me habría dejado. ¿Y tú? Todavía estás a tiempo.

—Ni hablar, ya tuve bastante con Brooke.

Las dos sueltan una carcajada y Erin saca el móvil cuando le vibra en el bolsillo. Desliza la parte superior y ve que es un mensaje de Mia.



Erin sonríe y contesta.



Mia le devuelve una carita sonriente y un corazón en llamas.

—¿Estoy presenciando una escena de amor? —pregunta Nell con parsimonia.

A Erin el corazón le da un vuelco y nota que la cara le arde de repente.

—No me imaginé que me sentiría así con ella —confiesa, y levanta la mano porque necesita otro dónut.

—Estas cosas son así: aparecen de repente, o a veces están ahí desde el principio y somos nosotras mismas las que nos negamos a verlo.

Las palabras de Nell hacen reflexionar a la doctora, que se queda en silencio mirando el dónut que acaban de ponerle delante. El primer recuerdo que permanece anclado en su memoria son los ojos azules de Mia cuando la observaba desde la camilla. Eso la ha perseguido desde entonces, y llega a la conclusión de que esa era la primera señal, de que Mia ya inició algo en su interior aquella misma noche y que ella se pasó las siguientes semanas negándose algo que también quería. No sabe si lo hizo porque se empeñó en pensar que Mia solo quería una cosa de ella o porque estaba tan acostumbrada a ser invisible para los demás que no concebía que la cantante tuviera interés real en ella.

—¿Qué estás pensando? —pregunta Nell.

Erin se encoge de hombros; no quiere contarle que se siente insegura, que quiere esto y a la vez está aterrada porque no sabe lo que viene después.

—No sé si encajo en el mundo de Mia —confiesa al fin—. Cuando termine la gira volveré a Nueva York y ella dice que estará allí un tiempo descansando, pero después empezará a moverse de nuevo y…

—Erin —Nell levanta una mano—, no se trata de que tú te adaptes a su vida ni ella a la tuya; eso no funciona. Si queréis estar juntas, lo que tenéis que hacer es encontrar la manera de construir una vida nueva entre las dos. Una que os haga sentir cómodas con lo que tenéis, nada más. A veces es difícil y otras más fácil de lo que parece, pero lo importante es que queráis hacerlo; con eso ya está la mitad del trabajo hecho.

—¿Has pensado en hacerte coach motivacional o algo de eso? —bromea Erin.

—No me des ideas o empezaré a cobrarte por mis sabios consejos.

La carcajada de Erin es profunda y repentina, de las que te dejan completamente relajada.

—Pagaría encantada por ellos —dice, levantando la mano para pedir la cuenta—, pero de momento solo pagaré el desayuno.

—Buena chica —murmura Nell.

Capítulo 26

Mia y Noah han vuelto al hotel más tarde de lo que la cantante había previsto. Su amigo ha insistido en comer en un restaurante con bastante mala pinta que le ha recordado a los viejos tiempos, cuando apenas tenían unos dólares en el bolsillo y no les quedaba más remedio que elegir los sitios según su presupuesto. Mia no ha podido negarse y han disfrutado la comida entre risas y recuerdos de su época con Danny.

Ha pasado por la habitación de Erin al llegar, pero nadie ha abierto la puerta y una chica del servicio le ha dicho que la doctora estaba en el gimnasio. Mia ha estado a punto de bajar, pero estaba agotada de tanto caminar y ha optado por ir a su suite, darse una ducha y tumbarse a descansar un rato. Ha cerrado los ojos y ha entrado en una especie de duermevela en la que no ha logrado dormirse del todo, y ha terminado de despejarse cuando ha escuchado la puerta de la habitación de Erin al cerrarse.

Ahora está sentada a los pies de su cama. Son las tres de la tarde y el autobús de la gira no se pondrá en marcha hasta las seis, así que, después de lavarse la cara, beber agua y leer un par de correos que ha enviado Jude, decide salir de su habitación y caminar hasta la de Erin.

Llama un par de veces a la puerta y espera inquieta mientras juguetea con el pie sobre la moqueta del pasillo. Nadie abre y le empiezan a entrar dudas, así que se gira hacia el guardaespaldas que hay en el pasillo.

—¿Erin está dentro?

—Sí, hará veinte minutos que ha entrado —responde el hombre.

Mia se gira y llama de nuevo, pero da un paso atrás cuando se da cuenta de que la doctora podría estar descansando y ella molestando, y justo cuando se está girando para marcharse, la puerta se abre y Erin asoma solo la cabeza.

—Hola —dice Mia, ruborizada sin saber el motivo—, perdona, no quería…

Erin estira el brazo, la coge de la mano y tira de ella hacia el interior.

—Me estaba duchando —explica mientras cierra la puerta.

A Mia no le hubiera hecho falta la explicación, porque el motivo por el que Erin solo ha asomado la cabeza al abrir es porque no está vestida del todo. Está en ropa interior, que se ha humedecido al habérsela puesto con prisa, sin tiempo para secarse bien con la toalla. Tiene el pelo recogido con una pinza y algunos mechones que se han escapado pegados al cuello.

Se quedan muy quietas. La doctora con la piel erizada y el pulso disparado ante la intensidad de la mirada de Mia, que no puede apartar los ojos de su cuerpo.

—¿Me puedo acercar? —pregunta la cantante, con la voz tan ronca que no parece suya.

Erin traga saliva y asiente, y se limita a observar cómo se mueve.

La cantante se acerca despacio, como si temiera que la doctora saliera corriendo. Descalza, Erin sigue siendo bastante más alta que ella, pero ahora menos y Mia puede rozar sus labios con la nariz. Le pasa los dedos por los costados mientras la mira, y no se detiene ahí: rodea el cuerpo de Erin y los lleva hasta el cierre de su sujetador, soltándolo y sacándolo por sus brazos hasta que este cae al suelo y la doctora solo tiene las bragas puestas.

—Madre mía, Erin —susurra Mia, a la que se le está entrecortando la respiración.

Erin da un paso hacia ella y exhala un jadeo cuando la cantante le cubre los pechos con las manos.

—Tienes demasiada ropa —opina la doctora, tirando de su camiseta hacia arriba.

La cantante siente tal necesidad de pegar su piel a la de Erin que, en cuanto la prenda sale por su cabeza, ella misma empieza a quitarse todo lo demás, incluida toda la ropa interior. Erin la besa, otro beso furioso que empieza con la lengua y que Mia ha concluido que le encanta. La coge por las nalgas y la cantante se impulsa hasta rodear su cintura con las piernas, igual que en el autobús.

—Tenemos algo pendiente —jadea Erin, pegándola a la pared.

Mia no puede responder porque la doctora ha metido la mano entre sus cuerpos y, mientras la tiene bien sujeta por la nuca, sus dedos están tanteando la entrada de la cantante, que suelta un gemido desgarrado ante la intensidad de lo que siente.

—Dime qué es lo que te gusta —pide Erin.

—Me gustas tú —contesta Mia con la mirada encendida—. Fóllame como quieras, Dooley, no habrá nada que no me guste.

A pesar de la abundante humedad que ya tiene la cantante, Erin retira la mano, se chupa los dedos mirando fijamente a Mia y vuelve a colarla entre ellas, penetrándola hasta el fondo. Mia jadea y suelta un murmullo de placer mientras se abraza a ella con fuerza y se aprieta contra su mano.

Erin utiliza todo el cuerpo para darle placer, empujando su propia mano con las caderas, haciendo que Mia se eleve con cada movimiento mientras ella respira cada vez más rápido. Tras varias embestidas que hacen aullar de placer a la cantante, Erin nota como empieza a cerrarse cuando su sexo palpita con fuerza alrededor de sus dedos y entonces la coge por el pelo para besarla porque quiere tragarse sus gemidos.

—No quiero correrme tan pronto —solloza Mia, rompiendo el beso para tensar todo el cuerpo e intentar detener el orgasmo y seguir disfrutando ese momento previo antes de que llegue.

—No me hagas eso, cariño, quiero escucharte —la voz sensual de Erin contra su oído es suficiente para que pierda el control por completo y el orgasmo la atraviese como una descarga eléctrica.

Sus gemidos son fuertes y, aunque intenta amortiguarlos contra la boca de Erin, apenas lo consigue porque no es capaz de soportar la corriente que la atraviesa mientras la besa y respira al mismo tiempo.

—Joder, Erin —suelta mientras la tensión que ha acumulado empieza a disolverse.

Pega la cabeza a la pared mientras se recupera, con las manos apoyadas en los hombros de la doctora y el cuerpo casi laxo porque apenas tiene fuerzas. Cuando su respiración se va normalizando, se aprieta el puente de la nariz y parpadea mareada.

—Eh… —susurra Erin, frunciendo el ceño.

—Estoy bien —Mia le dedica una sonrisa débil y se abraza a su cuello—. Es que ha sido muy intenso.

La doctora la sujeta con fuerza y la lleva hasta la cama, apoyando una rodilla sobre el colchón antes de dejarla caer y colocarse a su lado, pasando la punta de los dedos por su torso antes de besar uno de sus pechos.

—Hacía mucho tiempo que no me corría así de fuerte —confiesa Mia, girándose hacia ella con su sonrisa torcida, lo que le indica a la doctora que ya se está recuperando.

—Yo no puedo calibrar eso todavía —responde Erin, y Mia vuelve a sonreír.

—Eso es algo que voy a solucionar enseguida.

Con un movimiento hábil, se pone de rodillas en la cama al lado de la doctora, que se ha sentado con las manos apoyadas en el colchón.

—Lo primero es deshacernos de esto —Mia coge el borde de sus bragas para quitárselas.

Erin levanta la cadera para ayudarla y deja que la cantante la guíe hasta que queda sentada sobre ella a horcajadas.

—Lo segundo —susurra la cantante, llevando una mano a su cabeza para abrir la pinza que le recoge la melena—. Te dije que algún día sería yo la que te soltaría el pelo, Dooley.

La corriente atraviesa el cuerpo de la doctora cuando su propia melena húmeda y fría le roza la espalda. Recuerda la promesa de Mia y también la advertencia que le hizo para que no tratara de seducirla, y ahora se alegra de que la cantante no le hiciera caso.

—Eres preciosa, no sé si te lo he dicho alguna vez —asegura Mia, pasándole el dorso de las manos por el cuello para después bajar hasta sus pechos y acariciarlos como si fueran de porcelana y no quisiera romperlos—. ¿Hay algo que deba saber o puedo hacer lo que quiera?

La respiración de Erin se detiene unos segundos. No tiene ni idea de lo que puede hacer Mia, pero tiene tantas ganas de que la toque que le da igual lo que le haga, y si algo no le gusta, ya se lo dirá.

—Hazme lo que te plazca —responde contra su boca.

La mano de Mia se desliza entre sus piernas, primero acariciando la cara interna de sus muslos y después desplazándose hacia el centro hasta que roza su clítoris y le arranca un jadeo. La cantante se pega a ella y coloca su otra mano en la nalga izquierda de la doctora. Erin no es capaz de decidir qué es lo que le gusta más, porque primero la acaricia lo suficiente como para empaparla más de lo que ya está, después traza unos cuantos círculos sobre su clítoris y finalmente la penetra, haciendo que un sonido desgarrado escape de su garganta.

Mia se mueve despacio, con una paciencia que Erin no tiene, pero que está disfrutando de un modo que no esperaba, y todo se magnifica cuando la cantante utiliza la otra mano para estimular su entrada trasera.

—Si no te gusta, dilo y pararé —sisea Mia.

Erin no puede contestar, solo jadear cada vez más fuerte conforme el ritmo de los movimientos aumenta y sigue estimulándola. Su vientre se convierte en un volcán a punto de entrar en erupción, enviando pequeñas oleadas de placer que la dejan sin aliento.

Al cabo de un par de minutos tiene todo el cuerpo tenso y los brazos apretados contra la espalda de Mia, que está disfrutando de sus reacciones como si la estuvieran tocando a ella. Otro pellizco de placer vibra en el vientre de Erin, el temblor de su cuerpo aumenta y su respiración se convierte en una sucesión de jadeos entrecortados.

—Me voy a correr —murmura, consciente de que es imparable—. Voy a correrme, cariño…

Mia mantiene el ritmo de las penetraciones, pero lo que sí cambia es la posición del dedo que tiene detrás, empujando un poco hasta meter la punta y hacer que Erin estalle y empiece a convulsionar sobre su cuerpo. Ella sí controla los gemidos mordiéndose el puño, pero le fallan las fuerzas al final, cuando no es capaz de aguantar los últimos coletazos del orgasmo y ahoga un par de gritos que Mia memoriza como lo más sexy que ha escuchado nunca.

Abrazadas, se dejan caer hacia un lado y Erin se pone boca arriba, cubriéndose los ojos con el antebrazo mientras su pecho sube y baja a toda velocidad, intentando recuperar el aliento. Aparta el brazo cuando nota movimiento a su lado y casi vuelve a gemir cuando ve que Mia está a cuatro patas, inclinada sobre su pecho para lamer un pezón y después el otro.

—¿Estás bien? —pregunta, colocándose sobre ella.

Erin no puede contestar todavía, pero le hace una caricia en la mejilla y asiente.

—Bien, doctora —dice Mia—, porque ahora voy a probarte y no voy a apartar mi lengua de ti hasta que me lo supliques.

Erin exhala una sonrisa y levanta un poco la cabeza para ver cómo la cantante se desliza hacia atrás por el colchón, se tumba con la cabeza entre sus piernas y la mira con toda la potencia de sus ojos azules.

—No sabes cuánto he deseado poder hacer esto, Erin —confiesa en voz baja antes de separar sus labios con los dedos y pasar la lengua plana por la abertura de la doctora.

Erin se arquea y suelta un jadeo ronco. Está demasiado sensible y cada roce la destroza de placer, y cuando Mia —tras haber recorrido cada rincón de su sexo con la lengua— la penetra con dos dedos y sorbe su clítoris, la doctora se corre con las manos hundidas en el pelo de la cantante.

—¿Cuántos tatuajes tienes? —pregunta cuando Mia sale de la ducha y ella la envuelve con la toalla.

—Veintitrés, creo, quizá alguno más.

Erin le quita la toalla, la pone delante de ella de cara al espejo y la observa con la cabeza apoyada en su hombro.

—Te quedan bien, son muy tú —susurra la doctora.

Las dos se miran fijamente a través del espejo. Erin tiene dos marcas en el hombro cerca del cuello y ambas tienen los labios de un rojo intenso después de tantos besos.

—¿Te arrepientes? —duda Mia.

Erin mueve la cabeza.

—No, no lo hago.

La cantante sonríe aliviada y Erin le da un beso en la mejilla antes de apartarse.

—Venga, hay que vestirse, recoger y dejar las habitaciones. El autobús sale en media hora.

—Media hora da para mucho si sabes aprovecharla, Dooley, y yo tengo mucha sed.

De repente, Erin tiene la espalda desnuda pegada a las baldosas de la pared y a Mia de rodillas entre sus piernas, devorándola de nuevo.

Capítulo 27

Desde que llegó a la gira Wild, Erin nunca había sentido tanto cansancio como hoy, que arrastra la maratón de sexo de ayer y la de esta mañana.

Durante el viaje en autobús hasta Washington D. C. estuvieron hablando en la habitación privada de la segunda planta. Erin entró para tomarle las constantes a la cantante y ya no salió de allí hasta que el vehículo se detuvo en la puerta del hotel. Mia estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en la pared, las piernas estiradas y una sonrisa que no era capaz de borrar de su expresión.

Erin se sentó en el sillón y sintió que la absorbía; estaba tan relajada que podría haber dormido allí durante todo el trayecto.

—¿Qué tal? —preguntó la doctora, mordiéndose los labios.

Mia soltó una carcajada y sintió ganas de moverse y saltar de la cama para sentarse sobre ella, pero la visión de la doctora en el sillón, con ese porte suyo entre relajado y chulesco y la forma intensa de mirarla, eran algo que no quería dejar de presenciar.

—Perfectamente, ¿y tú?

La sonrisa de Erin atravesó todo su rostro y subió un pie sobre la rodilla.

—De maravilla.

Mia no podía dejar de mirarla mientras recordaba lo que había pasado hacía apenas una hora. Todavía sentía el vacío que los dedos de Erin habían dejado en su interior y sus labios seguían hinchados.

—¿No quieres sentarte aquí conmigo? —preguntó, señalando la cama.

—Ni hablar. No puedo estar reprochándole a Jude que no te dé suficiente descanso si después soy yo la que te agota.

La cantante hizo una mueca exagerada de protesta, pero entendía la postura de Erin y, además, se notaba cansada después de toda la mañana recorriendo la ciudad con Noah, así que también puso de su parte y no insistió, a pesar de que deseaba tener a la doctora desnuda para seguir explorando su cuerpo fibroso.

—¿Cómo ha ido la llamada con tu hermana?

La expresión de Erin se transformó y sus ojos se apagaron un poco.

—No lo sé, he dicho lo que tenía que decir y no tengo ni idea de lo que hará a partir de ahora.

—¿Y tú cómo te sientes con eso? —la pregunta de Mia hizo que el estómago de Erin se encogiera.

—Todavía no lo tengo claro. Estoy aliviada porque he hecho lo que llevo años sin atreverme a hacer, pero por otro lado me preocupa no saber nada de ella. A pesar de que Brooke llamaba solo cuando necesitaba algo, me servía para saber que estaba bien.

—Yo también me sentía así al principio, culpable por haber abandonado a mi madre cuando en realidad era ella la que me había abandonado a mí toda mi vida. Sé que no es lo mismo, vosotras tenéis una relación diferente, pero en mi caso esa culpa desapareció cuando ella no trató de arreglar las cosas ni se molestó en llamarme ni una sola vez. Creo que en el fondo le hice un favor cuando me fui.

—Hay padres que no merecen tener hijos y otros que sí y no pueden. El mundo se reparte mal muchas veces —dijo Erin, que había visto de todo en el hospital—. No creo que Brooke me llame; ahora tendrá una rabieta de niña ofendida que podría durarle semanas. La llamaré yo de vez en cuando para saber cómo está y seguiré con mi vida asumiendo que la relación está rota.

—Espero que mejore, Erin, en serio. En algún momento se dará cuenta de que ha sido una niñata y reaccionará, pero mientras tanto, yo estaré aquí para lo que necesites.

La doctora le guiñó un ojo y Mia sintió el gesto por el pecho en forma de mariposas.

Ahora están sentadas en la cama de la habitación de la doctora, donde han pasado la noche porque Mia prefería la suya, más pequeña, antes que el palacio que siempre le reserva Noah por orden de Jude. Están desayunando con las bandejas entre las dos después de una noche intensa que Erin no supo frenar y que ahora las tiene somnolientas.

—Bébete toda el agua y termina el desayuno, por favor —pide Erin, mirando a Mia de reojo.

—No tengo mucha hambre.

La doctora mira la hora y asiente.

—Está bien, cómete al menos el yogur. Después de la entrevista pediré que te traigan algo más y cuando acabes descansas hasta la hora del ensayo, y no es negociable, Mia.

La cantante sonríe, abre el yogur y hunde la cuchara, llevándose una a la boca de forma lenta y provocadora que hace que a la doctora se le quede la garganta como si hubiera masticado cartón.

—No hagas eso —susurra, inclinándose hacia ella para ponerle una mano bajo la oreja y atraerla hacia su boca.

—¿El qué? —tantea Mia contra sus labios.

—Lo sabes perfectamente —Erin le pasa un dedo por la comisura de los labios y le besa la punta de la nariz antes de apartarse.

—Voy a ducharme —dice Mia cuando terminan, saliendo de la cama por su lado, rodeándola y plantándose en el lado de Erin—. ¿Tú qué vas a hacer?

La cantante se inclina, la coge por el mentón y le da un beso en los labios.

—He quedado con Noah para organizar el día con él; después bajaré al gimnasio un rato. Cuando acabes la entrevista avísame.

—¿Para que te asegures de que como un poco más o porque tendrás ganas de verme?

Erin da un sorbo a su batido de fresa hasta acabarlo y sale de la cama, colocando los brazos en los hombros de la cantante.

—Porque quiero que comas y descanses…

—¿Y? —sonríe Mia cuando Erin se queda a medias.

—Y porque querré saber cómo te ha ido la entrevista y tumbarme contigo mientras duermes —Erin le da un beso en los labios y se aparta—. Dúchate, anda, que vas a llegar tarde.

A Erin la despierta una especie de convulsión en el cuerpo de Mia. Después de la entrevista y de que comiera algo, se ha tumbado con ella con la intención de acompañarla hasta que se durmiera, pero a ella también la ha vencido el sueño. Otro espasmo de la cantante la hace abrir los ojos del todo y apoyarse en el codo para mirarla. Mia está dormida, pero tiene el ceño fruncido y parece tensa. Le toca el cuello para tomarle el pulso y lo nota muy acelerado porque probablemente está teniendo una pesadilla, así que la abraza y la aprieta con fuerza contra su cuerpo hasta que la cantante se despierta y exhala un jadeo, moviendo todo el cuerpo como si necesitara escapar.

—Soy yo —susurra Erin, besándole un hombro—. Tranquila, era solo una pesadilla.

La cantante suelta una exhalación profunda que le sale entrecortada y se gira hacia la doctora, escondiendo la cabeza en su cuello para quedarse ahí mientras se tranquiliza.

—¿Quieres contármelo? —susurra Erin.

Mia le pasa un brazo por la cintura y mueve la mano hacia su espalda para hacer dibujos con el dedo.

—No lo recuerdo muy bien, era muy raro. Sé que estaba en el escenario y el suelo empezaba a moverse, no como si vibrara, sino como si estuviera ondulando, y era imposible mantener el equilibrio. Después estaba en el camerino y era como una especie de pecera gigante, pero no tenía agua y los cristales eran opacos. No recuerdo nada más —explica agobiada.

—Pues sí que era raro —confirma la doctora, besándole el pelo—. Era solo un sueño, no pienses más en ello y se te olvidará.

Mia se mueve entre sus brazos y la mira.

—¿Estás preparada para la gala de esta noche?

Erin suspira. Ha intentado no pensar en eso durante el día y lo cierto es que no le incomoda acompañar a Mia, pero sí la pone nerviosa la idea de las cámaras.

—Puedo convencer a Jude para que te quedes en un lateral si no estás cómoda.

—Prefiero estar cerca de ti, y no te preocupes, estaré bien.

Mia sonríe, se acurruca contra ella y se queda adormilada de nuevo. Erin no; ella mira la hora porque dentro de treinta minutos tienen que levantarse para que la cantante comience a prepararse, pero mientras tanto, ella se asegurará de que esté cómoda y aproveche ese tiempo para seguir descansando.

Capítulo 28

—¿Esto es siempre así de abrumador? —pregunta Erin desde un lateral de la sala donde se celebra la gala.

Noah está a su lado, vestido con un traje y una corbata que lo está asfixiando. Han llegado hace una hora y ellos y Jude han entrado por una puerta trasera tras mostrar su acreditación, mientras que Mia lo ha hecho por la alfombra roja, donde ha estado posando frente a decenas de cámaras y respondiendo a preguntas de los periodistas —entre ellos Lexie Farhall— que consiguió su acreditación después de que Erin se lo pidiera a Mia.

La cantante no puso ninguna pega, cogió su teléfono y le envió un mensaje a Noah para que se ocupara del asunto y, cuando terminó de escribir, levantó la vista hacia Erin.

—¿Qué tienes con ella exactamente?

—Nada que deba preocuparte —respondió sin apartar la mirada de ella.

Se hizo un silencio extraño que duró unos segundos, porque Erin consideraba que era demasiado pronto para tener esa conversación, puesto que todavía tenía que procesar lo que estaba sucediendo entre ellas. Mia se levantó de su sitio y se acercó a ella, colocando las dos manos en los reposabrazos del sillón en el que estaba sentada e inclinándose sobre ella.

—No tenemos que hablar de esto todavía —susurró como si le estuviera leyendo la mente, y Erin se estremeció—, pero te prometo que tú tampoco tienes que preocuparte por nadie.

La besó y volvió a su sitio, dejando a Erin con los muslos temblando de deseo.

—Es bastante caótico, sí, sobre todo las primeras veces —responde Noah, tratando de ajustarse el nudo con frustración.

—¿Por qué no te la quitas si te molesta? —pregunta Erin, intentando ayudarlo a aflojar un poco la presión de su cuello.

Noah se mira el cuerpo y después la mira a ella.

—¿No crees que será demasiado informal? A Jude no le gustará.

—A Jude que le jodan —espeta la doctora, aflojando el nudo para quitarle la corbata.

Noah suelta una carcajada y deja que Erin le ponga bien el cuello de la camisa tras desabrocharle el primer botón para que no le moleste.

—Así estás igual de guapo que antes y ya no tienes cara de estreñido —afirma convencida, y la sonrisa del asistente de Mia se ensancha mientras se pasa la mano por su pelo enmarañado, algo con lo que Jude nunca puede luchar.

—Tú también estás muy guapa. Mia se va a caer de culo cuando te vea.

Erin se mira un momento y sonríe. Se ha negado por completo cuando la estilista de la cantante le ha propuesto ponerse un vestido, pero ha aceptado vestirse con un traje entallado que parecía hecho a medida para ella. El pantalón es gris oscuro, igual que la blazer, y la camisa es de un tono azul que le ha recordado la mirada de la cantante y la ha hecho preguntarse si la mujer había elegido ese color a propósito. Hace rato que se ha quitado la blazer y tiene las mangas dobladas por debajo de los codos porque está sofocada, no porque haga calor, sino porque está nerviosa mientras ve entrar a decenas de personas que se reparten entre los asientos que tienen asignados.

—Espero que no se caiga —la voz de la doctora sale en un susurro mientras sigue mirando a la gente, hasta que de pronto se escuchan muchas voces juntas y los flashes de algunas cámaras hacen que ambos miren hacia la puerta que da acceso al pasillo lateral en el que se encuentran.

Erin ve entrar a dos mujeres y un hombre. Ellas van de la mano y él está al lado de la más mayor. Es evidente que todo el interés está en la más joven, una chica que aparenta la edad de Mia, con una melena abundante y rizada y unos ojos marrones enormes. Le suena haberla visto, pero no es capaz de ubicarla.

Los tres se detienen en la entrada y el hombre se aparta mientras ellas posan para las cámaras. La joven sonríe sin esfuerzo, pero la mayor, una mujer rubia de porte imponente y tan atractiva como la otra, es incapaz de estirar los labios; de hecho, parece incómoda con las cámaras, pero no suelta la mano de su chica.

—¿Quiénes son? —pregunta Erin, intrigada.

—La morena es Taylor Davey. Está nominada a artista revelación. Empezó hace poco, pero está pegando fuerte; su primera gira

comenzó hace dos meses. La mujer que está a su lado es Abigail Stone, es su novia y socia de la agencia que la representa; imagino que se conocieron así. El hombre que ha entrado con ellas es Liam Cottet, el otro socio de la agencia y agente oficial de Taylor.

A Erin se le acelera el pulso cuando recuerda su conversación con Violette sobre esta mujer.

—¿Es buena? —le pregunta a Noah.

—¿Quién? ¿Abigail?

—Sí.

—Joder, ya lo creo —responde él, con las cejas levantadas—. Esta mujer abre puertas que están cerradas para otros. La agencia de ambos es una de las más potentes del país.

—Eso no me interesa mucho; lo que quiero saber es cómo tratan a sus representados. ¿Son como Jude pensando solo en números, o se preocupan por ellos?

—Gracias a este trabajo he conocido a varios artistas que trabajan con ellos y nunca he escuchado ninguna queja, pero no sabría decirte más.

—¿Nunca se han interesado por Mia? —sigue indagando la doctora.

Noah parpadea, divertido.

—Todos suelen interesarse por todos cuando las carreras tienen potencial. Mia tiene ofertas de varios agentes, entre ellas una de Stone & Cottet que le hicieron hace unos meses.

—¿Y nunca las habéis valorado?

El asistente se rasca el pelo.

—La verdad es que no mucho. Jude fue quien la descubrió y el que le dio su primera oportunidad…

Noah se detiene cuando los fotógrafos y periodistas dejan a Taylor Davey y detrás de ella aparece Mia, que las saluda con su impresionante sonrisa y después posa delante de las cámaras.

Erin no puede apartar los ojos de ella porque Mia responde preguntas con sus ojos azules fijos en los de la doctora, hasta que al fin la liberan y llega hasta ellos.

—¿Cómo estás? —pregunta Erin, cogiéndole la muñeca.

Mia se pone de puntillas para susurrarle.

—Cachonda y deseando quitarte ese traje.

Erin carraspea y mira a Noah de reojo, pero él está en su mundo y no se entera de nada.

—Estás muy guapa, en serio —asegura Mia—. ¿Nos sentamos?

Se hace un momento incómodo porque la reacción instintiva de la cantante es coger la mano de Erin, pero se da cuenta del gesto cuando la roza y la doctora se tensa, y la aparta de inmediato.

Los asientos que tienen reservados están en la primera fila, justo al lado de Abigail y Taylor, y Erin se acomoda con el cuerpo rígido porque hubiera preferido sentarse por el medio, donde pasaran más desapercibidas.

—Lo siento, no debí dejar que Jude te sentara conmigo.

Mia también está algo incómoda, no por estar ahí, sino porque percibe el malestar de Erin y eso le afecta de un modo que no se esperaba.

Estaba encantada de poder disfrutar un momento como este junto a ella, aunque fuera perfectamente consciente de que Erin no es su chica y de que tocarla en público no era una opción, pero se está enamorando de esta mujer, y que la doctora esté a punto de romper los reposabrazos de tanto apretarlos es algo que le encoge el pecho, porque le hubiera gustado que bastase su presencia para que Erin se sintiera más relajada.

—No pasa nada, no te preocupes —responde la doctora, pero sus ojos no pueden apartarse del montón de cámaras que hay por todas partes y se agobia cuando una de ellas, que se desplaza lateralmente colgada de una barra, se detiene frente a ellas unos segundos antes de continuar.

Mia no contesta. Ahora le gustaría cogerle la mano y decirle que todo está bien, que cuando lleve un rato aquí sentada se olvidará de las cámaras, pero no puede hacer ninguna muestra de afecto porque en cuestión de segundos estaría en las redes con el titular de Mia Wilder y su novia.

—Piensa que estás en el cine con tu chica; a mí me funciona —escucha Erin a su otro lado.

Se gira y se encuentra con la mirada helada de Abigail Stone, que parece tan incómoda como ella, pero con una pierna cruzada sobre la otra y la mano entrelazada entre los asientos con la de Taylor, no lo parece.

—Lo probaré. Soy Erin.

Le tiende la mano y Abigail la mira durante un segundo antes de soltar a Taylor y estrecharla.

—Abigail. Puedes probar lo del cine o beberte un par de wiskis la próxima vez; eso también sirve.

Erin asiente y Abigail se gira hacia Taylor cuando esta le dice algo. La doctora mira hacia arriba, siguiendo el eje de la cámara móvil mientras piensa en lo que ha dicho la mujer. La próxima vez. ¿Habrá próxima vez antes de que acabe su contrato con la cantante? ¿Y después? Erin no quiere pensar en eso ahora, pero no puede evitarlo y se gira hacia Mia. La cantante está más seria de lo que la ha visto nunca, con las manos sobre el regazo mientras dibuja algo invisible sobre su palma izquierda con un dedo, como si eso fuera lo único que sabe hacer para distraerse de la angustia que siente en ese momento.

—Mia… —susurra Erin, pero la cantante no la escucha, o si lo hace, está demasiado absorta para conseguir reaccionar—. Cariño —la doctora se inclina un poco hacia su lado y Mia ladea la cabeza lentamente hacia ella.

—¿Qué? —pregunta, y se retuerce las manos con fuerza.

—No eres tú, es este sitio el que me pone nerviosa, pero…

Erin tiene que dejar de hablar porque alguien sale al escenario y anuncia que empiezan en treinta segundos, pero Mia no quiere quedarse con la intriga porque lo último que necesita es pasarse toda la gala con esa sensación extraña en el cuerpo.

—Pero ¿qué? —pregunta, acercando la cabeza a la de Erin para poder escucharla.

—No me molesta estar aquí contigo si es lo que te tiene preocupada.

—Lo que me tiene preocupada es que te alejes de mí por cosas como esta. A mí me gustas mucho, Erin, pero esto forma parte de mi vida, al menos mientras mi música siga gustando.

La presentadora comienza a hablar y Erin mira hacia delante, sin saber cómo hacerlo para que Mia disfrute este momento sin que ella convierta este día en un mal recuerdo. Empieza una actuación, el público aúlla y ella siente un escalofrío de emoción. Se fija entonces en Abigail, rígida como ella, pero sonriéndole a Taylor y aceptando sus muestras de afecto en público sin que le salga urticaria. La doctora no sabe hacia dónde va lo que empieza a tener con Mia, ni siquiera si tiene futuro, pero el presente le gusta, está cómoda con ella y quiere que la cantante sienta lo mismo.

—Oye —Erin se inclina otra vez hasta que sus hombros se tocan y Mia vuelve a girarse—. Sonríe, por favor, haz eso por mí.

Mia la mira a los ojos y su sonrisa se queda en un intento que hace que le tiemble la comisura de los labios, porque se siente aterrada ante la idea de que lo suyo con Erin termine antes de comenzar si la doctora no puede soportar la presión de los medios. No se trata de esta gala, sino de todo en general, porque si lo que tienen avanza y se hace público, ambas sufrirán mucho acoso mediático al principio, y no ve a Erin soportando que invadan su privacidad de ese modo.

La gala avanza y la tensión entre ellas se calma un poco. La doctora consigue acostumbrarse al movimiento de las cámaras y las luces de los focos ya no le molestan tanto. Anuncian el tercero de los premios, la artista revelación, y la presentadora saca una tarjeta de un sobre y lee el nombre de Taylor Davey. La cantante casi salta en el asiento mientras todo el mundo aplaude, pero su primera reacción después de eso es girarse hacia su chica y besarla. Mia silba a su lado, dejando a Erin medio sorda y haciendo que se gire para mirarla, encontrándola pletórica, emocionada por su compañera como si el premio lo hubiera ganado ella misma. Erin siente unas ganas tan tremendas de besarla y abrazarla que le sorprende que no le importe que haya cámaras en ese momento.

Taylor se levanta para recoger el premio y la gala continúa hasta que llegan a una de las categorías en las que está nominada su amante. El premio se lo lleva otro chico y Mia se lo toma con deportividad y aplaude con la misma euforia que antes. Erin no; ella querría abrazarla y empieza a sentirse un poco desconcertada consigo misma.

—¿Estás bien? —pregunta, acercándose a la cantante de nuevo.

Mia asiente y Erin no se conforma y le toma el pulso con disimulo, encontrándolo desbocado.

—Intenta no alterarte tanto, ¿quieres? —pregunta, levantando una ceja.

La cantante sonríe y acepta la botella de agua que le ofrece, dando un trago largo porque tiene la boca seca de tanto gritar. Llega su siguiente nominación y todo el mundo se queda en silencio hasta que la presentadora lee el nombre:

—Mia Wilder.

Al contrario de lo que ha hecho cuando han ganado sus compañeros, Mia se queda petrificada en el asiento, con la boca medio abierta y las manos en los reposabrazos. La parálisis le dura un segundo antes de que su sonrisa se ensanche y a Erin le dé un

vuelco el corazón cuando se gira hacia ella, se inclina hacia delante y se detiene en seco cuando se da cuenta de lo que estaba a punto de hacer. El público estalla en aplausos, pero Erin no se da cuenta del efecto que ha causado la reacción de la cantante porque para ella todo ha desaparecido y lo único que puede ver son los ojos azules de Mia.

—He ganado —susurra, como si no supiera qué hacer en ese momento.

Erin se inclina hacia ella, le pone una mano en la mejilla y se acerca hasta que sus frentes se tocan.

—Enhorabuena, cariño, sube a por tu premio.

Mia no puede contenerse y la besa, y Erin no se aparta, ni siquiera cuando escucha el estallido del público a su alrededor. Es un beso corto, una pequeña presión sobre sus labios que termina en una sonrisa antes de que Mia se levante y la doctora siga aplaudiendo con orgullo.

—Por las personas que aportan, las que se quedan en tu vida y las que te ven cuando te miran —dice Mia al micrófono, mirando primero a Noah, sentado en la zona central junto a Jude y Nell, y después a Erin, que le sonríe desde la primera fila.

La cantante baja del atril y se tambalea ligeramente hacia un lado; es un movimiento de apenas una fracción de segundo, pero Erin ya está levantándose cuando Mia, que se ha agarrado a la presentadora para equilibrarse tras haber tropezado, le coge el micrófono y lo acerca a su boca.

—Falsa alarma, Dooley —dice divertida, y el público estalla en carcajadas.

Erin también se ríe y se deja caer en el asiento sin que le pase desapercibido que Abigail Stone también se había levantado para socorrerla.

Capítulo 29

Cuando Mia sale del baño, Erin está en el balcón, apoyada en la barandilla con el mismo gesto ausente con el que se ha levantado.

Llegaron de la gala eufóricas y follaron como salvajes en cuanto entraron en la habitación de la doctora, pero la euforia y la adrenalina del evento ya no están y la cantante tiene la sensación de que la está evitando.

—Erin —la llama Mia desde el interior.

La doctora gira la cabeza y se incorpora para entrar. Mia se está terminando de poner un pantalón cómodo con la intención de pasar la mañana en el sofá de su suite, mirando las redes o la televisión mientras los demás tienen reuniones que no la incluyen.

—¿Qué pasa? —pregunta la doctora.

Mia se levanta y se queda de pie junto a la cama, observando a Erin, que está junto a la puerta abierta de la terraza.

—Te arrepientes —la voz de la cantante sale ronca, y no está preguntando.

—¿De qué? —Erin tiene el pulso acelerado de repente, porque en el fondo sabe de qué habla.

—Del beso. Si pudieras volver atrás, no lo harías.

—Yo no he dicho eso, Mia —rebate la doctora.

—No hace falta, se te nota.

La frente de la doctora se arruga mientras piensa qué decir. ¿Se arrepiente? En parte sí y en parte no, pero todavía no sabe cómo evaluar los motivos por los que siente una cosa u otra. Está abrumada. Ya ha visto las redes y la foto circula por todas partes con decenas de titulares diferentes que especulan gracias a algo que ella misma inició.

—Lo entiendo —la tristeza en la voz de Mia le detiene el corazón—. Estabas en un momento de euforia, contenta porque había ganado y no pensaste en lo demás. Te apetecía besarme y lo hiciste, pero ahora, en frío…

—Mia.

—Prefiero que no digas nada hasta que no estés segura de lo que quieres decir. No necesito compasión ni que me trates como si fuera a romperme. Creo que las dos sabemos el punto en el que estamos aunque no lo hayamos hablado. A mí me gustas, sabes que me gustas desde el primer día, y quiero ir en serio con esto, pero si tú no puedes o no quieres por el motivo que sea, necesito que me lo digas ahora y dejes de jugar conmigo.

—No estoy jugando contigo, Mia, nunca lo he hecho; es solo que…

Erin se detiene, porque sigue sin saber qué es lo que la tiene frenada en ese momento.

—¿Qué? ¿Necesitas más tiempo para decidir si esto vale la pena? —suelta una sonrisa amarga y mete las manos en los bolsillos, encogida—. Yo no quiero esto si se tiene que convertir en algo que solo pasa en tu habitación o en algo que se acabará al mismo tiempo que tu contrato. Sé que es muy pronto para exigir nada, que acabamos de empezar, pero no puedo permitirme seguir enamorándome de ti si yo estoy en un nivel y tú estás en otro. Tengo que protegerme, Erin, porque duele mucho ver cómo me miras a veces.

—No te miro de ninguna manera, Mia, ¿de qué hablas? —pregunta desconcertada.

—Me miras como ahora, como si fuera algo que quieres pero no estás segura de que sea suficiente.

Erin se queda petrificada, con la lengua convertida en un músculo inútil que no puede utilizar. Mia esboza otra sonrisa triste y baja la mirada porque esperaba que al menos pusiera alguna excusa.

—Estaré en mi habitación cuando vengas para tomarme las constantes. Vendré después a coger mi maleta.

La cantante se da la vuelta y sale de la habitación antes de que Erin recupere la voz. Se sienta en la cama con las manos en las rodillas y piensa en ir tras ella, pero Mia no se merece que la siga para contarle una excusa que justifique su aturdimiento de esa mañana. Necesita aclararse primero, tiempo consigo misma para pensar en lo que quiere y en si puede con ello. Se inclina hacia delante y hunde la cabeza entre las manos, tirándose con fuerza del pelo hasta que el dolor la deja sin aliento.

Después coge el móvil y la tarjeta de la puerta y sale para ir a la pequeña sala de reuniones que tienen en el hotel, donde ha quedado

con Noah para confirmar horarios y cualquier cosa extra que haya podido surgir.

El chico parece tan aturdido como ella; al parecer no ha dormido mucho, y Erin tampoco le pregunta si pasó la noche con alguien porque Noah tiene otra reunión con los periodistas acreditados en veinte minutos y parece nervioso.

—Todavía no sé qué tengo que decir sobre el beso de la gala —dice de repente—. Me van a preguntar y Mia no me contesta.

Erin se siente cada vez más turbada; desde luego, este no es su mundo y es evidente que no sabe cómo funciona.

—¿Qué se supone que has de decir?

Él parpadea y la mira como si a la doctora le hubiera salido otra cabeza.

—¿No has visto las redes? —pregunta perplejo—. Se especula, Erin, está en boca de todo el mundo y ahora me van a coser a preguntas sobre vosotras.

—No me refiero a eso. Has dicho que Mia no contesta, ¿qué es lo que tiene que contestar? —pregunta, porque para ella es evidente lo que pasó: se besaron y miles de personas lo vieron, ¿qué van a hacer? ¿Decir que no pasó?

La sonrisa divertida de Noah la hace entornar los ojos, porque parece que el asistente de Mia ha entendido sus dudas.

—Le he preguntado si quiere confirmar que tiene algo contigo o si simplemente digo que sois amigas. Ya saben que eres su doctora, pero muchas lesbianas tienen la costumbre de besarse en los labios al saludar. Puedo defender eso si es lo que queréis; algunos lo creerán y otros no, pero si no se le da más bola, el chisme se convertirá en una anécdota más. Al fin y al cabo… —Noah se detiene un segundo y se rasca su pelo alborotado.

—¿Qué?

—Bueno, pues que sobre Mia siempre se especula, pero pasa rápido porque la han visto con muchas mujeres.

La mandíbula de Erin se aprieta hasta que le duele el hueso.

—Pero eso no quiere decir que pase lo mismo contigo —aclara él, incómodo—. A Mia le gustas de verdad, no sabes lo pesada que ha sido desde que te conoce. Te aseguro que nunca me ha hablado de ninguna mujer como me habla de ti.

—No importa, Noah —Erin prefiere no escucharlo porque el pecho se le aprieta cuando piensa en la expresión dolida de la cantante—.

Ella tiene su pasado y yo el mío; lo que cuenta es lo que pasa ahora.

—Sí, exacto —sonríe él, aliviado—. Entonces, ¿qué digo? ¿Mia te ha dicho algo?

La doctora se pasa la mano por el pelo, con ganas de tirarse otra vez.

—No, no hemos hablado de eso. Yo ni siquiera sabía que hacía falta. ¿Puedes simplemente no decir nada? ¿No usáis mucho eso de «sin comentarios»?

Noah suelta una sonora carcajada.

—Sí, se usa, aunque no creo que sea muy efectivo en este caso. Acosarán hasta que Mia se pronuncie, pero vale, lo haré así si sigue sin contestar.

Después de despedirse de Noah, Erin va al gimnasio y pasa poco más de media hora allí, porque lo que en otras ocasiones la libera y le despeja la mente hoy no le funciona, ya que no puede quitarse de la cabeza la expresión de Mia y le cuesta pensar con claridad.

Se seca el sudor con la toalla, pasa por el vestuario para lavarse la cara y las manos antes de salir y abandona el gimnasio con la intención de salir del hotel y dar un paseo, con la esperanza de que eso logre conseguir el efecto que busca.

—Espera, Erin —la doctora se gira y ve que Lexie sale del ascensor y corre hacia ella, interceptándola antes de que se marche.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Erin.

Lexie la mira, extrañada.

—He venido a la reunión de prensa con Noah.

Erin cierra los ojos y se frota las sienes, sintiéndose estúpida por la pregunta.

—Tienes que contarme lo de anoche en la gala —dice la periodista, arqueando una ceja.

—No voy a contarte nada, Lexie.

—Venga, no me jodas, Erin —la periodista le señala hacia el fondo, donde está la cafetería del hotel—. No te pregunto como periodista, te pregunto como amiga, examante o como quieras llamarme, aunque preferiría lo primero.

La doctora cede al fin y la sigue hasta la mesa más solitaria que encuentran. Lexie no puede borrar la sonrisa de su cara mientras apoya los codos en la mesa y se inclina un poco hacia delante.

—Me siento mejor, ¿sabes? —dice divertida.

Erin hace un gesto con las manos para que continúe.

—No me entró ningún trauma ni nada de eso —aclara Lexie—, pero no entendía muy bien que no quisieras repetir. Corrígeme si me equivoco, pero creo que nos lo pasamos muy bien juntas aquella noche.

—Sí —confirma la doctora—. Estuvo muy bien.

—Pero a ti ya te gustaba Mia, joder —se maldice sin dejar de sonreír—. No sé cómo no me di cuenta. Después de lo de anoche me puse a pensar y era evidente. Quizá no tanto en ella, porque Mia tiene la fea costumbre de mirar a todas las mujeres como si fueran caramelos.

Erin se ríe y asiente, secundando sus palabras.

—En cambio tú —Lexie niega con la cabeza—, siempre rígida en el rincón mientras la mirabas en el escenario, ignorando todo lo que pasaba a tu alrededor.

—Hacía mi trabajo, Lexie, y parte de él es observarla, sobre todo en el escenario.

—No lo dudo, pero no con esa fijación. En cualquier caso, da igual. Cuéntame, ¿desde cuándo estáis liadas?

—¿Qué os ha contado Noah?

La periodista pone los ojos en blanco.

—Nada, dice que Mia no se va a pronunciar al respecto por ahora.

—Y yo tampoco.

—Venga, Erin —Lexie le muestra las manos—. No llevo la grabadora, esto es entre tú y yo. Lo que hablemos se queda aquí, como amigas. Creo que eso sí que podemos serlo, ¿no? A mí me gustaría, y sería lo natural teniendo en cuenta que nos vamos a seguir viendo en cada ciudad por la que pasa la gira Wild.

Los ojos de Erin se clavan en ella. Lexie le ha caído bien desde el principio, conectan y se fía de ella cuando dice que no publicará nada.

—No puedo contarte mucho, no sé exactamente lo que tenemos.

Lexie se aparta un mechón de pelo de la cara y la mira con una mezcla de interés y desconcierto.

—¿No sabes lo que tenéis?

—Es un poco complicado.

La periodista se muerde los labios y suspira cuando se da cuenta de que Erin realmente necesita a una amiga en ese momento, y quiere demostrarle que puede ser ella.

—¿Por ti o por ella?

La doctora tarda en responder, pero no porque no sepa la respuesta.

—Por mí. Ella tiene muy claro lo que quiere.

—¿Y tú no? —se extraña Lexie, porque recuerda muy bien lo que vio el día anterior. Ha visto la escena del beso en las redes varias veces y en su opinión lo que sucedió no se puede fingir.

Da igual lo que Noah diga, o si acaban desmintiendo la relación entre ambas; para ella está claro, porque esa forma de mirarse y la reacción de Erin cuando la cantante tropezó solo se pueden interpretar de una manera.

La doctora se frota las manos, nerviosa y rabiosa consigo misma.

—Sí, sí que sé lo que quiero; lo que no sé es si puedo soportarlo. Mi tiempo con ella acaba cuando termine la gira, entonces las cosas cambiarán por completo. Su trabajo la obliga a viajar constantemente y el mío me ancla a Nueva York. Nunca he tenido nada serio con nadie, Lexie —confiesa ante la sorpresa de la periodista—, por lo que me resulta imposible saber si me puedo adaptar a algo que no puedo comparar con nada. Y mientras mi puta cabeza da vueltas y trato de aclararme, la estoy hundiendo a ella.

—Joder, Erin, sí que parece complicado si lo pintas así —opina Lexie—, pero no es como yo me lo plantearía.

—¿Y cómo lo harías?

—Dejando de pensar en el futuro para pensar en el presente. Ella te gusta lo suficiente como para querer tener algo, ¿no? Para que se convierta en esa primera persona con la que quieres ir en serio.

—Sí —eso lo responde rápido, porque lo tiene muy claro.

—Pues permítete tenerlo y preocúpate por las cosas según vayan llegando. Es cierto que la carrera de Mia es exigente con las relaciones, pero si las dos peleáis juntas por esto, estoy segura de que encontraréis la manera. Yo he salido con varias chicas —sonríe—. No he tenido relaciones extremadamente largas porque mi trabajo como periodista musical también exige viajes constantes, pero sí he salido el suficiente tiempo con mujeres como para tener diferentes experiencias, y lo que sí te puedo asegurar es que no funcionará si solo es ella la que pone de su parte en esto. No basta con que te guste, Erin; el fogonazo del principio siempre se acaba disolviendo y pasas de querer follar todos los días a querer otras cosas, y si tú no estás segura de esto, cuando se os pase la fase de sexo, vuestra relación se irá a la mierda.

—Joder, qué directa —se impresiona la doctora.

Lexie se encoge de hombros.

—Para eso están las amigas —bromea—. En serio, pensar en lo que todavía no ha pasado no va a ayudarte. Haz esto: en lugar de pensar en eso, piensa en lo que sentirás si lo que sea que tenéis se rompe. Si te da igual, ya tienes la respuesta, y si no lo hace, sabrás lo que tienes que hacer.

Erin levanta la mano para saludar a Noah y a Jude, que acaban de entrar en el bar y se han quedado en la barra.

—¿Tú qué opinas de la diferencia de edad? ¿Alguna de esas novias tuyas te sacaba once años o tú a ella?

Lexie abre la boca, sorprendida, y después se echa a reír.

—No me digas que eso también te preocupa.

Erin suelta una risa nasal y niega con la cabeza.

—No. En estas últimas dos semanas he descubierto que Mia es muy madura para su edad y que tiene más experiencia que yo en muchas cosas.

—¿Entonces?

—Yo qué sé —Erin se frustra y Lexie suelta una carcajada antes de inclinarse hacia delante.

—Eres atractiva, Dooley, pareces una tía cojonuda y eres buena en la cama. Todas esas cosas no cambiarán porque cumplas años, solo te arrugarás un poco —le guiña un ojo y la sonrisa de Erin se tuerce —. Además, a Mia solo le gustan las mujeres bastante mayores que ella, no sé si te has dado cuenta de ese detalle, así que no te va a dejar por una más joven, eso seguro.

Erin se transporta de forma automática a la imagen de las mujeres que ha visto con Mia, y Lexie tiene razón: todas eran mayores que ella con diferencia, y la única que parecía de su edad —la ayudante de su estilista— es la única con la que Mia no se fue a la cama.

—¿Tú cómo sabes eso?

La risa se borra de la expresión de Lexie y Erin no necesita que le responda.

—Oye, fueron un par de veces, nada serio. Igual que tú y yo.

—Tranquila —dice Erin—. Lo entiendo, y no me voy a meter en lo que ella haya hecho antes de mí, ni con quién. No la juzgaré jamás por eso.

Y la doctora habla en serio. Puede que se sienta insegura con otras cosas, pero no con esto. Ya cometió el error de juzgar a Mia sin

conocerla y no lo va a repetir juzgando el número de mujeres que han pasado por su cama, porque la cantante es dueña de su vida y libre para vivirla como quiera.

—Genial, entonces no te juzgues tú tampoco por necesitar tiempo para pensar ahora. Es una decisión seria, medítalo con calma y no hables con ella hasta estar segura de lo que quieres hacer, pero háblale cuando lo sepas, porque yo sé lo que es estar enamorada de alguien y a la espera de que esa persona se decida, y es una mierda.

—Me lo imagino.

—Bien —la periodista mira su reloj—. Debería irme. Nos vemos esta noche en el concierto.

—Sí, gracias, Lexie.

—De nada.

La periodista le sonríe antes de irse y Jude le hace un gesto con la mano desde la barra cuando ve que se queda sola. Erin se levanta y se acerca a ellos con las manos metidas en los bolsillos.

—He confirmado una fecha más para la gira. Será la última, pero implicará que tu estancia con nosotros se amplíe una semana. No es negociable, Dooley —dice Jude—. Me refiero a esa fecha. Violette está preparando la ampliación de tu contrato, pero si no estás de acuerdo, díselo y buscaremos a alguien que te cubra para ese último concierto. Y ya que estás aquí, aprovechemos para organizar lo de esta noche. Por razones de seguridad, Mia tendrá que llegar antes al recinto o no podremos garantizar una entrada sin incidentes…

Erin se desconecta en algún punto de la verborrea de este tipo, que ignora la necesidad de Mia de descansar excusándose en cualquier tontería.

Capítulo 30

En contra de lo que ella había pedido, Jude ha mantenido los horarios previstos para la tarde y Mia ha tenido que hacer la prueba de vestuario a la hora prevista y tendrá que esperar casi otra entera —que podría haber utilizado para descansar— hasta que inicie la prueba de sonido. Eso tiene a Erin con los nervios a flor de piel, sobre todo porque tampoco ha podido hablar con la cantante después de lo que ha pasado por la mañana.

Cuando la doctora —después de ducharse tras su sesión de gimnasia— fue a la habitación de la cantante, la encontró dormida, así que cerró sin hacer ruido y salió a dar una vuelta con Nell, poniéndose una gorra y unas gafas de sol por consejo de la directora de la gira.

—Ahora tu cara está en todas partes y esos buitres sienten el mismo interés por ti que por ella.

Erin resopló, pero se dio cuenta de que Mia no tenía razón cuando la acusó de arrepentirse. No lo hizo, la besó porque quería y volvería a hacerlo; es lo que no ha pasado todavía lo que a ella le da miedo y la tiene inquieta.

—Soy imbécil —soltó de repente cuando ambas mujeres se sentaron en un banco tras haber paseado en silencio por el parque.

Nell la miró de reojo, divertida, y dio un sorbo a su café del Starbucks mientras esperaba. Erin estiró las piernas frente a ella y metió las manos en los bolsillos de su sudadera.

—Mia cree que no quería besarla, que lo hice por la euforia del momento —susurró, mirándose la punta de las botas, manchadas de tierra.

—¿Y fue así?

—No, pero ella cree que sí.

—¿Y por qué estás aquí conmigo y no aclarándole eso a ella? —preguntó Nell, dándole un empujón con el hombro.

—He ido a verla, pero estaba durmiendo —Erin sonrió, hundiendo más las manos en los bolsillos.

Después de eso, no ha tenido tiempo de hablar con ella. Mia se ha despertado a la hora de comer, y Noah estaba con ella cuando la doctora ha entrado a tomarle las constantes. La mirada de Mia no ha sido fría, pero tampoco cálida, y el momento ha sido algo muy incómodo.

En el viaje desde el hotel hasta el recinto se han sentado juntas, pero tampoco han podido hablar porque no iban solas, y ahora Erin está cerca del escenario hablando con Noah sobre la reunión que ha tenido con la prensa esa mañana mientras Mia, que ha terminado la prueba de vestuario hace un rato, se pasea por el escenario con los bailarines calculando los espacios y haciendo tiempo hasta el ensayo oficial.

Erin mira la hora y decide que este es el momento.

—¿Seguimos después, Noah? Necesito hablar con Mia un segundo.

—Sí, claro. No hay problema.

El asistente se aleja para ir a ultimar algunas cosas con Jude y ella se acerca al borde del escenario.

—Mia, ¿puedes venir un momento, por favor?

La cantante se gira y parece dudar, pero finalmente camina hacia ella y baja los tres escalones metálicos.

—¿Qué pasa?

Erin le coge la muñeca para ganar algo de tiempo porque de repente está nerviosa.

—Tienes las pulsaciones un poco bajas —la doctora frunce el ceño —. Vamos a la sala médica, quiero tomarte la tensión.

Mia no se opone, y se sienta en la camilla cuando entran y Erin cierra la puerta. Le pone el tensiómetro en el brazo y aprieta el botón y, mientras espera a que termine, pone un dedo en el mentón de Mia y le sube la cabeza.

—Perdona —susurra, y la cantante siente que su pulso se acelera.

—¿Por qué?

—Por lo de esta mañana; me he bloqueado un poco y no he sabido responderte, pero no me arrepiento de lo que pasó anoche en la gala.

Mia debería alegrarse, pero no es capaz de cambiar su semblante serio.

—Pues no lo parece, Erin.

—Lo sé, pero…

El tensiómetro termina y a la doctora no le gusta lo que ve.

—Tienes la tensión un poco baja, ¿te encuentras bien? —pregunta mientras le pasa el dorso de la mano por la mejilla en una caricia lenta, algo que desde luego no haría con ningún otro paciente.

—Sí. Estoy perfectamente —Mia se encoge de hombros y Erin se queda pensando.

Le encantaría poder detener el concierto, decirle a Jude que la cantante necesita descansar, pero sabe lo que eso implica y no puede detenerlo sin motivos médicos reales.

—Voy a hacer que te traigan un zumo y algunos frutos secos. Eso ayudará a que te suba un poco y no se te hará pesado.

—Vale.

La doctora sale un momento para hablar con Noah, y ni siquiera tiene que esperar a que lo consiga porque el chico siempre está preparado gracias a la lista que Erin le hizo de todas las bebidas y comidas que quería que hubiera siempre disponibles cerca de la cantante.

—¿Está bien? —pregunta el mejor amigo de Mia.

—Sí, no te preocupes. Es por precaución.

Erin vuelve a la sala médica, abre el sobre de frutos secos y el zumo y, cuando se lo entrega, se sienta a su lado en la camilla, con las piernas colgando.

—¿Quieres? —ofrece Mia mientras mastica—. Estos están cojonudos, son mis favoritos.

Echa unos cuantos más en su mano y se los lleva a la boca.

—Lo sé.

Mia se gira, sorprendida.

—¿Qué más sabes?

—Sé que esos son tus favoritos y que el zumo de naranja es el único que toleras —dice, señalando el tentempié que la cantante tiene a su lado—. No te gusta ningún otro sabor, tampoco las tostadas con mantequilla, el café demasiado caliente o los refrescos sin hielo. Solo te recoges el pelo si tienes mucho calor, bajas la mirada cuando algo te abruma y se te nota el pulso en el cuello cuando estás nerviosa —Erin le roza la yugular con suavidad, y Mia se queda congelada—. Te gusta ponerte sudaderas enormes donde puedas esconder las piernas mientras estás en el sofá, solo lees libros con protagonistas sáficas y te sientes segura con Noah a tu lado en las reuniones.

Erin baja de la camilla y se coloca entre sus piernas.

—También sé que me gustas mucho, que me aterroriza pensar en lo que pasará con nosotras cuando acabe la gira y que tienes la mirada más impresionante que he visto en mi vida.

La doctora coloca una mano detrás de su cabeza y le da un beso corto en los labios.

—No me arrepiento, Mia, y no quiero jugar contigo, nunca lo he pretendido y lamento que te haya dado esa impresión; pero sí que deberíamos hablar sobre nosotras en algún momento para saber lo que esperamos la una de la otra y ver si estamos en el mismo punto, o al menos en uno muy cercano donde esto sea posible.

—Vale —Mia deja la bolsa de frutos secos y se limpia la boca con la manga de la sudadera antes de pasarle los brazos por detrás del cuello—. ¿Hablamos esta noche en tu habitación? Así dejamos esto claro de una vez.

Erin la coge por debajo de los muslos y la levanta mientras Mia se enrosca en su cintura con una sonrisa seductora.

—¿Vas a follarme contra la pared? —le muerde el lóbulo de la oreja y la doctora siente un corrientazo atravesando su cuerpo.

—Ni hablar, no vamos a hacer nada. Ni ahora ni esta noche; necesitas descanso —susurra contra su boca.

—Es una pena, porque me encanta que me folles contra la pared —le susurra al oído, y la confesión hace que Erin por poco trastabille.

Los labios de la cantante dibujan una sonrisa torcida antes de besarla, y Erin tiene que esforzarse mucho para reunir las fuerzas que le permiten separarse de ella. La deja sentada de nuevo y se aparta, mirándola mientras nota sus latidos contra su brazo cuando los cruza sobre el pecho.

—Acábate eso —ordena, señalando el zumo—. Y ahora en serio, tómate con calma este ensayo. Cuando acabes te tomaré la tensión otra vez y…

—Estaré perfectamente —asegura la cantante, apurando su zumo hasta el final.

Capítulo 31

La prueba de sonido comienza a la hora indicada y Mia ensaya a media intensidad por petición de Erin. No utiliza todo el potencial de su voz ni se mueve como lo haría en un ensayo normal. Se lo toma con calma y solo se asegura de memorizar dónde está todo y calcular los espacios por los que puede moverse. También pide que le ajusten la dirección de los ventiladores y señala todos los sitios donde quiere tener botellas de agua.

Erin la observa desde el lateral, sentada sobre una caja enorme de madera, con tapones puestos en los oídos para que la música que sale por el altavoz que tiene al lado no le taladre los tímpanos. Hacia el final del ensayo, la cantante sí que pide hacer dos canciones como si estuvieran en directo. Su voz explota a través del micrófono y la piel de la doctora se eriza de golpe y su corazón se desboca. No puede evitarlo; cuando Mia entra en acción es una especie de huracán que arrasa con todo lo que tiene a su lado. La cantante se mueve de un lado a otro durante la primera canción y baila la segunda junto a los bailarines, haciendo una ejecución perfecta que deja a todos los presentes boquiabiertos.

Cuando acaba, Mia se gira hacia ella desde el escenario y le sonríe mientras camina hacia el borde. Como si no hiciera falta hablar, Erin salta de la caja y camina a su encuentro, llegando justo cuando Mia está al borde y se inclina hacia delante para apoyar las manos en sus hombros y bajar de un salto. Y detrás de ese salto viene otro: el que la cantante hace para enroscar sus piernas en la cintura de Erin, una posición que parece ser la favorita de ambas.

—Me encanta que me mires cuando estoy ahí arriba —susurra, todavía jadeando por el esfuerzo.

Erin le aparta los mechones húmedos de la frente y la besa.

—A mí me gusta pensar que cantas solo para mí. ¿Cómo estás?

La doctora le pone los dedos en el cuello para notar su pulso disparado.

—Acalorada, pero bien.

Mia pone los pies en el suelo y se deja guiar hacia la sala médica para que pueda tomarle la tensión de nuevo.

—¿Cómo estoy, doctora Dooley? —bromea cuando Erin despega el velcro de su brazo.

—Preferiría que estuvieras más en la zona media, pero sigues estando dentro de lo normal.

—Entonces estoy perfecta, cambia esa cara.

Erin hace botar su hombro.

—Lo siento, cariño, pero no puedo; deformación profesional, imagino. ¿Por qué no te tumbas un rato en el sofá del camerino y descansas veinte minutos?

—Sabes que ya no puedo, Erin; cuando se acerca la hora me acelero y ya no puedo parar. Voy a hablar con Noah para que se encargue de ajustar las luces con los técnicos, hay una que me ciega en el lateral derecho del escenario, y después iré al camerino a ducharme.

—Está bien —acepta la doctora—. Iré a revisar la cantidad de botellas. Te prepararé un par de isotónicas; sé que cuando estás cantando solo quieres agua, pero te agradecería que hoy hagas un esfuerzo y bebas algún sorbo de vez en cuando.

—Lo intentaré —Mia la besa y se dirige hacia la puerta, pero se gira antes de abrir—. Sobre lo de hablar de lo nuestro…

Erin se gira y ve que la cantante está siguiendo los bordes de las baldosas del suelo con la punta del pie.

—Lo que yo quiero es estar contigo. Quiero que esto funcione, Erin.

La doctora quiere contestarle que ella también, que lo único que no sabe todavía es cómo hacerlo, pero no puede decírselo porque Mia ha salido de la sala como si temiera que su respuesta fuera a hacerle daño.

Sale al pasillo y la ve correr hacia la zona del escenario para buscar a Noah, y pone los ojos en blanco porque se supone que Mia no debería esforzarse más de lo estrictamente necesario antes del concierto, pero también entiende que la cantante está nerviosa, que quiere que todo salga perfecto, y eso es mucha presión como para que ella le pida que camine despacio.

El concierto empieza diez minutos después de la hora prevista, por orden de Jude, que, como siempre, dice que es mejor hacer esperar al público para que la reciban con más ganas.

La actuación de Mia es espectacular esa noche. Su magnetismo parece duplicado y la fuerza que proyecta es tan feroz que Erin está segura de que ahora tiene la tensión más alta. La cantante aprovecha todos los huecos para beber y obedece; da algún sorbo de las bebidas isotónicas mientras la doctora, de pie en el lateral junto al escenario, concluye que, en realidad, es fácil trabajar con ella.

Las luces se apagan de golpe y el público estalla cuando un único foco ilumina a la cantante, sentada al borde del escenario mientras canta sin música. Erin puede decir que a estas alturas se sabe el concierto de memoria; las canciones siguen siempre el mismo orden y las entradas son iguales en todas las actuaciones salvo que Mia decida improvisar algo, pero no consigue acostumbrarse y se estremece como si la estuviera viendo por primera vez.

Cuando termina la canción, vuelve la oscuridad y uno de los asistentes entra casi a oscuras para llegar hasta la cantante y ayudarla a volver con una linterna. Erin está segura de que ella tropezaría con todo teniendo en cuenta la escasa iluminación, que apenas es un destello en el suelo por delante de sus pies.

La deja delante del pie del micrófono y el chico corre hacia el lateral, y como si Erin hubiera traído la mala suerte pensando en tropiezos, tropieza con algo al bajar y cae de bruces contra el suelo.

La doctora no está allí para eso; hay un equipo médico que cubre el evento de la misma forma que ella cubría otros junto a Barry, pero está más cerca y no puede evitar acercarse.

—¿Estás bien? —pregunta, cogiéndolo del brazo cuando el chico intenta levantarse.

Al poner el pie derecho en el suelo suelta un aullido de dolor y se le doblan las rodillas. Erin lo aguanta como puede y lo ayuda a tumbarse boca arriba justo cuando el equipo médico —formado por dos hombres— llega hasta ellos.

La doctora los deja hacer y vuelve a su sitio, centrando su atención en Mia, que ahora está en plena coreografía, sonriendo cuando el público ruge y cantando como si no estuviera cansada; pero hay un momento en el que a Erin le parece que pierde el paso. Es solo un instante y ni siquiera puede confirmarlo porque Mia ahora se mueve entre dos bailarinas de forma perfecta. Aun así, a la doctora se le ha formado una presión en el pecho de la que ya no puede deshacerse, y se pasa la última parte del concierto con el corazón desbocado, observando fijamente cada reacción de la cantante.

Cuando el espectáculo acaba por fin, Erin exhala aliviada y no la pierde de vista hasta que Mia, que baja de un salto porque está llena de adrenalina, se acerca a ella y le estampa un beso que casi le hace perder el equilibrio.

—Cuánta energía, cariño —sonríe, poniéndole las manos en el cuello para besarla otra vez.

La sonrisa amplia de Mia es contagiosa y la doctora siente que tiene la mente abotargada ante la mirada azulada de la artista con el cuerpo lleno de tatuajes.

—Me gustas mucho, Dooley —jadea Mia contra su boca.

Sabe que ya se lo ha dicho más de una vez, pero necesita seguir haciéndolo porque le gusta ese rasgo que se dibuja en la expresión de Erin cuando la escucha: al principio parece sorpresa, como si no lo supiera, pero de inmediato su comisura izquierda empieza a curvarse de forma temblorosa, y a Mia le parece rabiosamente sexy cuando hace eso.

—No necesitas engatusarme, ya me tienes.

Erin le coge la muñeca para comprobar el pulso por pura costumbre, pero sabe que no puede tomárselo ahora porque está demasiado acelerada.

—Es por si acaso —bromea Mia.

La doctora la abraza porque de repente necesita el contacto de su cuerpo.

—Has estado increíble, cariño, mejor que ningún día.

—Eso me lo dices siempre —protesta contra su cuello.

—¿Sí?

Erin hace una mueca de sorpresa cuando se aparta y Mia le da un suave empujón.

—Voy a beber agua.

Se aleja para coger una de las botellas que tiene al borde del escenario y Erin la observa hasta que Nell se detiene a su lado.

—Estoy pensando que cuando lleguemos a Atlanta podríamos salir a cenar los cuatro: vosotras, Noah y yo. Conozco un sitio que hace una carne a la brasa que te hará llorar. Fui allí con mi marido y me gustaría volver, pero no sola.

—Claro —responde Erin—, coméntaselo a Noah para que lo cuadre.

—Estupendo…

—Erin…

La doctora se gira al escuchar la voz de Mia y el roce de la cantante en su brazo, pero de lo único que tiene tiempo es de ver cómo los ojos se le desenfocan antes de que las rodillas se le doblen. Erin intenta cogerla para evitar la caída, pero todo es tan repentino y su posición —lateral a Mia— tan mala, que sabe que no podrá sostenerla y que lo único que puede hacer es dejarse caer con ella para amortiguar el golpe de la cantante con su cuerpo.

El movimiento es tan extraño y repentino que ni siquiera Nell, que está a escasos centímetros de ellas, tiene tiempo de hacer algo.

Erin pasa uno de los brazos por detrás de Mia como puede; con el otro la rodea por debajo de los pechos, y como no tiene tiempo de posicionarse mejor para sujetarla, simplemente se deja caer con ella, colocándose detrás para que la cantante le caiga encima.

La doctora es capaz de evitar un golpe fuerte: ha podido apoyar una rodilla sin hacerse mucho daño y tensar el cuerpo antes de que su espalda tocara el suelo, pero lo que no ha podido controlar ha sido la inercia de la cabeza de la cantante, que le da de lleno en el pómulo derecho haciendo que vea las estrellas.

Erin necesita unos segundos para reponerse del shock, los suficientes para que un técnico que estaba cerca y Nell le quiten a Mia de encima y la tumben en el suelo con cuidado. La doctora, bastante aturdida pero consciente de lo que debe hacer, empieza a incorporarse hasta que siente unas manos bajo las axilas que tiran de ella hacia arriba para ayudarla.

Sabe que es Noah porque lo oye decir algo, pero ahora no puede escucharlo.

—Llévala a la sala médica —le ordena a uno de los guardaespaldas de la cantante cuando se acerca para cogerla.

Erin se levanta y tiene que detenerse un segundo para que todo deje de darle vueltas. El pómulo le palpita como si estuvieran dándole con un martillo cada segundo y le duele tanto que al principio le cuesta abrir el ojo.

—Erin, ¿estás bien? —pregunta Nell, pero ella ya está corriendo detrás del tipo que lleva a Mia en brazos.

El hombre la deja con cuidado sobre la camilla y sale de la habitación, y como la primera vez que pasó, Erin echa a todo el mundo salvo a Noah y a Nell, que se quedan a un lado por si los necesita. Lo primero que hace la doctora es meter la mano por detrás de la cabeza de Mia, buscando alguna herida que se haya podido

hacer con el golpe, pero no encuentra nada, y está todavía asegurándose cuando los ojos de Mia se abren de sopetón.

—Eh, mírame, soy yo —dice Erin.

La cantante tiene la mirada desenfocada al principio, como si tratara de reconocer dónde está; después va parpadeando y Erin ve el momento en el que el terror empieza a apoderarse de ella porque está desorientada.

—Cariño —susurra la doctora, sujetando su rostro con las manos mientras le gira un poco la cabeza para que la mire solo a ella—. Te has desmayado, pero no ha pasado nada, estás bien y estás conmigo. Noah y Nell también están aquí.

La doctora chasquea los dedos frente a sus ojos cuando Mia parece dispersarse, pero logra que se centre y ve cómo empiezan a caerle las lágrimas por la cara.

—No pasa nada —sigue Erin, limpiándoselas con las manos—. Mírame a mí, cariño. ¿Sabes quién soy?

Mia la enfoca y sus ojos se quedan abiertos como si necesitara unos segundos para reconocerla. Después asiente y se sorbe los mocos, y cuando Erin le sonríe, a la cantante le llega el alivio de golpe. Exhala con fuerza y trata de incorporarse por instinto, pero Erin la detiene y se inclina sobre ella.

—No te puedes levantar ahora —dice al mismo tiempo que le coge la muñeca.

—¿Me he caído en el escenario? —pregunta, todavía bastante confusa.

—No, el concierto había terminado; no te preocupes.

—¿Qué te pasa en la cara? —dice, levantando una mano temblorosa.

Erin se la coge en el aire porque sabe que si deja que la roce verá las estrellas.

—Nada, un golpe tonto. ¿Tú cómo estás? ¿Te duele algo? ¿La cabeza? ¿El cuerpo?

—No —contesta, pero se lleva la mano al vientre mismo tiempo.

—¿Te duele la barriga?

—La regla —murmura Mia, pasándose la otra mano por la cara para limpiar las lágrimas que siguen cayendo.

—¿Tienes la regla?

—Debe estar a punto, porque me duele.

—Vale.

Durante los siguientes minutos, Erin le coge una vía para ponerle suero y acepta —por insistencia de Nell— que uno de los médicos que cubrían el evento le ponga un punto de papel en el pequeño corte que el golpe le ha abierto en la mejilla.

—Hecho —anuncia el hombre—. ¿Necesita algo más? —pregunta, mirando a la cantante, que ahora está sentada con la espalda apoyada en la pared y está comiendo un bocadillo que acaba de traerle Noah.

—No, gracias —responde Erin—. Sus constantes están bien y se ha despertado enseguida. Tiene síndrome vasovagal diagnosticado.

—Entiendo —dice antes de salir—. Cómetelo todo —le dice a Mia, y ella hace un gesto de asentimiento con la cabeza antes de dar otro mordisco.

Capítulo 32

—Erin.

La doctora, que está de espaldas a ella sentada en la cama mientras se pone los pantalones, se gira al mismo tiempo que se levanta y se los termina de subir.

—Eh, hola —murmura, caminando descalza hacia el otro lado de la cama—. Iba a bajar a por café, no quería despertarte. ¿Cómo estás?

La mujer de ojos grises como una tormenta se sienta a su lado. Es temprano, apenas las siete de la mañana y, por primera vez, Mia ha dormido después de un concierto sin necesidad de pasarse horas con el pulso acelerado, buscando refugio en alguna mujer y fumarse un canuto después. Esperaron un rato más hasta que se sintió más despejada y volvieron al hotel, donde Erin se metió en la ducha con ella porque le daba miedo que entrara sola. Después se aseguró otra vez de que sus constantes estaban dentro de los parámetros normales y de que Mia no mostraba síntomas ni más dolor que el que tenía en el vientre.

Le dio un analgésico para el malestar y se tumbó con ella. Pasaron varios minutos incómodos porque el dolor que la cantante sentía era intenso y la hacía retorcerse mientras la doctora le masajeaba la espalda tratando de relajarla. Cuando la pastilla al fin empezó a hacerle efecto, Mia estaba tan cansada que se quedó dormida. A Erin le costó más, todavía tenía el susto en el cuerpo y la mejilla le palpitaba, pero al final también sucumbió al sueño.

—Me duele —la cantante se pone de lado con una mano en el vientre y Erin se inclina sobre ella y le da un beso en la sien.

—Voy a pedir el desayuno para que puedas tomarte otro analgésico.

Quince minutos después, Mia tiene una bandeja sobre las piernas y Erin está sentada en posición de loto a su lado mientras comen.

—¿Te duele? —pregunta Mia, señalando su mejilla antes de tomarse la pastilla con el zumo de naranja.

—Un poco —Erin se pasa los dedos con cuidado sobre la herida y hace una mueca.

—Lo siento —se disculpa la cantante, realmente afectada.

La doctora le guiña un ojo para animarla y Mia siente un pellizco en el estómago que la hace suspirar.

—No es culpa tuya. En todo caso fue mía por meter la cabeza donde no debía.

Mia suelta una carcajada y después hace una mueca llevándose la mano al vientre.

—¿Siempre te duele tanto? —pregunta Erin, porque lleva algo más de dos meses con ella y no recuerda que Mia se quejara.

—No, solo de vez en cuando, pero es una putada.

Erin asiente, y también piensa que probablemente esa fue parte de la causa del desmayo, la pérdida de sangre que la debilitó, pero no le dice nada porque no quiere meterle ese temor en el cuerpo cada vez que tenga la menstruación.

—Lo sé. A partir de ahora, cuando notes síntomas de que te va a bajar, quiero que me avises, ¿de acuerdo? No esperes a que lo haga.

—Vale.

—Le diré a Noah que durante esta semana busque la manera de que te hagan una analítica.

—¿Otra? Me hice una en Boston y estaba perfecta —protesta la cantante.

—Solo quiero asegurarme de que eso sigue así. Acábate el desayuno.

—¿Sabes que pareces una matona? —comenta Mia de pronto, señalando la mejilla de Erin—. Con esos pantalones cargo, tus camisetas ajustadas, las pulseras de cuero y ese moretón en la cara... Me pones muchísimo.

La doctora se ríe.

—Pues me alegra saberlo.

—También me pones con trajes como el de la gala, cuando te paseas con esos bóxers por la habitación o estás desnuda por completo, todo sirve —sigue Mia.

—¿Dices todo esto porque quieres seducirme? —bromea Erin, que apura su café y quita la bandeja de sus piernas cuando terminan.

—Digo esto porque necesito que lo sepas, que entiendas que no eres un capricho para mí, que haces que me quede embobada mirándote cuando te duermes, que tengo ganas de abrazarte a todas

horas y que no pretendo que nos veamos solo en el hotel. Quiero salir contigo, llevarte a cenar, a dar una vuelta y acompañarte a cualquier sitio que te apetezca visitar.

Erin se mueve y se acerca más a ella.

—¿Quieres que tengamos esta conversación ahora?

—Sí, necesito que lo aclaremos de una vez porque creo que tú no funcionas bien con la incertidumbre.

La doctora expulsa el aire de su risa por la nariz.

—Es verdad —admite—, soy tan nueva en esto que necesito tener claro lo que pasa. No estoy cómoda si no sé si esto es una aventura que disfrutaremos hasta que termine mi contrato o si es algo que puede seguir después.

—Yo quiero que siga —Mia está nerviosa, en realidad aterrorizada ante la idea de que Erin se recluya—. Estoy segura de lo que siento por ti. Te lo dije ayer, Erin, quiero que funcione, pero no sé qué quieres tú ni lo que esperas de esto.

La doctora le sonríe, porque esto sí que lo tiene claro.

—Yo también quiero que continúe, Mia; lo que no veo es cómo puede ser posible.

—¿Por qué no? No estoy de gira eternamente. Tú vives en Nueva York y yo también, bueno, cuando no estoy de gira —hace una mueca y Erin le sonríe, cogiéndole la mano.

Se fija entonces en lo pequeña que parece al lado de la suya, porque la diferencia de altura entre ellas es casi la cabeza de Erin, pero para lo menuda que es la cantante, le sorprende la fuerza y la determinación que tiene.

—Pero las giras son largas, duran meses y en ese tiempo, ¿cuántas veces crees que podré escaparme para venir a verte? ¿Y tú? Apenas tienes días de descanso.

Mia se muerde el labio, porque sabe que tiene razón.

—Hemos de ser realistas, cariño.

—No te engañaría, si es lo que te da miedo —la voz de Mia se quiebra al final.

—Puede que al principio no —Erin se acerca más—, pero conforme empecemos a pasar tiempo sin vernos, esto que tenemos se irá enfriando aunque no queramos, y tú estarás rodeada de mujeres todo el día que estarán locas por acostarse contigo. Y lo entiendo, no es un reproche, yo también tendré necesidades y tú no estarás. No tengo

experiencia en relaciones, Mia, pero no creo que funcionen a distancia, no cuando son tantos meses.

—¿Te gusta tu trabajo aquí conmigo? —pregunta la cantante.

Erin la mira, desconcertada y pensativa porque no entiende a qué viene la pregunta.

—Sí, claro.

—Me refiero a gustarte de verdad, Erin. Estás acostumbrada a tratar a decenas de pacientes al mes, ahora solo me tratas a mí.

La doctora, que se siente perezosa esta mañana, se deja caer sobre el colchón y se coloca las manos debajo de la cabeza, mirando hacia el techo mientras la chica de pelo lavanda la mira a ella. Se toma su tiempo para pensar la respuesta y la cantante espera con paciencia, girada hacia ella mientras le acaricia el pelo con los dedos.

—Llevo mucho tiempo viviendo en automático —empieza Erin por fin—. No sentía emoción por nada, iba al hospital, hacía lo que sé hacer lo mejor que podía y volvía a mi apartamento sintiendo que lo único que había pasado era un día más. Acepté el trabajo con MediSupport porque eso me permitía llenar mis horas libres. Me lo pasaba bien con Barry, mi compañero, y, aunque la mayoría de las veces no teníamos que intervenir, me gustaba más hacer eso que estar en el hospital. Allí me sentía útil, improvisaba y me apañaba con lo que tenía, como contigo.

—Lamento que te sintieras así.

El móvil de Erin vibra sobre la mesilla y se gira para ver que la pantalla se ilumina, pero decide que ya lo mirará después.

—¿Dejarías el trabajo en el hospital?

Erin inclina la cabeza para mirarla desde abajo.

—En MediSupport son eventos puntuales, no es un trabajo del que vivir.

—No te hablo de MediSupport, te hablo de trabajar conmigo de forma permanente.

La doctora se da la vuelta para apoyarse sobre los codos y Mia se tumba de lado, girada hacia ella.

—¿Lo harías? No por nosotras, sino porque te gusta este trabajo —aclara la cantante—. Podrías ser la médica del equipo, no solo la mía. Noah tiene problemas estomacales, la mitad de las comidas le sientan mal y le iría muy bien una doctora sexy que lo trate. Y ya has visto cuántos somos, hay alrededor de cincuenta personas moviéndose con la gira. Los bailarines se lesionan, hay

intoxicaciones, a veces por comidas y otras etílicas —levanta las cejas, eufórica, y Erin sonríe mientras la mira—. Te aseguro que no te faltaría trabajo.

—Eso es muy bonito, Mia, pero ¿qué pasa cuando no hay gira?

—Cuando no hay gira eres solo mía —su sonrisa torcida hace acto de presencia—. Mis desmayos no desaparecen porque la gira se detenga, ¿no? Sigo expuesta a ellos y necesito una doctora que me controle como estás haciendo ahora; si no eres tú, será otra, pero eso será así. El sello no quiere arriesgarse a que me desmaye en medio de una entrevista, en una sesión de fotos o en el estudio de grabación. Te aseguro que me pondrán a alguien, y esa persona puedes ser tú si te gusta la idea.

—Me gusta casi tanto como tú —susurra Erin, atrapando sus labios.

Mia jadea de puro deseo y solloza de forma dramática cuando la doctora se aparta.

—Hoy nada de sexo.

—¿Lo ves? ¿Qué otro médico tendría poder para prohibirme eso?

Erin suelta una carcajada.

—No me chantajees, Wilder.

—No lo hago —responde Mia, pero no puede borrar la sonrisa traviesa de su cara.

—Me lo pienso, ¿vale?

—Claro —Mia se acurruca y se tapa con la sábana.

—¿No se te quita el dolor?

—Sí, pero va lento, creo que voy a cerrar los ojos un rato.

—De acuerdo, yo voy a bajar al gimnasio. Me llevo el móvil; si necesitas algo, llámame —pide Erin.

Mia murmura algo que no logra entender y Erin sale de la habitación para ir a hacer ejercicio. Apenas hay un par de personas cuando entra y se sienta en un banco pegado a la pared mientras mira las máquinas y decide por cuál comenzar, pero enseguida se descubre pensando en la propuesta de la cantante. Aunque no se lo había planteado en ninguno de los escenarios que había imaginado, la idea le ha gustado desde el principio. Le gusta trabajar con Mia, viajar con la gira y lo fácil que le resulta todo aquí. Se ve siendo la médica de todos y eso la motiva más de lo que ya está. Se convertirían en pacientes recurrentes, personas a las que podría ayudar porque siempre tendría un seguimiento y no serían casos

nuevos constantes de gente a la que no conoce y que se guardan la mitad de la información porque desconfían.

Además, solucionaría su problema con Mia; podrían verse a menudo y al mismo tiempo mantener su independencia. Si están de gira, dos habitaciones aunque suelan dormir juntas, y si no lo están, ella tiene su apartamento y Mia su casa. Lo único que le inquieta es lo que puede pasar si lo de ellas no acaba funcionando, pero como está harta de preocuparse por todo, decide confiar en que ambas son lo bastante maduras para afrontarlo si sucede. Se ríe sola cuando se imagina la situación, porque está segura de que volverían al principio: ella sería una borde y Mia la misma chica provocadora que conoció, pero está segura de que acabarían llevándose bien.

Se levanta y saca el móvil del bolsillo para asegurarse de que Mia no le ha escrito, y entonces ve la notificación de antes, un mensaje de su hermana Brooke.

Brooke Dooley

«Estás liada con ella y no eres capaz de presentarle a tu hermana, ¿qué pasa? ¿Se te han subido los humos por tener una novia famosa? No me extraña que estés tan sola si eres tan egoísta».

Erin se vuelve a sentar, turbada. No esperaba que Brooke entrara en razón tan pronto, ni siquiera estaba segura de que fuera capaz de hacerlo, pero desde luego, lo que no esperaba era esto, y no puede dejar de preguntarse si ella tiene algo que ver en esa maldad que parece tener la chica. Pulsa para eliminar el mensaje, pero cuando le pide la confirmación, se retracta y decide dejarlo en la conversación para recordarse el tipo de persona que es su hermana cuando sienta la tentación de llamarla para saber cómo está.

Sale de la aplicación y busca el nombre de Barry en la agenda. Hace días que no habla con él y es también la primera persona con la que quiere compartir la decisión que ha tomado.

Capítulo 33

Erin emite un sonido que parece una mezcla de gruñido y jadeo.

—Lo siento —exhala Mia, que ha cerrado la mano en su melena por encima de la nuca y ha apretado con fuerza mientras intenta contener un orgasmo que parece inminente.

Están en la ducha y ella está enroscada en la cintura de la doctora, con la espalda contra los azulejos, el chorro de agua cayendo entre ellas y los dedos de Erin en su interior. Con sus ojos grises clavados en los de la cantante, se mueve a un ritmo implacable mientras se traga los suspiros de Mia —y algo de agua— cuando ella jadea contra su boca.

—Voy a correrme, Erin —la voz le sale estrangulada y parece más un lamento que un anuncio, porque Mia no quiere dejarse ir tan rápido, pero cada vez que la folla así, se pone tan cachonda que no aguanta.

—Sabes cuánto me gusta escucharte, cariño —sisea Erin.

La voz de la doctora tiene tanto efecto como la posición, y cuando Mia la escucha, un temblor violento le sacude el vientre y es incapaz de contener toda la furia de su orgasmo, cuyos gemidos se amortiguan con el ruido del agua cayendo sobre ellas.

—Estoy feliz de que hayas aceptado, no sé si te lo he dicho ya —susurra la cantante sobre su cuello, abrazada todavía a la doctora mientras se recupera de ese torrente de placer que la acaba de embriagar.

Erin sonríe y le besa el hombro.

Después del gimnasio, volvió a la habitación, pasó el día con la cantante sin hacer mucho más que estar tiradas en la cama y cuando Mia se empezó a encontrar mejor, decidieron bajar al restaurante a cenar.

—Habrá gente a nuestro alrededor —avisó la cantante cuando Erin lo propuso.

—Lo sé.

—¿Y no te importa? —Mia quiso asegurarse.

—Si a ti te da igual, a mí también.

La sonrisa torcida cruzó la cara de Mia y sus ojos azules brillaron más que un mar en calma.

—A mí me importa una mierda lo que hablen los demás —espetó, y Erin puso los ojos en blanco.

—He decidido aceptar tu oferta si todavía sigue en pie —Erin lo soltó sin más, justo después de que les trajeran el primer plato.

Mia levantó las cejas, se apartó un par de mechones molestos que le caían sobre la cara y dejó el tenedor a un lado, quedándose con el cuchillo en la mano.

—¿Seguir trabajando como mi doctora?

—Tu doctora y la de todos —aclaró Erin.

Mia estaba eufórica por dentro, pero se contuvo porque estaban en público y no quería que la fotografiaran saltando sobre la médica.

—Pensé que tardarías más en pensártelo —su mirada se estrechó —. ¿Estás segura, Erin? No quiero que después te arrepientas, ni que lo hagas por nosotras.

—No lo hago por nosotras, Mia, lo hago por mí —Erin no dejaba de comer, con una calma que tenía a la cantante sorprendida.

Cuando Erin volvió del gimnasio parecía turbada. Se dio una ducha y cuando salió tenía la misma expresión taciturna, y Mia se angustió pensando que había tomado una decisión que iba a alejarlas, o que se había sentido presionada.

—¿Qué te pasa? —preguntó la cantante cuando Erin se sentó en la cama.

La doctora la miró con sus ojos grises como el hormigón y, sin contestar, cogió su móvil, desbloqueó la pantalla y le enseñó el mensaje que había recibido de su hermana.

—Joder —masculló Mia, incrédula y enfadada.

Bloqueó la pantalla y lanzó el teléfono a un lado, cogiendo la mano de Erin.

—No te voy a decir que ignores lo que ha dicho o te olvides porque es absurdo, así que te diré que tu hermana es una pedazo de zorra —aseguró sin contenerse.

Erin la miró de soslayo, se mordió el labio y después soltó una carcajada.

—Sí, puede que tengas razón.

Se dejó caer hacia atrás y se tumbó a su lado, y ya no hablaron más sobre eso porque poco había que decir ante la reacción de una

chica tan inmadura.

—Explícate —pidió Mia, volviendo a coger el tenedor.

—Necesito ese cambio. Toda mi vida ha sido siempre tan estructurada que me agobia la idea de volver a lo mismo. Creo que en el fondo ya lo sabía cuando Violette me ofreció acompañarte en la gira, y por eso acepté. Me estaba apagando, Mia; vivía en modo supervivencia sin ningún tipo de aliciente —Erin se detuvo para tomar un sorbo de agua—. No puedo ni quiero volver a eso. Me gusta mi trabajo y no quiero cambiarlo, pero no necesito estar en un hospital para sentirme bien haciéndolo.

Mia la escuchó con atención, porque era la segunda vez que Erin se abría con ella de esa manera, y sintió que estaban avanzando en la dirección correcta.

—En cuanto a nosotras, que sea tu doctora no puede mezclarse con lo que tenemos o pretendemos tener. Seguiremos teniendo habitaciones separadas en los hoteles…

—Es un desperdicio de dinero, pero vale —aceptó Mia.

—Estoy de acuerdo —la sonrisa suave de Erin deshizo a la cantante—, pero es lo que hay. En cuanto a nosotras —la doctora señaló entre ambas—, no quiero que las cosas se mezclen: si te digo algo por el bien de tu salud, lo haces y punto, no me lo rebates solo porque entre tú y yo hay algo y te sientes con confianza para hacerlo.

La sonrisa de Mia se curvó y el vientre de Erin se encogió.

—De acuerdo, ¿qué más?

—Necesitaré días libres. Al menos dos a la semana cuando no estés de gira y un par de semanas de vacaciones que ajustaremos a tu agenda. Durante la gira lo haremos como ahora: me quedo contigo todo el tiempo.

—Joder, Dooley, eres una gran negociadora —bromeó la cantante.

—Pues no he terminado. Quiero poder de decisión absoluto; no debería tener que negociar con el imbécil de Jude cuando considero que debe suspenderse algo porque necesitas descansar.

—Eso va a ser más complicado —Mia se mordió el labio—. Si le digo que tienes autoridad sobre él se va a enfadar y no aceptará esa condición. Eso no afectará a la oferta de trabajo: si yo digo que te quiero a ti, será así, pero a Jude le encanta que todo el mundo haga lo que él quiere y no al revés; solo te lo digo porque probablemente será una negociación tensa.

—No me preocupan las condiciones que Jude pueda poner para mí ni nada a lo que se oponga; lo que de verdad me inquieta es su manera de gestionar todo lo que tiene que ver con tus desmayos. No prioriza tu salud, Mia, y eso debe ir por delante de cualquier cheque bancario.

Erin no tenía pensado sacar el tema en aquel momento, pero tampoco quiso desaprovechar la oportunidad cuando salió.

—Noah me dijo que tienes varias ofertas de otros agentes —continuó la doctora.

—Sí, algo hay, aunque no suelo hacer mucho caso cuando llegan.

—¿Por qué? —Erin se moría de curiosidad.

—Bueno, él me dio la oportunidad cuando nadie más lo hizo; creo que se lo debo —dijo, aunque parecía insegura.

La doctora se pasó una mano por el pelo.

—No le debes nada, Mia, y en el caso de que consideres que sí, creo que ya le has hecho ganar dinero suficiente como para que la deuda esté saldada.

Mia la miró sin decir nada, pero agradecida de que, por primera vez, alguien que veía su vida desde fuera le diera un consejo basándose en su bienestar sin esperar nada a cambio.

Salen de la ducha y se visten entre risas. Ahora están en Charlotte; al ser un trayecto más largo desde Washington, ellas, Noah, Nell y la seguridad de Mia viajaron en avión al día siguiente. Llegaron a media tarde y Erin consiguió —tras discutir con Jude— que la cantante tuviera esa tarde libre y se cambiara la entrevista que tenía al último día en la ciudad. Al día siguiente tuvo prueba de vestuario y de sonido por la mañana e hicieron un ensayo general por la tarde, descansando el día después hasta la hora del concierto, que fue anoche y transcurrió sin incidentes.

Llegaron al hotel a medianoche, con una Mia con la adrenalina por las nubes y Erin todavía acelerada. Follaron de forma brusca y precipitada sobre la cama, un polvo rápido en busca de liberación, y después estuvieron sentadas en el suelo contra el sofá, hablando hasta casi las tres de la madrugada, momento en el que Mia, después de haberse fumado su canuto, empezó a sentir que el cansancio la invadía de golpe y se fueron a la cama.

Hoy tienen la mañana libre y es la primera vez que van a salir juntas fuera del hotel. Van a dedicarse a conocer la ciudad y, para comer, han quedado con Nell y Noah en el restaurante que propuso

la directora de la gira. Por la tarde, tienen una reunión con Jude y Violette para hablar sobre la propuesta de que Erin sea la asistente sanitaria de Mia a partir de ahora. Como era de esperar, Jude se negó en redondo a que las decisiones de la doctora prevalecieran por encima de las suyas sin discusión y, cuando Mia le dijo que no era una petición, él la miró fijamente y dijo que no podían hacer una propuesta firme hasta hablarlo con Violette; y Mia sabe que le habrá pedido un montón de cláusulas estúpidas para que Erin decida no aceptar. Lo que no sabe el agente es que, por primera vez desde que se conocen, la cantante está dispuesta a no ceder en nada.

—Déjame —pide Erin, cuando Mia se pelea con la gorra que se va a poner, tratando de sacar la cola que se ha hecho por el cierre.

La doctora la ayuda, le ajusta la visera y le guiña un ojo antes de girarse para salir.

Capítulo 34

Dos meses después.

La última canción termina y el público ruge mientras Mia y los músicos hacen reverencias en el borde del escenario. Erin se frota la piel de los brazos cuando la atraviesa otro escalofrío de emoción de los muchos que sufre durante la actuación. La gira acaba aquí para todos y para ella terminan los cuatro meses más intensos de su vida. Los ojos se le humedecen y trata de respirar con calma. No se imaginaba sentirse así cuando llegara este momento, pero ha llegado y se da cuenta de cuánto le gusta esto.

Le encanta viajar con la gira aunque varias veces haya perdido la noción del tiempo y le haya costado pensar unos segundos de más para saber dónde están. Le gusta este ritmo, entre loco y estresante, que hace que los días le pasen volando y que las noches sean demasiado cortas junto a Mia.

Su relación con Nell se ha estrechado y la mujer se ha convertido en algo parecido a una segunda madre para ella. También ha hecho una gran amistad con Lexie Farhall, con la que suele tomarse una copa cuando tienen tiempo y logran coincidir. A Noah le ha cogido tanto cariño que lo considera un hermano más que un amigo. Echará de menos a varias personas del equipo técnico con las que ha tratado casi cada día, y después está la cantante, por quien Erin siente cosas tan intensas que ya no se molesta en intentar definirlas. Tampoco le asustan como antes: ha asumido que está enamorada de la chica con el pelo de color lavanda, que la diferencia de edad entre ellas no les importa a ninguna y que está dispuesta a sortear cada dificultad que se les presente.

Tras otro rugido del público que parece interminable, las luces se apagan y la cantante y los músicos bajan del escenario con ayuda de linternas. Mia avanza siguiendo la luz hasta que la ve y camina hacia ella con los ojos tan húmedos como los de Erin. No solo está emocionada por el final de una gira que le ha traído tantas cosas, sino porque es el último día que Erin pasará con ella.

Se abrazan sin necesidad de hacer otra cosa y Mia acaba llorando porque tiene las emociones a flor de piel. Erin le besa el cuello y no se molesta en tomarle las constantes porque ahora tiene el pulso por las nubes.

—Ve a ducharte —susurra, limpiándole las lágrimas con los dedos —. Iré en diez minutos.

Mia se sorbe los mocos, se dan un beso y se aleja por el pasillo. Erin camina hacia Nell, que la espera con los brazos cruzados junto a un altavoz gigante que por fin está en silencio. Se miran y la doctora siente que se le aprieta la garganta justo antes de que la mujer sonría y abra los brazos.

—Iré a verte cuando pase por Nueva York —asegura Nell mientras la estrecha con fuerza—, y espero que tú te escapes y vengas a Baltimore a visitarme.

—Te lo prometo —Erin se limpia las lágrimas.

Mañana Nell coge un vuelo temprano para volver a su casa y preparar la siguiente gira que tiene que dirigir, así que esta es la última vez que la verá.

Pasa los siguientes minutos despidiéndose del equipo y, finalmente, tras hacerlo también de Jude con un gesto seco que hace con la mano, camina hacia el vestuario, del que salen media hora después acompañadas de la seguridad de la cantante.

Se dirigen a una puerta trasera donde las espera un coche, pero como siempre, hay fans de la cantante que de alguna manera mágica encuentran la manera de llegar a cualquier parte. Salen cogidas de la mano y Mia se pega a ella para posar ante los flashes que se disparan. Ya es oficial que están juntas de cara al mundo. Tras hablarlo entre ellas y después con Noah y el publicista de la cantante, Mia hizo una breve declaración en redes sociales afirmando que salía con la doctora de forma oficial y, aunque a Erin le costó acostumbrarse al acoso de las primeras semanas, ahora se ha habituado y no le molesta posar con ella.

Se mete en el coche mientras Mia firma algunos autógrafos y, cuando finalmente sube la cantante, el chófer pone el vehículo en marcha, solo que, en esta ocasión, no van directamente al hotel, sino que han pedido que las lleven a un mirador que Erin encontró buscando cosas que hacer en la ciudad y que ambas quieren visitar antes de irse.

Para llegar, tienen que serpentear por una carretera estrecha que asciende durante veinte minutos; después el chófer se mete por un camino de tierra donde circulan un par de kilómetros hasta que al fin las luces del vehículo iluminan una baranda de madera que delimita el precipicio.

El hombre se detiene a varios metros tras girar el vehículo y dejarlo preparado para volver. Ellas se bajan, se ponen una chaqueta para protegerse del frío y caminan hacia el mirador junto a un guardaespaldas que da una vuelta por la zona y, tras asegurarse de que no hay nadie lo suficientemente cerca, se aleja varios metros y se vuelve invisible.

—Es bonito —murmura Erin, mirando las impresionantes vistas de la ciudad desde ahí arriba.

—Sí —confirma la cantante, y se gira hacia ella para abrazarse a su cuerpo mientras sus ojos se pierden entre las luces—. Te voy a echar de menos —asegura en un susurro.

Erin, que le ha rodeado los hombros con el brazo, baja un poco la mirada para encontrarse con los ojos de la cantante, que se ven oscuros en medio de la escasa iluminación de la zona.

—Serán dos semanas.

—Que se harán muy largas —el tono dramático de Mia hace reír a la doctora.

Aunque la gira ha terminado oficialmente, a la cantante todavía le quedan un par de viajes antes de volver a Nueva York, donde podrá descansar unas semanas antes de empezar a preparar el nuevo álbum. Primero volará a México en un par de días para grabar un miniconcierto a capella en la ciudad, estarán cinco días allí haciendo entrevistas y después volarán a Canadá para asistir a otra entrega de premios en la que la artista está nominada. Erin no puede acompañarla. Violette negoció cuatro meses con el hospital y se cumplen en un par de días, así que debe volver para reincorporarse.

—¿Estarás bien? —pregunta Mia, pero no lo dice por ellas, sino porque sabe que Erin ya no quiere aquello.

—Sí, no te preocupes —la doctora le aparta un mechón de pelo hacia atrás y después se inclina sobre la baranda, apoyando los brazos mientras mira hacia el infinito.

No llegaron a un acuerdo con Jude. El agente no se opuso a que Erin fuera parte del equipo como médica oficial de Mia de forma prioritaria y también de los demás, pero se negó en redondo a darle

la autoridad que pedía. Se puso rojo y empezó a decir que una mala decisión podía costarles mucho dinero, que se debían al contrato firmado con la discográfica y al cumplimiento de las fechas de las giras. Empezó una retahíla de razones por las que solo él podía decidir lo que se hacía en cada momento hasta que Mia explotó de repente, le dijo que estaba harta, que sin ella no había gira, ni contratos ni patrocinios, y exigió que se aceptaran las condiciones de Erin.

Jude la miró, perplejo al principio, pero después se sobrepuso a la sorpresa y dijo algo que Mia no se esperaba. La amenazó con hundirle la carrera, recordándole que él tenía todos los contactos y que, si se lo proponía, podía hacer que nadie más quisiera contratarla. Mia abrió la boca para decirle que estaba despedido, pero la cerró cuando sintió la mano de Erin en su pierna.

—De acuerdo, con tus condiciones —aceptó la doctora, porque no quería provocarle ese estrés a Mia y que acabara desmayada.

—¿Por qué has aceptado? —preguntó la cantante cuando entraron en la habitación, cargada de rabia—. Iba a despedirlo; si cree que puede amenazarme…

—Cariño —Erin le sostuvo la cara entre las manos y Mia sintió que todo su cuerpo hormigueaba—, no entiendo mucho de esto, pero no creo que puedas despedirlo así como así; también tendrá un contrato. Además, no puedes tomar estas decisiones en caliente, ni hacerlo a lo loco y quedarte sin agente de repente. No quiero que discutas por mí, no merece la pena. Seguiré negociando con él como hasta ahora y ya está, no pasa nada.

La cantante se abrazó a ella sin decir nada mientras Erin le acariciaba la espalda para relajarla, pero para Mia sí que pasaba algo. Jude jamás la había amenazado así ni le había mostrado su verdadera faceta. Agradecía que Erin la hubiera detenido porque sabía que tenía razón y que no podía actuar movida por la rabia, pero hablaría con Noah sobre esto y juntos concertarían una videollamada con Violette para asesorarse sobre las opciones que tenía.

Ahora siguen ahí, mirando las luces de la ciudad mientras el aire frío las hace estremecerse, pero también las va relajando.

—Cuatro meses es mucho tiempo —se lamenta Mia.

Erin suelta el aire por la nariz y no dice nada.

Tras decidir que iba a dejar su trabajo en el hospital, se puso en contacto con recursos humanos y, después de una reunión por

videollamada que tuvieron unos días después, le explicaron que en su contrato estaba firmada la cláusula de avisar de una renuncia definitiva con seis meses de antelación, y no hubo manera de que cedieran en eso, así que ahora tendrá que trabajar los cuatro meses que le faltan antes de poder dejarlo.

—El tiempo pasa rápido —responde al fin, y la mira de reojo con una pequeña sonrisa.

Sabe que se van a ver muy poco porque, cuando la cantante regrese a Nueva York, ella estará metida en turnos imposibles que solo les dejarán algunos huecos, y esos ratos no coincidirán siempre con la agenda de Mia, que solo tendrá un mes de descanso completo antes de empezar a trabajar de nuevo, pero lo considera una prueba: si superan eso, podrán con cualquier cosa.

Mia se pega más a ella y le da un suave empujón con la cadera.

—Podríamos hacer esto más veces —sugiere, refiriéndose al mirador—, buscar sitios tranquilos con buenas vistas y visitarlos por la noche; me gusta esta calma.

Erin está de acuerdo, le acaba de coger la muñeca para tomarle el pulso y tiene un ritmo suave que no tiene nada que ver con el de otras noches de concierto, donde le cuesta horas que la adrenalina le baje.

—Los buscaré. Encontraré sitios así e iremos siempre que quieras —Erin la abraza y le da un beso en el cuello que hace cosquillas a la cantante, que se encoge y suelta una sonora carcajada.

Capítulo 35

Cuatro meses después.

Erin mira a Mia —que ya no lleva el pelo color lavanda sino con su rubio natural— mientras esta estampa su rúbrica por las distintas hojas del contrato. La doctora apenas respira, feliz de que por fin esté pasando y su chica se haya quitado de encima a un agente al que lo único que le importaba de la cantante era cuánto dinero podía generar.

Después de tener una reunión bastante larga con Violette cuando Mia al fin volvió a Nueva York, esta le explicó que Jude había sido extremadamente listo en cada cláusula del contrato que le hizo firmar, salvo en la más importante para él.

—Basta con que lo avises con tres meses de antelación para poder rescindir su contrato —aseguró la abogada—. Tiene una cláusula que te obliga a indemnizarlo con un millón de dólares si no ha ganado esa cantidad contigo antes del fin de la colaboración. Tengo que revisarlo todo, pero te aseguro que ha ganado mucho más, así que puedes despedirlo sin preocuparte.

Erin pudo contener su sonrisa, pero Noah no fue capaz y soltó un resoplido que contuvo girándose hacia un lado para fingir un ataque de tos.

—¿Cómo lo hago? —preguntó Mia—. ¿Se lo digo y ya está?

—No. Hace falta una comunicación formal, tu palabra sola no basta. Si estás decidida, te he preparado el documento necesario para que sea oficial desde el momento en el que se lo entregues.

—Envíamelo —ordenó Mia sin dudarlo.

Tras eso, el siguiente paso fue revisar las ofertas que tenía de otros agentes. Noah concertó una reunión con dos de ellos, pero la segunda tuvo que cancelarla porque Mia no tuvo duda cuando salió de la primera.

—La quiero a ella —le dijo a Noah; después miró a Erin buscando su opinión sin necesidad de preguntarle y ella le devolvió un guiño.

Y ahora están ahí, ayer se cumplió el fin del contrato de Jude y hoy está firmando con la nueva agencia.

—Ya está —anuncia Mia, desplazando las hojas hacia su izquierda, donde Abigail Stone, sentada al lado de su socio Liam, coloca su elegante mano sobre los documentos y se los pone delante.

Liam le pasa un bolígrafo y la nueva agente de Mia Wilder estampa su rúbrica al lado de la de la cantante. Cuando termina, cuadra las hojas sobre la mesa, las deja a un lado y, tras clavar sus ojos gris verdosos sobre los suyos azules, extiende la mano hacia ella.

—Bienvenida a Stone & Cottet, Mia.

La cantante esboza una sonrisa enorme y se la estrecha con fuerza. Abigail curva ligeramente los labios sin perder su expresión helada y después es Liam el que la felicita.

—Y ahora el tuyo, Erin —dice Abigail, que coge otro contrato y lo desliza hacia ella—. Serás la doctora asistente de Mia con autoridad, por encima de la mía —matiza, levantando una ceja—, para cancelar cualquier evento si es en beneficio de su bienestar.

La doctora la mira unos segundos y coge el bolígrafo que tenía Mia hace un instante.

Este fue uno de los puntos a favor para elegir a Abigail Stone —entre muchos otros— cuando Noah explicó las condiciones de la cantante, que la incluían a ella como médica para ocuparse de la salud de Mia con autoridad para tomar decisiones; ni Abigail ni Liam —que también estaba presente— pusieron ninguna objeción.

Erin termina de firmar, le devuelve el contrato y Abigail hace lo mismo, estampa su firma y le tiende la mano a la doctora, que le devuelve un apretón.

—Pues ya está todo —Abigail y Liam se levantan, y Erin y Mia los imitan—. Dame un par de semanas para revisar toda tu agenda con Noah. Concertaré una reunión con la discográfica para tu nuevo disco, reservaré el estudio de grabación a partir del mes que viene y contactaré también con Helen Casterley para empezar a planificar la siguiente gira.

—Nell —dice Mia.

—¿Qué?

—No la llames Helen, la hace sentir mayor y no le gusta.

Abigail parpadea como si no la hubiera entendido.

—Lo hará, no te preocupes —afirma Liam en su nombre, dándole una palmada en la espalda que hace que la ejecutiva le dedique una

mirada fulminante que provoca la sonrisa Mia.

—Bien, pues Nell —concluye Abigail—. Te llamaré si tengo alguna duda; mientras tanto, sigue componiendo y relajándote.

Mia y Erin salen del edificio diez minutos después, cogidas de la mano y escoltadas por la seguridad de la cantante. Se suben al coche que las espera y este las lleva directamente al apartamento de la doctora.

Aunque Erin fue muy explícita sobre su independencia cuando aceptó el trabajo con Mia, esto no lo vio venir; simplemente ha sucedido sin que hayan llegado a hablarlo.

La cantante regresó a Nueva York dos semanas después que la doctora y, como Mia siempre ha compartido su casa con Noah porque eran como dos hermanos inseparables, era ella la que se desplazaba al apartamento de Erin para verla, la que empezó a quedarse cuando no tenía turno, la que aceptó las llaves que le dio la doctora —porque muchas veces quedaban en verse al final del turno de Erin, pero si se le complicaba y salía un poco más tarde, Mia tenía que esperar en la entrada—, la que la esperaba con la cena hecha o la que empezó a quedarse a dormir todas las noches desde hace algo más de un mes.

—Erin —dice Mia, cuando entran en la cocina y la doctora abre la puerta de la nevera para ver qué tienen para comer.

—¿Qué? —pregunta sin girarse.

—¿Puedes sentarte un momento?

Erin ladea la cabeza y ve a Mia sentada a la pequeña mesa de su cocina, así que cierra la puerta, preocupada, y se sienta frente a ella.

—¿Qué pasa?

—Pasa que estoy ocupando tu casa sin permiso, que parte de mi ropa invade tu armario de cualquier manera y que me he adueñado del lado izquierdo del sofá —responde la cantante.

Erin se queda callada, observándola con los párpados medio bajados mientras intenta adivinar la intención de esta conversación.

—Podríamos hacerlo oficial si tú quieres —Mia no la deja pensar porque sabe que a veces la cabeza de Erin comienza a echar humo sin necesidad.

—¿Te refieres a vivir juntas?

—Ya lo estamos haciendo, ¿no? Y no nos va mal —opina la cantante.

—Sí, supongo que sí.

Mia sonríe y se levanta, rodeando la mesa para sentarse sobre las piernas de la doctora.

—Ayer fue tu último turno en el hospital; a partir de ahora, eres solo mía —bromea divertida, y Erin le rodea la cintura con los brazos.

—¿Qué intentas decirme? Porque está claro que planeas algo —indaga pensativa.

—¿Alguna vez has pensado en vivir en otro sitio que no sea Nueva York?

—Pues la verdad es que no. Compré este apartamento porque estaba cerca del trabajo —Erin se queda callada y, por un momento, su mente se dispersa.

Vivir aquí es una consecuencia más de su vida robótica. De hacer las cosas por costumbre, como si no hubiera más alternativas a su alrededor. Está cerca del hospital, cerca de su hermana y también lo estaba de su madre. Ahora ya no tiene el trabajo, su madre murió y Brooke no ha vuelto a contactar con ella desde el último mensaje.

—Podríamos vivir juntas en otro sitio, lejos de la ciudad. Algún pueblo pequeño donde podamos salir a pasear sin que nadie me reconozca y sin el estrés de estas calles.

—¿Y qué pasa con tu casa y mi apartamento?

—Siguen aquí —Mia se encoge de hombros—. No quiero pedirle a Noah que se mude; aunque la pagara yo, esa casa es tan suya como mía, y a él le encanta vivir ahí. Este apartamento puede quedarse aquí para cuando vengamos a la ciudad, pero para nuestra vida juntas, elegimos otro sitio.

—Parece tentador —reconoce Erin con una sonrisa—. ¿Has pensado en algún sitio?

—Me gusta el valle de Hudson, tiene muchos bosques y pueblos pequeños con mercados locales; podemos pasar unos días en la zona echando un vistazo.

—Cold Spring —dice Erin cuando le menciona el valle—. Fui una vez de pequeña con mis padres, antes de que él se fuera, y recuerdo que me encantó; podríamos comenzar por allí.

—Entonces, ¿te parece bien?

—¿Irme a vivir a un valle con una cantante rica y guapa? ¿Cómo podría negarme?

Mia suelta una carcajada y Erin la insta a que se levante, la coge por las nalgas y la hace saltar sobre su cuerpo, donde Mia enrosca las

piernas alrededor de su cintura y pasa los brazos por detrás de su cuello.

—Me parece bien, cariño —susurra la doctora, caminando con ella encima hasta que la atrapa contra la pared—, me encanta la naturaleza y esa zona está llena de rutas que podemos descubrir cuando tengas tiempo libre, y un entorno relajado es justo lo que necesitas después de temporadas de mucho estrés.

—Entonces, prepara tu maleta; mañana mismo nos vamos unos días.

Erin levanta las cejas.

—¿Lo habías planeado sin mí? ¿Qué hubieras hecho si hubiera dicho que no?

—Utilizar mis encantos para convencerte.

La carcajada de Erin se ahoga en la boca de Mia cuando la cantante la besa.

Epílogo

2 años después.

Mia abre los ojos de golpe y la intensidad del cielo azul la ciega, aunque ella solo parpadea, desorientada. Su pulso se acelera y el miedo la invade mientras escucha una voz amortiguada que empieza a reconocer.

—Cariño, mírame a mí.

Erin está de rodillas a su lado, aliviada de haberla podido coger a tiempo y tumbarla antes de que se desplomara del todo. Están junto al estanque que hay a apenas treinta metros de la casa que compraron en una zona del valle de Hudson de la que ambas se enamoraron en cuanto la vieron.

La vivienda está escondida entre los árboles como si el bosque hubiese crecido alrededor de ella durante décadas hasta convertirla en parte del paisaje. El terreno desciende de forma suave hacia un estanque natural rodeado de rocas de distintas formas, arbustos bajos y hierba perfectamente cortada. El agua es tan clara que, en los días tranquilos, refleja las copas anaranjadas y rojizas de los árboles y, lo que más les gusta de esa zona es que cerca de la orilla hay algunas piedras planas que sobresalen lo suficiente como para sentarse sobre ellas mientras escuchan el sonido del agua.

Mia suele pasar allí parte del tiempo que pasa en casa. Se sienta junto al estanque envuelta en una de las sudaderas enormes que le gusta ponerse, con las piernas recogidas, una guitarra y una libreta. Desde ahí puede ver el bosque más allá de la casa, interminable, las hojas caídas sobre el agua y la niebla baja que aparece entre los árboles cuando empieza a anochecer. A Mia le inspira —y relaja— todo eso: el ruido bajo del agua, el olor húmedo de la tierra cuando ha llovido y la sensación de estar lejos de todo y cerca de lo que más quiere. Allí compuso casi todas las canciones de su último disco y ya tiene la primera del que será el siguiente.

La casa, baja y alargada hacia los lados, está construida casi por completo en piedra oscura y madera envejecida. Tiene ventanales

enormes que permiten ver el bosque desde cualquier habitación, hasta el punto de que a veces es difícil distinguir dónde termina la vivienda y dónde empieza la naturaleza. Alrededor no hay carreteras transitadas ni vecinos cercanos; solo senderos estrechos que serpentean entre los árboles.

Erin vive fascinada con esos caminos. Nunca se cansa de explorarlos, incluso después de casi dos años viviendo allí. Cuando Mia compone, ella aprovecha para irse porque ha descubierto que caminar a solas con sus pensamientos la ayuda a no perder la perspectiva, a mantenerse centrada en el presente y a no preocuparse por el futuro.

Algunos senderos bordean arroyos y otros atraviesan zonas donde el bosque se vuelve tan denso que apenas entra luz. Hay puentes de madera húmeda, piedras cubiertas de musgo y miradores sobre las colinas cuyos caminos memoriza la doctora para después volver con Mia.

—Cariño, soy yo —sigue Erin, guiando a Mia con su voz.

Los ojos de la cantante se humedecen —algo que no puede evitar— pero finalmente parpadea y logra enfocarla bien, y sus pulsaciones empiezan a calmarse porque, si Erin está ahí, sabe que está a salvo.

—¿Estás mareada? ¿Estás bien? —Erin le aparta el pelo de la frente.

Mia abre la boca y da una gran bocanada de aire, como si se hubiera olvidado de respirar en todo ese tiempo.

—Mia…

—Sí quiero —susurra la cantante.

Erin frunce el ceño, sin entender.

—¿Qué es lo que quieres?

La cantante se limpia las lágrimas que el susto siempre le provoca con la mano y después —con algo de dificultad— se incorpora sobre los codos.

—Casarme contigo, sí que quiero.

El corazón de Erin se detiene. Por un momento, se ha olvidado de todo lo demás, de lo que hacían ahí y del motivo por el que la cantante se ha desmayado. No ha sido porque esté estresada, por cansancio acumulado o por falta de hidratación, que suelen ser los tres factores más comunes que Erin ha detectado como desencadenantes de sus desvanecimientos. Ha sido por lo que ella le ha dicho.

Lleva un par de meses pensando en esto y hoy al fin se ha decidido. Es domingo, Mia dispone de tres meses libres tras haber terminado otra gira y, después de desayunar y aprovechando el buen día, la doctora le ha propuesto dar un paseo juntas. La ha cogido de la mano al salir y la ha llevado hasta una zona del estanque donde a veces se sientan las dos cuando tienen algo importante que debatir.

—Creía que íbamos a pasear —Mia parecía confundida.

—Y lo haremos; de eso se trata esto, de que quiero pasear contigo todos los días de mi vida —Erin se colocó frente a ella y se metió una mano en el bolsillo. Estaba dispuesta a sacar la cajita con el anillo que compró hace tres semanas en una joyería de Boston, donde Nell la acompañó cuando al fin se decidió, pero no tuvo tiempo de hacerlo porque, cuando la cantante intuyó lo que pasaba, la impresión la hizo marearse y sus ojos se desenfocaron.

Y ahora están ahí, Mia casi tumbada en la orilla del estanque y Erin de rodillas a su lado, todavía pálida por el susto porque no se acostumbra a los desmayos de la cantante por más veces que suceden.

Se queda muy quieta, mirando a Mia y a sus impresionantes ojos azules mientras procesa lo que acaba de decirle.

—¿Quieres? —pregunta turbada, y Mia esboza una sonrisa.

—Si no te has arrepentido en los segundos que he tardado en volver a la realidad, sí, quiero casarme contigo, Erin Dooley.

La doctora esboza una sonrisa que le vacía los pulmones, se levanta y ayuda a la cantante a que lo haga.

—Despacio —susurra, y Mia se agarra a su cintura cuando al fin se incorpora.

—¿Y mi anillo? —la cantante levanta una ceja, divertida por el nerviosismo de Erin.

—Oh, joder, sí. Espera…

Se mete la mano en el bolsillo lateral del pantalón y, ahora sí, saca la cajita y la abre, ofreciéndole el contenido a Mia.

—Me costó mucho elegirlo, pero si no te gusta puedo…

—Me encanta —la sonrisa de Mia se tuerce y levanta la mano, mostrando que el anillo encaja en su dedo, y después, sin que Erin la vea venir, salta sobre ella y le rodea la cintura con las piernas como suele ser costumbre entre ellas—. ¿Has pensado en la fecha? —pregunta tras besarla de forma repetida.

—No, solo en pedírtelo —reconoce la doctora.

Mia la vuelve a besar, eufórica.

—No importa, ya la pensaremos. Tengo que contárselo a Noah, y a Nell y…

—Nell ya lo sabe —Erin encoge los hombros ante la mirada sorprendida de la cantante.

—Vale, pues entonces solo hay que contárselo a todo el mundo.

La doctora suelta una carcajada y Mia apoya los pies en el suelo, pegándose al cuerpo de Erin cuando esta le rodea los hombros con el brazo y la guía de nuevo hacia la casa.

—¿No íbamos a pasear? —protesta la cantante.

—Te acabas de desplomar; nada de paseos para hoy.

—¿Y sexo para celebrar el compromiso?

El vientre de Erin se contrae con un espasmo.

—Tampoco —asegura, muy a su pesar.

Mia masculla entre dientes y sigue caminando.

—Por cierto, cuando alguien te pregunte cómo me lo pediste, omite lo del desmayo, ¿vale?

Erin se detiene en seco y se gira, con media sonrisa y una ceja levantada.

—Pero si esa es la parte más interesante del relato: a la imparable Mia Wilder se le aflojan las rodillas cuando su encantadora novia le pide matrimonio.

La cantante se pasa la mano por la melena rubia con expresión concentrada.

—Contado así, hasta suena bien; a lo mejor escribo una canción —comenta pensativa; después coge la mano de Erin y ambas entran en ese hogar que solo tiene sentido para ellas si están juntas.